

BEN MARCUS



EL ALFABETO DE FUEGO

TRADUCCIÓN DE MILO J. KRMPOTIĆ
PRÓLOGO DE ALBERTO GORDO



Lectulandia

En un mundo apocalíptico, el sonido de las voces de los niños resulta mortal. Para Samuel y Claire la única forma de seguir con vida es alejarse de su hija, Esther, pero pronto se darán cuenta de que no es tan fácil abandonar a alguien a quien amas, a pesar de que su voz puede matarte. Y mucho menos cuando Esther es una adolescente que pasará pronto de ser verdugo a víctima. Aunque todo cambia cuando el día antes de la huida, Claire desaparece. Entonces, Samuel decidirá encontrar la cura del odioso mal en un mundo extraño para tratar de salvar a su familia.

Lectulandia

Ben Marcus

El alfabeto de fuego

ePub r1.0

Titivillus 20.04.2019

Título original: *The flame alphabet*
Ben Marcus, 2011
Traducción: Milo J. Krmpotić

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A mi familia: Heidi, Delia y Solomon

PRÓLOGO

de Alberto Gordo

Cuando empecé a leer *El alfabeto de fuego* apenas conocía a Ben Marcus. Vagamente: sabía que era un autor estadounidense, que era judío (o medio judío), que además de novelas escribía críticas en *The New York Times* y que aquí se le conocía sobre todo por ser un personaje desdibujado pero importante en *Magistral*, la novela de Rubén Martín Giráldez, en donde ya aparecía esta idea del lenguaje como virus. Tengo una buena noticia para el lector que comparta conmigo su ignorancia: en pocos minutos tendrá la fortuna de conocer formalmente a un maestro.

Si alguien cuenta entre sus amigos con algún traductor del inglés, sabrá que sobre Ben Marcus se viene hablando desde hace tiempo. Ahora ya entiendo por qué. Marcus posee todo lo que puede interesar a un profesional de la lengua (de la inglesa, pero también de cualquier otra: los mismos traductores son siempre profesionales de su propia lengua). A un portentoso talento para apropiarse del idioma, él añade su tozuda convicción de que las palabras son casi lo único que importa en esta vida. Por eso *El alfabeto de fuego* (una novela sobre el lenguaje, que lo investiga, lo reinventa, pero que también lo convierte en su argumento) es sin duda una excelente carta de presentación.

En los primeros capítulos se levanta ante nosotros un decorado que no se parece a ningún otro. Es una América alternativa de espacios austeros, pero diseñados cuidadosamente, a la que el lector se irá acostumbrando con una mezcla de espanto y fascinación. Nunca terminará de estar a gusto ahí, aunque al final su esfuerzo se verá recompensado. A mí esta lectura me ha recordado a un vuelo transoceánico. Entiéndanme: uno tarda en coger la postura, se levanta, se sienta, se revuelve en el asiento, mira un poco a las azafatas, pero, cuando quiere darse cuenta, ya está con el reloj biológico en su

posición de salida y convenientemente depositado en un lugar deslumbrante que no olvidará jamás. Aunque advirtamos de que ni el destino resultará agradable ni el viaje hasta allí será tranquilo.

Si la narrativa judía (con todas las precauciones con que cabe hablar de un hogar tan acogedor y a la vez tan poco ventilado) suele ocuparse del pasado, aquí se proyecta hacia un futuro en el que, para sobrevivir, el judaísmo ha completado su enésima mutación. Aunque hacia atrás: la religiosidad ha vuelto a convertirse en un asunto clandestino, como en sus peores días. Claire y Samuel son una pareja de «judíos reconstruccionistas» y viven su condición de manera encubierta, aislados unos de otros, en cabañas camufladas por el bosque en las que soportan enfáticos sermones a través de un extraño mecanismo de señales subterráneas.

La famosa ininteligibilidad de la religión hebrea (para el gentil, por supuesto, pero también para el judío que dedica su vida a las interpretaciones de las interpretaciones de los textos sagrados) se trata aquí con distancia postmoderna. Vivimos un tiempo en que los judíos han renunciado ya a entender, y sobre todo a hacerse entender, por los gentiles.

El antisemitismo no ha desaparecido. Hay viñetas satíricas como en las primeras décadas del siglo xx y periódicamente las cabañas aparecen quemadas, no vaya a ser que los israelitas estén otra vez haciendo negocios en secreto. O algo peor. La enfermedad del lenguaje que asola a los personajes podría ser también una peste judía. Casi lo olvido: la evolución de ese mal, argumento superficial de la novela, es relatada con una especie de aliento bíblico, entre citas apócrifas, mitos y hasta maldiciones milenarias. «Y ni un solo niño sucumbió a la plaga», se dice en uno de los muchos momentos espeluznantes de este libro. El asunto rescata una sospecha antigua: que las palabras puedan tomar cuerpo y llegar a matar.

Son los niños los que transmiten la enfermedad. Estar expuesto a ellos provoca un mal degenerativo, crudelísimo, que comienza con un sarpullido y prosigue con una extraña muerte en vida que se hace real en el texto de Ben Marcus: «Era como si a Claire y a mí nos hubieran bañado en ceniza», escribe memorablemente. Después de eso ya solo queda la muerte. Reducción facial, letargia, una anomalía en la lengua que obstaculiza el habla, ejércitos de moribundos, de seres humanos como zombis a la espera de un fin inevitablemente indigno. La plaga, claro, se irá extendiendo, pero tampoco es cuestión de adelantar aquí más acontecimientos.

Como toda gran novela, es absurdo reducir *El alfabeto de fuego* a un solo tema. Trata sobre el lenguaje, sí, sobre sus trampas y sobre sus convenciones.

Sobre su corrupción, sobre el fin de los vínculos y las habilidades comunicativas y sobre la ataraxia (aquí una imperturbabilidad siniestra) como resultado de una incapacidad para expresar dolor, queja, placer o satisfacción. Es un libro sobre el maltrato a ese utensilio que nos hace humanos (pero que no deja de ser eso: un medio, una herramienta) y cuya degradación (¿qué ocurriría si tuviéramos que inventar un nuevo alfabeto no viciado? ¿Seríamos capaces?) conduce a un mundo en el que todo será inseguro, provisional, porque, como dice Samuel, el narrador, «nada era señalado por la más precisa de sus designaciones».

El lenguaje es una enfermedad de la que solo cabe guardarse con un estricto voto de silencio. ¿No creen (o al menos sospechan) los monjes silentes que el lenguaje tiene propiedades nocivas? ¿No tienen los poderosos un miedo atroz a la libre circulación de las palabras? LeBov, el oscuro toxicólogo que investiga la plaga, establece que «el lenguaje es una toxina que se nos da muy bien producir, pero que no absorbemos de igual manera». Las palabras, así, como veneno lento y mortífero.

Pero no se alarmen. Al final tampoco es para tanto. Si el lenguaje se corrompe y termina pudriéndose partamos en busca de uno nuevo, de un código, de un alfabeto que domesticar. No importa que lo formen gemidos si con ellos podemos inventar palabras susceptibles de llenarse de significado. Y así volver a empezar.

El alfabeto de fuego es también, por cierto, una novela sobre la adolescencia, esa edad terrible. Los adultos son envenenados, desterrados, muertos al fin, y dejan el mundo libre de las normas (tantas veces absurdas) que se dictan desde la edad madura. Aunque seguro que hay otras maneras de verlo.

Pero les dejo ya. Lean a Marcus. Tiene, como Nabokov, el don para el detalle revelador, para la descripción exacta. Yo el libro lo he terminado entusiasmado, y además he salido familiarizado con una enfermedad y una sintomatología perfectamente inventadas y con un mundo oscuro y terrible que podría ser real, y que en cierto modo lo es. Otra buena razón para leerlo es el extraordinario trabajo del traductor Milo J. Krmpotić: no era fácil reproducir ese ritmo sonámbulo que Marcus daba al texto original y que a mí me ha recordado, en lo estrictamente rítmico, al vaivén de *Las olas* de Virginia Woolf.

Hay un momento en que Samuel dice que él y Claire se emocionaban ante la posibilidad de escuchar una historia en lugar de un sermón. Eso es exactamente lo que da esta novela. Leámosla así.

1

1

Nos fuimos un día de clase, para que Esther no nos viera. En mi maleta, que había hecho cuando Claire, mi esposa, se había quedado dormida al filo del amanecer contra la puerta cerrada del dormitorio, había guardado unos binoculares, telas aislantes contra el ruido y un rollo de gomaespuma tan grande como para que se escondieran dos adultos. Encima de todo ello embutí un alijo de pastillas anticompreensión en bruto, una radio infantil reconvertida en monitor de toxicidad, un dispositivo sin abrir que llevaba el nombre de Mecanismo de respiración Dräger Aerotest y los gráficos de mi historial de síntomas.

Esto constituía el equipo más básico, el material médico que podría utilizar sobre la marcha, dentro del automóvil, durante la noche. Eso si es que tenía la oportunidad de llegar a hacerlo.

No cogí la aguja LeBov. Había probado la aguja y no había funcionado.

Los pertrechos secundarios consistían en sales medicinales y un hornillo portátil, un pulverizador de cobre para la salinización fónica, más algunas peras de succión y una bota llena de fieltro. Máscaras para los ojos, tapones para los oídos, y la caja para la garganta que funcionaba como dispensador de ruido blanco, para generar una barrera de sonidos sibilantes a mi alrededor.

En el compartimento exterior, para acceder a ello con mayor rapidez, metí un dosímetro de ruido personal que había modificado para que captara el habla infantil. Quería estar en condiciones de oírlos venir.

En el bolsillo llevaba los calibradores faciales, pese a que en aquel momento ya no eran necesarias mediciones tan refinadas. Se podía hacer el diagnóstico a ojo, simplemente.

Murphy se burló de mi equipo, dijo que era como echarle sal a la herida. Dijo cosas bastante peores que esa, afirmó que yo estaba haciendo el tonto con mis juguetitos. La medicina, dijo Murphy, no era más que un vano ejercicio de decoración del interior de tu cuerpo. Pinturas invisibles de guerra, ritual y superstición, la típica colección de apaños judíos.

Murphy tenía otros planes. Se proveía a partir de la lista de LeBov y las órdenes de este llegaban directamente de Rochester, donde se habían realizado los primeros informes sobre la fiebre del habla y las precauciones

eran ya tan absolutas que resultaba increíble que la gente no se estuviera enterrando en vida.

Claro que tampoco dispongo de pruebas de que no lo hayan hecho.

Por último, envuelto en papel de plata, puse los artefactos más inestables: algunas muestras, habladas y escritas, del habla de nuestra hija Esther. Un archivo lingüístico de la niña. Papel y grabaciones, un amplio programa de temas, un espectro de estados de ánimo. Nuestra cría vírica, catorce años de edad, cantando, riéndose, gritando, cuchicheando, discutiendo, hablando *sottovoce*, inventándose palabras. Enunciando letras, números, llorando de dolor. Incluso tenía algunas declaraciones en otros idiomas que había recitado fonéticamente siguiendo mis instrucciones.

Todo esto lo metí dentro de la carpeta forrada de lana, porque ya no podía enfrentarme a su letra sin experimentar un estado que solo puedo calificar como de «demolición».

«Dolor» es un término demasiado suave para la reacción que me provocaba. «Demolición» resulta más adecuado, esa insoportable presión sobre el pecho y las caderas, como si me estuvieran exprimiendo, aunque carecía de mediciones que pudieran respaldar tal afirmación. El Medidor de Síntomas Marshall que habían atornillado a la acera frente al centro médico de la Calle Quinta, y que visitaba una procesión de vecinos de rostro grisáceo, debía detectar lo trituradas que teníamos las entrañas por el exceso de habla, lo deteriorados que nos había dejado la toxina lingüística. Pero la aguja del indicador alertaba sobre cualquier resuello y gesto de dolor, y el medidor señalaba a casi todos los que lo utilizaban como víctimas de una sobredosis, seres abrasados por los que ya nada se podía hacer.

Hasta entonces, la demolición era una observación de tipo personal, al igual que casi todos los síntomas sobre los que habíamos oído hablar, y como tal podía verse perfectamente descartada.

La bolsa que contenía ese equipo, pesada como un niño pequeño, fue lo último que llevé hasta el coche.

Claire y yo no fuimos los únicos padres que abandonaron sus casas y, en algunos casos, otros objetos de valor. La orden se dio a principios de diciembre, durante la última emisión radiofónica antes de que el dial enmudeciera, y todo el mundo se marchó. Pero, en general, no hubo contacto visual con los demás hombres y mujeres que cargaban con las maletas hacia sus respectivos coches. Las deliberaciones, los apretones de mano, los

experimentados y bienintencionados comentarios que algunos de nosotros tuvimos que soportar por parte de sujetos desinformados y a la defensiva... todo eso se había ido del mismo modo en que llegó, y a sus espaldas no quedó más que un paisaje de estupefacción. Una sensación de incredulidad cercada por la enfermedad. Los sabelotodos son siempre los últimos en enterarse de las cosas. El mundo está lleno de expertos; el mundo está lleno de gente equivocada.

En las ciudades, en los pueblos, en los depósitos rurales, a lo largo de la cornisa que iba a morir a las afueras de Rochester, y en el campo central más allá del cenagal que algunos aún conocían como el Monasterio, había numerosos grupos de niños en cuarentena que se estaban agrupando y adueñando de los barrios, los prados, los bosques y cualquier otro lugar susceptible de verse mínimamente cercado por una empalizada. Altavoces sujetos a los árboles que emitían el repelente vocal. Cuentos de hadas que atronaban en el bosque y que convulsionaban a cualquier adulto que se acercara por allí. Seres queridos que se llamaban por teléfono para intercambiar ruido blanco, un lenguaje de suspiros, porque ir más allá, erigir cualquier forma de discurso en ese juego de alientos sonoros, los dejaría tirados de rodillas en el suelo.

Que es allí donde algunos de nosotros debíamos estar.

Nuestra marcha fue bendecida hoy por un auténtico muro de privacidad. El lenguaje corporal en nuestra calle podría haber sido objeto de estudio por la perfecta gestualidad de sus maniobras evasivas. Tan solo unas semanas antes, el rabino Burke, mientras hablaba a través del cable con nuestra cabaña judía, lo había definido como «un semáforo de protección», los ademanes propios del cuerpo que ansía desaparecer. ¿De cuántas maneras puede uno decir «Aléjate de mí, joder» sin abrir la boca? Se trataba de una soledad muy trabajada. Todos nos encontrábamos ingeniosamente solos ahí afuera, una condición a la que más valía que nos fuéramos acostumbrando.

Tras asegurarnos de que Esther se había ido, ayudé a Claire a bajar las escaleras e intenté que comiera algo. Le acerqué un plato de huevos empujándolo por encima de la mesa, pese a saber que muy pronto estaría tirando esos mismos huevos a la basura. Le di el vaso de zumo con su pajita y la obligué a coger un trozo de pan. Ella no opuso resistencia a mis atenciones. Tiré de ella hasta el fregadero y la limpié como pude. Una mancha de yema en la comisura de sus labios se resistió a mi esfuerzo por limpiarla hasta que me di cuenta de que no se trataba de una mancha, sino de un asomo de

ictericia que comenzaba a aflorar. Ya la inspeccionaría más tarde a la luz de la lámpara, ahora tenía que llevarla fuera, hasta el coche.

Dado su estado, la única tarea de Claire consistía en sentarse en el asiento del copiloto y mantenerse alerta. Ante cualquier señal de que Esther se acercara por la calle, de una chica con una cartera llena de libros hasta los topes o de algo que se le pareciera, nosotros desapareceríamos.

Aunque no permitirían que Esther se nos acercara. Los funcionarios envueltos en gomaespuma, atrincherados frente a cualquier cosa que los niños pudieran transmitir, se habían encargado ya de eso. Pero nosotros no queríamos ver cómo capturaban a nuestra hija mientras nos alejábamos con el coche. Deseábamos evitar que aquella fuera la última imagen que nos quedara de ella. Atrapada dentro de una red, retorciéndose a causa del disparo de una pistola eléctrica. Si conseguía que Claire cumpliera con ese cometido, si la obligaba a aceptar mi pequeño requerimiento, quedaría como si yo estuviera respaldando e incluso saboreando lo que nos disponíamos a hacer. Me gustaría decir que aquello habría sido pagar un precio pequeño, pero no lo era. Era un precio escabroso y repugnante. El sentimiento de culpa había dejado de planear sobre todo ese asunto. En cambio, había aterrizado de cualquier manera, se había hecho trizas dentro de mí, y yo intentaba que se sintiera como en casa.

Supimos que debíamos marcharnos antes incluso de que se anunciara la cuarentena. Lo discutimos hasta el límite de las fuerzas de Claire, y ella se mostró de acuerdo —o por lo menos asintió en silencio antes de arrastrarse de nuevo hacia la habitación insonorizada— en que llevaríamos a cabo nuestra partida sin la complicación que supondría la presencia de Esther. No nos permitiríamos en lo más mínimo la posibilidad de verla.

Claire odiaba el modo en que yo lo verbalizaba todo, con ánimo anticipatorio.

Yo tampoco lo soportaba.

En una ocasión, pocos días antes de marcharnos, mientras Claire comía golosinas con una apatía digna de un cadáver, cribando la masa de dulces pegajosos con una mano transformada en una garra fría y azulada y con la mascarilla de hospital arrugada sobre su boca, le enseñé el esquema cronológico que creía que debíamos seguir y ella sostuvo el papel con el brazo extendido, alejándolo de su cuerpo como si fuera un pañal usado, a la vez que lanzaba una carcajada desagradable.

Claire acababa de hospedar una larga aguja en su cadera y estaba completamente quieta, cual paciente que se somete estoico a su tratamiento. Y

ahora se recompensaba por ello con un tazón de golosinas. Yo no había escogido el momento más adecuado.

—De verdad lo has puesto por escrito —dijo al fin, con la voz amortiguada por la mascarilla.

Era una afirmación, no una pregunta. Una pieza de artillería esencial en el arsenal de la pareja cuando se trataba de no ceder una sola pulgada de terreno. Devolverle al otro sus acciones debidamente verbalizadas. Amenazarle con el lenguaje, el espejo del lenguaje. Muerte por retroalimentación.

—Es solo una sugerencia —le dije con la voz suave que había adoptado desde que era su cuidador.

Por supuesto que no era una sugerencia. Era un plan, el mismo que debíamos llevar a cabo. De otro modo, en pocos días nuestros cuerpos acabarían enmarcados por un dibujo de tiza. Ya hacía varias semanas que habíamos superado el umbral de tolerancia a Esther, y las medicinas —los bloquea— dores de comprensión, los agentes de distanciamiento, el humo tratado que nos dejaba una enfermiza sensación de frío en la cara no hacían más que empeorar nuestra situación. No había ningún lugar seguro al que pudiéramos enviar a Esther, así que éramos nosotros los que teníamos que marcharnos. Los niños prevalecerían.

Y la forma en que se comportaran, ahora que eran los únicos a quienes el habla no hacía enfermar, era su problema.

Si eras listo, si querías ganar unos días más, no hablabas en absoluto. O quizá ya no fueras capaz de hacerlo. A algunos, los síntomas los engullían con rapidez, y a otros los iban envolviendo más lentamente y permitían que se pusiera en marcha una falsa reserva de fuerza. Pero a la mayoría de nosotros se nos estaba endureciendo la cara. Los labios se nos volvían hacia atrás. El interior de la boca se nos solidificaba y entumecía, mientras que la lengua se quedaba como soldada. El mecanismo de negación había ido perdiendo su gozoso atractivo a medida que Claire se transformaba en una criatura con piel de papel que se descamaba con solo quitarse la ropa, demasiado cansada hasta para toser. Yo podría habérmelas arreglado sin todo el fingimiento que volcábamos sobre aquellas discusiones cuyo asunto estaba ya decidido, cuyo asunto no nos permitía ninguna otra elección. Un ceremonial excesivo para demostrar que nos importaba lo que la otra persona pudiera pensar. Nos embadurnábamos la cara con la crema de la urbanidad, nos obsesionábamos con nuestros modales, y no nos dábamos cuenta de que estábamos tirados en el suelo, de que se había ido la luz y de que ya no era posible respirar.

Claire me devolvió el papel con el esquema cronológico y se dio la vuelta.

—Es increíble —susurró—. Espero que te lo estés pasando bien.
—Oh, por supuesto que sí, Claire —le dije—. Como nunca.

2

El día en que mi esposa y yo subimos al coche y nos fuimos, el suministro eléctrico debería haber fallado. Los teléfonos deberían haberse muerto. El agua debería haberse congelado dentro de las tuberías.

El momento en que la toxicidad de Esther llegó a su punto de máxima floración, cuando ya no nos fue viable seguir tolerando la proximidad de nuestra hija, dadas las arcadas, la fiebre del habla, la marea amarilla por debajo de la piel de mi esposa, por no hablar de los moretones que rodeaban mi boca, ese día debería haber sido más oscuro, debería haber quedado completamente ennegrecido por el fuego.

El aire de ese día debería haberse visto manchado en sus niveles más profundos, debería haberse abierto en canal y haber succionado a la gente hacia el olvido. El barrio debería haber quedado sellado al vacío, sus habitantes reducidos a figuritas que se arrastraban, que resollaban a cuatro patas, que expiraban por docenas.

Una convulsión de frío humo ocre debería haberse derramado por toda la casa.

¿Cuáles son los diseños operativos de la mitología cuando unos padres han de despedirse de su hijo? ¿Acaso las fábulas no disponen de una imagen tipo para tales partidas?

El día en que finalmente nos fuimos, los pájaros deberían haberse quedado congelados en pleno vuelo mientras atravesaban el aire invernal del barrio. Aves soldadas al hielo, con las alas demasiado pesadas como para mantenerse en lo alto. Aves caídas y amontonadas a nuestros pies, con los ojos clavados en el cielo.

Por toda la calle, los coches deberían haberse rendido, deberían haberse deslizado hasta detenerse mientras la calzada cedía ante la presión de los gases, ante la espumeante fuerza del agua, quizá ante un hombre desnudo que se abriera camino a zarpazos a través del asfalto con el fin de asolar el barrio.

El parque donde jugábamos y donde a veces íbamos a hacer picnics, allí donde Esther y yo escenificábamos peleas falsas entre padre e hija, con falsas expresiones de rabia para confundir a los conductores que pasaban —«¿Eso de ahí es un hombre dándose de puñetazos con su hija pequeña?»—, o donde

habíamos discutido en serio, con expresiones veladas que escondían nuestros verdaderos sentimientos, cuando Esther afirmaba, sin duda acertadamente, que había algo que yo no comprendía... aquel parque debería haberse transformado en un socavón gigante. El parque, con un agujero palpitante en el centro, debería haber ejercido una firme atracción gravitacional hacia cualquiera que se encontrara en su radio de alcance.

Desde arriba, a través de la humareda de color ocre, debería haber sido posible testimoniar cómo la gente y los perros y los árboles más pequeños se veían arrastrados por la hierba en proceso de desmoronamiento.

El día en que nos fuimos debería haber habido plañideras por la calle, un desfile de padres llorosos alejándose de sus casas. O no llorosos, sino algo que fuera más allá. Sus rostros desprovistos de cualquier señal de emoción. Padres que avanzaran con gesto calmado, porque sus caras habían fracasado finalmente a la hora de expresar sus sentimientos.

Debería haber habido un altavoz haciendo sonar música en el techo de un vehículo de emergencia. O quizá música no, ningún tipo de sonido. En cambio, el vehículo de emergencia emitiría una gruesa capa de ruido blanco para que incluso las hojas crujieran en silencio. Una epidemia de sordera, como si un adoquinado invisible lo hubiera aplastado todo, el ruido que haces al beber y que no te permite oír nada más.

Todos nosotros deberíamos habernos convertido en mimos. Para no ser capaces de escuchar nuestra propia respiración. Para que el lenguaje que compartíamos se extinguiera de golpe.

Cuán magnífica habría resultado toda esa colección de augurios.

Pero nuestro barrio estaba fracasando en su capacidad de expresar augurios.

¿Cómo se dice cuando las características del paisaje reflejan las situaciones de los pobres cabrones que viven en él?

Se diga como se diga, ese día no estaba vigente.

Aquel era, en cambio, un día normal para el barrio, de no haber sido por la presencia de los funcionarios de la cuarentena, blindados, acechando bajo los árboles en espera de que hubiera que poner orden.

Si tomase la salida de Sedgling en la autopista 38 y siguierais la carretera de acceso hasta que la sinagoga Beth Elohim se alzara ante vosotros, y entonces giraseis a la derecha, dejando atrás la autopista, pasaríais el anillo de panaderías y cafeterías, también la plaza mayor del pueblo con su fuente ensordecedora, antes de entrar en nuestra no tan privada urbanización, con sus casas lo suficientemente nuevas como para no resultar en absoluto especiales.

Quizá, la primera curiosidad que veríais al rodear el cerro Montrier, a la sombra de la torre de alta tensión, que en los días despejados dejaba caer una tela de oscuridad sobre las casas, los jardines y los caminos, sería un coágulo de coches aparcados al aire libre, atravesados apresuradamente sobre las cunetas, calle arriba y calle abajo, con las puertas y los maleteros abiertos, rebosantes de bolsas, y hombres y mujeres que, en caso de inspeccionarlos de cerca, te parecerían más médicamente abatidos que agitados.

Y, sin importar el empeño que le pusierais, incluso si inspeccionarais las casas armario por armario, comenzando por el ático y acabando en el sótano, lo que no veríais sería precisamente a ningún niño, y mucho menos a aquellos capaces de emitir lenguaje a través de sus no tan inocentes caras.

Tan solo adultos. Coches, maletas, lágrimas.

Probablemente se habría percibido un silencio que pretendía enmascarar algo. La ausencia de lenguaje del barrio.

Habría percheros atravesando a la carrera los parches de césped, percheros de los que colgarían estuches de líquido intravenoso confeccionados con bolsitas de plástico para sándwiches, percheros que se derrumbarían sobre la hierba mientras la gente huía en desbandada.

Enfermos, todos ellos, de algo que no tenía explicación. Aquello a lo que las noticias habían comenzado refiriéndose como «histeria», cosa que todos deseamos que fuera cierta. Si tan solo hubiera sido eso...

Y, finalmente, en el oscuro y empapado extremo de la calle Wilderleigh, una zona de limitada penetración solar, encontraríais las anémicas figuras de mi esposa, Claire, y de mí mismo, arrastrando los pies entre la casa y el coche, transportando un solo objeto en cada viaje, preparándonos para huir, mientras a Esther, nuestra única hija, gracias a Dios, no se la veía por ninguna parte.

Echad cuentas al respecto.

3

En los meses que precedieron a nuestra marcha, la mayor parte de lo que nos hacía enfermar surgió de la boca de nuestra dulce hija. Hubo cosas que dijo, hubo cosas que susurró, hubo cosas que gritó. Cosas que garabateó y que escribió y que entonces leyó en voz alta. Cosas que encontró en los libros y en el correo y que inventó también en el interior de su cabeza. Todo ello, impregnado de la escritura en cursiva que había perfeccionado en la escuela, con sus letras abombadas y los puntos sobre las íes en forma de corazón. Vocales desfiguradas que se convertían en dibujos de animales. Cada fragmento del alfabeto que escribía tenía el aspecto de una gruesa molécula hinchada de aire, a punto de estallar. Qué encantador.

La enfermedad nos inundaba al verlo, al oírlo, incluso cuando pensábamos en ello más tarde. Nos deleitábamos con aquella materia pútrida porque la había hecho nuestra hija. Nos atiborrábamos de ella y ardía en nuestro interior, se pudría, se volvía del todo repugnante.

Esther solía cantar mientras se paseaba por la casa. Su voz carecía de matices, surgía directamente de la garganta, en una frecuencia de elevado poder repelente. Era una voz con una vida media significativa y un contenido mineral nocivo, si hubiéramos podido congelarla y cristalizarla, algo que por entonces se hallaba más allá de nuestros medios y de nuestra imaginación. Si su voz se hubiera podido transformar en humo, lo hubiéramos sabido. Al oírla, te sentías completamente repelido. Farfullaba en sueños y cuando estaba despierta. Hablaba con nosotros y con otras personas, por teléfono, a través de la ventana, dentro de una bolsa. Tanto daba. Cosas agradables, cosas mezquinas, cosas estúpidas, simplemente la cháchara de una adolescente, como si fuera una guía turística a ninguna parte, acechándonos de habitación en habitación. Culpas y autocomplacencia y la narración constante de esto, y de aquello, y de lo otro de más allá, en formas retóricas de baja funcionalidad pero comunes y corrientes, en instantes de expresión no diseñados especialmente para comunicar, sino para alterar la acústica doméstica, porque ella parecía apagarse cuando no hablaba lo leía o no ejercía de algún modo como un enorme filtro de palabras.

Hablaba sin pensar, y se lo hacía a sí misma, y éramos solo nosotros los que enfermábamos.

Pero claro, pronto descubrimos que también había otros. Otros y otros y otros.

Lo que decía era amargo, y lo bebíamos sorbo a sorbo, su madre y yo, lo bebíamos a sorbos educados hasta enfermar, porque ese era el flujo de aire que imperaba en la casa, las palabras y las señas y los gritos y los escritos de nuestra hija.

Tanto da lo que creyéramos desear en aquel momento, abrazar o besar a nuestra hija, sentarnos cerca de ella, porque fueron nuestros cuerpos los que comenzaron a recular. Nos acojonamos y nos alejamos de sus palabras, mantuvimos las distancias, pero Esther achicaba la brecha y nos lo soltaba todo a la cara. Se generaba algún tipo de magnetismo. Su padre era un imán. Su madre era un imán. Cuanto más huíamos, más nos perseguía. Si nos tapábamos los oídos, ella hablaba más alto. A nuestra hija no parecía importarle quién la escuchara, y nosotros estábamos perfectamente a mano, dispuestos para solventar sus necesidades. Le hicimos frente y lo encajamos todo como padres que éramos, porque... ¿acaso no hay una famosa frase que dice: «Cágate en mí, oh, hijo mío, que yo jamás dejaré de amarte»?

Esto se lo habíamos oído decir a Thompson en la sinagoga del bosque, durante un intermedio en el que el rabino Burke permitió que las personas a su cargo accedieran a la transmisión de radio, y nos quedamos sentados en la cabaña, asintiendo, prestando un consentimiento abstracto a esa promesa. Sí, por supuesto que íbamos a amar a nuestra hija sin importar las circunstancias. Resultaba ridículo pensar de otra manera. Ridículo. Era tan sencillo mostrarse de acuerdo con lo que no era real.

La enfermedad viajaba a bordo de mi nombre, armada y lista para dispararse. «Samuel», Esther era suficientemente mayor, pensamos su madre y yo, para llamarme por mi nombre. Una pequeña nota de gracia dentro de su educación, algo que parecía haber funcionado con otra gente, y que adoptamos orgullosos como si lo hubiéramos inventado nosotros mismos. Pero Esther no se mostró impresionada ante aquel privilegio. Ladró mi nombre hasta convertirlo en un insulto, lo dijo en voz alta, en voz baja, lo tosió y me lo escupió a la cara.

En este particular habíamos pasado por alto las advertencias, las frases que nos transmitieron en nuestra sinagoga, las monótonas recomendaciones del rabino. «Y se sirvieron de sus propios nombres para asesinarlos». Del Libro de los Salmos. «Cuídate de tu nombre, pues representa el primer

veneno». Del Apocalipsis. Estas exhortaciones siempre nos habían parecido metáforas, fórmulas ilusorias surgidas de la mente de alguna persona de la antigüedad. Escaso consuelo, al final, pues no era tan solo mi nombre el que resultaba tóxico, sino completamente todos.

Llegaba con los holas y con los adioses y con cualquier pequeña cosa que ella dijera. Pero Esther no solía decir «hola». Cuando no utilizaba mi nombre, decía «Eh» y «papi». Decía «chau» y «valens» cuando salía, un lenguaje que compartía con varios de los subordinados de género indefinido, incapacitados todos ellos para el contacto visual, con los que solía rondar, y con los dedos yo forzaba una sonrisa en mi boca, por más que esta se volviera a quedar flácida en cuanto dejaba caer la mano.

El razonamiento, cuando tal cosa se antojaba posible, era simple. Mejor aguantar en pie aquellos episodios de felicidad, si eso es lo que eran, y darle a Esther un padre que no fuera un aguafiestas, que no palideciera con motivo de la charla más básica posible. Pero mi cara cada vez perdía más fuerza. Por una hija valía la pena fingir vitalidad. Una hija no debería ver tal nivel de enfermedad. «Tu hija representará tu fin», no había dicho todavía el rabino Burke. Era capaz de contestarle y era capaz de oírla, técnicamente era capaz. Podía preguntarle por la escuela, o por las riñas que la consumían, las injusticias monumentales perpetradas por sus amigas, a menudo por omisión, pero las palabras parecían extrañas, como si estuvieran hechas de madera. Tan solo extraerlas significaba un castigo para mi boca, como si estuviera arrancándome un hueso de la cabeza.

Que este veneno brotara únicamente de los niños judíos, cuando menos al principio, era algo que no teníamos motivo para pensar. Que el sufrimiento se nos presentaría de maneras cada vez más novedosas era algo que probablemente siempre habíamos sospechado.

Al principio pensamos que nos había picado algo. Que algún bicho se nos había posado sobre la espalda y se había nutrido de nosotros. A continuación, íbamos a perecer. Era septiembre, y el aire no dejaba de chorrear calor, mientras un desagradable olor a fritura flotaba sobre el jardín. Claire y yo rastreamos los pasos de nuestra letargia, de las extremidades y los cuerpos intoxicados que arrastrábamos a todas partes como si fueran sacos, hasta un viaje a la playa donde habíamos sucumbido a una siesta apresurada sobre un crujiente enrejado de algas marinas y mosquitos de arena que irremediablemente nos dejó rascándonos durante varios días.

Si las mirábamos de cerca, una salpicadura de marcas rojas se extendía por nuestras espaldas. Fragmentos de un mapa, como un tatuaje inacabado. No eran pecas ni lunares. Más bien, la confusión resultante de una picadura, de algún roedor que hubiera estado alimentándose de nosotros mientras dormíamos.

Claire se tumbó boca abajo y yo me senté a horcajadas sobre ella para examinarla, pero aquella era la manera equivocada y más triste de verla. Su trasero se aplastaba bajo mi cuerpo, como si lo hubieran despojado de sus huesos, y la generosa piel de su espalda formaba un charco sobre la cama.

Esther entró en la habitación, nos dirigió una mirada decepcionada. Le hice un gesto para que se fuera, articulé alguna regañina, con la esperanza de que Claire no descubriera que había quedado expuesta en esa posición.

—¿En serio? —dijo Esther, en voz más alta de lo que resultaba necesario—. Quiero decir que... ¿no podíais al menos cerrar la puerta?

Uno no debería observar tan de cerca la espalda de su cónyuge, no debería clavarlo de esa manera contra la cama. Aquel examen no fue acertado. Y, en cualquier caso, tampoco sabía lo que buscaba. Claire se retorció bajo mi peso, intentando esconderse de la mirada de Esther.

—Mamá no se encuentra bien —dije mientras me bajaba de ella.

—Entonces quizá deberías dejarla tranquila, papá.

—Estoy intentando ayudarla —repliqué.

—Ejem —dijo Esther sirviéndose de su cara para expresar libremente lo que pensaba al respecto.

Pero, pese a su piel inmaculada, todavía insultantemente limpia, ¿no había dormido Esther la siesta sobre el mismo nido enmarañado? Habíamos instalado nuestro campamento sobre la arena quemada, hicimos cola esperando que nos llegara el turno de zambullirnos en la porción vallada de océano. Los tres arrasamos con una bolsa de chucherías saladas, caímos entonces en uno de esos maravillosos comas playeros de media tarde, dormidos bajo el sol, con las extremidades hinchadas por el calor.

Claire tenía una explicación. Los viejos, los agotados, los caducos, eran finiquitados a mordiscos. Se iban convirtiendo en sacos chorreantes de papilla. Mientras que los jóvenes podían beber veneno hasta los posos y este no haría más que sobrecargar sus cuerpos de energía. No había forma de detenerlos.

Conversaciones, todas, procedentes del museo de los ignorantes. Nos molestaba que nuestro sentido común tuviera tan escasa tracción médica. Estaban los médicos de verdad, y luego estaban los médicos de boquilla, y luego estaba la gente como nosotros, arrastrándonos por el barro, implementando diagnósticos pueriles, esperando, a través del simple tono de voz, a través de la pose de autoridad, poder alterar definitivamente la realidad. Quizá pensábamos que el mundo en el que vivíamos podría ser conducido hacia formas más agradables simplemente gracias a nuestras palabras. Quizá seguíamos creyéndolo.

Los análisis médicos, cuando buscamos consejo, volvieron limpios, nuestros parámetros eran bajos y aburridos. Los médicos nos echaron de su consulta. No nos había mordido nada. Nos lo quitaríamos de encima cuando empeorara el tiempo y entrara el aire frío. Cuando el equipo que componía nuestros sistemas inmunitarios, tan corto de personal, se decidiera a prestar la debida atención y erigiera alguna defensa.

¿Pero quién seguía diciendo a esas alturas que el aire fresco podía ayudar en algo?

Pues los doctores Meriwit y Borger. Y el doctor Levinson. Y el doctor Harris. Y las enfermeras, y los médicos residentes en el hospital, y los consultores del turno de tarde, siempre y cuando tu médico ya lo hubiera dicho antes.

Eran diagnósticos de aficionados. Era como poner a un ciego a localizar averías. No es que tuvieran una visión retroactiva perfecta. Es que eran capaces de atravesar paredes con la mirada.

Como Murphy diría más tarde: «Estamos en temporada alta de errores».

Los diagnósticos iniciales fueron tristes y fortuitos, emitidos por expertos que no dejaban de meter baza en lo desconocido, que utilizaban sus últimos meses como usuarios del lenguaje para mostrarse espectacularmente equivocados. «Tenemos afecciones por verificar», se lamentaban las noticias.

En Wisconsin le atribuyeron el problema a los perros. Los animales corrieron con la culpa costa arriba y costa abajo. Desde Banff, casi desde todas partes, llegó la cuestión de las sustancias contaminantes, que no iba tan errada. Algo que había en el aire, algo que había en la tierra, una partícula amenazante en el agua. «Algo que había en la boca de los niños» es lo que tardaron demasiado tiempo en descubrir. Bebe menos agua, bebe más agua. Utiliza este filtro. Métete el filtro de mierda en la garganta. Deja de respirar y de escuchar durante un rato. Las víctimas se resecaban y se quedaban sin sal. La sal jugaba su papel. Pues claro que sí. Las dunas de sal desnuda comenzaron a acumularse en el Medio Oeste, fueron barridas entonces hacia el sur. Bancos y riscos y lomas. Resultaban atractivas como paisaje, si ignorabas lo que representaban. Los propios niños, su nocivo producto oral, no habían sido señalados todavía, a menos que tuvieras en cuenta el periférico dedo acusador de LeBov, cosa que muy pocos de nosotros hacíamos. Pero la gente se iba dando cuenta de que entre los enfermos no se contaba ningún crío. Nadie se preocupó de conectar los puntos con ese pasaje del Libro de las Lamentaciones que anuncia: «Y ni un solo niño sucumbió a la plaga». Un silo universitario de Arizona publicó la teoría de que se podía medir el impacto del habla, que en dosis altas producía los síntomas de la pequeña muerte, el coma de media tarde, un rictus en las piernas. Debió de tratarse de algún miembro del equipo de LeBov, que, usando un nombre falso, intentó lanzar la idea.

Antes de que todos los nombres fueran falsos. Antes de que todas las ideas hubieran sido lanzadas tan lejos que ya las habíamos perdido de vista.

Ningún personaje de importancia había comenzado aún a consultar los libros de historia, a revelar precedentes, hasta tal punto que los presagios iban a ser motivo de vergüenza. Nadie había comentado todavía que desde tiempos de Plinio existía la idea del niño que recita la palabra venenosa, que se sirve de ciertas posiciones bucales para propagar la pestilencia. En nuestras lecturas de Galeno no habíamos conectado aún sus diversas menciones a enfermedades que se originaban en la boca del niño. El cono de Herschel, siguiendo el término acuñado por Vesalio, describe el radio de pulverización del habla, el perímetro de contacto dentro del cual se vería uno expuesto a ella, y todo esto lo ignorábamos. Como también desconocíamos que en

Paracelso se observa una ruptura acústica del cono de Herschel. O que el año 1954 testimonió una exposición médica en Filadelfia que contó con la presencia de una cabaña de desintoxicación sin niños, tan solo un prototipo que nunca llegó a adoptarse. O que, al final, Plinio hizo que clavarán pantallas protectoras a las paredes de su hogar y buscó la inmortalidad prohibiendo que hubiera niños en su presencia, aunque murió a los pocos días.

Al principio, nuestros síntomas eran demasiado vagos como para darles un nombre, se podían asociar con mucha facilidad al modo en que nos sentíamos habitualmente: una ligera sedimentación en nuestros sistemas que nos llevaba a arrastrarnos por la casa y a dormir hasta tarde y a volver la cabeza cuando nos sentábamos ante la comida. Dejábamos el plato. Nos sorprendíamos mirando al infinito, se nos caía la baba de la boca. Los amigos sonreían con suficiencia. Los que no tenían hijos, apenas estaban expuestos de momento. Los viejos solitarios. Los colegas egoístas que perfeccionaban sus aficiones y atendían sus propios intereses en lugar de transformar sus vidas en lo que Claire había denominado «la tutela de los pequeños chiflados». Por un tiempo estuvieron sanos. Solo por un tiempo.

En represalia, limitamos la ingesta de bebidas alcohólicas al atardecer, dábamos paseos agresivos y realizábamos una serie de estiramientos y ejercicios que Claire había descubierto. Pero nuestras articulaciones se endurecían y nuestros músculos estaban tensos; al agacharme ya no podía respirar con normalidad. Por la noche nos hinchábamos a beber agua y dormíamos más deliberadamente, con equipos silenciadores que también bloqueaban la luz, si es que no nos despertaban las arcadas, pero cada día que pasaba nos sentíamos más anquilosados, más enfermos, más pálidos, más exhaustos ante aquello que Esther no podía dejar de hacer.

Lo siguiente fue el declive de nuestra apariencia física. El propio pelo de Claire había comenzado a parecer una peluca, como si su cuerpo se hubiera puesto a rechazarlo de golpe. Sus manos tenían la textura plástica de los maniqués, de un cuerpo pintado con alguna sustancia falsa y, a continuación, cocido. Ella nunca había usado demasiado maquillaje, pero ahora se untaba la cara con él y se paseaba lentamente por la casa con las mismas facciones apayasadas que el enterrador suele empastar sobre los cuerpos a su cargo.

Yo le dirigía una sonrisa, y era quizá demasiado amplia, porque aquel despliegue me preocupaba. Le lanzaba elogios superlativos, frases galantes que sonaban como un idioma extranjero, pero no conseguía dar con el tono adecuado. No podía arrancarme la preocupación de la voz. Cuando ella me

devolvía la mirada, lo hacía de forma desafiante, retándome a decir lo que yo de veras pensaba. Pero después dejé de hacer esas cosas.

Se fue gestando una estética de máscaras mortuorias, y se me ocurrió que quizá Claire intentaba mostrar a propósito peor aspecto del que tenía en realidad. Es algo que los enfermos suelen hacer. Uno nunca está lo suficientemente mal. Incluso los más afligidos pueden expresar su situación.

Algunas noches, Claire y yo nos abríamos paso a través del aire de la casa como si este fuera sólido, nuestros cuerpos se adherían a su vellosidad, y entonces acabábamos deteniéndonos, como si nos hubieran atrapado en el interior de una gruesa capa de engrudo.

—¿Pero qué os pasa, tíos? —estalló Esther una noche, tras levantar la mirada del libro que estaba leyendo, mientras nosotros íbamos a la deriva sobre la cena.

Esas palabras tan solo lograron que se me tensara la cara e intenté nublar, ignorar, lo que oía para poder volver a respirar.

«Nublar». Un buen término para la estratégica falta de atención que uno debía practicar cuando había niños a su alrededor.

Esto sucedía en octubre, antes de que empezara a aplicar mis apaños médicos, las intervenciones que llevé a cabo para proteger a Claire y a mí mismo. Apaños, los procedimientos que te mantendrían vivo, en general, anotados a partir de las instrucciones que habíamos recibido en la sinagoga-cabaña, cuando llegara el momento de tomar las riendas del asunto.

Aún no habíamos instalado en las estanterías los minialtavoces que bombearían hacia la habitación una sutil oleada de siseos, esa barrera acústica personalizada que fracasaría en su intento por camuflar el lenguaje de Esther.

En el pueblo, en el punto óptimo de nuestro país, éramos como oscuros pedazos de carne que se movían a través del plasma. Pasados mil años, quizá, nuestros descendientes evolucionarían hasta convertirse en criaturas con un bocado de entendimiento en su centro neurálgico, una cierta perspicacia para desenmarañar su retorcido dilema, pero entonces, en aquel momento de nuestra poco evolucionada historia, no habíamos sido bendecidos con la habilidad para poder diagnosticar aquel estado marchito y exhausto.

Avanzábamos a tientas y, si se daba una situación de riesgo, nos zambullíamos en ella a tal profundidad que acabábamos embadurnados hasta el cuello con el mismo producto, aquella pasta grasienta, que nos asesinaba lentamente.

«Estamos cansados», nos decíamos, que era como decir que seguíamos vivos. Pues claro que estábamos cansados, ¿quién no lo estaba? Dormir es la

última moda, admitió Claire, echándose el pelo hacia atrás para revelar la confusa acuarela que se había pintado encima. Aún no nos preocupábamos. No permitas que tus hijos te vean preocupado: era una de las reglas que seguíamos, porque, en nuestras manos, la exhibición pública de sentimientos no estaba regulada. Claire y yo teníamos una manera de sonreírnos animosamente, el uno al otro, en virtud de la cual la admisión de la enfermedad sería perseguida y castigada. Invocaríamos una culpa mayúscula. Nuestro matrimonio, entre otras cosas, había vetado los alegatos de debilidad.

—Lo siento, cariño —le dije a Esther—. Estamos bien. Quizá deberíamos irnos a la cama temprano esta noche, eso es todo.

Dicho en forma de orden sutil por parte de un padre ceniciento al resto de su familia.

Para entonces, Esther ya había devuelto la atención al libro y lo leía con una superioridad evidente que sugería que aquella historia de aventuras, o lo que fuera que estuviera leyendo, se encontraba tan por debajo de ella que apenas podía mantenerla ante sus ojos, lenguaje idiota impreso en papel por un grupo de tarados. Y entonces, cuando la comida estaba ya fría y reseca, después de que la conversación hubiera expirado, le oímos comentar con el más desnudo de los murmullos:

—Si empezamos a irnos a la cama un poco más pronto, ya no hará falta que nos levantemos.

Los síntomas empeoraron. En Forsythe, uno de los laboratorios de investigación médica, alguien lo definió como un virus que amenazaba a los viejos, a los débiles. «Una amenaza para los seres vivos», podría haber dicho también. Era como si a Claire y a mí nos hubieran bañado en ceniza. Ella olía a agrio y, dada la distancia que mantenía entre nosotros, yo tampoco debía de oler demasiado bien.

Algo se derramaba por mis piernas al toser, al respirar con demasiado empeño. Algo que tenía la tibieza y la lentitud de la sangre.

Pronto, los comportamientos más básicos se volvieron trabajosos. Caminar representaba un esfuerzo. Vestirse representaba un esfuerzo. Desvestirse representaba un esfuerzo. Orinar, beber, acicalarse, olvídalo.

A falta de un diagnóstico oficial, intentamos dar con soluciones domésticas al problema, y lo primero que hicimos fue redactar en la pizarra blanca las explicaciones más seguras. Quizá no se tratara tanto de una enfermedad como del hecho de que nos estábamos haciendo viejos. De todas

formas, ¿quién sabía lo que se suponía que debíamos sentir? Evaluamos los cuidados que teníamos que prestarnos y realizamos gráficos de nuestras tomas. Por principio, pasamos a comer mejor. ¿Se suponía que uno debía mantener una nutrición perfecta o de otro modo caería enfermo? Comenzamos cenando frutos secos y verduras y aceites saludables. Platos de sólido pescado blanco cuya piel cocinábamos en una sartén brillante, esparciéndole esquiras de sal por encima. Un puñado de ensalada como acompañamiento. De postre, un sorbete o una pieza de fruta fresca y crujiente.

Pero ya no. Al metérmela en la boca, la comida se partía en pedazos de podredumbre. Me daba la sensación de estar masticando piel, quizá la mía propia. A menudo escupía y devolvía al plato bocados de aspecto penoso y, si me daba por comer algo, esperaba a que Claire y Esther se hubieran dormido, me colaba en la cocina y me dedicaba a chupar un trapo empapado en zumo de manzana, porque al estar frío me ofrecía algo de alivio.

El viaje semanal a la sinagoga, la caminata por el bosque de cada jueves, lo hacíamos de memoria, resultaba robótico, eso cuando íbamos. Hasta octubre escuchamos solo los servicios habituales, los sermones del rabino Burke iluminados por emisiones ocasionales de las fábulas de Esopo. Nos sentábamos en la sinagoga aturridos y exhaustos, no asimilábamos nada, y apenas lográbamos atravesar el bosque de vuelta a casa antes de desplomarnos.

Claire y yo comenzamos a cedernos el paso el uno al otro, las pequeñas muestras de cortesía que uno tiene para con un enfermo. Amplias distancias en el pasillo y fronteras bien delimitadas y respetadas en la cama. Dormíamos en nuestro propio carril, no visitábamos al otro durante la noche, ni siquiera para darle un abrazo asexuado, ni siquiera para aplacar sus inseguridades, para descubrir qué confort dejaba de haber en la fría estructura de la otra persona. Para acomodarse a este tipo de tareas surgieron nuevas habilidades. Podía darme la vuelta sin violar el lado de la cama de Claire. Uno quiere mantener su espacio cuando se siente de ese modo. Incluso nuestros besos funcionales —el de buenas noches y, menos a menudo, el de buenos días— eran ofrecidos de forma seca y a distancia, con los rostros haciendo frente al espacio infectado, los cuerpos en ángulos divergentes, como si se opusieran inclinados a una ventolera terrible. Nos duchábamos y nos bañábamos y nos remoábamos en sales por separado, nos enjuagábamos con sustancias astringentes, buscábamos sumisos toda forma de higiene a nuestro alcance,

pero alguna mancha no acababa de desaparecer, y yo estaba lo suficientemente versado en la descomposición, la corrupción y la putrefacción —todos tenemos nuestras especialidades— para saber que aquellos hedores nuestros no procedían de los aceites de la piel ni de la tolerable fetidez del sudor.

Cuando Esther picaba a la puerta del baño y gritaba algo tan simple como «¡Date prisa!», esas dos únicas palabras hacían que se me contrajera la garganta. Me caía de rodillas, de golpe me quedaba sin aliento.

Los indicios se acumulaban, pero era como si yo hubiera hecho un pacto contra cualquier forma de perspicacia, me negaba a nombrar el veneno. Esther no tenía tales inhibiciones. Esther lo sabía, lo supo de forma tan precoz como casi todo el mundo menos nosotros. Quizá pensara que era aquello que decía lo que nos hacía daño: las palabras concretas en su feroz especificidad, como si su significado mismo hubiera tenido alguna vez ese tipo de poder. Pero podría habernos cantado canciones de amor, podría habernos arrullado con melodías llenas de afecto, y hubiera dado lo mismo. El efecto hubiera sido idéntico. Por entonces, quizá como siempre, los significados carecían de importancia.

Necesitaba que Esther se mantuviera en completo silencio. Cuando la miraba —aquella chica joven rebozada en un caparazón de salud indestructible—, lo hacía con un afán puramente científico. Tenía una necesidad de carácter técnico, profesional, no personal, o por supuesto que era personal, joder. Necesitaba que mi hija desapareciera de mi vista. Si se me hubiera concedido un deseo, habría deseado que se evaporara.

La doctora Moriphe, cuando regresamos a su consulta, nos realizó análisis de sangre, paneles metabólicos, pruebas de la función tiroidea, un VSG y un PCR. A Claire la hicieron girar dentro de un cilindro que zumbaba y producía golpes secos, mientras una imagen del azul del espacio exterior parpadeaba en la pantalla, su cuerpo rasterizado en una galaxia de puntos y manchas negruzcas.

No hay nada por lo que preocuparse, nos informó la doctora.

Nada que tu mente diminuta pueda concebir, pensé.

Chupé un trozo de algodón, escupí en una jarra, meé en una taza. Me sondaron el trasero y, como un niño pequeño, lancé una risita. No llegó ningún resultado concluyente, simplemente los datos propios de la

mortalidad, los números habituales, unos niveles que no invitaban a la preocupación.

En la sala de espera, nuestros vecinos se miraban fijamente el regazo empapado de orina, invasora de su propia ropa. A algunos, el dolor los había traído descamisados. Fuera, en el aparcamiento, la gente cogía frío en el interior de sus coches, a veces ni siquiera salían de ellos. Alguna ambulancia ocasional se detenía en nuestro bloque, se quedaba allí un rato demasiado largo, finalmente se alejaba, extrañamente tranquila, con las luces dando vueltas en un silencio fúnebre.

Más adelante, la doctora Moriphe cayó, si no enferma, por lo menos ligeramente afectada. Los médicos y quienes los rodean emplean un vocabulario diferente para sus propias debilidades físicas. Me llamaban desde su despacho en el último momento para cancelar cada una de nuestras citas. Ella tampoco se encontraba demasiado bien. No se sentía con fuerzas para ir a trabajar, decían. ¿Le gustaría que le recibiera otro doctor?, quisieron saber.

Ya había visto a alguien más. Ese alguien más era un idiota.

—¿La doctora tiene hijos? —pregunté.

Cuán espléndidamente larga, la pausa que siguió.

No podían proporcionarme esa información. Podemos transmitirle su mensaje si así lo desea, me ofrecieron con su mejor y más profesional tono de voz. Y yo contesté que desde luego, sí, por favor. Que le transmitieran mi mensaje.

Entonces llegó la prórroga de noviembre, una fase de recuperación dulcemente crédula que alimentamos con grandes dosis de negación.

Pero en Wisconsin habían aparecido los primeros adoptadores. Una endemoniada cepa de adultos sin hijos que consumían el lenguaje tóxico a propósito, como si fuera una droga, y se destruían a sí mismos bajo la inundación del habla infantil. Asaltaban áreas con una alta concentración de niños, caían borrachos en el interior del radio de sonoridad. Arrimaban sus cuerpos a las rejas de los parques, donde las nubes de voz soplaban con fuerza suficiente como para desencadenar una reacción, y compartían otros puntos de exposición entre sí a través de mensajes codificados. Luego, estas personas aparecían desecadas en parques, en medio de la carretera, endureciéndose en el suelo de sus domicilios. Los encontraban con las mismas caras ligeramente reducidas que comenzaríamos a ver de forma rutinaria en las víctimas, unas cuantas semanas más tarde.

Bancos de sal soplaban desde el oeste, en dirección al mar, dejando a su espalda calles blanqueadas, árboles corroídos hasta la pulpa. Quizá se tratara simplemente de una coincidencia. A veces había que conducir a ciegas y, en las autopistas, instalaron mástiles con aventadores que despejaban el camino.

Pero, en casa, Claire despertó una mañana y afirmó que estábamos curados.

Esther se había marchado al campamento hípico, de colonias escolares de otoño. Se había ido a la granja Level Falls, un destino con tarifas de cuatro cifras que prometía la proximidad de los caballos y los expertos que los criaban. Dinero manchado de sangre que abonamos para detener el flujo de sus exigencias durante algunos segundos. Dinero que pagamos a su escuela, a la que ya pagábamos de por sí, para que se la llevaran durante un rato y así poder respirar.

En ese momento, Esther estaría probablemente cabalgando, calzada con las bailarinas de las que se negaba a desprenderse por nada del mundo, aunque tuviera que atravesar con ellas un prado lleno de mierda. O estaría arrastrando una silla de montar hacia el establo, o esperaría de pie con gesto displicente a que alguien acabara de explicarle con todo lujo de detalles algo

que ella ya sabía. En casa, echaba chispas cuando alguien comentaba algo que ella daba ya por sentado. Estaba de más anunciar cualquier hecho objetivo. Esther se oponía a las repeticiones, se oponía a las obviedades, mostraba resistencia ante cualquier cosa que pudiera parecerse a un enunciado didáctico, a una recomendación, a una frase que contuviera, si bien educadamente, alguna información nueva. Todo esto se hallaba fuera de nuestro alcance, a menos que quisiéramos vernos abrasados por su irascibilidad. Me pregunto cómo lo ocultaría en el mundo exterior. Con los extraños es posible que lograra adoptar un nivel de control que nosotros nunca llegamos a ver. O eso esperaba.

Quizá, mientras su madre y yo permanecíamos dentro de casa creyendo que habíamos comenzado a mejorar, Esther estaba sentada tranquilamente en su habitación de la granja, frente a un espejo, ajustándose el cuello de la camisa para que su cabeza no pareciera, en sus propias palabras, «una tubería», lo cual representaba una de sus grandes preocupaciones, un lamento que solía compartir rabiosa con nosotros y que nunca, pero nunca jamás se solucionaría, porque era culpa nuestra. Nosotros habíamos construido ese cuerpo suyo, lo habíamos moldeado. Y lo habíamos hecho a propósito, por despecho, para que no dejara de ser la rarita, para asegurarnos de que fuera diferente. ¿O no había sido así? Dijo que seguramente estábamos «contentos» de que hubiera salido de ese modo. Ah, es probable. En casa combatíamos la tubería que era la cabeza de Esther, a diario, con cuellos altos, bufandas, jerséis de cisne. Interminables estrategias de tela que esculpíamos alrededor de su cuello. Aunque nosotros mismos fracasábamos a la hora de percibir el problema, logramos que su cabeza pareciera más redonda consiguiéndole unas gafas anchas, sin graduación. Con ello engañábamos al ojo, hacíamos que tuviera el aspecto de algo que ciertamente no era. Y esto incluso la calmaba, permitía que pasara a ocuparse de otros problemas dentro de ese gran proyecto de repartimiento de culpas —las nuestras, las ajenas, las del mundo entero— que nuestra pequeña nunca llegaría a completar.

Con Esther al norte del estado, sumábamos ya cuatro días de no-exposición.

—Creo que me siento mejor —anunció Claire, aunque sonaba difuminada—. Definitivamente, me lo estoy quitando de encima.

Dijo la moribunda, pensé yo. Era remotamente posible que tuviera razón, con lo cual no quiero decir que Claire fuera incapaz de realizar un diagnóstico objetivo, sino que a veces padecía arrebatos de pensamiento positivo.

Para probar su vigor, Claire me acorraló, sexualmente, y realizó una intrusión física. En busca, parecería, de alguien sobre quien vaciarse. Pero mi cuerpo, vestido con el pijama y empapado en sudor, con la cantidad de sangre suficiente para impulsar solo algunos de sus miembros, se negó a cooperar. Sus labios se arrastraron por mi espalda como una garra pequeña e irregular.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Había algo forzado en la manera en que seguía frotándose contra mí, como si quisiera llegar hasta el hueso.

El aliento de Claire me empañaba la piel y su voz golpeaba contra mi cuello, hablaba tan cerca de mi cuerpo que solo producía un galimatías de sonidos. Esto debería haber resultado agradable, pero algo amargo se cernía sobre nosotros.

—¿Quieres?

—¿Ahora? —dije a modo de evasiva.

—Podríamos hacerlo —contestó, y su mano descendió de golpe, encontró mi frialdad, la agarró con fuerza.

No hubo ninguna reacción. Rodé para quedar fuera de su alcance. Claire nunca me hacía proposiciones eróticas, lo cual resultaba comprensible de por sí. A la hora de afanarse por obtener su granito de placer, un matrimonio no debería requerir del uso del lenguaje. Pero ella nunca se ocupaba de desprenderse de la ropa interior, de la mía o de la suya, ni iba a por los aceites lubricantes, ni a por la toalla. Supongo que se pensaba que era responsabilidad del hombre, o quizá solo mía. Ella lanzaba indicios y esperaba que yo los siguiera, pero a menudo yo hacía lo contrario. A veces me mostraba ciego a los indicios un poco a posta.

En este caso, yo tenía la esperanza de esperar hasta el jueves, cuando estaríamos en la sinagoga del bosque, los dos solos, tras el final de la emisión. En la cabaña, con el aire frío entrando a raudales y la radio chisporroteando de fondo, sería más sencillo rendirse a lo que, en ocasiones, si teníamos una suerte excepcional, no resultaba tan terrible.

Claire volvió a por mí, tiró con demasiada fuerza, y yo tragué un poco de bilis. Esa parte de ella en el lugar equivocado de mí me provocaba sensaciones ásperas y descarnadas. En el aire había un olor terrible, posiblemente el mío propio, y tenía la ingle fría. Parecía que aquello que ella agarraba tan ferozmente se acabaría desprendiendo de mi cuerpo y se quedaría en el interior de su mano.

Intenté mirar a Claire, pero su cara estaba demasiado cerca de la mía.

—¿Probamos más tarde? —le dije, intentando esconder la disculpa en mi voz.

Le vendí el farol con la expresión más despreocupada que pude componer. Era importante que no se sintiera rechazada. Constaté, también, que el deseo sexual súbito y atípico, con indicadores predatorios, era un síntoma evidente. Pero de qué, no estaba seguro.

—Es que me siento tan feliz —dijo Claire, y su abrazo se volvió cómodo, seguro.

¿Acaso yo no me sentía feliz?, quiso saber. ¿No lo estaba?

Llevábamos días sin salir de casa. No nos habíamos vestido, no habíamos hecho más que pasarnos algo de agua fría por la boca, sorber un poco de sopa, quizá someternos al burdo cepillado corporal con el que nos obsequiábamos el uno al otro a la hora de dormir. Pero, últimamente, la hora de dormir parecía durar todo el día y, puesto que hoy, «en la ausencia de contagio», nos descubríamos moviéndonos con mayor rapidez y de repente vestidos como para salir, nos metimos en el coche con una manta negra y nos fuimos a hacer un picnic a nuestro lugar habitual, allí, en Tower Ledge.

Cuando llegamos, el prado estaba tranquilo, completamente vacío de niños. Algunas parejas mayores, envueltas en parkas y mantas de acampada, se arrimaban con su pan y su mermelada. Todas sufrían de reducción facial; intenté no mirarlas fijamente. Pero a la gente con facciones contraídas parecía acabárseles el tiempo. Era como si se hallaran en sus lechos de muerte. Un respirador artificial resoplaba sobre una alfombrilla, el líquido se agitaba en el interior del tanque. Bajo un único mantón, dos mujeres compartían la misma máscara, se la pasaban la una a la otra sin molestarse por secarla después de cada uso.

Como de costumbre, algunas familias habían tirado cables desde los coches para alimentar sus calefactores portátiles, lo que hacía que el aire sobre el prado se mostrara trémulo. Uno podía atravesar allí bolsas de calor que parecían haber brotado de un agujero en la tierra.

Nadie cantaba y, si se hablaba, era mediante susurros a un nivel demasiado bajo como para que pudieran ser codificados. La gente tarareaba en tono reservado, sucumbía a ataques de tos al fallarles el aliento. Cuando Claire y yo atravesamos la hierba en busca de un área seca en la que poder instalarnos, rodeando los montones de gente desplomada, provocamos pequeñas y súbitas oleadas de silencio entre aquellos con quienes nos cruzábamos. Nadie deseaba ser escuchado.

Pero yo tampoco quería conocer los secretos de aquellos extraños. No creía que fuera capaz de soportarlos.

Las mesas de picnic, por lo general hasta los topes de bandejas de alimentos comunitarios, estaban vacías y solo contenían los restos arrugados de rollos de gasa y de otros suministros médicos. Por el suelo descansaban correas de pulsera y tubos amarillos machacados. Algún tipo de fluido había dejado manchurrones sobre la hierba al secarse y oscurecerse. Aquello parecía el paisaje que había dejado una operación quirúrgica al aire libre.

En el extremo umbrío del prado, donde se había instalado la pista de arena, no había perritos corriendo arriba y abajo, levantando ventiscas de polvo. No se veía una sola mascota por ninguna parte. Ni perros, ni niños.

Nadie lanzaba cohetes hacia el bosque desde los chamuscados bloques de cemento. La barbacoa pública no se había limpiado desde la última vez, y esa última vez parecía haber sucedido hacía bastante tiempo. Un montículo de ascuas se derramaba más allá del borde del foso y la barra de asar estaba sucia con la piel de lo que debió de ser la última pieza de carne allí cocinada.

El prado solía estar tan lleno de gente que las mantas familiares colindaban unas con otras hasta que la hierba quedaba cubierta por un inmenso tapete de lana negra. Pero hoy nuestras mantas estaban desperdigadas, demasiado escasas como para que llegaran a tocarse, y nos sentábamos en ellas como en balsas tan distantes que quedaban lejos del alcance auditivo de nadie.

—Supongo que hace un poco de frío —sugerí a modo de teoría.

Claire no me secundó. Sabía que no era eso. Habíamos estado allí en condiciones climáticas mucho peores y, aun así, el prado estaba a reventar de familias. En la nevada del año anterior, habíamos extendido la manta sobre la hierba helada. Alguien encendió una hoguera dentro de un viejo pulmón artificial, que se calentó tanto que hasta brillaba. Cuando el sol se puso al final de la tarde, algunos de los ancianos comenzaron a lanzar con una honda bolas endurecidas de alpiste que rasgaban el cielo y que en ocasiones se veían interceptadas, con una explosión de polvo, por los gorrones calvos que vigilaban desde los árboles y salían disparados al ver algo de comida.

No era un día tan agradable y la enfermedad se extendía por el prado, pero decidimos quedarnos. A fin de cuentas, habíamos ido hasta allí y los dos aborrecíamos la idea de regresar a una casa que olería a los rastros de nuestra propia corrupción. Esther volvería esa misma noche, así que entonces, durante el rato que pasaríamos en aquel prado, podíamos disfrutar de nuestra

recuperación al aire libre, con un grupo de gente del que casi formábamos parte.

Los picnics no eran un acto exclusivo para los judíos de nuestro barrio, para los de Bayside y Fort Wine, pero se habían ido decantando hacia esa situación. Constituíamos una comunidad unida por el acuerdo que nos llevaba a pastar en el mismo prado y a disfrutar de vernos los unos a los otros, pero no había necesidad de que esto fuera más allá.

Llevábamos a nuestros hijos a aquellos picnics como sucedáneos de otros actos sociales, y los niños parecían coagularse entre sí de una forma violenta y anónima, pese a que los adultos prefirieran arrebujarse dentro de sus propios campos de fuerza y solo se saludaran con un «hola».

«Hola» era la palabra perfecta. Iniciaba y concluía cualquier forma de contacto, nos conducía a una habitación privada desde la cual podíamos disfrutar del resto de la gente como si fuera una abstracción propia de un libro de texto, sin la carga que representaba la intimidad.

Los niños devoraban su comida y entonces se ponían a correr por el sendero que iba a morir contra un muro de árboles. Bueno, eso los niños de los demás. Solíamos llevar a Esther a los picnics, pero ella no se separaba de nosotros y se iba enfurruñando, erigía así una pesadumbre que de algún modo manchaba nuestras manos de sangre, como si nosotros diseñáramos sus estados de ánimo en un laboratorio y la obligáramos a alimentarse de ellos cada día, sin darle más opción que exhibir aquellos sentimientos de nuestra propia autoría. La mayor parte de los niños formaban una jauría itinerante, se movían por allí como una de esas bandadas de pájaros que parecen compartir un único y frenético cerebro.

Claire y yo estudiábamos a los niños intentando identificar a chicas de la edad de Esther como objetivos potenciales de amistad.

—Me gustan los zapatos que lleva esa chica —decía yo, y Esther ni siquiera la miraba, me decía simplemente que debía ir a hablar con ella si tanto me gustaban sus zapatos.

—¿Así es como capturaste a mamá? ¿Echándole piropos a sus zapatos?

—Yo no capturé a tu madre —le dije.

—Todavía no —contestó con una sonrisa de suficiencia.

Los chavales se acercaban a Esther y la invitaban a jugar, pero ella los rechazaba educadamente, alegando estar fatigada. O decía: «No, gracias, es que casi nunca puedo pasar tiempo con mis padres», colocando la cabeza

sobre el regazo de su madre. Claire aceptaba la muestra de afecto, independientemente de sus intenciones ocultas, y le acariciaba el pelo con cuidado, para no llevar las cosas demasiado lejos.

El año anterior, una niña alta y delgaducha invadió nuestra manta y preguntó, con la entonación de manual propia de un segundo idioma, si Esther quería ir con ella a ver una cosa. La chica sonreía con complicidad, como para sugerir que los idiotas de los padres de Esther no tenían ni idea de lo genial que era aquello que quería invitarla a ver. Los padres eran criaturas de mente ruinosa e insensata, así que cómo cabía esperar de ellos que supieran apreciar las maravillas de los bosques del valle Monasterio. ¿Qué era lo que habían encontrado, un cubo lleno de genitales frescos y aceitosos? Cuando Esther rechazó la propuesta, sin llegar a parecer intrigada en lo más mínimo, la chica salió corriendo y no tardó en verse absorbida por una nube de niños que se zambullían colina abajo entre chillidos.

—Cariño, me ha parecido una chica agradable —dijo Claire.

—¿Por qué? ¿Porque ha hecho una pregunta? ¿Eso la hace agradable? Tienes el nivel de exigencia muy bajo, mamá.

—Bueno, porque te estaba invitando a participar, y eso es agradable. Ha hecho un esfuerzo por incluirte.

—Entonces, si intento coaccionar a alguien para que haga algo que no desea hacer, ¿también considerarás que estoy siendo agradable?

Tal era la lógica de Esther. Así de formidable.

—Tíos, vosotros dos no os largaríais a correr con una panda de extraños —prosiguió Esther—, así que ¿por qué debería hacerlo yo?

—Porque es divertido —me arriesgué a decir, preparándome para su respuesta.

—Papá, ¿puedes señalar algún momento de tu vida en el que de repente te pusieras a correr con un grupo de gente a la que no conocías, pegando gritos y soltando carcajadas, simplemente porque tenían tu misma edad?

Miré hacia el suelo, con la esperanza de que Esther bajara la voz. Pero era verdad, no se me ocurría una sola vez.

—Supongo que se trata de algo que uno deja de hacer cuando se hace mayor —admití.

Esther me miró con tanta dureza que no pude soportarlo.

—Entonces ¿a cuento de qué yo no puedo seguir tu ejemplo y, para comenzar, no tomar parte en ese tipo de prácticas? No soy un animal. No voy siguiendo a la gente simplemente porque me gusta el olor de su culo.

Probablemente suspiré. Sin duda expresé mi decepción sin palabras. Siempre me sorprendían los momentos en que, en vez de rebajarme al nivel de Esther, hacía un agujero para situarme por debajo de ella, respondiendo a su lógica mortal con mi artillería sublingual. Ella observó mi pequeña actuación, los códigos faciales que emití inútilmente. Vi que se esforzaba por no sentir pena hacia mí.

—Este picnic iría mejor —dijo Esther, como si de veras intentara solucionar lo que había ido mal— si vosotros dos renunciarais a vuestras ansias por controlarme.

—Entonces ¿cómo nos divertiríamos? —murmuré.

A veces, Esther apreciaba ese tipo de réplicas. Ese día no.

Estábamos sentados sobre la manta negra, rodeados por otros padres, algunos de los cuales exageraban sus esfuerzos por mostrar que no seguían nuestra conversación. En su mayoría habían dejado de hablar, con la mirada perdida en el vacío, como si alguna amenaza transmitida por el viento los hubiera dejado paralizados.

—Yo creo que el picnic ha salido perfecto —anunció Claire—. Me lo estoy pasando de fábula. En serio.

La expresión «en serio» aparecía de vez en cuando en las conversaciones familiares de ese tipo. Todos nos aferrábamos a ella. Por lo general, implicaba que ni nosotros mismos nos creíamos lo que habíamos dicho.

Era evidente que Claire se esforzaba por creerse sus propias palabras. Quizá ella creyera que una voz en *off* convencería al público. Tenía la fantástica capacidad de ocultar cualquier evidencia de haber percibido nuestros respectivos estados de ánimo porque, al ignorarlos, esos estados de ánimo quizá se desvanecerían. Y es cierto que su indiferencia hacia nuestra desmoralización a veces tenía un efecto curativo.

Era como si Esther hubiera estado analizando nuestra discusión para hacer un trabajo de clase. Su rostro carecía de toda expresión. Había esquivado otra amistad y quizá, en su mundo —con su contabilidad de nueva generación—, aquello equivalía a sumar un tanto, representaba un nuevo éxito.

De lejos nos llegó un espantoso estallido de risas infantiles, pero nosotros nos quedamos en silencio sobre la manta.

En ausencia de Esther, intentamos no molestar a nuestros escasos vecinos de prado, observándolos. A nadie le gusta que le vean dormido con la boca resquebrajada y sanguinolenta. El respirador artificial resoplaba y el viento

nos hacía llegar olas de calor seco procedentes de los calefactores. En la manta más cercana, una pareja sin pelo dormía ruidosamente, el rostro de la mujer estaba anulado por una brillante máscara blanca de hospital.

Comimos y descansamos y hablamos un poco. Claire insistió en que se encontraba bien. Yo ansiaba creerla, pero sentía el miedo en las profundidades de mi cuerpo. Quizá eso no significara nada. Podía experimentar una sensación así en momentos equivocados, cuando las cosas iban bien, mientras dormía e incluso al reírme. Eran arrebatos de temor que había aprendido a ignorar. Al final, cuando no hay nada que se pueda hacer al respecto, uno tiene que dejar de prestar atención a sus sentimientos. Quería decirle a Claire que tenía miedo, pero podría tratarse de una de esas observaciones que acaban generando problemas.

Claire se metió unas galletas en la boca y las movió de un lado al otro con la lengua, como si tuvieran hueso.

Yo hubiera deseado creer en su recuperación, pero era imposible ignorar la evidencia. Sobre la manta, Claire parecía uno de esos pacientes terminales a los que dejan salir del hospital para que vayan de excursión a su restaurante favorito o a un partido de béisbol. Una salida piadosa. Su aspecto era delgado y pálido, y, al sonreír, algo oscuro brillaba en el interior de su boca.

No pretendía oponerme a lo que Claire dijera sobre sí misma, tampoco discutir para hacerla cambiar de opinión, así que no comenté nada acerca de los moretones de sus manos, ni sobre la mancha de sangre reseca que tenía en la oreja. Pero me acerqué a ella y sentí lo pequeña que era; incluso a través del abrigo, podía notar la alargada jaula que conformaban los huesos de mi esposa. Cuando la abracé, con toda esa gente enferma esparcida por el prado, sentí el oleaje superficial de su aliento, y se me antojó una especie de fuelle que yo mismo podría controlar, abriéndolo y cerrándolo al aire del mundo. Pensé que, si la abrazaba, me aseguraría de que iba a continuar respirando para siempre. La estrujaría un poquito, solo eso, y, al liberarla, el dulce aire se precipitaría a su interior y la haría revivir.

La radio portátil que llevábamos informó de los resultados de los análisis, que señalaban a los niños como responsables. Se usó la palabra «portador». No se usó la palabra «judío». La discusión se vio ceñida por el vocabulario propio de la infección viral. No había motivos de alarma porque la crisis parecía ser «de naturaleza genética», problemática solo para «ciertas personas», fueran estas quienes fuesen.

Probablemente, era solo contagiosa en un radio de acción muy concreto.

«Alergia» es una palabra demasiado amplia, comentó uno de los expertos del boletín informativo. Por supuesto, hasta cierto grado, todos somos alérgicos a todo. Pero reaccionamos a diferente velocidad, y, a veces, con una lentitud tal que jamás llegamos a experimentar ningún síntoma.

Me imaginé a mí mismo rompiendo en pedazos las credenciales de aquel tipo, enterrándolo en un agujero.

«A medida que nuestras herramientas de detección van mejorando, somos capaces de reconocer más síntomas».

Llegados a este punto, si uno creía «hallarse dentro de esa categoría», no sería una idea demasiado terrible llevar al niño a que le hicieran unas pruebas.

Cuando comenzaron a enumerar nombres de condados, apagué la radio.

El día cayó por su propio peso, entre pequeñas erupciones de cháchara, hasta que el aire se enfrió a la hora prevista. El sol parecía a punto de caerse. Nuestros vecinos se fueron yendo, ayudándose entre sí y dibujando una línea lenta y titubeante que se alejaba del prado, hasta dejarnos solos a Claire y a mí.

Eso era lo que queríamos. Por lo general, esperábamos hasta el final de la tarde, cuando ya todo el mundo se había ido, para disfrutar en soledad de los últimos minutos de luz.

En la loma más alta del extremo sur del prado, pasada la barbacoa, una zona por lo general repleta de excursionistas, la cornisa abría su horizonte a la maraña de árboles y nos permitió intuir la localización de nuestra sinagoga del bosque, una cabaña para dos personas escondida en el interior de la espesura.

Si nuestra cabaña hubiera dispuesto de una antena, quizá habría asomado por encima de los árboles y nos habría servido como punto de referencia. Quizá, en un día como ese, mirando desde lo alto del prado, la veríamos centellear entre los árboles. Pero nuestra cabaña no tenía antena, así que desde allí jamás podríamos ver su estructura, y todavía menos el sendero que enfilábamos cada jueves a partir del lecho del riachuelo para llegar hasta ella. Desde lo alto no se veían más que árboles. Desde lo alto no podías estar seguro de la existencia de nuestra sinagoga. A veces, cuando estábamos dentro, mientras el sermón del rabino Burke brotaba de la extraña radio, sentía lo mismo.

Claire y yo nos quedamos cogidos de la mano mientras oscurecía, sin decirnos nada. El silencio era una regla de la sinagoga, algo a lo que nos habíamos comprometido bajo juramento cuando nos afiliamos a ella. No comentábamos lo que oíamos allí, como tampoco comentábamos nada sobre la propia cabaña. Incluso mientras la observábamos desde esa elevación del terreno permanecemos, por mandato, callados.

Pero yo no hubiera podido vivirlo de ninguna otra manera. Aquel silencio obligado representaba un alivio. Puesto que cualquier conversación estaba prohibida, no podíamos disentir, no podíamos distorsionar mutuamente lo que habíamos escuchado durante el servicio. No había nada que debatir, nada que decir, y podíamos compartir una experiencia que jamás se vería malograda por el habla.

Mientras recorríamos el sendero de regreso al coche, pasamos junto a algunas personas reunidas en el bosque cuyas voces se retorcían en medio de una disputa. Un hombre sollozaba y una mujer parecía reprenderle entre susurros. Normalmente, cuando una pareja discutía de ese modo, Claire y yo bajábamos la cabeza y nos apresurábamos a dejarlos atrás, y acto seguido nos felicitábamos por llevarnos tan bien. ¡Nunca nos pelearíamos de ese modo! ¡En público! ¡Estábamos por encima de esas cosas!

Pero aquello no parecía una discusión doméstica.

A través de los árboles vi, sentados sobre la hierba, a un hombre y una mujer a quienes reconocí de otros picnics. Tenían dos hijos que no me gustaban demasiado, unos niños que se zurraban entre sí y se caían al suelo tan a menudo que parecían inmunes al dolor, y probablemente también a otros sentimientos más elevados. Pero no había señal de los críos, allí solo estaban los padres.

Y, de pie a su lado, había un hombre corpulento y pelirrojo que iba vestido con un chándal. No se trataba de uno de los habituales del prado. No le conocía.

—¿Va todo bien? —grité hacia los árboles.

La pareja no respondió, pero sus susurros ganaron en intensidad.

—Sí, estamos bien —respondió finalmente el pelirrojo alto y, cuando el hombre gimió, me pareció que le chistaba para hacerle callar.

¿Eso les incluye a todos?, es lo que no pregunté.

El pelirrojo miró en nuestra dirección, intuyéndonos, inclinó el cuerpo para obtener un mejor ángulo de visión entre los árboles, pero no creo que

pudiera vernos.

Claire me tiró del brazo.

—Venga —dijo—, vámonos de aquí.

Cada vez había menos luz y hacía más frío, y Claire y yo estábamos demasiado cansados después de haber pasado tanto tiempo fuera. Ella volvió a tirar de mí e hizo ademán de bajar la colina con una expresión suplicante.

—Quizá debería llamar a alguien —le susurré a Claire, atrayéndola hacia mí.

Pero el pelirrojo debió de oírme.

—Ya hemos llamado, están de camino. Todo está bajo control.

No nos miró. Parecía más bien como si quisiera evitar que yo viera a los otros dos. Si hubiera podido inspeccionarlos, ¿habría descubierto en ellos la reducción facial?, ¿habría encontrado una callosidad volviéndose cada vez más dura bajo sus lenguas? ¿Habría visto una mancha amarilla en sus ojos?

Claire empezó a bajar por la ladera sin esperarme, dijo que nos veríamos en el coche.

El pelirrojo se puso de rodillas, y cobijó a la pareja bajo su cuerpo inmenso como si quisiera protegerlos de una explosión. Entonces, un sonido sutil y distante, una especie de chirrido muy agudo, atravesó el aire. Pero, en realidad, podría haberse tratado de cualquier otra cosa. Seguramente lo fue.

Esperé, no oí nada más y me fui por el sendero camino del coche.

Al mirar hacia atrás por última vez, vi que el pelirrojo había emergido del bosque y estaba solo en el sendero. Él no me vio, se encaminó cerro arriba, de vuelta al prado, que en ese momento estaba vacío y cada vez más oscuro.

No me imaginaba lo que un tipo como aquel podía querer para estar en medio de la noche en un campo judío para picnics.

Era Murphy quien se alejaba de mí. Le conocería formalmente una semana más tarde, y no de forma accidental. El caso es que ya estaba sondeando a familias judías, probablemente llevaba meses haciéndolo, o incluso más tiempo. Pero «sondeando» quizá no sea la palabra más adecuada para definir lo que hacía. «Acorralando, manipulando, exprimiendo». No existe un término preciso que describa su labor. No puede haberlo. Al fin y al cabo, nuestro lenguaje no se halla a la altura de lo que hizo ese hombre.

6

Esa noche tuvimos la oportunidad de trabajar en la cena de bienvenida de Esther. Cocinamos en silencio, ofreciendo la que era nuestra mejor versión, cocinando a fuego lento, haciendo la ensalada, sudando y guisando. Íbamos limpiando a medida que cocinábamos, y nos recogíamos los platos el uno al otro. Maniobrábamos entre nosotros, nos advertíamos de nuestra presencia con educados toques en el brazo. A Claire y a mí se nos daban bien las tareas conjuntas, los juegos en común. Nos sentíamos orgullosos de nuestra complicidad en la cocina, cuando se suponía que un matrimonio debía conducirse al umbral de la violencia física por la mera preparación de un sándwich. Alcanzábamos la armonía con facilidad, y era quizá la más prominente de nuestras estadísticas, la menos problemática de nuestras virtudes.

Tardamos en darnos cuenta de que Esther había vuelto. Se coló sigilosamente en la casa y se fue a su habitación. El autocar debió de dejarla en la puerta, pero no oímos saludo alguno cuando entró y nuestra pequeña ceremonia de bienvenida jamás llegó a tener lugar. Claire estaba guardando la ropa limpia mientras yo ponía la mesa, cuando la oí gritar:

—¡Dios mío, estás aquí!

Una explosión de comentarios unilaterales inundó el aire. Frente a ella, Esther contraatacaba con los disparos de su silencio. No vi ninguna razón para entrometerme en su reencuentro. Esperé sentado a la mesa mientras la voz de Claire se embarraba hasta desvanecerse contra alguna parte del cuerpo de Esther. Eso debía indicar la presencia de abrazos y caricias, unas muestras de alegría probablemente exageradas. Podía imaginarme a Esther fingiendo que intentaba liberarse, demasiado avergonzada para disfrutar abiertamente del afecto de su madre pero no tan fría como para alejarse de él por completo. Yo me preparaba para la posibilidad de que su ambivalencia madurara en una forma más generosa de hostilidad.

—¡Esther está en casa! —gritó Claire.

Yo mantuve mi posición.

Todas las guías sobre adolescentes que habíamos leído a medias pronosticaron la alergia de Esther a ese tipo de ceremonias. La vimos venir, y

entonces metimos la pata hasta el fondo. Estábamos sobre aviso pero aun así insistimos en respetar unas normas básicas de cortesía como parte de algún débil instinto que nos impulsaba a mantener el control. Esther aborrecía todas las partículas que uno pudiera emitir verbalmente a fin de prestar estabilidad a los encuentros más elementales, para evitar que naufragaran y se transformaran en embarazosos arranques de molienda y vacilación. Hola y adiós y gracias a los extraños, buenos días y cómo estás. Estas frases eran para ella una locura. Tomaba los rituales mis simples, esos comportamientos básicos que la gente lleva guardados en el bolsillo trasero y exhibe sin la menor preocupación, y emprendía una guerra oscura contra ellos, ridiculizándonos con todas sus fuerzas por habernos preocupado por el intercambio de formalidades.

—¿Qué has averiguado, Samuel, al preguntarme cómo estoy? —me atacó en una ocasión.

—Quizá haya averiguado... ¿cómo estás?

—Ya —asintió—. ¿Y no podías deducirlo mirándome? ¿Esa es la mejor manera que tienes de averiguar lo que quieres saber?

—Cariño, no hablo contigo solo para obtener información.

—Al parecer, no. Porque no recuerdas nada de lo que te digo. Tu mecanismo de obtención de información es **una** mierda.

¿Acababa Esther de decir «mecanismo»?

Se movía como un pez en el agua por aquellas conversaciones, refulgía gracias al poder que tenía sobre mí, como si yo debiera disfrutarlo también.

A la vez, yo me defendía haciendo uso de una empalagosa ingenuidad paternal.

—¿No te sientes mejor hablando con la gente?

—¿Qué dices? Me siento como una mierda. Me siento absolutamente como la peor clase de mierda que pueda existir.

Pero esa sensación no se la podía ni imaginar, maldita sea.

—De acuerdo, cariño, lo siento.

Y fue así como ingeniamos un prodigio retórico: yo acababa disculpándome ante Esther de forma regular por su rechazo a que se le dirigiera la palabra o se la interrogara acerca de su bienestar. Solía fracasar a la hora de establecer justificaciones convincentes para cualquiera de las prácticas humanas, que a ella se le antojaban indefendibles. Al final, yo era un pésimo portavoz de la vida de la gente común. Tales eran las victorias que se apuntaba el lenguaje en nuestro hogar.

Después de los abrazos y de dar parte de todo lo sucedido, Claire salió de la habitación seguida de Esther, que parecía seriamente comedida, como si estuviera diciendo «vengo del campamento equino y he cambiado considerablemente en aspectos que jamás llegarás a comprender, así que no malgastemos nuestro tiempo, viejo capullo. No os acerquéis a mí, pequeñas criaturas estúpidas, porque vosotros no habéis estado en el campamento equino».

Por consideración hacia su privacidad, no realicé ningún esfuerzo por establecer contacto visual.

Deja a la chiquilla tranquila, me recordé a mí mismo, dale espacio, por más que me muriera de ganas de abrazarla y quizá de captar el olor de esos caballos con los que había podido jugar gracias a mi dinero.

Tales prevenciones contra la transgresión del espacio personal me mantenían a flote con Esther. Pero ella tenía un aspecto adorable, cosa que a mí no se me permitía mencionar, y aquello que yo deseaba por encima de todo, cogerla y hacerle cosquillas y estar simplemente a su lado, era la única opción que definitivamente no aparecía sobre la mesa. Ni por asomo.

La habitual cara de póquer de Esther no llegaba a esconder sus sospechas. Contaba con unas reservas de energía muy profundas a la hora de desenmascarar la contradicción y la hipocresía. Cuando las olía, se ponía en acción. La última noticia —mamá y papá se encuentran mejor— era obviamente vulnerable a sus ataques. Estaba claro que había sido informada acerca de nuestra aparente mejoría.

Vi cómo su mente trabajaba en los aspectos más débiles de todo cuanto le había dicho su madre; el gran proyecto de desmantelamiento que tenía lugar, con menos secretismo del que ella esperaba, se reflejaba en las contracciones de su rostro.

—Estáis mejor —anunció, poco impresionada, mientras hojeaba distraídamente los catálogos que habían llegado durante la última semana.

Esta manera de tratar a los enfermos le iba a ser de ayuda algún día, no me cabía duda. Modalidad retórica número cuarenta-y-cinco-de-mierda. Muerte por obiedad, empeño en lo literal. Te demostraré que las afirmaciones más elementales que efectúas sobre ti mismo resultan descabelladas por el mero hecho de repetírtelas a la cara.

Entonces transformó graciosamente todo eso en una pregunta:

—¿Os sentís mejor?

Solté aire con fuerza por la nariz, como para contestar: «Eso dicen», pero me salió una especie de bufido burlón. A veces, cuando adoptaba el mismo

tono sarcástico que Esther, nuestra alianza se prolongaba un poco más en el tiempo, pero yo siempre me estrellaba al interpretar la música del sarcasmo, y esa misma expresión, «la música del sarcasmo», debía ser indicativa de mi falta de adecuación. La acústica cambiaba cada año, a veces con mayor asiduidad incluso. Por lo general, yo incurría en cierto tipo de errores tonales que en apariencia la llevaban a odiarme aún más. Era uno de esos padres que se desprendían alegremente de su propia identidad a fin de actuar como alguien con quien Esther pudiera pasar el rato en la escuela —como si un hombre de mediana edad, con el rostro húmedo y sobrepeso, que mostrara hábitos conversacionales propios de adolescentes, y además ligeramente pasados de moda, no fuera a activar todo tipo de señales de alarma y a poner en alerta a todo el vecindario—. A veces, mis deseos de complacerla implicaban que Esther siguiera ignorándome, pero sin hostilidad, y estos eran los despojos que disfrutaba con avidez en mi rol paterno.

—La cena estará lista pronto —le dije—. Por si quieres ir a lavarte y... ya sabes.

Esther me miró con algo parecido a la compasión.

—Oh, sí que lo sé —contestó—. Tú eres el que no sabe lo bien que lo sé.

—De acuerdo —me reí, aunque no tenía la menor idea de a qué se refería.

Durante la cena, intentamos sonsacarle a Esther los detalles de su viaje, pero ella no hizo más que comer y farfullar. El truco consistía en que la conversación no pareciera un interrogatorio, en ocultar nuestra curiosidad fundamental, que era lo que Esther consideraba nuestro rasgo más abominable. «¿Cómo os atrevéis a interesaros por algo, hijos de puta? ¿No sabéis lo que es el abuso de confianza?». Cuando bajábamos la guardia y mostrábamos algún tipo de interés, la rabia de Esther se inflamaba.

Pero mis trucos de psicología inversa tampoco obtenían resultados. Podía decirle «Me han comentado que el lugar es una mierda» y ella gruñiría. Podía decirle «Una vez tu madre hizo el amor con un caballo» y ella resoplaría burlona. Podía decirle «Eloise (el apodo que le habíamos puesto en secreto a su abuelo) se sorprenderá al saber lo bien que has aprendido a disparar una pistola». Y nada, ninguna reacción, jamás.

Así que caímos en el mismo tira y afloja de siempre. Nosotros empujábamos, ella se resistía, nosotros nos enfurruñábamos y poníamos nuestras emociones irrelevantes sobre la mesa, y Esther, de repente, cuando ya habíamos echado pestes de la transacción y sentíamos aversión por el tema, se volvía locuaz, tras lo cual desconectábamos y nos dedicábamos a desear en silencio que cerrara la boca de una vez.

El momento definitivo, médicamente hablando, llegó con la historia del caballo.

Esther tenía mucho que contar sobre un animal llamado Genghis, un ruano viejo y enorme, todo un sargento de la hierba neoyorquina. Al parecer, ese caballo había demostrado hacia ella un afecto tan exclusivo como peculiar. O al menos eso aseguró el instructor, quien se sentía impresionado por el hecho de que Genghis, que no manifestaba el menor interés por la gente, hubiera hecho una excepción con Esther. Pero es muy habitual decirle a un crío que un animal en particular le tiene aprecio. A los niños también se les dice que gustan a todo el mundo, cuando, en realidad, no sucede así con la mayoría de la gente, por desagrado o por falta de interés. Y, aun así, a ese caballo Esther le gustaba de verdad, y le gustaba de un modo diferente, lo cual no podía dejar de impresionarla porque, de manera diligente, Esther

realizaba un esfuerzo singular e inequívoco por no ser del agrado de nadie, cosa que, a mis ojos, convertía a aquel caballo en un idiota, pero ¿podría ella tener un caballo, quiero decir uno de verdad, si ahorra con su paga y hacía todo lo que le pidiéramos y prometía que ya nunca querría nada más?

No me agradó la facilidad con que Esther se había dejado embaucar por una maniobra de ese tipo. ¿Dónde estaban las sospechas de siempre, la duda, el odio más o menos desenfrenado? ¿Por qué no desconfiaba de aquel caballo del mismo modo que desconfiaba, por ejemplo, de nosotros?

Dije:

—¿Qué ha pasado con eso de que «cualquier caballo al que yo le guste no vale nada»?

Claire me disparó con la mirada. Frena un poco, es lo que no necesito decir. No estropees su entusiasmo.

—¿Y a quién se le ocurre llamar Genghis a un caballo?

Esther acuchilló su comida.

La mejor parte del viaje, nos contó, fue el último día, porque les dieron permiso para que sacaran a los caballos a pasear por una pista secundaria. Los chicos solos, dijo. Así que montaron a caballo sin supervisión durante todo el día, e incluso pudieron guardarlos en sus establos y hacer el resto de cosas de las que generalmente se encargaban los monitores. Y esa noche comieron lo que les dio la gana porque a los monitores, aparentemente, no les apetecía cocinar.

«No les apetecía».

Tuve que preguntárselo, los monitores, bueno, habían pillado algo, ¿no?, ¿tenían, quizá, un catarro de campeonato?, y no había sido el momento más oportuno, pero todos ellos se habían puesto muy enfermos, así que estuvieron descansando y los chicos se quedaron despiertos hasta tarde, charlando, y fue la mejor noche de la historia.

La cena representó el primer ámbito localizado de exposición al lenguaje desde que Esther regresara de su viaje, y lo que les sucedió a nuestros cuerpos iba a revelarse de una forma digna de manual.

Todavía no lo sabíamos, pero LeBov ya había realizado una declaración orientativa según la cual la toxicidad se tornaba perceptiblemente peor tras haberse interrumpido la exposición, ya que la reacción se volvía mucho más visceral. De la boca de Esther surgió algo que generó una perturbación química, como una neblina provocada por el clima. Es la única forma de

explicarlo, y esto sucedía cuando cualquier noción de una toxicidad no ligada al habla de Esther parecía de inmediato absurda. Aquello no se debía a su pelo o a su ropa o a la porquería rural. Aquello no se podía lavar. La evidencia brotaba directamente de su cara y nosotros nos estábamos bañando en ella. Sus palabras tenían una textura mugrienta, un componente grasiento que literalmente las volvía difíciles de escuchar.

Los filósofos posteriores a la crisis, como Sernier, se burlarían más tarde de toda esta poética. Él, concretamente, denunció la ausencia de hechos objetivos, las anécdotas vagas y personalizadas que inevitablemente contaminaron la posibilidad de una comprensión real. Las historias personales, diría Sernier, representaban el obstáculo más poderoso para cualquier comprensión verdadera de esta crisis. En el momento en que comenzamos a ensuciar nuestras percepciones con pronombres, estas se estropean. Las ideas y las personas no mezclan bien.

En principio, yo estaría de acuerdo con todo lo que dijo Sernier. Pero también señalaré que, ahora mismo, por su boca corretean los insectos, y que ya no queda nadie que pueda leer lo que escribió.

Miré a Claire, que había permanecido espantosamente callada. Por lo general se quedaba en silencio a propósito, como represalia, para permitirle a Esther, tal y como ella decía, que se descubriera en su propia voz. Para Claire, yo representaba un escollo en la batalla que como padres manteníamos por dar con algún punto de apoyo. Ella decía que yo le ofrecía tantos sostenes auditivos, una receptividad tan entusiasta y una tendencia tal a acabar sus frases, que acababa aniquilando el flujo conversacional de nuestra hija y, de hecho, provocaba su desconfianza. Aparentemente, uno puede mostrarse combativo prestando una atención enérgica. Mis muestras de interés y el acompañamiento vocal, sostenía Claire, representaban el problema.

Miré a Claire tras el monólogo de Esther y vi que se había desvanecido dentro de sí misma, que su mirada, aunque fija, se había vuelto espectral. Se cubría la boca con una mano, como si quisiera desaparecer en su interior. No había nada en sus ojos, que se habían vuelto vidriosos.

Ahí tenemos la respuesta, pensé.

Bienvenidos a la recaída, quise decir, pero Claire se levantó bruscamente de la silla, murmuró un «Perdonadme», y Esther y yo intentamos no mirarnos mientras recibíamos una confirmación sonora desde el baño, donde alguien a quien amábamos hacía acopio de todas sus fuerzas para intentar respirar.

Produje, a modo de interferencia, algún ruido elemental con los cubiertos en el plato, pero la comida, una especie de molde viscoso que se suponía que

era risotto, al rezumar como la papilla interna de algún animal, comenzó a provocar mi propio oleaje de náuseas.

Abrí en canal la papilla en la que se había convertido el risotto, rompiendo su pegajoso caparazón, y el plato lanzó una hebra de vapor contra mi rostro.

Esther fue la primera en romper el silencio, con las arcadas de su madre como fondo.

—Vaya —dijo—. Me alegra escuchar que estáis mejor, tíos. Ya empezaba a preocuparme.

—Bueno, no queremos que eso suceda —dije, y me aparté de la mesa.

Cogí una toalla del armario y acudí en ayuda de Claire. Humedecí la toalla en el lavabo, me arrodillé detrás de ella, junto a la taza, le sujeté el pelo hacia atrás, notándolo frágil entre mis manos, y acerqué mi cuerpo al suyo. Sentí cada uno de sus temblorosos espasmos en lo más profundo de mi ser.

Cuando Esther se acercó al cuarto de baño, cerré la puerta de un empujón y Claire y yo nos quedamos ahí dentro hasta que oímos que sus pasos se alejaban.

Esperamos un poco más, intentando recobrar el aliento, aunque no lo conseguíamos con facilidad. Estuvimos un rato, que nos pareció eterno, sentados el uno junto al otro en el suelo del baño, con el grifo abierto, hasta que fuera las farolas comenzaron a chisporrotear y tuvimos la certeza de que por fin Esther se había retirado a su habitación y había cerrado la puerta. Solo entonces nos pareció que era seguro salir.

Cada jueves al mediodía, antes de que la enfermedad comenzara a deteriorar nuestro culto, Claire y yo sintonizábamos las retransmisiones religiosas emitidas desde la cabaña de servicios públicos de la periferia del sur del condado.

Como éramos judíos reconstruccionistas que seguíamos el programa modificado por Mordecai Kaplan, deudor a su vez de la propuesta de Ira Eisenstein para una contemplación religiosa de carácter privado, «una modalidad de devoción completamente encubierta», Claire y yo teníamos una sinagoga en una pequeña cabaña del bosque que recibía transmisiones radiofónicas a través de un cableado subterráneo.

Esa práctica se derivaba de la idea de Schachter-Shalomi de interconectar los sótanos de las casas, de crear pasajes que unieran barrios enteros. Pero nuestra red sumergida existía únicamente como sistema de radio que abastecía de los servicios del rabino Burke a su silenciosa y desperdigada comunidad. Los túneles recorrían de punta a punta la parte noreste del país, se extendían hasta tan lejos como Denver, y salían a la superficie en centenares de lugares discretos; por lo general, agujeros cubiertos con una cabaña como la nuestra, donde dos miembros de la fe —la *chavurah* más pequeña posible, altamente motivada para llevar a cabo su culto sin «contaminarse con la comprensión» de una comunidad— podrían reunirse en privado para recibir la transmisión.

Nuestra cabaña estaba allí donde el valle Montrier se hunde bajo el nivel del mar para conformar una marisma desteñida y manchada por los pájaros, con un suelo que descansa bajo una película de agua fétida. Si desde casa cogíamos un camino directo, podíamos estar escuchando al rabino Burke en menos de una hora. Pero cada mes teníamos que alterar la ruta, cambiar las vías de acceso, retrasar nuestra llegada. A veces nos pasábamos medio día dando rodeos tan elaborados que incluso nosotros nos perdíamos de camino al bosque.

Esas cabañas representaban el camuflaje reconstruccionista más común en aquel momento. Se erigían sobre una hendidura excavada en el terreno, y disponían de un elemento fijo llamado «oyente» que acogía los cables de

transmisión y convertía la señal enviada desde Buffalo, Chicago o Albany en un discurso descifrable.

Las cabañas podían estar en cualquier parte, escondidas en el bosque, ocultas a plena vista. Había cabañas en los patios traseros. A veces, en medio de un prado. Estaban marcadas con una estrella que solo brillaba cuando se la frotaba con tierra, y disponían de una cámara de vigilancia. Para repeler a los curiosos, las paredes podían blindarse con excrementos.

Hace generaciones, en Long Island y en otros lugares, a los agujeros como el nuestro se les ponía una cobertura de piedras para que parecieran pozos. En su cercanía se colocaban poleas falsas y un transportador de cubetas, se empleaba cualquier método que sirviera para ocultarlos. Los agujeros eran vigilados por niños, eran protegidos por un lobo, eran rellenados con arena, eran embellecidos con lápidas. La tradición cuenta diferentes historias acerca de las maneras en que nuestros predecesores canalizaban la palabra del rabino y ninguna de ellas importa demasiado. En cualquier caso, no soy muy aficionado a las historias.

La cabaña nos fue asignada al principio de nuestro matrimonio por el rabino Bauman, y nos pertenecía únicamente a nosotros. Si otros judíos se reunían por allí para celebrar el culto, nosotros nunca los vimos. Las normas de la cabaña eran pocas, pero inapelables. Claire y yo debíamos ir juntos. Ninguno de los dos podía acudir a la sinagoga por separado. La experiencia no sería reproducida verbalmente, no podías repetir lo que habías escuchado, ni siquiera podías contar que habías oído algo. Bauman se mostró tajante al respecto, dijo que se nos revocaría el acceso si cometíamos alguna infracción. Nunca sabrías quién realizaba el culto de ese modo, si eran tus vecinos o cualquier otra persona. No se permitía el acceso a los niños. La relación que tuvieran contigo no los capacitaba de forma automática. Se contactaría con ellos por separado, y se les asignarían sus propias coordenadas. La curiosidad por cómo oficiaban el culto los demás, entre ellos a los miembros de tu familia, «incluyendo a Esther», no era una curiosidad auténtica, sino celos, debilidad. Burke lo definía en términos de ardid contra nuestra propia relación con la incertidumbre. No podías saber nada sobre el culto de los demás, «ni siquiera si ellos intentaban contártelo». Desear aquella información equivaldría a temer futuras restricciones sobre tu propia devoción.

También había normas respecto a su apariencia. No debía parecer que la cabaña era objeto de mantenimiento. Nos ocupábamos del terreno, hacíamos que el paisaje que la rodeaba no pareciera frecuentado. En otoño, limpiaba la cámara, ya que el objetivo se llenaba de pegotes durante el verano, entre el

calor sofocante y las polillas que se derretían formando una papilla sobre el cristal.

No construyas sobre el agujero nada que dé idea de esplendor, esa era la norma. Si no fuera por las visitas de carácter hostil, lo ideal sería un agujero desnudo, un agujero que no quedara oculto por ninguna cabaña.

Sin duda, el rabino Ira concibió un mundo sin cabañas, donde cualquiera pudiera detenerse ante un agujero, ponerse en cuclillas y servirse de uno de los sermones que fluían desde las profundidades de la tierra. Esa religión estaría conectada constantemente, brotaría del suelo. Pero el mundo no contemplaba ese ideal. Era necesario disfrazarse.

La tecnología de la cabaña se disponía siguiendo la disposición de los «bichos de luz^[1]». La cabaña cubría el agujero y el agujero estaba atestado de cables. Al nuestro llegaban cuerdas de color naranja brillante en forma de revoltijo que apestaban a alcantarilla, a algo muerto más allá de la tierra. Este cableado estaba conectado al oyente, y el oyente, al que Bauman se refería como «Boca de Moisés», pese a que nuestra instrucción sostenía que jamás debíamos mencionarlo, cubría el módulo de radio. Estoy minimizando la complejidad de todo este sistema. Pero, en sus días buenos, simplemente funcionaba.

Las transmisiones Huían hacia la cabaña los jueves, generalmente al mediodía. A veces no llegaba ningún mensaje, o llegaba en notas descompuestas de radio, y nosotros sufríamos con un servicio en idiomas demasiado extraños como para conocerlos. Nuestro equipo era defectuoso y antiguo. El «bicho de luz» tenía una pequeña entrada de clavija que se secaba y que debía ser engrasada constantemente. Durante el invierno se contraía y yo tenía que volver a ensancharla con el dedo.

A veces no eran palabras lo que recibíamos en la cabaña, sino un silencio siseante, durante meses, por mucho que estuviéramos allí, esperando alguna forma de orientación, congelándonos en la cabaña bajo una pila de mantas putrefactas, manoseándonos bajo la ropa para procurarnos pequeños momentos de placer.

Hacíamos lo posible, dentro de lo que nos marcaban las normas, para que la cabaña resultara confortable. Llenamos una caja de madera con gorros, jerséis, mitones, y entonces escribimos en ella, en vez de nuestros nombres, la palabra «NOSOTROS».

En cada una de nuestras visitas a la cabaña llevábamos una pelota de goma de color rosa para alimentar el agujero. Nos turnábamos a la hora de lanzarla a su interior, para escuchar su bote húmedo y lejano. Nos

preguntábamos cuántos lanzamientos serían necesarios, lo viejos que seríamos el día en que las pelotas formaran una montaña lo suficientemente alta como para llenar el agujero y esta se desbordase dentro de la cabaña.

Si nos perdíamos una visita, a veces podíamos sonsacarle un resumen al archivo, que era el término familiar con el que yo me refería a los mensajes expirados que se encontraban en el cableado. Pero aquellos resúmenes, si lograba extraerlos, se presentaban esqueléticos, hechos con los huesos de un lenguaje que a menudo no se podía recomponer de manera que tuviera sentido. Tales mensajes solían presentarse aplastados a martillazos, arrancados de su significado, como si la boca del rabino hubiera estado llena de pegamento en el momento de hablar. Las transmisiones expiraban en tonos incoherentes si no entrábamos en la cabaña a tiempo. Pero, si acampábamos en ella y nos dedicábamos a esperar, si nos quedábamos dormidos o pasábamos demasiado tiempo allí, las transmisiones se desvanecían, dejaban de presentarse en un lenguaje comprensible para nosotros.

La conexión con Buffalo podía cortarse en cualquier momento, cada vez que alguien intentaba manipularla o escucharla de forma ilegítima, y esto, por supuesto, sucedía constantemente. Es decir, que si la línea permanecía muerta durante demasiado tiempo, era porque alguien había intentado piratear la emisión del rabino Burke.

El secretismo que rodeaba las cabañas estaba justificado. La verdadera enseñanza judía no es apta para un consumo amplio, no es para grupos, no debe verse contaminada por el más simple acto de comunicación. Al difundirse, el mensaje se diluye. Incluso el hecho de comprenderlo lo pone en peligro. El lenguaje acaba consigo mismo, expira dentro de su huésped. Los actos del lenguaje actúan como un ácido sobre el mensaje. Si ya no sientes aprecio por una idea o por un sentimiento, conviértelos en lenguaje. Será lo último que sepas de ellos, un final oportuno. Lenguaje es otra forma de decir «féretro». Bauman nos dijo que lo único que debía preocuparnos acerca de los sermones era si los comprendíamos demasiado bien. El día en que eso sucediera, sin duda algo iría mal.

En la cabaña, pocos días después de que Esther regresara del campamento, cuando ya no quedaba ninguna duda acerca del origen de nuestra enfermedad, Claire sacó algo de grasa del tubo que teníamos en el cubo y lubricó el orificio del suelo sumergiendo la mano entera en su interior. Me agaché detrás de ella y, cuando sacó la mano, coloqué el oyente sobre el dispositivo.

El oyente, una bolsa cálida al tacto rellena con algún tipo de gel conductor, eliminaba el siseo a fin de revelar el habla subyacente. Bauman había recortado el nuestro a partir de un rollo más amplio, y nos dio un cursillo rápido sobre su mantenimiento. También nos confió una pequeña caja de herramientas, pero yo nunca la había necesitado. La guardaba en la cómoda del dormitorio, una caja con un cincel, un dedal, algunos clips de goma y unas tiras transparentes de una sustancia parecida a la gelatina.

El oyente no podía estar expuesto a la luz del sol, y tampoco podíamos arriesgarnos a esconderlo en la cabaña, así que lo manteníamos enterrado en una tumba sin marcas que iba rotando según la estación, y lo recuperábamos y lo limpiábamos cada vez que íbamos.

Ese día, nada más aferrarse al dispositivo, el oyente escupió una transmisión, roció la cabaña con su sonido. Esperamos en los escalones mientras el sistema siseaba de regreso a la vida. Claire se acurrucó dentro de su parka, se puso rígida cuando la toqué.

El oficio de Burke, cuando por fin sonó entre chisporroteos, se centró en la culpa y nos dijo que, adoptándola en su forma más amplia, podríamos distinguarnos del resto de la gente. Pero antes tuvimos que escuchar las canciones, las melodías de Burke, distorsionadas por el cable de cobre. De la radio brotó una algarabía de gorjeos filtrados a través de kilómetros de suelo. Quizá en persona, si tal proximidad hubiera sido posible, Burke poseyera una voz hermosa, capaz de transformar el apagado lenguaje de la letra de una canción en una serie de gemidos llenos de trascendencia. Pero, en su larguísima transmisión hasta nuestra cabaña, los ensalmos del rabino nos recordaban a los estertores de un anciano en su lecho de muerte, a alguien que estuviera pronunciando sus últimas palabras.

Cuando comenzó el servicio, pues, Burke no paró de hablar de la ocasión que representaba el sentimiento de culpa. En la culpa encontramos la oportunidad de aceptar responsabilidades, de transformar nuestros cuerpos en envoltorios dispuestos a absorber las acusaciones ajenas. Burke habló de cómo podríamos abolir la duda en nuestros barrios, reducir sus miedos. Insistió en que la culpa no puede presentarse como un significado literal, ya que, en realidad, no existe cuando uno ama al Nombre, el término con el que designábamos a Hashem. La culpa se genera únicamente a través de nuestro deseo por señalar una causa a nivel local, y tal cosa no existe. Tal cosa no existe. Cuando la gente intenta repartir culpas significa que no tiene nada más que ofrecer, es un reflejo de su incapacidad para apreciar la inescrutabilidad,

el carácter infalible del Nombre. Por ello, aceptar la culpa es un servicio, y en ese momento estábamos llamados a ofrecerlo de nuevo.

—Ha surgido una oportunidad formidable —dijo Burke—. Tenemos la posibilidad de aceptar las culpas por algo extraordinario, por una aflicción ininteligible.

Claire y yo estábamos sentados en el frío suelo de la cabaña. Noté físicamente cómo escuchaba al rabino, allí a mi lado, con el cuerpo tenso por la concentración.

Burke se puso a gritar, los registros más altos de su voz hacían que el oyente distorsionara.

—Podemos aceptar esta culpa como si de una maldición se tratara, podemos enfurecernos, podemos llorar ante la injusticia que representa. ¿Cómo es posible que le atribuyan a mi hijo el dolor de cualquier otra persona? ¡Mi hijo es inocente! ¡Es inocente! Pero también podemos recibir esta culpa a modo de regalo, que es lo que en realidad es. Buena parte de lo que debemos hacer hoy es esculpir nuestra comprensión a fin de acomodarnos a aquello que no podemos tolerar. Debemos ayudar a aquellos que no lo entiendan, por más que nosotros mismos nos sintamos perdidos. Esa es nuestra labor. Y la realizaremos dando un paso hacia delante, diciendo «he sido yo», diciendo «yo soy el responsable de todo esto. Yo os lo he hecho. No mi hijo. He sido yo».

Fue como si a Claire le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—En sí, toda forma de entendimiento resulta irrelevante —prosiguió Burke, ya más calmado—. No hagáis de ello un fetiche, pues nada os reportará. Hay que acabar con ese hábito. El entendimiento nos anestesia. Nos sume en el sueño oscuro e indeseable. Este tipo de cuestiones no deben ser solucionadas. Jamás debemos creer que conocemos la labor que se nos ha asignado. Hay que preguntarse constantemente qué es lo que nos reclama cada momento puntual.

El rabino Burke no existía oficialmente, en público. No había tal persona. Asimismo, nuestro sistema de culto se mantenía en secreto, lo cual implicaba que los oficios en la cabaña padecían su cuota de desinformación y rumorología. Cuanto más hacíamos por ocultarlo, más le molestaba a la gente, que pasó a inventarse historias, atribuyéndole a la radio poderes falsos. Creían que se trataba de un agujero en una localización secreta que se dirigía únicamente a los judíos. Y de ese agujero surgían fragmentos de información: sonidos, palabras y pulsos que solo los judíos podían descifrar sirviéndose de sus equipos grasientos, de su tecnología pirateada.

Tuvimos que soportar las más escabrosas especulaciones acerca de cuanto hacíamos en el bosque. Se nos llamaba «judíos forestales» y las viñetas cómicas de los periódicos reproducían la obra espantosa que llevábamos a cabo. En esas imágenes, el judío aparece sentado sobre un chorro de vapor que le otorga un conocimiento especial. El aire de Dios, calentado hasta convertirse en gas, es insuflado sobre la mística. El judío coloca su boca roja y pegajosa en la boquilla y chupa de ella. Y el líquido, frío y cristalino, empieza a correr por una vena de su pierna.

Luego estaba la especulación sobre las oscuridades electrónicas que daban pie a los mensajes, sobre cómo podía funcionar un sistema de ese tipo. Se sugirió que se trataba de una consola de radio con una base carnosa. Módulos envueltos en gasa, lubricantes extraídos de los niños que se inyectaban en las venas de unos equipos hechos a medida.

Solo nos defendían aquellos que negaban nuestra existencia. Éramos un invento de nuestros enemigos, que buscaban proporcionar al público algo que este pudiera despedazar con los dientes. Qué conveniente resultaba aquello, un judío dueño de tan importantes secretos. Lo útil que os será eso, decían. Estos eran nuestros defensores, pero para ellos no representábamos más que una ficción. No teníamos claro que les debiéramos alguna forma de gratitud.

Tanto al judío al que no se le hubiera asignado un agujero, como al gentil que tan solo hubiera oído rumores acerca de los engranajes técnicos que regían el ritual del agujero, se les escapaba el propósito fundamental de aquellos emplazamientos de transmisión: «La transacción judía debe ser, necesariamente, de carácter privado». Pienso en la gente que, como Murphy, iba a meter mano en ella, con la convicción de que podrían extraer de allí el remedio perfecto para la fiebre del habla.

Aquel era un tema recurrente en las transmisiones. Burke volvía a él a menudo. La imagen que de nosotros se hacían los demás a partir de la falta de información.

Que tales errores prevalezcan, decía siempre. Sus fallos hacen que el trecho que nos separa crezca cada día más. No hay mayor bendición para nosotros que el hecho de ser desconocidos.

El conocimiento debe hacerse público, reza el dicho, a fin de erigir un caparazón en torno a nuestro secreto. Esto vale para la Torá, para el Talmud y para la Halajá, los libros por los que en apariencia nos regimos. Al transmitirlos, intentamos despistar a la gente.

Claire y yo habíamos cumplido con nuestra parte del trato. No habíamos dicho nada. No habíamos manifestado la menor señal de ser miembros de esta

fe.

—Ser judío implica consentir que los demás se equivoquen contigo —dijo Burke aquel día—. Si no permitimos esta circunstancia, nada más será posible.

Siempre bajaba la voz cuando se acercaba al final del discurso, pasaba a hablar con un susurro enfático que sellaba como un martillazo la idea final.

—No hay nada como ser objeto de una incomprensión profunda. Dejad que los demás expongan sus secretos, que publiciten sus identidades, que neutralicen sus misterios con un lenguaje impreciso. El judío debe proyectar un comportamiento alejado de su verdadero propósito, debe fraguar un mundo de marionetas ante aquellos que lo observen. Marionetas de carne y hueso. Marionetas que lloren, que sangren, que mueran.

A mi parecer, habíamos obtenido un éxito absoluto en nuestros intentos por ser incomprendidos. Una y otra vez, las cabañas eran vigiladas, incautadas y quemadas por miedo a que el judío estuviera extrayendo algo demasiado importante de aquellos agujeros, a que estuviera bebiendo directamente de la mente de Dios, alimentándose de un alfabeto puro para el que solo él tenía el estómago adecuado. Tales eran los rumores nacidos del temor. Aquel sistema, en caso de ser real, era demasiado bueno para dejárselo en exclusiva a los judíos. Había que quebrantarlo, darle la vuelta, lograr que funcionara con el resto de la gente. Los agujeros debían ser explorados, había que llegar hasta su origen mismo, había que follárselos hasta que se secaran y revelaran el último de sus secretos.

Y así sucedía.

Cuando se encuentra una cabaña sobre un agujero activo, un agujero que rezuma lenguaje, dicha cabaña es derribada. Si el oyente se halla enterrado en algún otro lugar, como debe ser, la recepción no es posible. Por mucho que los ingenieros se dediquen a conectar los cables allí expuestos a todo tipo de consolas de transmisión, a falta del oyente no captan más que tonos quemados, e incluso estos pueden confundirse con los vientos del año anterior, barridos bajo tierra y ahora moribundos.

Sin un oyente sobre el módulo de radio que abraza al cabronazo hasta que este libere su emisión, el intruso no oirá más que esos residuos, si es que oye algo, y pronto perderá el interés. En particular, porque esos despojos de sonido amansan al vándalo inexperto, lo dejan apático e indiferente.

Tras todos sus esfuerzos por transgredirlo, los intrusos no extraen del agujero nada mínimamente coherente, nada que pueda ser considerado

lenguaje, y la curiosidad del público vuelve a tornarse murmullo y desaparece.

Esos estúpidos judíos y su culto de barro, dice el lugar común. Que se queden con sus agujeros, con su antiguo lenguaje de chasquidos, silbidos y gritos.

Y vaya si nos quedamos con todo ello.

Al acabar Burke con su sermón, la radio se quedó en silencio. Antes de cortar la comunicación, había prometido que seguiría un breve mensaje del rabino Thompson. Hasta entonces, el módulo emitiría una serie de ruidos de fondo, voces dispersas y remotas que aparecían picadas en trozos demasiado pequeños como para que pudiéramos comprenderlos.

Claire se hizo un ovillo sobre el suelo de la cabaña y yo saqué una manta del cubo.

—Si te levantas un momento te pondré esto debajo —le dije.

Con esfuerzo evidente por el dolor que atenazaba su cuerpo, Claire se puso de pie y salió de la cabaña. Yo extendí la manta y la acompañé para que entrara, e hice que se acostara de nuevo. Sin quitarse los zapatos, ella se desvainó los *leggings* hasta las rodillas y rodó sobre sí misma hasta quedar boca abajo.

—Vale —fue todo lo que dijo, sin mirarme.

Estaba lista.

Yo no sabía siquiera si estaba ya excitado.

Aquel día, Claire guardaba silencio, pero algunos de nuestros mejores episodios íntimos habían tenido lugar tras los sermones más complejos. No podíamos comentarlos y no creo que ninguno de los dos sintiera la tentación de hacerlo. Nuestras mentes seguían digiriendo en privado lo que habían oído, pero en ocasiones nuestros cuerpos deseaban darse al ejercicio improductivo de la fría confluencia de miembros.

Los sermones de Burke me recordaban aquello que ignoraba, aquello que difícilmente podría sentir con honestidad. «Venís aquí en busca de lo que os falta», decía siempre. Escuchar a Burke me llevaba a creer que yo podría sentir curiosidad por algo. En teoría, experimentaba un temor reverencial hacia lo inexplicable, pero en la práctica me sentía demasiado solo. Desde siempre me había preocupado la posibilidad de no tener ese gran apetito de incertidumbre que Burke nos exigía. ¿Y si lo incierto no me atraía lo más mínimo?

La radio profirió un siseo distante, fruto de la labor de búsqueda del oyente, que auscultaba el cableado en pos de una señal. Antes de dejarme caer

sobre Claire para proceder con nuestro episodio de intimidad, coloqué el abrigo sobre la radio. A veces brotaba de ella algún sonido residual, algún accidente de la emisión, y preferíamos sofocarlos para poder concentrarnos mejor.

Claire estiró brazos y piernas, y yo la cubrí. Bajo mi cuerpo, pese a la ropa, la noté huesuda. Tuve miedo de que mi peso fuera demasiado para ella, así que me sostuve sobre los brazos y dejé que mi cara reposara sobre su pelo.

Llevamos a cabo aquella enrevesada conexión desplazando capas de ropa, con los *leggings* de Claire enrollados alrededor de sus rodillas. El momento de la inserción resultó abrasivo, pero no tardó en envolvernos una húmeda calidez y nos dimos a una búsqueda solícita del placer en la que ambos compartimos el trabajo de la forma más equitativa posible. Ante todo, ecuanimidad, incluso al afrontar los siniestros asuntos propios de la naturaleza animal. Cuando Claire tomó la iniciativa desde abajo, yo contuve el aliento para poder sentirla contra mí. Cuando me tocó a mí aportar movilidad, cerré los ojos y diríase que concentré todo el peso de mi cuerpo sobre la cara, incrustándola en la suciedad de la manta.

Había sido allí, cabe intuirlo, donde nuestra tóxica hija fue concebida. En efecto, había sido allí.

Copulamos bajo el siseo del módulo hasta que comenzó la emisión de Thompson y nos perdimos su primera parte; amortiguada por el abrigo, nos llegaba como un zumbido la voz del subalterno de Burke, un rabino cuyos intereses eran de carácter más técnico y práctico.

Cuando llegó, no fui plenamente consciente de mi culminación. Al mirar hacia abajo la vi resbalando por la pierna y entonces noté que me encogía y me enfriaba.

—Voy fuera —dijo Claire antes incluso de que yo me hubiera despegado de ella.

Nos besamos y la ayudé a levantarse. Nunca pareció interesarse por los informes de Thompson, así que salía a esperar al jardín, estiraba las piernas, tomaba un poco el sol si es que lograba dar con un punto no demasiado cubierto por los árboles. La verdad es que no sé lo que hacía ahí fuera mientras yo limpiaba el interior de la cabaña. Pero Thompson solía proporcionar datos concretos y yo quería escucharle.

Ese día, Thompson habló de forma admonitoria. Lanzó advertencias y ofreció consejos. Por lo general, seguía a Burke y se limitaba a reafirmar la necesidad de discreción, nos exhortaba a mantener una privacidad aún más honda, nos recordaba los niveles de revelación a los que sucumbimos

diariamente sin siquiera darnos cuenta de ello. Revelaciones a través de la cara y de los ojos. Revelaciones a través de nuestro comportamiento, de nuestro vestuario. Revelaciones por omisión, en todo aquello que no llegamos a hacer o a decir. Tan solo el Nombre es ajeno a la revelación. Es al no encontrar la menor evidencia del Nombre cuando podemos estar seguros de su existencia. Pero nosotros, en cambio, desde el momento del despertar comenzamos a revelarnos hasta que todo aquello que había sido especial se esfuma. Hagamos lo que hagamos, la privacidad se nos escurrirá entre los dedos, dijo Thompson.

Y ahora esa debilidad era merecedora de una mayor vigilancia. Se nos iba a interrogar acerca de nuestra afiliación, dijo. Eso no es ninguna novedad. Quizá hasta nos seguirían. Una amenaza que yo nunca me había tomado demasiado en serio. Me parecía tan rimbombante pensar que a alguien pudiera interesarle lo que hacíamos Claire y yo cada jueves a la hora de la comida... Pero Thompson dijo que nuestras visitas a la cabaña debían ser llevadas a cabo bajo un cuidado especial.

Entonces, los médicos pasaron a ser objeto de su desdén, los médicos y los expertos de cualquier tipo. Debíamos tomar las riendas nosotros mismos. Los médicos están asustados. Pues claro que lo están. Los médicos no nos ayudarían a entender nada. Estaríamos mejor preparados si lográramos recolectar nuestras propias estadísticas. Thompson se sumió en un listado de detalles técnicos y materiales que leyó rápidamente con voz desesperada, mientras la transmisión iba y venía.

Según parecía, había apaños por hacer, y así es como había que llevarlos a cabo.

A veces, mientras Thompson hablaba, tenía que tocar el vientre húmedo del oyente para afianzar la señal. Si no, se perdía, enmudecía. Esto rara vez pasaba con los sermones de Burke. Yo colocaba el dorso de la mano sobre la superficie fría y resbaladiza del oyente, y lo presionaba hasta que su blandura pasaba a ofrecer resistencia, como si en lo más profundo del aparato, al arrancarle la cantidad suficiente de gelatina, fueras a encontrar un hueso largo y plano.

Thompson dio los detalles que iban a conformar mi primera ronda de apaños, los exámenes y procedimientos que realizaría, tomando las riendas yo mismo, con el fin de mantener a Esther cerca de nosotros.

Cuando terminó el oficio, descolgué el oyente y lo envolví en plástico para enterrarlo detrás de la cabaña. Entré en ella de nuevo, embutí los cables dentro del agujero y lo cubrí con una tabla.

Fuera, Claire y yo no intercambiamos ninguna señal, nos limitamos a observar la parcela mugrienta y desastrada que rodeaba la cabaña. Ejercimos nuestro derecho a ignorar lo que habíamos escuchado. Burke siempre decía que no había una reacción verdadera al oficio, que no existía una única respuesta. «La reacción más productiva es la perplejidad —decía—. Es entonces cuando la mente alcanza su cénit. Esto es cuanto somos ante el misterio del Nombre».

Reseguimos el perímetro de la cabaña y acabamos esbozando una conversación sobre la maleza, sobre la posibilidad de combatirla, sabiendo que, mientras las normas siguieran en pie, no lo haríamos jamás. Pero nos permitíamos de todos modos aquellas charlas sobre jardinería, llenábamos el aire con ellas a fin de poder volver a usar nuestras voces, que en el exterior de la cabaña siempre sonaban demasiado altas y equivocadas, tras tanto silencio mutuo. Pensábamos que sería bonito plantar algo de hierba allí algún día, y más nos valdría hacerlo pronto, ¿no crees?, antes de que el monstruoso muro de árboles se acercara demasiado. Antes de que los árboles ocuparan la propia cabaña.

Aquello podía representar una especie de hogar, ¿no te parece? ¿Si fuera necesario? Podríamos trabajar el terreno, construirle un añadido a la cabaña. No tendría un aspecto demasiado terrible. ¿Podríamos vivir allí algún día, en caso de necesitarlo, si se daba la situación?

Se suponía que no podíamos, pero ¿quién iba a enterarse? Adecentar el lugar, hacerlo habitable, ¿cómo podía ser eso algo malo? No, no podía ser malo, era imposible. Adecentar el lugar era algo positivo. Nadie podría discutirlo. Nadie lo sabría.

LeBov se sirvió de la radio —emitiendo desde un lugar recóndito, por su propia seguridad— para hacer público su diagnóstico, clamó contra la toxicidad del niño judío. Una enfermedad que se filtraba más allá de su propia circunferencia, que irradiaba desde la cabeza, la cara, la mente.

«Hay una serie de detalles que ahora mismo no deseo compartir», dijo LeBov, y ese secretismo hizo que su tesis pareciera más auténtica.

Era difícil discrepar, pero todo el mundo lo hizo. Protestaron desde la convicción o desde la negación; desde el miedo o desde la verdadera comprensión científica. Tuvo lugar un debate de diagnósticos, donde defensores y detractores se disparaban pruebas de un lado al otro del inmenso foso de confusión en el que nadábamos todos.

Los culpables, los portadores, los agentes infecciosos eran niños judíos, todos niños, pero no eran solo niños, también había adultos, todos nosotros.

Los culpables aparecían solo debilitados, o quizá es que estaban más sanos, o quizá se trataba de los que habían tragado más polvo, o de los que no habían tragado el polvo suficiente. Se solicitó una autopsia del conjunto viviente del planeta. En todos los casos, el discernimiento era menor y de naturaleza romántica, y uno podía acoplar su destino a cualquiera de sus variantes, siempre y cuando no le importara estar equivocado.

Para echarle un pulso al asunto, en Arizona, un asentamiento sin niños presentó víctimas con idéntica sintomatología: reducción facial, letargia y una dureza bajo la lengua que imposibilitaba cualquier intento de hablar. Todo ello sin haber estado nunca expuestos a un niño, mucho menos a uno judío.

Eso a LeBov no le molestó.

—Yo me refiero a la raíz —dijo—, y esa raíz se extendió con rapidez hace bastante tiempo. Los judíos de nuestros bosques saben a lo que me refiero. Preguntadles sin más.

Cuando la aflicción cristalizó en forma de mapa, uno donde se cifraba el radio de víctimas con colores, la imagen resultante fue hermosa, con ese núcleo de amarillo dorado que irradiaba desde el interior de Wisconsin. Pero había destellos de actividad por doquier, y cambiaban a diario, de modo que,

con el paso del tiempo, el mapa se transformó en una cegadora esfera estroboscópica.

«Actividad» fue la palabra con que se describió a la gente que se iba quedando solidificada sobre sus lechos ya con carácter definitivo, gente cosida a unos miembros congelados por culpa del habla y sus ramificaciones. «Actividad» fue el término amable con que se describió la situación opuesta.

No importaba lo que cada cual supiera; el caso es que todos sabían lo que sabían con una fuerza que nacía de la desesperación, y era una locura no creerles. Pero, cuando mezclabas las distintas percepciones para forjar una suerte de sabiduría colectiva, descubrías que todas las criaturas parlantes eran surtidores de veneno. El hilo común de aquellas teorías sostenía que, más allá de quién tuviera la culpa, solo los niños eran inmunes.

Y, a los niños, esa obviedad no se les escapó.

En casa, durante las semanas que siguieron al regreso de Esther del campamento, atravesé la sucia cuña de ocho kilómetros de bulevar que protegía nuestro domicilio del bosque, intentando solucionar la cuestión del perímetro filial. Se trataba de uno de los apaños apuntados en el sermón de Thompson. ¿A qué distancia debíamos alejarnos de nuestra hija a fin de experimentar una reducción de los síntomas o, incluso, —cabía esperar una cosa así— tener la posibilidad de respirar la cantidad de aire necesaria para permanecer operativos y conscientes?

Durante mis paseos vespertinos, que al principio llegaban hasta el bulevar Culpin del extremo norte del condado, o hasta el parque Blister y sus jardines adyacentes, al sur de la sinagoga de la cárcel, donde las callejuelas cuajadas de árboles daban paso a ringleras de gravilla sin la menor vegetación, medí la distancia que debía interponer respecto a Esther de cara a que la enfermedad comenzara a remitir.

Por allí vagaban hombres de mi misma edad, sofocados por el vestuario invernal, con los ojos clavados en la vereda. En torno a sus bocas se arremolinaban finas espirales de vapor. Mujeres con la misma cara grisácea que Claire estornudaban bajo la protección de los árboles. Una de ellas me saludó tímidamente con la mano y yo decidí no correspondería. A lo mejor ese brazo alzado era para pedirme que me alejara.

No había mucha cosa viva en el aire. Algún pájaro esporádico de cuerpo traslúcido resoplaba enfermizo en las alturas. Se los veía tan indefensos, tan

lentos y estúpidos a la hora de volar, que sentía que podría cazarlos en el aire si así lo deseaba.

Cuando lo que veía eran niños, especialmente los de mayor edad, que deambulaban en grupo proyectando un brillo obscenamente saludable, cambiaba de dirección. Con lentitud, eso sí. Intentando disimular mis reservas.

En cualquier caso, en nuestro barrio, esos niños no eran únicamente judíos. Se trataba de manadas mestizas y salvajes procedentes de muy vastos linajes. Y en grupo, cuando hablaban al unísono durante sus recorridos nocturnos, su arma resultaba aún peor.

A veces era un trabajo duro, el aire se volvía áspero por culpa del aguanieve, mi cuerpo se revelaba inadecuado para caminar tales distancias. El equipo se hacía pesado e incómodo, era como cargar sobre el pecho con una persona que no dejara de retorcerse, y se me olvidaba conectarlo. O el paquete de pilas se sobrecalentaba, atravesaba candente la protección y me levantaba ronchas en la piel que quedaba en contacto con la placa metálica.

Me detenía a descansar en un banco, sobre la hierba, contra el murete del parque Boltwood, y horas más tarde tenía que hacer un esfuerzo para ponerme de pie, con la esperanza de que los alrededores me sonaran lo suficiente como para poder volver a casa. Tampoco es que quisiera estar allí, en casa. A veces me sumía en un sueño poco profundo, acostado en un banco, hasta que llegaba la oscuridad y despertaba con los pantalones húmedos y helados en la zona de la entrepierna, con una esquirra de baba solidificada en la comisura de los labios.

En noches como esa, me encontraba helado hasta extremos críticos, en carne viva por lo contorsionado de mi sueño, pero caminaba de vuelta a casa bajo las farolas y me sentía tan lúcido, tan deslumbradoramente vital, que me asustaba la idea de abrir la puerta de entrada y tener que enfrentarme a aquel aire espantoso para llegar al dormitorio, donde no conseguiría dormir dada la perniciosa proximidad de algo que mi cuerpo ya no toleraba.

Los días en que la exposición a Esther era mínima, llevaba a cabo pruebas de calidad del aire ambiental dentro del perímetro y en el vallado, y mandaba los resultados para que los analizaran. Los sedimentos del habla, que ahora se transmitían por el aire, indicarían quizá que en la zona se daban diferentes umbrales de toxicidad.

Los números que me devolvieron no arrojaron ninguna conclusión útil.

Usaba un monitor de aerosoles en tiempo real con almacenamiento de datos que había comprado de segunda mano a través de Science Exchange.

Recolectar muestras de aire resultaba bastante sencillo, así que yo tenía el aspecto de ser un ciudadano cualquiera que se dedicaba por la noche a alguna de sus aficiones, como meter insectos en un frasco, aunque tampoco es que nadie me preguntara nunca al respecto.

Todo lo cual, después de haber realizado un análisis completo de metales pesados de amplio espectro que no ofreció resultados concluyentes en ninguno de los dos casos.

Todo lo cual, después de haber seguido el protocolo estándar de recogida de muestras para casos de envenenamiento, y de haber analizado nuestra sangre, nuestro pelo, nuestra saliva y nuestras uñas.

Las muestras se las raspé a Claire mientras dormía. Los humores de una investigación fútil.

No hallarás ninguna satisfacción en los análisis del aire o del agua, era una frase que circulaba por ahí.

Dirige la vara de medición hacia la boca del niño, era otra de las favoritas.

También: llena la boca del niño con arena.

Los paseos vespertinos eran como abandonar el hogar por prescripción médica y se convirtieron en un régimen imprescindible para mí al terminar de cenar. Realizaba apaños con sales, pese a saber muy poca cosa sobre cómo podía modificar mi tónico. No sabía nada sobre ese sistema de aplicaciones a través de cataplasmas en las más placenteras terminaciones nerviosas de la cara interna de los brazos, la llamada zona Worthen, que realizaba únicamente con algunos agentes anticonvulsivos sin alterar, a modo de jarabe fundacional.

Eran transformaciones irrisorias, propias de un aficionado, pero yo apenas las comprendía. Tenía que creer a Thompson cuando decía que mi propio entendimiento no desempeñaba allí papel alguno. Podía poner en práctica un procedimiento sin saber por qué. Tenía que creer a Burke cuando decía que mis propias percepciones, si es que las había, representaban un obstáculo para la supervivencia.

En casa, desde que Esther regresó del campamento, habían emergido pequeños hábitos domésticos que no tardaron en pasar a formar parte de nuestra agenda habitual. La desbandada tras la cena, la inyección de medicinas improvisadas en la zona blanda y fofa de la pierna con una aguja Windsor, y a continuación la huida hacia el aire libre. Practicábamos, con total complicidad, una abstinencia absoluta respecto a la vida familiar.

Por una vez, la aversión que Esther sentía hacia nosotros resultaba conveniente para todos. Era una aversión completamente necesaria. Y la

explotábamos, le dejábamos pensar que era a petición suya por lo que manteníamos las distancias. Pero a veces la descubríamos mirándonos desde el otro lado de una puerta, sin fruncir el ceño, con su cuerpo libre del desprecio habitual. Estaba allí, en pijama, y al observarnos irradiaba algo muy cercano a la preocupación.

Casi todas las noches, Claire se escondía en la habitación de las manualidades, o puede que ni hubiera salido de ella por la mañana. Técnicamente, en esa parte de la casa no se producía ninguna forma de artesanía. La habíamos bautizado así con la esperanza de que alguien, algún día —a lo mejor un hijo por venir—, entrara en ella e hiciera algo productivo, algo bonito, útil o interesante. Así especulábamos respecto a la descendencia que pudiéramos tener. Fabricarían objetos que brillaran en la oscuridad o que pudieran hablar, y nosotros, sentados ante ellos, con el resultado de su formidable trabajo entre las manos, nos sentiríamos maravillados. Esta era, al parecer, una de las razones para tener hijos. La garantía de alguna forma de asombro futuro, algo que nos devolviera el sentido de la sorpresa. Nuestros hijos resolverían una forma de aburrimiento intrínseco de la que no podíamos escapar, y eso sucedería en esa habitación. Nos moríamos de ganas de experimentar una sensación de orgullo de esas características.

Ahora, la habitación contenía un catre para invitados y un lavabo suelto. Una de sus ventanas estaba sellada con pintura. Algunos baldes, un baúl pequeño y una nevera ocupaban el suelo. El linóleo estaba combado en una esquina, bajo un zócalo tan empapado y reblandecido que al final le coloqué una mesita de noche delante para esconderlo de mi vista.

De vez en cuando, un trapo parduzco salía de la habitación de Claire y un montón de trapos limpios entraban en ella.

La noche en que conocí a Murphy habíamos renunciado a la cena. Quizá ni siquiera llegamos a pensar en ella. Esther se escondió en su habitación, de donde brotaban gorjeos gelatinosos, palabras a medias y sílabas astringentes que generaban una amenaza de grado bajo.

Me había atrevido a mantener una conversación con ella contando con que su rabia fuera silenciosa, y en efecto la ejerció con gran intensidad. Le pedí, nervioso, que limitara los discursos, previendo en todo momento que me haría callar a gritos, que mis palabras acabarían siendo objeto de burla por parte de la hábil y despiadada señorita de la casa. Ella sonrió con suficiencia, me ahorró cualquier forma de respuesta y, durante los días que siguieron lanzó una campaña de guirigáis sonoros cada vez que consideraba que estábamos a tiro de oído, y ese tiro de oído era algo a lo que resultaba cada vez más difícil escapar.

Tiro de oído. Que expresión tan certera.

Mi plan consistía en seguirle la pista a mis síntomas sin llamar demasiado la atención. Me até bajo el abrigo el monitor portátil de constantes vitales DRE Axis 4. Los tubos estaban amarillentos, y los cables aparecían expuestos a través del aislamiento, pero el aparato mantenía una carga constante durante mis salidas y los datos que recolectaba resultaban fiables.

Me detuve a efectuar la lectura del primer kilómetro y medio en la esquina de las calles Hospring y Woods, donde los árboles de hoja perenne colgaban esqueléticos y pardos, con ramas enfermas que parecían quemadas por el viento.

Una hilera de ligustros escondía las casas unifamiliares que se extendían hacia el sur a lo largo de Hospring, y allí, en el lecho de abono sin sembrar que había a sus pies, vi por segunda vez al extraño personaje del sendero que conducía al prado de picnics, el tipo pelirrojo que había amenazado a la pareja de judíos que intentaba vomitar sobre los hierbajos.

Me había parecido abrumador cuando lo vi por primera vez a un lado del camino, cerniéndose sobre la pareja judía como si fuera a trincharles las espaldas y a comérselos, pero ahora estaba enfermo, tirado de rodillas.

Recordé un sermón que Burke había pronunciado hacía algunos meses, cuando todo lo que brotaba del agujero judío resultaba abstracto y no implicaba la menor amenaza, palabras sabias de las que podía disfrutar en el foso no susceptible de apelación que era mi mente. Te olfatearán las piernas, decía el sermón de Burke. Desearán estar en tu piel. Cuídate del hombre que se arrodille, del que exhiba su debilidad. Pero aquel día el sermón no había pasado por la radio de forma coherente, las interferencias habían ocultado la transmisión. Se repetía cada dos por tres la palabra «debilidad», como si por error se estuviera emitiendo una y otra vez en bucle. Debíamos temer la debilidad no en nosotros mismos, donde más bien debía ser celebrada, sino en los demás. O quizá no temerla, pero sí desconfiar de ella. Tendemos a creer en los problemas ajenos con demasiada facilidad, erigimos un engranaje de solidaridad. Busca en el relato las necesidades de su narrador, se nos advertía. No compartas tu historia al completo, se nos seguía aconsejando.

Me situé junto al seto, intenté verle la cara al pelirrojo, pensando que al menos oiría el ruido y se daría la vuelta para responder a mi presencia.

Al acercarme, vi que expulsaba por la boca un cilindro blanquecino lleno de líquido, con los labios en forma de «O» para permitirle el paso. Siguió un débil siseo, un sonido casi agradable, como el que producen los grillos en los árboles durante la noche, pero entonces un aroma agrio inundó el aire.

La expulsión fue decorosa y no pareció representarle un sacrificio visible a su cuerpo. Deduje que debía de vomitar con cierta regularidad. Pareció algo natural, como si su cara necesitara vaciarse de vez en cuando.

Cuando acabó, me aparté un poco y le pregunté si necesitaba ayuda.

Las arcadas cesaron.

—Cielos —dijo—. No te había visto.

Tosió, tragó saliva, se arregló la ropa.

Aquella fue la primera mentira de Murphy.

Busqué en mis bolsillos un clínex, pero no llevaba ninguno.

Él sacó un pañuelo y se lo pasó suavemente por la boca, como si estuviera limpiándose una gotita de sopa que le hubiera quedado en los labios.

—Lo siento. Pensaba que estaba solo. Dame un segundo.

Abrió una botella diminuta, le dio un buen trago y escupió entre los arbustos una porquería de color negro. Entonces extrajo con el dedo una sustancia grasienta de una latita, se untó con ella el interior de la boca y acabó de distribuirla con la lengua. Quizá fuera algo aromatizante para enmascarar el sabor a bilis. No estaba seguro.

Usó una cuchara para coger tierra y tirarla sobre el charco en que se había traducido su descomposición, se irguió y echó más tierra con el pie.

—De hecho, es bueno para las plantas —dijo, y extendió la mano.

Simulé una carcajada.

—Murphy —dijo, y nos estrechamos la mano.

No pareció reconocermme como el tipo del sendero.

Le di un nombre inventado —«no compartas tu historia al completo»— y nos quedamos allí quietos, en medio del frío, con la mirada puesta en cualquier lugar menos en el otro. Tenía que consultar mi equipo de cara a una medición, si no el ciclo entero se jodería, pero no podía realizar la lectura de esos 750 metros en su presencia, y él no acababa de producir el lenguaje corporal que nos permitiera a cada uno seguir con su respectivo camino.

—¿Seguro que te encuentras bien? —pregunté al fin.

Él se rio.

—Ni por asomo. Pero al menos no estoy en casa.

Pareció satisfecho con su respuesta, pero entonces reparó en el bulto que yo llevaba bajo el abrigo.

—Eres tú el que no está bien, ¿verdad?

Murphy me sonrió preocupado, y el gesto me pareció creíble.

—Estoy bien.

—Ajá. Bueno, ¿a cuántos kilómetros te encuentras? —preguntó.

Le dio un golpecito a la máquina bajo el abrigo, aunque él no sabía que estaba allí.

—¿De qué?

—De tus hijos.

—Solo tengo uno.

Mientras dije aquello, imaginé a una Esther de tamaño descomunal, cuya sombra se cernía sobre Claire y sobre mí, preparada para aplastarnos.

—Con uno basta —dijo él.

No había discutido el asunto de la toxicidad con ningún extraño, pero la información estaba demasiado fuera de control en aquel momento como para fingir que ignoraba a qué se refería. «Todo es una revelación».

Murphy no hizo nada por disfrazar la curiosidad que experimentaba ante mi silencio. Pero «curiosidad» quizá sea una palabra demasiado amable.

—Vale, ¿qué me dices de esto? —preguntó.

Murphy se abrió la chaqueta para mostrar un fogonazo de metal corroído, un equipo de constantes vitales no muy diferente al mío, atado con una correa a su pecho como si se tratara de una bomba. En el suyo, no obstante, había

algo húmedo y de color marrón, algo que relucía como si lo hubieran untado con algún tipo de pasta, pero no pude observarlo con detenimiento antes de que volviera a cerrarse el abrigo.

Sin embargo, yo no me abrí la chaqueta. Por el contrario, me abracé a ella con más fuerza aún.

—Voy a hacernos un favor a los dos y comenzaré yo —dijo—. Tengo cuatro hijos. Ahora multiplica tu mierda por ese número. Estoy a tres kilómetros de ellos. Es la distancia mínima. Si estuviera más cerca, seguro que podríamos empezar a ligar cabos compartiendo nuestros síntomas. ¿Quieres que lo hagamos?

No contesté, pero le di a entender, a través de una sonrisa calculada, que no se equivocaba al confiar en mí. Quizá había algo que aprender de aquella situación.

«Para variar, escucha un poco», el viejo consejo de Claire parecía útil de repente. Lo decía a modo de broma, burlándose de la sabiduría popular, dando énfasis al sentido secundario de la frase —«si quieres variar algo, primero tienes que escuchar»— pero pienso que, en realidad, Claire creía en ello. La sabiduría estaba fuera de nosotros. Debíamos mantener una oreja pegada al suelo.

Si eso era cierto, entonces eran las personas más atentas entre nosotros quienes, al estar consumiendo mucho más veneno, morirían antes. Mi indiferencia hacia el prójimo quizá me haría disfrutar de un poco más de tiempo.

Nos pusimos a caminar y yo me desorienté. Murphy alardeó del aislamiento que había instalado en su casa. Las barreras acústicas con valores-U por encima de veinte, los altavoces bloqueadores del habla, algunos colectores de sedimentos que le estaban proporcionando «un polvillo para nada carente de interés», por más que el posible uso de ese polvillo se le escapaba todavía.

Por alguna razón, este no dejaba de ofrecer resultados falsos y se presentaba como sal.

Sus hijos eran más pequeños que Esther y, según él, se plegaban a sus deseos. Eran entusiastas sujetos de estudio que se prestaban a todos los experimentos que él pudiera concebir. Aquel asunto les «excitaba», dijo, aunque para nosotros sea un infierno, y yo no le pregunté a quién más correspondía ese «nosotros».

—Si lo piensas bien —dijo Murphy—, nuestros hijos son la primera generación. Son los primeros en tener este poder. Estamos siendo testigos de

una transición increíble.

Transición hacia qué, es lo que dejé de preguntarle.

En su casa casi siempre reinaba la calma, pero Murphy dijo que eso ya no importaba demasiado y que estaban preocupados. Él y —he olvidado el nombre de su esposa, si es que alguna vez existió de verdad— habían comenzado a preguntarse si no estaría sucediendo algo más, una alergia indeterminada que irradiaba de otras personas que no eran sus hijos, como si la toxina se estuviera reproduciendo. Sus análisis habían ido en lo que él denominaba una dirección muy diferente.

¿A cuento de qué, por ejemplo, podía la enfermedad perdurar incluso cuando los niños guardaban silencio?

—¿Se te ha pasado por la cabeza, has pensado que quizá no se trate solo de ellos? —quiso saber.

Se me había pasado por la cabeza, sí, tanto que había terminado agotado de pensar en ello. A Murphy, como respuesta, le ofrecí la idea obvia de que no había forma de reconciliar el hecho de que el lenguaje de los niños resultara tóxico mientras que el de los adultos no lo fuera. La acústica era la misma: niño, adulto, máquina. Si le enseñaras a hablar a un chimpancé, sus palabras también deberían hacerte enfermar. ¿Cómo era posible que la fuente fuera determinante? No tiene sentido. Nada tiene sentido.

Murphy resopló burlón.

—Me fascina la gente que se pone a hacer pucheros cuando no puede dar con una lógica o un sentido, como si fuera una injusticia que algo en la naturaleza no se revelase bajo un diseño evidente. Estamos ante una epidemia, joder, y su lógica es insondable. Así es como alcanza el éxito, gracias a su inconsistencia y a su carácter incognoscible. Hay que dejar la justicia para los bebés y sus juegos. A nadie le gusta admitir que nuestra maquinaria de comprensión es menor.

—Te concedo eso, pero tampoco resulta mezquino hacer un esfuerzo por comprender lo que está pasando —dije.

—No, quizá no. Pero la comprensión tiene un precio. Es una enfermedad por derecho propio, joder.

Murphy volvió a sacar la latita, se untó el interior de la boca con otra reluciente cucharada de la sustancia grasienta. Olía a mermelada.

Me la mostró en señal de ofrecimiento.

—Si seguimos hablando, vas a necesitar un poco. Como protección.

—¿Qué es?

—¿Esto? Esto es un juego de niños. Un blindaje de lo más básico. Lleva un tiempo dando vueltas. A mí ya no me hace demasiado efecto, pero tampoco quiero arriesgarme. Podrías comenzar por ponerte un poco en la garganta.

Le di las gracias, pero decliné su invitación.

—¿Sigues esperando una solución oficial? ¿No te parece que ya va siendo hora de que tomemos las riendas de este asunto? Los médicos están asustados, ¿o no? ¿Acaso no están asustados? Eso es lo que se dice.

Le miré, resuelto a no mostrar la menor indicación de que ya había oído esas palabras, no hacía mucho tiempo, en boca de Thompson.

—No creo que los médicos vayan a ayudarnos a entenderlo, eso es todo —dijo Murphy.

De nuevo, eran exactamente las mismas palabras de Thompson.

Me sonrió, expectante. Era como si me observara mientras yo abría un regalo, ansioso por conocer mi reacción.

Murphy no era judío. No había forma de que hubiera podido acceder a la transmisión de uno de los agujeros. Claro que aquella convicción no se basaba en nada a lo que pudiera dar nombre, se trataba de un tipo de certeza en el que, me daba cuenta, había acabado especializándose. Me descubrí sintiendo curiosidad por una fe ajena e intenté acallarla. No importaba lo que Murphy creyera, porque no era de mi incumbencia. Saberlo diluiría mis propias ideas, si es que en aquel momento tenía alguna. Se suponía que no debía importarme. Y yo lo sabía. Lo sabía.

Ojalá lo hubiera asimilado también emotivamente.

En el cruce donde Nearing se convierte en un callejón sin salida que va a dar al muro de la sinagoga de la cárcel, Murphy me guio más allá del alumbrado y avanzamos por la calzada sin iluminar que llevaba al parque Blister y a la torre de alta tensión.

—¿Estás leyendo a LeBov? —me preguntó.

—No mucho —respondí—. ¿Cuáles de sus libros están bien?

Murphy pareció confundido.

—LeBov no escribe libros. Los libros expiran. Los libros son pirateados. Nadie quiere dejar atrás ese tipo de pruebas.

Parecía importante revelar alguna parte nuclear del dilema, de buena fe, a fin de descubrir la táctica de Murphy. Me tomé mi tiempo e intenté ponerle al corriente acerca de mis incipientes trabajos de perímetro, acerca del respiro que había significado la reciente salida de campamento de Esther. Establecí una distinción entre sexos, porque me pareció evidente que había que tener en

cuenta el modo en que diferían las capacidades de resistencia. Claire siempre estaba más enferma que yo, siempre. Y dejé en el aire la cuestión judía, pues las noticias ya habían propagado la idea de una enfermedad elegida, relacionada con la genética, la fe y la posibilidad de que tus familiares lejanos, hace miles de años, se cubrieran con pieles llenas de mierda y fueran propensos a matar a todo lo que apareciera ante sus ojos.

Insinué, como antítesis a LeBov, que los hijos de Murphy no eran judíos, ¿correcto?, y que pese a todo parecían ser también portadores del lenguaje tóxico.

Murphy asintió, quizá con excesiva lentitud.

—LeBov no les está echando la culpa a los niños judíos —dijo con prudencia—. No es cuestión de culpas. LeBov siente un profundo respeto hacia ellos. ¿Cómo no apreciar esa forma de poder? Su diagnóstico es de tipo médico, no político. ¿Cómo no sentir curiosidad por el modo en que comenzó todo esto?

—Me ha parecido que insinuabas que la curiosidad carecía de sentido.

—Bueno, quizá LeBov tenga sus razones. A veces hay que decir algo increíble a fin de promover un nuevo concepto. De ese modo cimientas tu autoridad, y posiblemente sea mejor que duden de ti a que te crean. ¿Qué tiene de positivo que la gente te crea?

Leer a LeBov me serviría para ponerme al día, me explicó Murphy, pero debía andarme con cuidado para no acabar desinformándome. Había muchas noticias contradictorias, se le habían atribuido demasiadas octavillas manipuladas, cargadas de ideas sin verificar. Por ejemplo, las prevenciones que corrían de boca en boca sobre las construcciones en primera persona, sobre cierta retórica considerada particularmente tóxica, las «frases de agresión» y ese tipo de cosas, probablemente no procedían de LeBov. Aunque a la vez era posible, dijo Murphy, que un lenguaje ultrarrestringido, operado a partir de una gramática nueva, representara, en último término, nuestra escapatoria a todo aquello.

Lo que quería decir... ¿qué? ¿Que las normas y las vagas inquietudes de alguien que quizá no existía eran objeto ahora de un cuestionamiento todavía mayor?

No ayudaba que no se supiera gran cosa sobre quién era LeBov en realidad.

O quizá, especuló Murphy, sí que ayudaba, y ese era el tema precisamente. Quizá los mejores líderes son aquellos a los que no podemos llegar a conocer de verdad. Tenía la sensación de que la información errónea

que llegaba de Rochester no era fruto de accidentes, sino que formaba parte de una estrategia bastante avanzada. Sabían perfectamente lo que se traían entre manos ahí arriba, en Forsythe.

—De alguna manera, la desinformación puede resultar de mayor utilidad en momentos como este.

Yo no lograba seguir su razonamiento.

De LeBov se comentaba, dijo Murphy a modo de ejemplo, que no tenía hijos. Que era una mujer. Que era un adolescente. Que Anthony LeBov eran dos personas, un padre y su hijo. Que se había obligado a sí mismo a olvidar la lengua inglesa, que se había autoinducido la afasia mediante altas dosis de Semantiril, o que se tomaba descansos programados a la hora de escuchar, leer o ejercer cualquier otra forma de comprensión.

No había nada confirmado, pero Rochester era una apuesta segura si buscabas un lugar donde se estuvieran pensando bien las cosas. Esta era una noticia que había surgido de Rochester. Olvídate de Rochester. Rochester no significa lo que tú creías, aseguró Murphy. Se decía que LeBov había participado en los ensayos de Minnesota, en los experimentos de Denver, en una especie de estudio en Dunkirk donde él había acabado siendo el único superviviente.

LeBov, proseguía el relato, disponía de unos aposentos al norte del estado. LeBov sabía criptografía. La mayor parte de su trabajo se encontraba ahora en el alfabeto marchito, que ni siquiera era su verdadera denominación. Pensé que le había oído mal, pero no quise interrumpirle. Mientras todo el vocabulario del mundo no pudiera ser bombeado dentro de un equipo, y nadie se ponía de acuerdo sobre el tipo de equipo que había que utilizar, no conseguiríamos saber nada de nada.

—La solución se halla en los textos, ¿no te parece? —preguntó, aunque la cuestión no iba dirigida a mí—. Códigos visuales. Aunque no serían los que conocemos. Los que conocemos ya están generando problemas. La lectura es el siguiente. Ni siquiera es el siguiente. Ya está pasando. Te sugiero que dejes de leer.

Debíamos prepararnos para el día, dijo Murphy, en que la comunicación fuera imposible. Esta cosa comenzó con los niños, pero había que ser idiota para pensar que se iba a quedar ahí. Algunos éramos idiotas, en cualquier caso.

—Habrás oído hablar del alfabeto de fuego, claro —dijo Murphy—. Estoy seguro de que no tendré que explicarle a alguien como tú de qué va.

De nuevo esa mirada suya, como si se hubiera introducido en mi cabeza con una vara de zahorí y estuviera observando mis reacciones para ver si había encontrado agua.

Asentí.

No pensaba exponerme ante él. Quizá bromeaba o, peor aún, me estaba poniendo a prueba. Pero aquello era algo extraído directamente de la cabaña, era uno de los temas estacionales de Burke, cuando le daba por adoptar un tono de extrema cautela, para lanzar avisos tan espectaculares que no cabía considerarlos ni remotamente veraces. Eso si aspirabas a seguir viviendo con normalidad, al menos.

Murphy no dejaba de perorar sobre el alfabeto de fuego, como si hubiera estado junto a nosotros en la cabaña. El nombre a modo de sombra engañosa. Un mundo donde nada era señalado por la más precisa de sus designaciones. Habíamos traficado con un lenguaje inexacto que debía ser objeto de una nueva traducción. O ni siquiera debíamos traducirlo. Más bien teníamos que destruirlo. Reconstruirlo. Había que reclamar un nuevo código, una nueva escritura, una forma de transmitir mensajes que evitara el alfabeto tóxico, el habla químicamente contaminada que usábamos en ese momento.

Parte de la diatriba de Murphy me resultaba extraña, se extraviaba en los terrenos de la locura. Nada que pudiera proceder de la cabaña. Pero otras frases parecían tomadas literalmente de Burke, como si hubiera grabado y memorizado sus sermones.

El problema era que yo había hecho caso omiso de muchos de aquellos sermones porque —debo ser honesto al respecto, y tampoco es que quede por aquí nadie a quien quiera engañar— sus ideas me aburrían. Quizá fuera que no había logrado comprenderlas. Burke se desesperaba con el concepto del discurso sanguíneo, un motor que se le arrancaba al lenguaje para que el lenguaje fracasara, y yo lo daba tan por sentado como los más altos registros de una religión que no siempre conseguía emocionarme. El alfabeto de fuego era la palabra de Dios, escrita en llamas, que arrasaría a quien lo contemplara. La así llamada Torá. Esta era información judía de dominio público, Murphy la podría haber obtenido de forma sencilla. No podíamos pronunciar el verdadero nombre de Dios, igual que no podíamos, en caso de ser devotos, hablar lo más mínimo sobre Él. Se trataba de algo muy básico. Pero la interpretación midrásica del alfabeto de fuego era más exclusiva; la había comentado únicamente, al menos hasta donde yo sabía, el rabino Burke en nuestra cabaña. Puesto que el alfabeto en su totalidad engloba el nombre de Dios, afirmaba Burke, puesto que este aparece escrito en cualquier

disposición de las letras, entonces todas las palabras hacen referencia a Dios, ¿no es así? En eso consisten las palabras. Son variaciones de su nombre. Sin importar el idioma. Digamos lo que digamos, estamos diciendo Dios. Burke se emocionó tanto que se puso a gritar. En consecuencia, el lenguaje constituía, por definición, una zona vedada. Hasta la última palabra. Más nos valía dejarlo de lado. Nuestro tiempo con él estaba prácticamente agotado. Era difícil rechazar aquella lógica. No había forma de hacerlo.

Por supuesto, de algún modo yo había encontrado un camino. Y el rabino Burke también debió de hacerlo, porque siguió utilizando el lenguaje y al final eso pareció fortalecerle. ¿Qué era Burke si no un discurso incorpóreo? No ofrecía señales de que en un futuro cercano fuera a rodearse de un muro de silencio.

Si Murphy tenía su propia cabaña, no parecía probable que fuera a romper el protocolo de la peor manera posible. Comentando los secretos con libertad, compartiéndolos en profundidad con un extraño. Y, si no disponía de cabaña propia, entonces había logrado acceder de algún modo a las transmisiones, a nuestras transmisiones, y quería que yo lo supiera.

Murphy dijo que al parecer LeBov tenía a sus órdenes a un detector de problemas, a alguien que realizaba análisis del habla y que estaba a favor de las listas. Listas: en Forsythe no se hablaba de otra cosa. Listas negras, listas seguras, listas verdes, listas de curación. Había palabras suficientes para llenarlas todas. Pero las listas de curación, ah, estas eran las más cortas, y nadie explicitaba con seguridad las palabras que contenían, no mientras no fueran objeto de análisis, de un análisis exhaustivo.

Se trataba de listas altamente confidenciales, en manos de un pequeño grupo de personas de Rochester que se encargaban de pulirlas, de realizar análisis de toxicidad únicamente sobre sí mismos.

—¿Son palabras que se recitan con objetivos medicinales? ¿Como si pudieran curar acústicamente? —le pregunté.

Murphy inclinó la cabeza, hizo una mueca, sugiriendo que quizá sí, quizá no. Sugiriendo una idiotez por mi parte ante la que no podía posicionarse a medias.

Dije algo acerca de Babel. Era el mito que con mayor facilidad cabía invocar, había regresado a la palestra para ser objeto de un escrutinio renovado y no dejaba de ser lanzado de un lado al otro por todos aquellos que consideraban que nuestras historias más antiguas seguían teniendo alguna importancia. No dije gran cosa. Quizá me limité a apuntar la palabra «Babel», la dejé ahí colgada, como si no hiciera falta nada más.

Murphy no se quedó muy impresionado.

—Ese tema está agotado. La mitología es la más rastrera de las tentaciones posibles, ahora mismo. Si quieres hablar de causas primeras, yo retrocedería hasta antes del niño judío y nombraría la mitología, los especímenes más enfermizos del habla. Nos abonamos a esas historias supuestamente importantes, a esas historias de carácter religioso, y nos dedicamos a ignorar su inanidad, lo estúpidas e inútiles que resultan. ¿Podemos probar que los relatos no nos hacen enfermar? Porque sucedieron mucho tiempo antes de que nacióramos, de algún modo decidimos que resultan extraordinariamente importantes y bajamos la persiana del cerebro, nos convertimos en imbéciles, dejamos que el pasado comience a pensar por nosotros. Eso sí es una enfermedad. He ahí un antecedente de verdad, joder.

—De hecho, yo no creo que todas esas cosas hayan ocurrido —dije—. Que hayan ocurrido de verdad. Si es que aún estamos hablando de Babel.

Murphy se había acalorado bastante. Un halo de esputo le rodeaba la boca y los ojos le brillaban.

—¿Y tú eres una autoridad en lo que ha ocurrido y en lo que no? ¿Dónde hiciste las prácticas?

—Es una parábola —contesté—. Eres consciente de ello, ¿verdad? No crees que se trate de una historia real...

—Olvidalo —me dijo.

No tenía el menor interés en hablar de Babel, una tosca narración procedente de un mundo que no era el mío. En cualquier caso, aquellos mitos tirando a obvios del Antiguo Testamento —señuelo, señuelo— me provocaban aburrimiento. Lo había sacado a colación por lo inofensivo que me parecía, por estar tan empapado en connotaciones sencillas. Pero parte de mí no toleraba el tema.

—Entonces, tú sostienes —comencé a decir, como si de veras no hubiera entendido lo que quería decir—, ¿tú sostienes que un relato bíblico en el que Dios fulmina a su pueblo con la afasia no resulta relevante? ¿Un relato sobre la pérdida de la capacidad de hablar?

—Eso es exactamente lo que sostengo —dijo Murphy en voz baja—. Y no fue afasia. No se entendían entre ellos. A veces, impedir que la gente se comunique puede ser beneficioso. La puesta en común de la comunicación no siempre ha sido positiva. A veces es algo verdaderamente terrible. Quizá lo sea siempre.

—¿No crees que la gente acabará escribiendo libros sobre el tema, vinculando el veneno del habla, o lo que sea, con algo de corte bíblico?

—Al contrario —respondió Murphy con calma—, eso es exactamente lo que creo. Como siempre, la gente flirteará con los más peligrosos malentendidos. La gente se fuerza al equívoco de las maneras más llamativas. Hay una notoriedad en ello. Nos encontramos en temporada alta de errores. Pero no te engañes a ti mismo. No habrá muchos libros más. No veremos demasiados análisis documentados, o análisis de cualquier otro tipo. Esta crisis es diferente. Será respondida desde la mudez. No habrá tiempo para una última palabra. La última palabra ya ha sido dicha, y no la tuvimos nosotros. Es la primera epidemia de nuestra civilización que se resiste al intercambio público de lenguaje. Es una plaga entre hombres de las cavernas, y muy pronto no haremos más que lanzarnos gruñidos los unos a los otros. Uno no puede describir un veneno sirviéndose de un poco más de ese veneno, escribir acerca de lo venenosa que resulta la escritura. Y muy pronto las causas dejarán de importar. El concepto mismo de causa se irá a la mierda.

Murphy se quedó en silencio mientras caminábamos por aquellas frías calles de regreso a mi barrio. Pronto amanecería y quería acostarme antes de que Esther se levantara. Sentía el peso y el calor del equipo sobre mi cuerpo, y estaba cansado.

—Yo me quedo aquí —dije, deteniéndome antes de tiempo junto a un camino de ladrillos que dibujaba una curva.

Aquella ante la que nos habíamos detenido, no era mi casa, pero no quería que Murphy supiera dónde vivía. Lo recordé en el bosque, hacía días, mientras acosaba a la pareja judía. No había vuelto a verlos a ellos ni a sus violentos hijos. Pensé que podría despedirme, dar una vuelta y meterme en el callejón, y acortar por ahí hacia mi casa.

—Así que aquí te quedas, ¿eh? —Murphy miró la vivienda y me dirigió una sonrisa.

Había escogido una casa poco apropiada para mi mentira. Esta tenía una tienda sin ventanas y con una entrada lateral acoplada a la residencia. El cartel decía que allí se vendían cintas, cartuchos y adhesivos. Una parte del tejado se hallaba al descubierto, con material envolvente Tyvek de color azul clavado de cualquier manera sobre el agujero. Debía hacer mucho frío allí dentro. Fuera lo que fuese lo que estaban construyendo allí, lo habían dejado durante el invierno.

—De acuerdo, ejem, Bill, o quienquiera que seas —dijo Murphy.

Yo le había dicho que me llamaba Steven. Me estaba poniendo a prueba. Lo pasé por alto.

«Gestiona bien lo que revelas». El problema era que, al mentir, había alimentado su curiosidad. Yo necesitaba que sintiera que no había dónde escharbar.

—Tienes que pasarte por el Oliver s. Solemos encontrarnos allí. Pero deberías ponerte al día con las medicinas, y pronto, independientemente de tus creencias. Tienes que empezar a medicarte. ¿Conoces el Oliver's?

Intenté darle largas.

—Claro.

Me imaginé a mí mismo en una sala alargada, pintada de color *beige*, intentando trepar por encima de un muro.

—Es evidente que no, pero no pasa nada.

Murphy parecía menos entretenido, se frotó la cara con tanta fuerza que me dolió solo de verlo. Volvió a sacarse la latita del bolsillo, masajeó en círculos la sustancia grasienta contra su paladar y chasqueó los labios.

—Bill, yo no soy el demonio. No soy el mal —dijo—. No estás solo, eso es todo. Es perfectamente normal que trabajemos juntos en este asunto. Pero creo que lo comprendo. La intimidad y todo eso. Entiendo que tienes una de esas cabañitas. Que rindes culto en el bosque. Que quizá eres uno de esos. La gente se está preguntando si hay algo de, ya sabes, en esos sitios.

Algo de, ya sé, ¿qué?

Murphy hizo una pausa, esperó a que yo me tirara de espaldas con las patitas en el aire rogándole que me llevara con él.

—Al parecer, los canales de conocimiento secreto están ahora obligados a abrirse, a revelar su contenido. Ciertamente, este no es buen momento para secretismos.

«Oh, pero sí que lo es», pensé. No le ofrecí nada.

—Espero que todo te vaya bien —añadió.

Aquel era un anzuelo que no podía morder. Le sonreí, falto de las habilidades necesarias para seguir con aquella conversación. Mis mentiras eran flagrantes, pero Murphy no perdió la compostura.

—Mira —dijo Murphy—. Aquí tienes la dirección y mi número.

Miré el texto de la tarjeta y mis ojos se humedecieron, perdieron el enfoque. Las letras no parecían congregarse en forma de palabras y desataron un dolor más allá de mis ojos.

Murphy inclinó la cabeza hacia aquella casa que no era la mía.

—Si de verdad vivieras aquí, tendrías suerte —dijo.

Miré hacia la casa sin llegar a verla.

—Comprueba tus constantes vitales —dijo Murphy—. Por lo que veo, aquí no hay niños. Me apuesto algo a que ahora mismo tu corazón está mejorando. Mierda, me encantaría vivir aquí.

Se equivocaba. Mi corazón no estaba mejorando. Lo sentía frío y tenso, estrangulado por la caja torácica. Tenía que salir de allí.

Nos quedamos observando aquella casa como si fuéramos un par de turistas ante una gran catedral.

—En fin —acabó diciendo Murphy—, no flirtees demasiado con la culpa ahí fuera. ¿Sabes?, la culpa tiene su interés, pero has de ir con cuidado. Es una estrategia peligrosa.

La culpa. Yo no le había dicho nada al respecto.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos.

No, si puedo evitarlo, es lo que no contesté, seas quien seas, joder.

Era principios de noviembre. En Forsythe, los ensayos clínicos habían pasado la fase de prueba a toda velocidad, y los agentes básicos antihabla se habían distribuido públicamente de forma gratuita, depositados por las esquinas en el interior de dispensadores de periódicos vacíos.

Los fármacos eran un aguanieve médico escaso de medicinas reales, pequeños tónicos pastosos que buscaban a la desesperada conseguir un amplio fortalecimiento. No era el momento más adecuado para los placebos, para viales líquidos llenos de nada. Cuando nos los inyectábamos, lo único que hacían era aturdimos hasta que despertábamos balbuceantes en otra habitación. En vez de curarnos, aquellos medicamentos solo parecían abocarnos a rachas de muerte vespertina. Un ensayo, quizá. Un calentamiento.

Durante los días que siguieron a mi encontronazo con Murphy, me las apañé para montar un laboratorio en la cocina, según las indicaciones de Thompson. En mis noches en vela ingenié medicinas especulativas diseñadas para mantenernos con la salud suficiente como para poder hacernos fuertes en nuestro hogar. Esas noches llegaban cada vez con menos asiduidad, pero cuando era capaz de arrastrarme desde la alfombra de mi despacho, donde había erigido un humidificador de la altura de una persona para poner a prueba los inhaladores, y cuando la velada se veía limpia de posibles encuentros con Esther, comenzaba a cocer nuevas drogas.

Mientras esperaba a que las soluciones se enfriaran, desde la única ventana de la cocina, con forma de ojo de buey y superficie escarchada, veía pasar por la noche de Wilderleigh las furgonetas de los servicios de emergencia, que tomaban muestras del aire con sus platos montados sobre el techo y las varas de medición que brotaban como aletas de sus parachoques.

Ese tipo de furgonetas no recorría las calles durante las horas de luz. Se podía ver una ambulancia aparcada en alguna esquina, pero sospecho que esto era para el uso personal de algún vecino, de cara al traslado íntimo de un ser querido a quien le acababa de llegar la hora. Un coche fúnebre de color amarillo deambulaba por el vecindario, y abría sus puertas para dar cabida a las camillas cubiertas con sábanas. Ocasionalmente, un helicóptero diesel

cabeceaba al norte de nuestra posición, en la parte alta del valle Montrier, realizando inspecciones aéreas, pero se trataba de un esfuerzo escuálido que no podría reportar demasiada información útil. Si los organismos oficiales deseaban obtener datos sobre esta problemática, los recolectaban de noche, con las furgonetas, y yo lo sabía porque la noche era el mejor momento para dedicarse al trabajo de laboratorio. Si iban a llevar a cabo prácticas nocturnas de medicina forense en nuestro barrio, yo lo vería a través de mi ventana.

De noche, Esther no representaba amenaza alguna. De noche dormía, o salía de casa para sumarse a las otras armas menores de edad del vecindario.

El laboratorio era una especie de puzle que había construido intercambiando piezas de equipamiento en el Science Exchange. Sobre la encimera de la cocina, una serie de conductos se enroscaban entre un trío de vasos de precipitación, y había desviado el circuito al horno para poder conectarle la microferrería, que pulverizaba cualquier sustancia orgánica que necesitara usar a modo de balasto sin provocar caídas de tensión. Al trabajar sin horno, las noches se volvían frías, así que le di un nuevo uso al cajón de la cubertería llenándolo de calcetines y jerséis. Las gorras y todo lo demás lo guardaba en un cesto de alambre dentro de la alacena. Además, disponía por separado de una máquina Valona hecha a mano, para las grasas.

Utilizaba un quemador de inducción para reducir las soluciones salinas, para mezclar las pastillas antiinflamatorias, para atomizar los polvos de los viales antialérgicos de liberación prolongada, los que no provocaban somnolencia, para después moler un arsenal de vitaminas cargadas de agua, especialmente las del grupo B, con aglutinantes y virutas endurecidas de una hierba que había machacado en el mortero hasta convertirla en polvo. Las láminas de proteínas salinas, que aplastaba a partir de suministros a granel de gelatina médica, las extendía sobre el escurridor hasta que se volvían transparentes como el cristal, y cuando se endurecían las cortaba a tiras y vaciaba su parte central para que pudieran ser inyectadas con medicamentos.

A través de un proceso de reducción en frío aislaba el plomo —en forma de gusanos larguiruchos y temblequeantes— que me servía para envolver las píldoras que le daba a la pobre Claire. Estas no eran de liberación prolongada, sino auténticas cápsulas de tiempo. Bombas de salud que debían detonar solo al verse sometidas a una exposición intensa. O al menos para eso estaban diseñadas. Yo plantaba armas secretas en el interior de mi mujer y ella se las tragaba sin decir ni pío. Y todo esto yo lo registraba de forma regular. Todas las pruebas y procedimientos estaban documentados.

Nos decíamos el uno al otro, las raras veces en que hablábamos, que aquello nos ayudaba. Le mencioné esta labor a Murphy durante nuestro siguiente encuentro. Yo no había deseado una próxima vez, nunca la quise, pero siempre llegaba. Él admitió que existía una pequeña posibilidad, insignificante en lo estadístico, de que mi trabajo nos sirviera de algo. Un blindaje médico, un suero químico. No era técnicamente imposible.

Nos topamos por accidente pocas noches después de nuestro primer encuentro —yo tenía escasos motivos para pensar de otro modo—, en las tempranas y amargas horas de la madrugada, allá abajo, cerca de la escuela de Esther. Yo ni siquiera seguía comprobando mis constantes vitales. La verdad es que ya no había necesidad de hacerlo.

Me encontró descansando en un banco, como si hubiera dado la casualidad de que pasara por allí en medio de su paseo, y le puse al día acerca de mi trabajo en el laboratorio de la cocina. Al principio pareció comprensivo. Se sentó a mi lado y me escuchó de forma sincera.

—Nuestro trabajo está sujeto a errores —admitió después de escucharme—. Yo mismo he flirteado con el fracaso a veces. Tiene un cierto encanto. Te felicito por buscarlo con tanta insistencia. Pero esa idea que tiene la gente sobre fracasar a propósito... ¿para fracasar mejor? Fíjate en quiénes dicen eso. Limitate a observarlos. Obsérvalos detenidamente.

Intenté imaginarme a la gente que decía esas cosas, pero solo vi mi propia cabeza, y estaba clavada en un palo.

—Se pasan el día hablando del fracaso —dijo Murphy—. Están obsesionados con él. Pero, en realidad, lo que hacen es consolarse a sí mismos por el hecho de ser normales y corrientes, incluso se jactan de ello. Han convertido su incompetencia en una extraña forma de esplendor. Se han metido en el negocio del autoconsuelo.

¿Y piensas que eso es lo que estoy haciendo yo?, es lo que no le pregunté.

Era una noche fría y espantosa, y mi único consuelo, la soledad, se había esfumado de momento.

—Estás llevando a cabo análisis sobre dos personas, así que probablemente te habrás muerto antes de que tu trabajo pueda ayudar a alguien. Necesitas un ratio de población testada mucho, mucho más amplio para que tus estudios te conduzcan a algún sitio. Eso lo sabes, ¿verdad? No es que quieras sobrevivir tú solo con tu mujer, ¿verdad? Estás llevando a cabo esta labor porque quieres detener la epidemia, ¿verdad?

Pues claro, pensé. Pues claro. Creo.

Murphy reiteró su invitación a que fuera al Oliver's. O a Forsythe. No tenía muy claros los nombres. Tampoco me importaban.

¿Qué no había sido una equivocación? Quería saberlo. ¿Había algo que estuviera funcionando?

Murphy habló de una vacuna derivada de los niños. Cuando dijo la palabra se quedó quieto, miró a nuestro alrededor como si nos estuvieran vigilando. No quería creerlo, no quería tener que creerlo, pero si los niños albergaban el veneno, entonces sin duda también contenían su antídoto. Sin duda. Parecía lógico. Siguió hablando entre dientes acerca de la sangre, la médula ósea, el desarrollo de la tolerancia, la inmunidad, el control de las circunstancias. Esa era una de sus palabras favoritas. «Circunstancias». Sonaba tan raro cuando la pronunciaba... era una de esas palabras concebidas para hacer que me olvidara de otras palabras, del lenguaje al completo.

Murphy pensaba que debíamos extraerles sangre a nuestros propios hijos, de manera informal, con cuidado, por supuesto. Muy pronto, todos se decidirán por esa opción. No hay motivo para que genere problemas. Es un interés puramente científico.

—No me digas que no has considerado la idea de extraerle algo de sangre a... ¿cómo se llamaba tu hija? ¿De extraerle sangre?

No le había dicho el nombre de Esther, ni siquiera le había contado que tenía una hija. Me había mostrado ambiguo acerca de mi descendencia. Si hubiera considerado la posibilidad de extraerle algo de sangre, una toma nocturna mientras ella dormía, no lo hubiera revelado delante de Murphy.

—Tienes la fuente misma de la enfermedad viviendo en tu casa, ¿y no sientes curiosidad por lo que su sangre podría revelar una vez puesta bajo el microscopio?

Me siento profundamente falto de curiosidad, pensé. Abismal, inmensamente indiferente. Bajé la cabeza y sonreí como si él hablara de forma hipotética.

Murphy despachó la pregunta, me dejó irme de rositas, repitió que si llegaba a pasarme por el Oliver's podría ver todo lo que estaban haciendo.

Me imaginé a unos niños conectados con tubos médicos a una de esas amplias jeringas suspendidas. Me imaginé a un lobo trepando por un muro resbaladizo, en cuya parte más alta descansaba un reluciente pedazo de carne.

Le di las gracias y le deseé buenas noches. Tenía que volver. Trabajo que hacer. Muy cansado. Pero Murphy no respondió, no se movió.

Entre otras cosas, Murphy se distinguía por su rechazo a liberarme de nuestros encuentros. Era un extraño poder, el suyo: pretender que la

conversación no había terminado.

—Espera —dijo con la cabeza ladeada, escuchando.

Quería volver a casa, alejarme de él, pero me detuve y acallé mi respiración. Se oían los motores que hacían funcionar las casas del barrio. El zumbido de los hornos y de los calentadores de agua. Desde algún lugar sobre nuestras cabezas nos llegaba el ronroneo de las líneas telefónicas.

Murphy me agarró del hombro, levantó la otra mano en gesto de concentración, tenía los ojos cerrados. Y entonces yo también lo oí.

Un estruendo se elevó desde el prado que estaba al norte, más allá de la escuela, y a medida que el sonido se desplegaba se volvió cada vez más penetrante, terriblemente claro, transportado por el viento con tanta rapidez que sentimos un estremecimiento cuando nos golpeó. En el campo retumbaba un cúmulo de sonidos que parecían voces, que parecían voces de niños. El ruido exprimió el aire de mis pulmones. Tras él corría una jauría de niños, tan ocultos por las sombras y tan pequeños a aquella distancia que parecían animalitos que atravesaran el prado a toda velocidad. Dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Por delante de ellos se acercaba un muro de palabras tan pestilente que me sentí envuelto en llamas.

Murphy se revolvió, me agarró y corrimos en busca de refugio. Entre los arbustos sentí la frialdad de su mano sobre mi boca, una pasta grasienta que se extendía sobre mis encías, sus dedos adentrándose a tanta profundidad en mí que me tocaron la parte de atrás de la garganta.

Tuve una arcada, me esforcé por respirar. Murphy quería recorrer todo el camino que le separaba de mis propios pulmones. Intenté relajar la boca, la garganta, pero sentía cómo los labios se me estiraban tanto que comenzaban a rasgarse. Murphy había puesto todo su peso sobre mí, su propio aliento asustado golpeaba contra mi cuello.

Me rendí, suspiré, permití que aquel hombre me cubriera con su cuerpo, untara su medicina en lo más profundo de mi boca. Entonces, Murphy por fin sacó la mano, se la limpió en la hierba, al lado de mi cara. La liberación de aquella agonía me provocó una sensación dulce, y pude volver a respirar.

Los niños salieron del campo, pasaron corriendo por delante de nosotros, sus voces se volvieron —no estaba seguro del motivo— inocuas para mí, como si los efectos de antes hubieran sido fruto de mi imaginación. La ola de pestilencia había pasado y ahora no sentía acidez en sus palabras. Eran solo voces infantiles exprimidas hasta sus más altos registros. Agudas y molestas, quizá, pero seguras. Tenía un sabor frutal en la boca y no podía dejar de

tragar. La pasta disparaba un chorro de saliva al que yo no quería renunciar. Me tragué lo que mi boca emitía y observé. Allí fuera, en la calle, bajo la luz de la farola, todo parecía espléndido y cristalino.

Uno de los chavales se detuvo en la acera al otro lado de la calle. Había descubierto a alguien y se disponía a atacar. Flexionó el cuerpo, juntó las manos a modo de altavoz sobre la boca y se puso a gritar. Fue una serie de palabras sueltas, proyectadas a través de sus manos, como si disparara balas a través de la boca.

Pero no se trataba de una exhibición de fuerza abstracta, aquello era un ataque sobre alguien que no había encontrado a tiempo dónde resguardarse.

A los pies del chico, desparramado sobre la calle había alguien que no se movía, y el niño se aseguraba de que siguiera siendo así con las repetidas descargas que lanzaba directamente sobre él, un flujo implacable que hacía que el cuerpo se retorciera sobre el asfalto cada vez que el chico hablaba, como si su boca fuera una picana que despidiera descargas eléctricas.

Entonces, el cuerpo dejó de retorcerse y al fin el niño se aplacó.

Cuando el niño se irguió pudimos ver su cara bajo la luz de la farola, tan alargada y solemne y espantosa de contemplar.

Pero no se trataba de un niño. Era mi Esther. Llevaba el pelo alborotado y se había puesto una ropa que no reconocía, un abrigo largo que le quedaba demasiado grande.

La observamos desde nuestro escondite sobre la hierba.

—Ten cuidado con esa —susurró Murphy en mi cuello.

La advertencia me puso en tensión. «Esa». Esa era mi primera y única hija.

Esther bajó la mirada hacia la persona que tenía ante sus pies, pareció que le decía algo en voz baja. Entonces salió corriendo para unirse a sus amigos, empujada por el abrigo. En la calle, el cuerpo seguía sin moverse.

Murphy se apartó de mí y se sentó sobre la hierba.

—Menudo peligro tiene esa —dijo—. Me encantaría ver una muestra de su sangre, ¿a ti no?

Sentía la boca como si me hubiera comido un trozo de carne espantoso.

—¿Qué me has dado? —pregunté.

—Un regalo. —Murphy me ofreció un pañuelo.

No le di las gracias. Deseaba sentir náuseas.

Murphy se arrastró hacia mí, me sujetó la cara con fuerza.

Sentía que debía seguir a Esther, aunque lenta y cuidadosamente, pero me daba miedo moverme.

—Ahora da las gracias —dijo Murphy—. ¿O es que se te han olvidado tus modales?

Su mano me apretaba la cara con tanta fuerza que apenas pude formar las palabras, pero lo hice, le di las gracias, y él me soltó.

Murphy se relajó, volvió a sentarse.

—Bueno, de nada —dijo—. Ha sido un placer. Pero ahora siento curiosidad por una cosa.

El hombre tirado en la calle gimió, giró sobre sí mismo. No estaba seguro, pero tuve la impresión de que Murphy se sentía decepcionado al ver que el tipo seguía vivo.

—Tengo curiosidad —dijo—. Yo he hecho algo por ti. Ahora, ¿cómo vas a devolverme el favor?

Al día siguiente fui solo a la cabaña, pues Claire estaba demasiado enferma para acompañarme. Me ofrecí a llevarla en coche hasta el inicio de la senda, quizá hasta más allá de Boltwood, si es que conseguíamos abrir la verja y colarnos con el vehículo. Por Claire conduciría incluso hasta la base septentrional del arroyo, donde se estanca y hay un pequeño afluente. Desde allí podría atarla a un trineo y arrastrarla por el terraplén. Sería un camino accidentado, pero podríamos forrar el trineo con cojines. Apenas tendría que caminar. Tiraría de ella a lo largo de todo ese último tramo, si así lo deseaba. Podríamos llevar algunas mantas más, un termo con sopa. Estaría bien ir hoy a la cabaña. Nos iría bien a los dos. Quizá nos ayude.

No estaba seguro de creer en mis propias palabras, pero necesitaba transmitir sensación de esperanza por el bien de Claire.

Todo fue en vano, porque ella declinó la invitación. O ni siquiera la declinó, simplemente no consiguió responder, con la mirada pavorosamente fija en su propio dedito, como si pudiera echarme de la habitación ejercitando esa falange superior de un lado al otro, de un lado al otro.

En ausencia de Claire seguí el itinerario más prudente, bajé por Sedgling y cogí la autopista 38 hasta la siguiente salida, solo para regresar al pueblo por el norte y adentrarme en el valle desde la vieja carretera Balden, que es tan empinada que no importa lo lento que vayas o que te pases todo el camino apretando el freno, porque no haces más que patinar sobre la arena hasta el final, donde la torre de alta tensión de Montrier descansa en el interior de un campo vallado.

Incluso allí volví sobre mis pasos siguiendo la oscura pared del Monasterio, por si alguien me estaba siguiendo, dada la extrema facilidad con la que Murphy parecía dar conmigo. Aunque en aquella ocasión hubiera ido en coche, y aunque hubiera cogido no solo el camino más largo, sino un camino completamente equivocado, un itinerario que no tenía el menor sentido en términos de navegación, no podía arriesgarme a encontrármelo. Seguiría las normas de Thompson al pie de la letra.

Fui a la parte trasera de la cabaña y saqué el oyente de su bolsa untada de mierda. Hice presión en el herrumbroso orificio que había en el suelo de la

cabaña hasta que pude tirar del equipo, pero el agujero estaba rígido. No conseguía forzarlo para que se abriera. Tras un esfuerzo que me dejó los dedos machacados, sentí que se rasgaba y se abría con un sonido similar al grito de un animal, y un calor se extendió por la cabaña mientras el oyente se marchitaba entre mis manos. Al poco rato, la bolsa que taponaba el agujero comenzó a llenarse de aire, se fue inflando lentamente, como si detrás de aquello se encontrara una persona enferma respirando su último aliento. Ahora, al menos, la transmisión sería posible.

Aquella labor me resultó desalentadora. Llegar al rabino Burke requería de un esfuerzo demasiado grande. Debería haber bastado con conectar la radio y encenderla. Pero Burke había manifestado una vez, mientras nos felicitaba por nuestra fidelidad al protocolo, que las frases pertenecientes al proyecto judío deben presentarse en ciertas extensiones, en hilos precisos de lenguaje, despojadas de excesos acústicos. De cualquier otro modo resultarían inválidas, técnicamente no formarían parte del lenguaje auténtico, que requería de interminables ejercicios de poda y pulido. El oyente posibilitaba todo esto de un modo que yo jamás comprendería. Los requerimientos con los que cumplíamos en nuestra cabaña servirían como relleno de otro boletín hasta que este se rompiera en pedazos. Igual que sucede con cualquier otra religión, es de suponer.

Tenía la esperanza de que quizá esta vez se presentaran otras opciones. Burke, incluso Thompson, deberían considerar ahora una forma de orientación más concreta, puesto que LeBov venía diciendo que nosotros «sabíamos algo». Todo había cambiado. Se suponía que, en momentos como aquel, la fe de uno debía ceder paso al mundo de lo factible, o al menos eso es lo que yo había pensado siempre: cuando la propia imaginación fracasara, cuando ya nada pareciera posible. ¿No era ese el motivo por el que nos amoldábamos a un conjunto de creencias por otro lado extremadamente irracionales?

Nunca había hecho yo solo el trabajo de la cabaña. La soledad no estaba permitida. Y aquel día no era jueves, lo que duplicaba mi transgresión. Casi imaginé que vería a algún otro judío en el bosque, cargando con su propio oyente manchado de sangre.

Los martes son mi día, me gruñiría, arrojando su cálido oyente sobre la consola.

Diría que aquella visita tuvo lugar un martes, pero no era sencillo seguir la cuenta de los días. Costaba creer que aquello pudiera tener importancia, que el acceso a nuestra fe quedara bloqueado algunos días concretos, regulado

según alguna limitación inescrutable en el ámbito de —no os lo perdáis— la electrónica forestal, la ciencia radiofónica.

Últimamente, había días en los que deseaba poder entrar en una sinagoga real, una de verdad, sentarme y escuchar a una persona en vivo, a una persona a la que luego podría hacer preguntas hasta entenderlo todo.

Cuando el oyente quedó sellado a la bolsa y mis pruebas en busca de filtraciones arrojaron únicamente una suave corriente de aire procedente del agujero, conecté el cable naranja a la consola y me senté a escuchar. Esperé allí, en la frialdad de la cabaña, y extirpé cualquier otro tipo de ruido mientras me congelaba sobre el suelo de madera.

No pasó nada. Algunas horas más tarde no había recopilado más que siseos e irregularidades, un lenguaje hecho trizas, hecho carne y a continuación triturado. En un momento dado descubrí que, si apretaba la cabeza contra el oyente, nuevas voces fluían a través de la radio, el habla a borbotones de un hombre cuya voz era mucho más grave que la del rabino Burke. Un hombre del todo diferente, que hablaba en lo que sonaba a inglés antiguo. Cuanto más apretaba la cara contra el oyente, aplastándola sobre su húmeda carnosidad, más clara se volvía la voz de aquel hombre, pero parecía que tendría que acabar provocándome algún daño a fin de tornar sus palabras audibles. Tendría que romperme la piel, fracturarme la mandíbula, introducir el oyente dentro de mi propio rostro, y no me atrevía a hacerlo.

Por el contrario, me eché hacia atrás y retorné a los procedimientos habituales. Pero el módulo no podía construir nada más a partir de las débiles señales que se filtraban. La señal del día de ayer, los vestigios de un mensaje que en su momento pudo haber importado, pero que ahora había caído en el sinsentido a causa de la exposición al agujero. Un sermón hecho únicamente de viento, de un viento que había permanecido años enterrado, solo para que la tierra lo derramara ahora, carente de fuerza o de significado.

El oyente ni siquiera podía extraerme del cable un cuento de hadas, cosa que había hecho en algunas ocasiones, después de descargar algún sermón de Burke, incluso a veces en lugar del sermón de Burke, en lugar de la típica secuela de Thompson.

Claire y yo siempre nos emocionábamos ante la posibilidad de escuchar una historia en vez de un sermón. La línea crepitaba, parecía morir y entonces, sin ningún preámbulo, surgía una emisión que interpretaba aquellas viejas historias, una detrás de otra. Voces rasposas recitaban a Esopo, o la historia del pozo seco, que tanto nos gustaba a Claire y a mí, sin importar el número de veces que la pusieran. Ni siquiera *Los zapatos de Rothschild*

resultaba terrible. No nos parecía una historia terrible en absoluto. Jamás nos quejamos de poder escucharla en la radio de nuestra cabaña.

Y sobre esas historias, por intuir las ajenas, no relacionadas con nuestra práctica religiosa, sobre ellas sí podíamos hablar entre nosotros. Podíamos compartirlas en voz alta, y eso hacía que nos gustaran aún más.

Nuestra frase preferida era «Y entonces ¿qué hace cuando llueve?», una pregunta acerca de Rothschild, el de los zapatos de oro. Nos la repetíamos el uno al otro, cuando regresábamos a casa desde la cabaña, y hacíamos la pregunta con gesto solemne, a veces sujetándole la cara al otro entre las manos, intentando no reírnos. Acabamos sacándola a colación cuando veíamos a cualquier persona que tuviera un aspecto demasiado bueno para ser verdad, feliz, atractivo y exitoso. Sí, luego Claire diría, ya de vuelta a casa, en la cama, mientras hablábamos sobre aquella persona intentando no mostrar lo amenazados que nos sentíamos: «Pero ¿qué hace cuando llueve?».

Entonces, en la cabaña, al mirar aquel triste aparato, la goma desmenuzada, el aislamiento de franela propio de otra época, la «piel» de fieltro que forraba el cable naranja y que no podía tocar sin experimentar arcadas, me sentí mareado ante el funcionamiento de todo ello, cómo se suponía que aquellas piezas, inútiles y absurdas por sí solas, podían realizar alguna función, y todavía menos conectarme con unas enseñanzas rabínicas bombeadas desde algún lugar que no podía nombrar.

Burke se había ido, Thompson estaba desconectado. Nada fluía de la radio. Estaba solo ahí fuera, así que no tendría más canales de conocimiento que los que me fabricara yo mismo. Y esto no sabía cómo hacerlo.

Pese al frío, me quité la ropa y envolví el oyente con mi cuerpo, lo abracé con tanta fuerza que una emisión acabó brotando en la cabaña. Si lograba quedarme quieto y apretaba el oyente como si me fuera la vida en ello, podía oír ahora al rabino Thompson, aunque sonaba viejo y cansado, como si estuviera transmitiendo desde una etapa tardía de su vida. Su sermón contenía instrucciones médicas, más trabajo técnico que podíamos acometer, y absorbí tanta información como pude antes de que el cuerpo me fallara y el oyente se me cayera de los brazos, congelados.

En ausencia de Claire, la cabaña se me hacía pequeña y falsa, la arquitectura infantiloides de algún inventor de pacotilla, alguien que no tuvo la fe suficiente en que algún día aquel lugar estaría habitado por personas de verdad.

Claire y yo nos sentíamos orgullosos —hablo en su nombre porque ella no sabía esconder sus emociones— de tener un lugar privado como aquel, que

nos perteneciera y que nos proporcionara algo que escuchar, que pensar, sobre lo que despotricar, algo que amar. Pero en ocasiones yo me preguntaba por qué tenía que ser todo tan difícil, por qué dependía tanto de un equipo tan dudoso.

Sentado allí, mientras oscurecía, el oyente transpiraba sobre mí, y una de sus piezas, un alerón que sobresalía inclinado en su parte trasera y que parecía revestido por una madera blanda, estaba tan caliente que sentí náuseas al tocarlo.

Era hora de irse. Dada la distancia extra que tendría que recorrer para llegar a casa, debía darme prisa. Corrí hacia el bosque y cogí el sendero septentrional para volver a bajar al valle y subir al extremo opuesto, donde estaba el coche, trotando durante todo el trayecto para no tener que caminar solo por aquel lugar.

Apurado como estaba, creo que dejé el oyente allí, en el suelo de la cabaña, o quizá lo dejé caer en el porche.

No puedo subestimar la importancia de aquel error.

Fallé a la hora de enterrar el oyente después de terminar con él.

Con Claire, esto nunca hubiera pasado. Ella era meticulosa, hacía que nos rigiéramos siempre por el protocolo, y juntos verificábamos y equilibrábamos nuestras tareas, comentábamos cualquier preocupación ritual que pudiéramos tener hasta que esta se volvía insignificante.

No, dejé el oyente allí, expuesto ante cualquiera que pudiera encontrarlo, ante cualquiera que intentara utilizarlo, porque había roto la norma y había acudido solo a la cabaña. Porque había pensado que podría hacer algo así por mi cuenta.

A finales de noviembre, tenía el buzón atestado de documentos. Impresos sellados en sobres de papel manila que carecían de dirección o de franqueo. Fue la primera vez que vi *Las Pruebas*, un exabrupto médico de LeBov que Murphy había catalogado de lectura obligatoria. Se parecía a un periódico universitario, pero estaba inflado de forma extraña, con historias difusas que ocultaban sus datos.

El texto era de color azul claro, como una escritura que hubiera estallado bajo la piel. Las ilustraciones —mapas de la enfermedad, líneas de perímetro de la epidemia y diagramas de módulo— habían sido dibujadas por una mano bajo parálisis cerebral. En ellas, los gérmenes eran personas o animales, y los virus parecían una vista del mundo desde varios kilómetros de distancia. El habla que salía de las caras de los niños estaba retratada a través de feas explosiones de color, y cada uno de esos colores respondía en código a una rueda con diferentes tipos de dolor.

En la última página, Murphy había escrito: «Te he confiado una cosa, ahora es tu turno».

Había dado con mi casa, pues. Lo cual significaba que me había seguido. Me lo imaginé avanzando a grandes zancadas entre las sombras de Wilderleigh durante una fría caminata, con sus hijos ladrando en casa mientras su esposa gemía en una esquina. Si es que había una esposa. Esperando su momento, observando mi casa desde la parte baja de la calle.

Escondía *Las Pruebas* y miraba cada número cuando estaba solo en la cama. Pero después de cada entrega volvía a poner los documentos en el buzón dejándolos tal y como los había encontrado, agazapándome en la oscuridad de la madrugada para que Murphy no pudiera tener la seguridad de que había recibido sus envíos.

En *Las Pruebas* encontré precedentes históricos sobre la toxicidad del lenguaje. Una especie de presagio médico proveniente de la antigua historia. Señales del pasado que anunciaban que esto iba a suceder, o que decían que ya había sucedido con anterioridad, y que se había extinguido, que había quedado olvidado. Hipócrates, Avicena y una larga lista de expertos que

supieron, sin llegar a saberlo del todo, que la más poderosa de nuestras contaminaciones era la verbal.

El maestro disector Gabriele Falloppio, precursor de la autopsia moderna, descubrió algo que él mismo definió como curiosas «erosiones» en el cerebro de pacientes políglotas. Y más notable es el caso de Boerhaave, que registró casos de aversión al habla entre los enfermos y comenzó a utilizar pequeñas dosis de habla a modo de tratamiento homeopático. Boerhaave vio una única salida posible e intentó desencadenar la inmunidad a través de una exposición controlada. Lo intentó, pero no lo consiguió.

En *Las Pruebas* había frases tomadas de fuentes tan lejanas como los siniestros textos médicos de Laennec y Auenbrugger. A veces estaban mal atribuidas; otras se adjudicaban a científicos de los que no había oído hablar porque, según mis sospechas, jamás llegaron a existir.

Teorías acerca de la exposición, pero más que eso. Se había detectado una gramática propia del aliento, del resuello. Una nueva base para la apatía. Epidemias como la del cólera se veían reimaginadas como causadas por el habla, ciclones miasmáticos, una alteración transmitida a través del aire, sin duda, pero que se alimentaba de las bolsas más densas de habla, que se volvía más fuerte en aquellos lugares y que se extinguía en las regiones de silencio controlado.

La letra pequeña no ofrecía atribución alguna. No había cabecera, no había listado de firmas. Tan solo el nombre «LeBov» trazado con letra enfermiza. Prácticamente había que tener visión nocturna para ver su nombre. Bastaba un ordenador para maquetar eso en solitario e imprimir copias en el supermercado.

En la cubierta interior había un listado de normas del habla. Se recomendaba dosificar las declaraciones en primera persona, suprimir las referencias a uno mismo, clausurar un pequeño arsenal del lenguaje. Los diversos cupos de habla que proponían ahora los científicos, por más que ni ellos mismos creyeran que tuvieran importancia. Amputaciones gramaticales. Una lista de normas tan enrevesadas que seguirlas implicaría no decir prácticamente nada, la renuncia a dar fe de la propia vida interior, rehuir la abstracción y emitir una gramática que se limitara a posicionar los nombres en órdenes de anhelo descendente.

Presuntamente, a menos que desearas algo no tendrías ocasión de hablar.

En una sección dedicada a las anécdotas históricas leí que, en 1825, el químico Jacob Gallerus enfermó por culpa de su familia. Era una carta dirigida al decano de la facultad de medicina de alguna universidad de

Dublín, escrita por él mismo, en la que solicitaba una comprobación externa, que no le fue concedida. Registró síntomas como náuseas y mareos cuando se hallaba en compañía de los suyos, y determinó que la enfermedad se manifestaba únicamente cuando le hablaban. No se detallaba ninguna solución al problema, y de manera similar faltaba un diagnóstico. Era una forma de endogamia, así lo definió, escuchar a su familia. Hay un ayuntamiento en el habla, escribió. Algo ilícito en ello. Algo obsceno. Una frase de *Las Pruebas* que nunca olvidaré: «No enfermo de manera parecida en compañía de extraños». Gallerus construyó en su sótano una habitación insonorizada para recuperarse y purgarse —tales fueron sus palabras— de la exposición a su esposa e hijos. Con qué resultados es algo que no se menciona. Lo que finalmente le provocó la muerte, tampoco.

Junto a las anécdotas históricas había recomendaciones médicas, refutaciones y tratamientos preventivos.

Si se consideraba que un niño era infeccioso, se lo salaba. Esto lo hacían los judíos, leí. Qué tipo de judíos o cuándo, no quedaba claro. En una época que no se especificaba. Se lo salaba en el sentido más profundo. Con una pasta que se restregaba sobre sus extremidades y, vertiéndoles sal en la boca, en sus cavidades.

Es posible, pensé, que aquello no fueran más que cuentos. Fantasías. Pero, de ser así, no eran buenos y ni siquiera estaban completos, sino que los hechos habían sido tergiversados, los habían roto y los habían remodelado en forma de mentiras. Alguien se había remontado en la historia y había reorganizado sus partes, pero con las manos mugrientas. Todo ello, ¿con qué objetivo? No podía dar con ningún motivo que justificara el ansia por falsificar aquellos detalles. Había demasiados elementos, además, que me constaban como ciertos.

En una sección relacionada con «materiales» leí acerca de los parias y la sal, los leprosos y la sal, el uso de la sal en lo referente a los lunáticos. La sal como desintoxicante. De los judíos proviene la idea de la sal como residuo de un lenguaje antiguo, según había escuchado en la cabaña. Esas sales eran disueltas en agua y se administraban a los mudos, a los sordos, a los niños que estaban a punto de comenzar a hablar. Una putrefacción acústica, el polvo sobrante de los sonidos. Sobre lo que esto probaba no se decía nada.

En *Las Pruebas* se hacía evidente una tónica general hacia la evasión críptica, hacia el fracaso deductivo.

A partir de un lenguaje grabado, emitido en un ambiente controlado y sujeto a temperaturas gélidas, se recopilaban cantidades ínfimas de sal. Whorf

y Sapir realizaron esa labor con estudiantes de posgrado. En los niños, el déficit de sal reduce la comprensión del lenguaje.

La práctica de ahumar el lenguaje se origina en Bolivia, pero se traslada rápidamente hacia el norte, y se ve perfeccionada en Ciudad de México. Un delegado va probando palabras y frases en un tubo lleno de humo, y en el extremo opuesto se sitúa un oyente sacrificial denominado, por razones desconocidas, la campana.

El cerebro de la campana, al morir, es extraído y cortado en lonchas. Estas son identificadas y etiquetadas. Solo han sobrevivido algunas ilustraciones.

Más ejemplos de deterioro cerebral en aquellos que han superado el umbral de escucha.

En 1834 se descubre a los cinco miembros de una familia de Rotterdam muertos en su hogar, padres e hijos cubiertos totalmente de urticaria. Ese mismo año, algo más al norte, se observa una serie de sarpullidos en los niños, sarpullidos con lo que es inexplicablemente definido como «un elemento tonal». Sarpullidos, urticarias, ronchas son objeto de un interés desorbitado en *Las Pruebas*. «Y la conexión es...», me preguntaba.

Los ciudadanos de la isla de Port Barre utilizaban animales muertos como método de insonorización. Muros de pieles clavadas en pilotes que reseguían fallas geológicas. La típica táctica de protegerse con materia orgánica. Aunque el uso de animales para tal finalidad no era la cuestión, aparentemente, sino la pregunta sin respuesta: ¿contra qué se insonorizaban? ¿Qué era tan ruidoso que requería ser acallado? Las autopsias muestran un diagnóstico no médico. Córtex ennegrecido, lo llaman.

Perkins habla de la «alergia personal», una toxicidad hacia los demás. Utiliza el concepto como si fuera un trastorno comúnmente aceptado. Fracasa en el desarrollo de un método efectivo de protección. Se burla del uso de animales para tal objetivo. La carne es, de hecho, un amplificador, dirá.

El joven Albert Kugler tiene una superstición contra la locución de ciertas palabras. Los nombres propios son inestables, igual que los imperativos.

Una sección, prácticamente inescrutable, escrita quizá en código o en un lenguaje deteriorado, donde las palabras son volátiles. ¿Un índice de volatilidad?

Que ninguna palabra deja de serlo, ¿es esa la conclusión?

Una tribu de Bolivia raciona su uso de lenguaje hablado designando a un delegado. De nuevo ese término, «delegado», aquel que usa el lenguaje para que los demás no tengan que hacerlo. Un mártir del lenguaje. Esos miembros de la tribu hablan y escriben en nombre de toda la comunidad. Mueren

jóvenes, sus manos abotargadas, sus corazones hipertrofiados, se afirma. Sin asteriscos, sin notas al pie. El modo en que mueren los demás no se especifica. Hiram de Monterby se refiere al lenguaje como la gran maldición. Ester la Ígnea, en su almanaque, denuncia las poluciones de la boca. Arderá en el interior de tu mente, dice Elimo, acerca del discurso que escucha decir a un viajero desconocido en la carretera que sale de Tebas.

Si tan solo pudiera decirle tales palabras a mi enemigo, dirá Plinio. El arsenal del que dispondría.

Yo había leído bastante a Plinio y estaba razonablemente seguro de que aquello era erróneo, de que no le había sucedido. Ni a Plinio ni a nadie. Pero, aun así, el tono era confiado, curtido en la retórica de los hechos.

El cerebro de Albert Dewonce, cuyo trabajo consistía en escuchar problemas. No se nos proporciona información sobre él, aunque uno puede hacerse una idea de a qué tipo de empleo se dedicaba. Escuchó más palabras que ninguna otra persona viva, se afirma, este Dewonce. Al morir, su cerebro, dijeron, estaba podrido hasta la médula, una espumilla de células que difícilmente podían recibir ningún tipo de información. Sostiene el forense. El córtex, ennegrecido. Según su mujer, sufría náuseas cada noche por todo lo que había escuchado.

Un cerebro al que el habla había convertido en barro, pues.

Las historias de esa índole se repetían de punta a cabo. ¿Tenía lógica alguna de ellas? El profundo coste sobre el propio cerebro. Su limitada resiliencia frente a qué, ¿el lenguaje?

La edad lingüística de una persona puede ser calculada a través del análisis de su área de Broca, un análisis que debe ser realizado con una herramienta de nombre desfigurado, ilegible. Quizá las ilustraciones sin atribución junto al texto constituyan esa herramienta. La edad lingüística: es una frase repetida a lo largo de *Las Pruebas*. La muerte lingüística, cuando el cuerpo se satura. En el umbral de la edad adulta. Las células mueren por inmersión, es la frase. El tiempo límite, cuando se pisa el umbral, a la edad de dieciocho años o en su proximidad.

Lo cual le concedía a Esther cuatro años más, constaté.

Otra sección, un test titulado «¿Cómo te sientes al leer esto?». A continuación, algunas palabras amontonadas sin la menor lógica.

Su lectura no me hizo daño. Examiné lo que allí había escrito pero no sentí nada. A veces caía en un entumecimiento, en un vacío sobre el que inyectaba a presión mis conocimientos, pero no tenía la sensación de que estuviera relacionado con la lectura. Parecía más bien un dolor de cabeza que

se hubiera enfriado, estirado, una jaqueca que recorría partes de mi ser que nunca había sabido susceptibles al dolor.

Para los siguientes números de *Las Pruebas* se prometía una teoría final acerca de los sarpullidos. Veríamos ilustraciones funcionales de la Férula Perkins. Se revelaría el lenguaje de las treinta palabras, los vocablos menos tóxicos de nuestro léxico, pero tales palabras serían principalmente nombres de lugares.

Las Pruebas se volvía conspicua por su ausencia de conclusiones. Uno no podía estar seguro sobre si no sería simplemente una colección de remiendos de Murphy, cuyos motivos eran de algún modo distintos. Profundamente diferentes. Inimaginables. Si *Las Pruebas* abogaba por algo, no decía de qué se trataba. No estaba a la venta. Ignoraba el número de copias que se habían imprimido.

Antes de doblar mi lectura vespertina y de volver a introducirla en su sobre, vi en una fuente más pequeña, enmarcado por una caja, un párrafo de texto bajo el lema de «¡Sé fuerte!».

Menuda sugerencia, y cuánto deseaba poder llevarla a cabo.

Aquella semana llegaron los autocares rojos de Rochester, aparcaron junto a la escuela para recoger su cargamento. Procedían de Forsythe, una «F» universal grabada en sus carrocerías. Pero más que autocares eran ampulosos contenedores para acoger despojos médicos, motorizados y equipados con ruedas, bañados en brillante pintura roja. Y los despojos médicos eran nuestros hijos.

Las cabinas de los autocares, «por si se daba el caso de que los pasajeros protestaran», eran cajas de madera insonorizadas, de color negro, con doble cerradura.

Un «alivio opcional», así es como se referían a los autocares. Vuestros hijos, se nos prometió, no serían objeto de análisis médicos. Nada invasivo. Se los mantendría sanos y salvos, se los cuidaría en nuestro nombre, en espera de que prosperara la recuperación del barrio. Un servicio de guardería con fines médicos.

La estrategia era segregar. «Divide y vencerás». Pero esto era más bien «divide y los desmoronarás», «divide y llorarán».

Minnesota era uno de los destinos, unas coordenadas de baja actividad. La toxicidad no persistía en tales condiciones térmicas. Era conveniente estar allí donde hubiera viento. Una cierta variedad del mismo. También se mencionaba una instalación en Pennsylvania, una especie de pastizal donde se estaba ensayando una nueva forma de ventilación.

Circulaba una foto de aquel destino, un campo vacío por el que trotaba un caballo. El paisaje imaginario de un folleto de viajes. Querían que visualizáramos un asentamiento nuevo y limpio, un territorio libre de peligros. «Vuestros hijos estarán a salvo». Había mapas de evacuación pegados a las farolas, pero se despegaban y ensuciaban la calle. «No pierdas la pista de tu hijo». A veces veías a alguno de los padres, solo y melancólico, quieto en la vereda examinando uno de esos mapas en los que se retrataba un futuro que ya no le incluía.

Los autocares se llenaban de niños. Algunos huérfanos —sus padres y madres ya habían huido— subían la escalerita solos, tomaban un tentempié de una cesta que había en el pasillo. Cuando los padres hacían acto de presencia,

traían a los niños cogidos de la mano. Sus rostros mostraban algo que nadie podía descifrar, sus bocas se estiraban hasta componer una sonrisa. Conducían a los niños hasta los silenciosos autocares y se agachaban frente a los compartimentos de equipaje para meter una maleta. Niños a los que les habían cosido etiquetas en los abrigo, con sus nombres escritos en garabatos de hilo, como si no estuvieran perdidos ya. Tóxicos andantes, antes de que entendiéramos por completo el veneno del texto: la lenta, espantosa quemazón de la escritura cuando te enfrentabas a ella. Los niños no debían ser vistos ni oídos, especialmente si llevaban puesto el nombre en la ropa. Entonces, juntos o solitarios, los padres regresaban a sus coches y se iban a casa.

Y los autocares salían rugiendo del barrio. Hacia cualquier destino, alejando de nosotros parte del problema. De momento.

Porque aquel éxodo era optativo, algunos niños se quedaron. Entre ellos Esther y sus amigos. Pero ¿era «amigos» realmente el término adecuado para aquel grupo que gobernaba despóticamente el vecindario en nuestros últimos días, creando barreras de habla tan pútridas que resultaba imposible atravesarlas?

Siguiendo las instrucciones de Thompson, intensifiqué el ritmo de apaños en el laboratorio de la cocina y pasé de las medicinas sólidas al humo. Incluso si así conseguía entumecer nuestras facultades y erradicar los impulsos, esto representaría una medida temporal de lo más leve. En el mejor de los casos nos iba a hacer ganar algunos minutos oscuros de más, prolongaría el estupor. En el peor, nos acercaba cada vez más rápidamente a una defunción muy poco espectacular. Si íbamos a morir, quería que lo hiciéramos de una forma diferente.

De otro modo, nos encontrarían en nuestros pijamas, manchados de sudor, recostados sobre el inodoro. Nos encontrarían en la banqueta que habíamos instalado en el armario del hueco de la escalera, para escondernos, con la cara de Claire pegada a mi pelo. Nos encontrarían en la profundidad de nuestras mantas, en la cama que nos hubiéramos hecho para pasar aquella noche. O no nos encontrarían, porque uno de los dos saldría a deambular por el jardín y seguiría hasta el bosque, confundido, solo para despeñarse por un barranco.

Durante aquellas últimas semanas en casa, a veces Claire entraba en la cocina arrastrando los pies e inspeccionaba mi trabajo de laboratorio. Cogía

un taburete y se sentaba frente a la encimera mientras yo hacía pasar nuestra medicina a través del ahumador, que tenía el tamaño de una botella.

Claire me observaba mientras le cocinaba uno de los ensayos minerales y le cubría la cabeza con un delantal de cocina a modo de capucha para el vapor.

Ella sobrellevaba la exposición sin toser, y yo detectaba gratitud en su mirada. Me daba cuenta, incluso sin mirar, de que sonreía al verme trabajar, feliz de que pasáramos la tarde juntos.

El humo medicinal era amargo y yo se lo apartaba de la cara cuando terminaba con una de las dosis. Me miraba dulcemente. Cuando la sujetaba para ponerle una inyección en el cuello notaba su cráneo frío y pequeño entre mis manos. Cuando necesitaba tomarle las constantes vitales, ella misma se ajustaba el equipo sobre las costillas y se abría la bata sin la menor protesta. Lo hacía incluso sin necesidad de que se lo pidiera.

Cada pocos días parecía pasar al siguiente agujero del cinturón, su cuerpo perdía volumen, su cara se retraía en el interior de su cabeza, adoptando aquella espantosa pequeñez.

Yo tan solo aspiraba a proporcionarle a Claire algún tipo de medicina que la ayudara a sentarse cerca de Esther, a sobrellevar su compañía sin experimentar los síntomas. Tras una serie de dosis meticulosamente calculadas, se arrastró por la casa e intentó ir a hacerle una visita a su hija, si es que por azar ella no había salido. El estrechamiento de sus objetivos había conducido a aquel anhelo menor, pero seguía siendo difícil y Esther tenía muy poca paciencia para con una madre enferma y helada que no quería más que abrazarla.

Una noche oí que Esther gritaba «Eres repugnante», y al entrar me encontré a Claire tirada de espaldas, sonriéndome. Había conseguido lo que necesitaba. Había abrazado a su hija y las represalias habían valido la pena.

Esther, escondida en su ancho abrigo, se dirigió hacia la puerta.

Si el humo de los polvos que había chamuscado era suficientemente denso como para no haberse disuelto, lo apresaba en bolsitas para crear faltriqueras, saquitos de gases que podría perforar con la pajita de un envase de zumo en caso de necesitar una dosis pequeña.

En el armario de las especias almacenaba cestas de mimbre llenas de aquellas bolsitas de humo, etiquetadas con rotulador negro. Si disponía de datos relacionados con la respuesta de Claire a la inhalación, los anotaba en la parte de atrás. Escribía cosas como «sin cambios». Escribía «mudez». Escribía «locuaz, errática, nerviosa». Escribía «aturdida». Escribía, y esto es

lo que más escribía, «sin datos». O no escribía nada en absoluto. A mi mano se le hacía raro escribir. A veces, antes de anotar nada en las bolsitas acolchadas, tenía que practicar en papel, y no siempre llegaba a reconocer la letra.

Sospechaba que, si escribía algo equivocado, de una manera errónea, la caligrafía me haría daño, despertaría algún tipo nuevo de sensibilidad en mi percepción y me vendría abajo.

Aquellas eran noches tranquilas. Claire yo hacíamos pausas y salíamos afuera, bañábamos nuestras caras en el frío aire de noviembre. Nuestro vecindario se veía plano y helado, todo desarrollo vegetal había desaparecido. Me encantaba verlo así, desnudo y congelado. Había algo escultórico en las formas, como si nuestras calles hubieran sido talladas en hielo, coloreadas con los tintes pálidos que un gotero les rociara por encima. Me encantaba la escarcha sobre los automóviles durante la noche y el vapor que florecía en los jardines con siluetas de mármol pulido, como fantasmas grises y perfectos hechos del material de los globos. Era exquisito estar afuera, en ese frío tan crudo, sin los abrigo. A veces, unas nubes de aliento se elevaban de un porche calle abajo y nos llegaban las voces amortiguadas de nuestros últimos vecinos. Pero generalmente no había nadie allí, y, de haber alguna luz, se trataba del resplandor azul de las farolas, que no hacían más que afilar la oscuridad, irradiando un ardor puro y azulado bajo el cual la noche se sentía con más fuerza. Una ausencia final de luz que costaría varias horas de sol evaporar.

Cuando las furgonetas pasaban por la calle, lo hacían a tal velocidad, y con tan poco ruido, que sus motores parecían envueltos en silenciadores. O acaso no tenían motor, y se deslizaban por delante de casa sobre una perfecta marea de aire.

Fue Claire quien una noche sugirió que quizá no necesitábamos el medicamento con el que nos acabábamos de chamuscar los pulmones. Parecía estar proponiendo un cambio de estrategia.

—Es tan bueno por tu parte, cariño, todo este trabajo que estás haciendo —dijo, con la mirada perdida en la calle.

Estábamos sentados juntos en las escaleras, un solo bulto bajo la manta que compartíamos. Sentía con intensidad el aire frío en el pecho. Sabía lo inapropiado que era sentirse feliz, pero no pude evitarlo.

No la miré. «Trabajo» era un término ilusivo para referirse a mis fracasos en el laboratorio. Nada de lo que hacía estaba bien. El cumplido de Claire era solo necesario dada la obviedad de mi fracaso. Fuera lo que fuese aquello que

elaboraba y bombeaba hacia su interior, no era algo que debiera agradecerse.

—Sé que posiblemente ya te lo habrás planteado —dijo Claire, sin acabar de articular bien las palabras—, pero quizá no sea lo mejor para Essie el que nos estemos tomando todos estos medicamentos nuevos, desde el punto de vista de cómo se pueda sentir.

—No son para ella. Son para nosotros.

Era consciente de que Claire no acababa de entender la cuestión, pero no podía pasar de puntillas sobre aquel eufemismo. El bienestar de Esther se había convertido en una inquietud lejana, era como preocuparse por la herida superficial de un dios.

—¿Hay algo, o estamos...? —comenzó a decir Claire.

Esperé, pero la frase no llegó a su final. Escarbó un agujerito en el aire que nos separaba, y ese agujero se puso a palpar hasta que me di cuenta de que me tocaba a mí rellenarlo.

—Los autocares —dije, ofreciendo la peor de mis suposiciones.

Existía la posibilidad de que Claire quisiera que terminara la frase de aquella manera, de que no tuviera los arrestos para hacerlo ella misma. Quizá era a mí a quien correspondía decirlo en voz alta.

—Podríamos llevarla ahí abajo y ver qué tal —proseguí—. Eso la alejaría de cualquier situación desagradable en casa, y no tendríamos que interrumpir nuestro trabajo. Quizá todos saldríamos ganando.

—¿Todos saldríamos ganando? —preguntó Claire—. ¿En serio?

Negó con la cabeza, evitó mirarme.

Era una posibilidad, pensé. Ni siquiera sería necesario que Esther supiera a lo que íbamos. «Una excursión, unas vacaciones, con caballos por supuesto. ¡Estoy seguro de que habrá caballos! Mira la foto». Podíamos suponer que Esther ignoraba lo que representaban aquellos autocares rojos, y esto se uniría al amplio campo de percepciones, conocimientos y hechos que Esther poseía y de los que yo fingía no estar al tanto.

La logística para atar a Esther a un asiento de autocar se me escapaba, me condujo a un hilo de ideas y planes que no deseaba plantearme.

¿Acaso no estaba yo predestinado a pensar lo impensable? ¿Acaso el entrenamiento de la cabaña no me había dirigido exactamente hasta aquí, a intentar congraciarme con las más insoportables circunstancias por cuestión de principios?

Claire suspiró, pero lo hizo de un modo tan amable y pacífico que me desarmó. Me sentí triste al pensar que probablemente habría estado ensayando

aquella conversación durante días, con la esperanza de sonar cordial y sensata y libre de prejuicios. Quería dejar las medicinas. Creo que quería dejar algo más que eso.

—Esther no se irá a ninguna parte, Sam. No te corresponde tomar esa decisión, y yo nunca lo consentiré.

Siempre me resultaba embarazoso escuchar mi propio nombre en su boca. Era algo que no hacíamos. Nunca. Habíamos comentado abiertamente que nunca lo haríamos. De algún modo, se trataba de una práctica insoportablemente íntima y, a la vez, profundamente hostil.

Me arrimé a ella.

—Ya lo sé. Era una idea.

Lo cual no era verdad. No había dado ninguna idea. La idea que sobre todo no había transmitido era que yo tampoco podría meter jamás a Esther en uno de aquellos autocares, pero adoptando esa postura mantendría a Claire receptiva hacia los ensayos médicos. Ella lo vería como una elección entre dos posibilidades. Y a mí no se me ocurría ninguna otra manera de poder quedarnos en casa.

—Creo que las medicinas ya no son la respuesta —dijo—. Creo que no hay ninguna respuesta. Simplemente quiero estar junto a Esther cuando suceda.

¿Cuando suceda?, es lo que no quise preguntar.

—¿Me lo permitirás? —dijo—. ¿Puedes arreglarlo para que así sea?

Le apreté la mano y ella me devolvió el gesto, lo que antaño habría significado que todo iba bien entre los dos; un lenguaje de apretones ansiosos que intercambiábamos para rescatarnos de cualquier desacuerdo. Ahora era un código vacío. Al traducirlo, no te quedaba más que un habla a la que le habían aspirado todo el significado.

—Te prometo que eso no llegará a suceder.

—Pero es que no puedes. No puedes prometerme nada.

La respiración de Claire se alteró y sentí sus sollozos sobre mi cuerpo antes de llegar a escucharlos.

Intenté detener lo que vendría diciendo su nombre, pero no logré más que desencadenarlo con más fuerza.

—Es culpa mía —dijo Claire, temblando, e hizo un gesto hacia la calle, como si quisiera aceptar la responsabilidad por el mundo entero que había más allá de nuestra casa: la gente, los árboles, el clima. Ella lo había hecho todo.

Intenté abrazarla pero se alejó de mí, repitió la afirmación. Era culpa suya. Todo aquello. Por completo. Era culpa suya.

—Por favor, Claire.

—Es culpa mía —levantó la voz, gritó hacia la calle—. ¡Yo he hecho todo esto!

Me encogí, como si necesitara mostrar mi bochorno a una persona invisible que nos estuviera observando desde los oscuros confines del vecindario.

Le dije que no era verdad. Intenté razonar con ella, le pedí pruebas, pero no había ninguna.

—Sí, pero él me dijo que era culpa mía. ¡Él me lo dijo! ¿Qué tipo de persona haría algo así? Alguna razón debió de tener. Si el rabino está equivocado, jamás se lo perdonaré.

Dije:

—No deberíamos hablar de esto. No podemos hablar de esto. Ya lo sabes.

—¿Por qué? —gritó ella—. ¿Por qué coño no podemos? ¿Cómo vamos a callarnos? ¿Cómo esperan que lo hagamos? Es imposible.

—Son las normas —susurré. De inmediato detesté el sonido de mis palabras.

—¿Las normas? ¿De Bauman? ¿Y cómo sabemos quién era aquel vejestorio? No era nadie. Un tío raro de mierda. Se fue. No lo hemos vuelto a ver. ¡No hemos vuelto a ver a nadie! No existe nadie.

—Pero no hace falta que exista —dije—. ¿Qué ganaríamos con eso? Sería una distracción.

—Habla por ti, cabrón.

Claire se puso a llorar con fuerza, cubriéndose la cara con las manos. Acaparando, monstruosamente, aquella situación inescrutable toda para ella.

Le dije:

—No puedo discutir este tema contigo, Claire. No puedo. Es una conversación que debes mantener contigo misma. Debemos guardárnoslo para nosotros mismos.

—¡Pero hablar con uno mismo no es una conversación! No hay nada que guardar. Estoy sola. Tú también lo estás. ¿Cómo puedes soportarlo?

—Estás alterada. Vamos dentro, quizá podamos probar con una dosis diferente. Creo que sé dónde me he equivocado.

—Oh, no tienes ni la menor idea de dónde te has equivocado. Ni la menor idea. Ya has hecho bastante. Limítate a mantener esas medicinas de mierda lejos de mí.

Me puse de pie, intenté dar unos pasos para quitarme de encima aquella situación, pero era imposible. No podía desprenderme de ella.

—¿Así que esto es culpa tuya? —le dije—. ¿De verdad lo crees? —le pregunté—. De acuerdo, joder, vamos a hablar de ello.

Claire asintió, mirándome.

—Desde hace años nada había tenido tanto sentido para mí. Es lo primero que he oído en mucho tiempo que me parece cierto y real.

¿Lo primero? ¿En años?

—No era cierto y real. Era un sermón. No está concebido para que te lo tomes de ese modo.

—Ajá. ¿Entonces cómo coño se supone que me lo tengo que tomar? Si no creo en ello, ¿para qué vamos allí? ¿Es una broma?

Ya no sabía lo que me decía, pero seguí hablando.

—Las lecciones son abstractas, son algo sobre lo que se debe reflexionar.

Ella se burló.

—Quizá para ti sean abstractas. Si quieres rehuir toda responsabilidad es tu problema, Sam. Hazlo. Si eso es a lo que te refieres con lo de guardárnoslo para nosotros mismos.

—Bueno, si es culpa tuya, si de verdad lo crees, entonces arréglalo —le dije.

Claire pareció confundida.

—Haz que todo mejore —le grité—. Haz que esto desaparezca, Claire. Deshazlo. Mierda, y yo voy a estar aquí esperando hasta que lo consigas.

—¿Lo ves? —le dije—. No tiene sentido. Lo que afirmas no tiene sentido. Es lo más egoísta que podrías hacer, esto de adjudicarte toda la culpa, como si hubieras tenido algo que ver con ello.

Me dirigió una profunda expresión de incredulidad.

—¿Egoísta? —repitió.

—Lo digo en serio —grité, y ella se encogió—. Si es culpa tuya, haz algo al respecto, Claire. Si no, cállate y no vuelvas a decirlo nunca más. No vuelvas a abrir la boca para hablar sobre este tema.

Aquello acabó con los lloros. Vi cómo mi esposa se retraía intentando hacerse fuerte, se aislaba no solo de lo que yo le había dicho, sino también de mí, de aquella tarde, de los días que habían pasado. El proyecto de construcción de un muro, su rostro endureciéndose, fortificando en secreto todo cuanto para ella resultaba vital. Todo ello sin un solo movimiento, un proyecto interno de construcción que Claire pareció comandar hasta que desapareció a todos los efectos que pudieran importar en algo. Sentada en los

escalones, Claire se desvaneció, se fue alejando de mí cada vez más hasta que me ofreció la mirada que reservaba para los extraños, despojada de toda intimidad.

—No es tu decisión —le dije, con más suavidad—. No puedes traicionar tu fe, porque entonces también traicionas la mía. No puedo ir allí sin ti. Lo sabes. No funciona. Ya lo he intentado. Tenemos que ir juntos, tenemos que creer juntos.

Ella se rio.

—Pero no tenemos que hacerlo, Sam. De verdad que no. Búscate a otra persona con la que creer en nada. Yo lo dejo.

—No es tu decisión —susurré.

—Oh, creo que sí. Y, en todo caso, es para mejor. Sé de buena fe que, si dejo de ir, Esther estará a salvo. Alguien me ha prometido que así será, y, a diferencia de ti, creo que esa persona puede mantener su promesa.

—¿Alguien?

—Sí, Sam. Alguien. No le conoces.

—Claire, por favor —le dije—. Esta persona...

—Olvidalo.

—¿Ha venido a casa?

—He dicho que lo olvides.

—Una sola pregunta.

—No. Sin preguntas. No hay preguntas y no hay respuestas.

—Claire. Ese hombre, ¿te dijo que se llamaba Murphy? ¿Era pelirrojo?

Mi esposa no respondió, pero me lanzó una mirada tan extraña y penetrante... y entonces pasó mucho tiempo sin volver a mirarme.

Nos quedamos sentados el uno junto al otro, observando la calle, mientras Claire boqueaba los residuos finales de sus sollozos. Ella se deslizó hasta el otro extremo de la escalinata, se encerró en sí misma durante el resto de la noche. Quizá se sentía demasiado débil como para entrar en casa por sí sola.

Las ráfagas de sal habían comenzado a azotar el barrio. No eran visibles de noche, tampoco lo eran durante el día. Principalmente se trataba de una sal translúcida, que llegaba arrastrada por el viento. Pero podías sentirla crujendo bajo tus pies, esa criatura viviente a la que recientemente habían triturado hasta convertirla en granitos.

Miré hacia el este, hacia la silueta con forma de hombre que se formaba entre dos casas, allí donde el sol aparecería en unas pocas horas, pero no

había nada que sugiriera que el astro iba a volver a situarse en lo alto del cielo. Jamás me acostumbraría a eso.

No podía ignorar el modo en que ese espacio parecía eternamente inmune a cualquier forma de iluminación. En lo que a los lugares respecta, no hay advertencia posible de que pronto se verán emborronados por la luz. No existe una sola cosa que sugiera la aproximación de un cambio grotesco que lo revelará todo, y pronto.

Un lenguaje compuesto únicamente por nombres de lugares. ¿Qué podríamos decirnos los unos a los otros?

Sentado junto a mi esposa, cuya repulsión palpitaba sobre mí, me reí para mis adentros de aquellas estimaciones, la idea de una oscuridad final o irresoluble. Emergía con demasiada facilidad una cierta sabiduría de libro de texto. Sin duda, el sentimentalismo era un efecto secundario de la fiebre del habla, la mezcla de efectos secundarios de todos nuestros medicamentos fallidos. Los efectos secundarios de la lucha, los efectos secundarios del no saber nada, los efectos secundarios del haber tenido suficiente y, de algún modo, por un motivo que no podía señalar, seguir vivos. En el lecho de muerte, uno se sirve de sus últimos coletazos de energía para proyectar sentido allí donde no lo hay. ¿Cómo es posible que la especie se beneficie de tal operación?

Tus sentimientos te importan a ti y a nadie más que ti, diría LeBov. Padecerás arrebatos de emoción a causa de situaciones que no tienen nada que ver con la crisis. Es una táctica. Un truco. Cree en ello bajo tu cuenta y riesgo. Más te valdría enterrarte vivo que darle algún crédito a estas ideas.

La sabiduría de LeBov, como la de cualquiera, se ajustaba mucho más a aquellos que deseaban vivir, a quienes tenían tareas en mente que todavía esperaban completar. Para el resto, como nosotros dos en las escalinatas aquella noche, la sabiduría era una reconvención prepotente, un recordatorio de lo que no eres capaz de pensar, una brizna de conducta que ni siquiera puedes alcanzar. Que LeBov tuviera o no razón estaba por verse. Aquella noche quise expirar en los escalones, mientras respiraba el aire frío y perfecto.

En muchos sentidos, hubiera sido un desenlace preferible.

Todavía me parece importante, dado todo lo que ha sucedido, informar de que delante de mi casa, al otro lado de la calle, había un pedazo escondido del aire más viciado de todos. Allí no alcanzaba brillo alguno, ni siquiera el de las farolas. Me daba la impresión de que podría alumbrarlo con una linterna y que la luz se extinguiría. Era simplemente un área tumefacta de oscuridad que, cuanto más la observaba, más parecía palpar.

A principios de diciembre nos acurrucamos en casa, sin palabras. Si hablábamos era a través de unas caras paralizadas por los inicios del *rigor mortis*. El barrio se había quedado en blanco, asesinado por el invierno. Hacía tanto frío que ni los niños que quedaban salían de caza.

No sé de qué otro modo podría referirme a lo que hacían, pero a veces asaltaban la manzana como un enjambre, inundaban las casas de habla hasta que los adultos se largaban repelidos hacia el bosque.

Veías a un vecino con su rifle, y oías el estallido de ese rifle.

Los árboles permanecían exangües, apenas resistían el viento. Nos sentábamos contra la ventana y esperábamos, espiando el paso vagabundo de los niños. Los niños —deberían haber recibido algún otro nombre—, que ladraban con voces tóxicas en sus megáfonos mientras iban de la mano por la calle.

Esperaba que no se volvieran y nos vieran en la ventana, que no vinieran hasta nuestra puerta. Esperaba que no atravesaran el césped y apretaran sus megáfonos contra el cristal. Y siempre esperaba no acabar viendo a nuestra Esther en aquellos grupos, pero sucedía demasiado a menudo que ella formara parte de la manada, uno de sus miembros de más alto rango, dando brincos en la niebla nocturna e invernala, echándose el aliento en las manos para mantenerlas calientes. Al fin había dado con una pandilla de correrías.

Si existía la posibilidad de una escapatoria, fracasamos a la hora de diseñarla incluso mientras algunos vecinos cargaban sus coches, se escabullían de la ciudad porque ya habían tenido suficiente. Aún no se había declarado la cuarentena, pero en nuestra área no se permitía que los niños cruzaran los puestos de control a menos que estuvieran en un autocar. Un ejercicio de contención básico. Si querías irte, te ibas solo.

Aun así, había quien introducía alfombras demasiado voluminosas en sus maleteros. Objetos que tenían que ser transportados por dos personas. A menudo envueltos en trapos, a veces retorciéndose por iniciativa propia, un pie infantil que asomaba. Era un patoso juego del escondite, aquellos niños despatarrados en la baca del coche, aquellos niños disfrazados de algo que no

eran, para que así sus padres pudieran pasar unos minutos más junto al origen de su aflicción.

Claire se dio de baja como mi sujeto de estudio. Dejó de aparecer por la cocina para los tratamientos nocturnos, rechazó los nuevos humos. Cuando le servía leche infusionada, se apresuraba a cerrar la boca. Si aceptaba algún medicamento que yo le diera, lo hacía de forma involuntaria, mientras dormía, gimoteando cuando la aguja entraba en ella.

Yo no podía culparla por abandonarse de ese modo, por abrazarse al sudario de la enfermedad. Pero lo hacía. Me entregaba a campañas nocturnas de reproches y acusaciones, en silencio, en ese monstruoso monólogo interior que se pronuncia a medias, esa suerte de habla cavernosa que uno se reserva para airearse en privado. Y, durante aquellas sesiones de exabruptos, Claire daba vueltas sobre un podio bajo y lo asimilaba todo.

Si preparaba un tazón de cereales hervidos y se lo dejaba sobre la mesa, salteado a su gusto, bañado en sirope oscuro, ella lo removía con la cuchara, lo levantaba un poco para estudiarlo y no lograba, simplemente no podía acabar introduciéndoselo en la boca, o simplemente era incapaz de hacerlo. Por ella, yo cortaba el pastel de carne en cubitos, y en el mejor de los casos se metía uno o dos en la boca para chuparlos hasta convertirlos en cascarillas arrugadas.

Claire había dejado de dormir en su cama y parecía demasiado apática incluso para conducirse hasta la habitación de las manualidades, hasta la habitación de los invitados, hasta cualquier lugar donde perder la consciencia en privado.

Yo no dejaba de ofrecerle resguardo, una cortina de pudor para que pudiera perder el control sola y sin testigos. No podía ir derrumbándose por los pasillos. Si era necesario, la ayudaba a llegar al menos a una esquina, donde yo podía disponer un parapeto temporal.

Una vez me la encontré dormida en el lavabo, con un ojo completamente abierto del que fluía un líquido moteado. Me agaché a su lado y le cerré el ojo, se lo sequé con mi camisa. El ojo se abrió de nuevo y ella me susurró:

—¿Qué hay?

La miré y ella parpadeó, absolutamente alerta.

Claire debió de pensar que me estaba sonriendo, pero aquello se encontraba muy lejos de ser una sonrisa. Intenté alterar su expresión con los dedos, remodelándole la boca. No podía soportar que me mirase de esa manera.

Sus labios estaban fríos y se negaban a permanecer allí donde yo los situaba. Su cara tenía el peso del barro.

—Vuelve a dormirte —fue todo lo que se me ocurrió decir, y le coloqué una toalla de baño por encima y dejé que se quedara descansando sobre los fríos azulejos.

En casa me hice cargo de lo que quedaba de nuestro menguante proyecto doméstico, la combinación de distintos tipos de comida en forma de batidos, la limpieza de los grises rastros que dejábamos. Elaboré un plan de embalaje, una estrategia en relación con nuestras maletas, tracé rutas hacia los alojamientos de los alrededores. Los pijamas, las batas, las toallas, los estropajos... todo ello lo lavaba a diario, encerrado en el lavadero, donde la calidez del motor de la máquina ahogaba tanto los ruidos como los pensamientos. Frente al zumbido de la lavadora, durante un pequeño espacio de tiempo yo me convertía en algo sin importancia, y me gustaba que fuera así.

Le dejaba a Esther su ropa, tibia y doblada, en el dormitorio. A menudo se quedaba así, intacta. O un rato más tarde, cuando Esther ya se había abierto paso por la casa y había regresado con su pandilla, me encontraba la pila de ropa tirada por el suelo, con un montoncito de migas negras, como si fueran las cenizas de alguna persona, esparcidas por encima.

Por lo general, la bata de Claire no se lavaba porque a ella no le gustaba quitársela, y si de vez en cuando me la encontraba adormilada en algún lugar, con la mirada perdida en el vacío, y le preguntaba si podía hacerle la colada, ella no respondía, chasqueaba los labios para indicar que tenía sed.

—Te resultaría agradable ponerte ropa limpia, ¿verdad? Podría lavar esta que llevas puesta y devolvértela en un santiamén.

Tiré suavemente de su bata y ella se apartó de mí, lanzó un brazo sobre su cara.

—Cuando la saque de la secadora, tu ropa estará calentita y suave. Mientras tanto, podríamos taparte con unas cuantas mantas. Estar limpio es muy agradable. Te sentirás mejor.

Le hablaba como si pudiera comprenderme, pero ella se limitaba a mirarme fijamente. Le hablaba a través de un rostro rígido y pesado que parecía ajustarse a mi cabeza con el solo objetivo de obstruir mi capacidad de hablar. Sonaba como una persona que estuviera hablando debajo del agua.

A medida que perdíamos tolerancia hacia las voces de los niños, también extraviábamos la capacidad de hablar. Lenguaje de entrada o de salida, escuchado, producido o recibido. Cualquier opción representaba un problema.

Para mantener a Claire hidratada, tenía que quitarle la mascarilla de hospital, sostenerla erguida y hacer presión con la pajita del vaso antigoteo contra el pegajoso sello de sus labios.

Al terminar, cuando volvía a ponerle la mascarilla, unos ribetes floreados de zumo de naranja empapaban la tela.

Cada vez que llegaba la hora de asearla, llenaba un tazón de agua tibia y lo colocaba sobre una toalla junto a su cama. Con un paño le enjabonaba el cuello y la cara. Ella levantaba la barbilla, se recogía el pelo para apartarlo. Yo le exprimía chorritos de agua sobre la garganta. Colocaba otra toalla bajo sus pies; entonces, levantaba y lavaba cada pierna, frotando con la mayor suavidad posible, observando las pequeñas mechas rojizas que salían al pasar el trapo.

Podía levantarle las piernas con extraordinaria facilidad, como si las hubieran despojado de sus huesos.

Con el resto del agua, me asomaba hacia el interior de la bata de Claire y le lavaba el vientre y la piel que alguna vez había contenido sus pechos. La despegaba de la cama para poder lavarle la espalda, pasando el trapo bajo la bata, notando cada uno de los huecos entre sus costillas, una esponjosidad que no me apetecía explorar. Entonces la volvía a dejar como estaba, la cubría con las mantas y le quitaba la mascarilla de la boca para reemplazarla por otra limpia.

Ella se esforzaba por sonreír, pero bajo sus encías se había extendido una sombra, había una oscuridad en el interior de su boca.

Cuando le llevaba sopa, cuando le calentaba las barras de pan que tanto le gustaban o le ofrecía alguna de las golosinas que anteriormente era incapaz de rechazar —pequeños globos ambarinos con un cubito de caramelo salado en su interior—, a lo sumo rodaba sobre sí misma, jadeaba, se cubría la cabeza con la colcha.

No era hasta que la puerta se abría de par en par y Esther entraba en la casa sudando, trastornada, vestida con atuendos que yo no le había visto nunca, que Claire se sentaba, tirando de una última reserva de energía. Constantemente intentaba vislumbrarla, observarla desde algún umbral, así que la seguía de una habitación a la otra manteniendo las distancias, y Esther toleraba aquel acoso. Se podía percibir en su cuerpo el esfuerzo que llevaba a cabo para soportar unas atenciones que aborrecía.

Esther había cambiado. Su cara estaba avejentada, endurecida. Sucia a causa de sus excursiones, pero espectacularmente hermosa. Por supuesto que debo pensar así, soy su padre. Los progenitores no sucumben fácilmente a los

dictámenes de fealdad en lo que a sus hijos se refiere. Esther nunca había sido una niña guapa, pero en los últimos meses se había vuelto amenazadoramente deslumbrante. Permitía que su madre la observara desde un perímetro de seguridad y tenía la consideración suficiente para no prender la mecha con su voz, para no pararse y ponerse a hablar hasta que Claire se cayera al suelo. Esther veía a su madre bajo alguna puerta, apartaba la mirada, no decía nada. Era el más bondadoso de sus gestos para con nosotros, ese silencio. Siempre agradeceré la contención que mostró hacia nosotros durante aquellos últimos días.

El cumpleaños de Esther cayó en domingo. Claire estaba distraída, resollando tras el trapo de lino que yo había empapado en medicamento para ella. Caí en la cuenta del día que era ya avanzada la tarde, después de arrastrarme hasta el suelo de la ducha, mientras el agua me ablandaba la cara.

La llamada Señal de LeBov había crecido con rapidez, un bulto endurecido que anclaba la lengua por debajo. La ducha parecía ayudar. Tirado en el suelo de azulejos, podía ladear la cara y situarla bajo el chorro, dejar que el calor me aflojara la garganta. En el baño ejercitaba la voz para que no fluyera de mí en gemidos informes.

El año anterior, cuando Esther cumplió los catorce, no quiso ninguna fiesta, solo dinero e intimidación. Utilizó esas palabras exactas, y entonces dijo:

—¿Qué sentido tiene que me preguntéis lo que quiero si no tenéis la menor intención de cumplir con lo prometido?

«Cumplir con lo prometido», fueron sus palabras. Ante las que Claire y yo solo pudimos encogernos de hombros, mostrarnos de acuerdo, decir «Sí, claro, cariño, eso sí te lo podemos dar». Y a continuación preguntarnos: «¿Cuánto?». ¿Cuánto dinero, cuánta intimidación quiere?

Esther nos hizo prometer que no hablaríamos sobre el cumpleaños, que no mencionaríamos su edad, que no habría ningún comentario acerca de cuánto había crecido o cambiado o si seguía estando igual, ninguna observación sobre «cómo era supuestamente» de niña, porque «de qué me serviría conocer», preguntó, «lo que penséis de mí». Afirmó que esos pormenores eran una estadística oscura, un fragmento de información que los «futuros cadáveres» —fueron sus palabras— almacenaban en sus cuerpos a modo de amuleto.

Esther alegó que, en cualquier caso, nunca habíamos sentido especial cariño hacia ella «en el momento», que se nos daba mejor quererla *a posteriori*.

Era verdad. Nuestra familia tenía problemas de calibración.

—Incluso ahora —dijo—. Está pasando ahora mismo. De aquí a unos años habréis deformado este momento, que es espantoso, para transformarlo en algo agradable, y me daréis la lata con este recuerdo hasta que os dé la

razón, cosa que solo haré para que os calléis. Sois deformadores profesionales, incapaces de ver cada situación simplemente como es.

«De aquí a unos años». Las cosas que llegamos a hacer. Al final, Esther sí que nos subestimó.

Para Esther, cualquier tipo de recuerdo formaba parte del mismo tabú. Al parecer, había que cambiar de piel y quemar la antigua. Recuerdos que la obligaban a imaginarse haciendo algo de lo que ya no tenía constancia, como cuando patinaba en cadena atada con una cuerda a otros niños, a los siete años, entre las líneas de tráfico congeladas de la calle Wilderleigh. Fue la semana en que el olmo cayó por culpa de un rayo y construimos un castillo de nieve alrededor de su tronco. O como cuando trepaba por una escalera plana sobre la hierba y pretendía que esta estaba de pie, con lo que cada vez que se soltaba simulaba que caía rodando hasta el fondo.

Tales imágenes representaban una agresión. Le provocaban un sufrimiento físico, ¿y por qué insistíamos en hacerle daño? ¿Por qué parecía que teníamos una motivación innata para causarle dolor? No estaba bien hacerle daño el día de su cumpleaños. Especialmente el día de su cumpleaños. ¿Qué tipo de padres éramos nosotros, a fin de cuentas?

Nos habíamos acostumbrado de tal manera a esconder nuestros sentimientos en presencia de Esther que parecía más sencillo comenzar por no tener esos sentimientos.

«Vosotros y vuestros recuerdos», dijo haciendo una mueca.

Esther solicitó que no nos sirviéramos de su cumpleaños para pretender que estábamos más unidos de lo que en realidad estábamos, y es que ¿por qué debería esa fecha aleatoria, «una fecha basada en el más fallido y sentimental de los calendarios», hacer que de repente nos pusiéramos a contar mentiras acerca de nuestras verdaderas emociones?

—Cielo —argumenté.

—¿Lo ves? Eso es —dijo—. Ahí mismo tienes una mentira. Piensas que una expresión de cariño genérica revelará de algún modo tus sentimientos hacia mí, me disuadirá para que deje de lado mis propios sentimientos. ¿Y una palabra hará todo eso, una palabra con la que la gente se dirige a su mascota? ¿Cuánta gente se sirve de esa palabra exacta para camuflar sus emociones? De hecho, es como si me estuvieras vomitando encima. Me siento como si me acabaras de vomitar encima.

Pero en los años anteriores a estas normas y revelaciones, antes de que se viera abrumada por esas ideas que tenía la necesidad de compartir con nosotros, habíamos celebrado fiestas de cumpleaños. Evitamos los berrinches

y las avalanchas de codicia, acogimos en nuestro hogar a los niños que parecían funcionar —aunque a duras penas— como amigos de Esther. Y, junto a aquellos colegas preadolescentes, dimos la bienvenida a parejas de padres merodeadores, quienes inevitablemente permitían que alguno de sus bebés —bebés que no habían sido invitados pero que ahí estaban, ahí estaban siempre— se desbocaran en una campaña de vaciado de estanterías. Entonces, alguno de los padres se retiraba en silencio, sin su bebé, al baño principal, que se hallaba fuera de los límites de la fiesta, y nos arruinaba la taza con un zurullo que no se iba por mucho que tiraras de la cadena, solo para reaparecer con la dichosa expresión de alguien cuya casa no está siendo destrozada en ese preciso momento, con pasitos medio arrepentidos, pero sintiendo alivio en realidad, un alivio genuino y perceptible y quizá incluso un cierto júbilo escabroso —«¡esta fiesta es de lo más divertida!»— mientras pisaba alguna magdalena que se había caído al suelo, incrustándola con más fuerza aún en la alfombra que deberíamos haber quitado antes de la fiesta, cosa que no llegamos a hacer porque, al fin y al cabo, siempre fracasábamos al anticipar el salvajismo con el que esa gente podía llegar a comportarse.

—Ahí estás —regañaba el progenitor al bebé, como si fuera él quien había desaparecido.

Y el bebé se arrastraba hacia él, intentaba ponerse de pie, levantaba los brazos suplicando que lo cogieran y entonces perdía el equilibrio.

Dependiendo del bebé, a continuación venían sollozos, risas o una espléndida falta de interés hacia el común de las acciones humanas. Una de esas tres opciones conductuales.

—Ven a oler la cagada que he pegado —es lo que los padres nunca decían.

Por el contrario, entonces tenía lugar el típico diálogo unilateral, retórico y condescendiente:

—¿Qué has estado haciendo? ¿Eh? ¿Qué has estado haciendo? —le preguntaba el padre al bebé, cogiéndolo en brazos y fingiendo que lo examinaba en busca de alguna prueba.

Un teatrillo de culpa paródica que el padre debería haber realizado delante de un espejo.

«¿Por qué no se lo preguntas a alguien que al menos pueda responderte? —es lo que yo no les decía—. Yo te contaré exactamente lo que ha hecho tu hijo. ¿De verdad quieres saberlo? ¿Podrás tolerar una conversación con un adulto de verdad?».

Yo me ponía frente a ellos y los miraba fijamente y esa gente se mostraba una y otra vez incapaz de leerme la mente.

Se encerraban en algún tipo de actividad aérea con el bebé —haciéndole cosquillas con la boca, levantándolo en alto y, según las apariencias, intentando comérselo—, un bebé que ahora, un tiempo más tarde, ya con siete u ocho años, diría yo, probablemente le estaba gritando a ese mismo padre, acorralándolo contra una esquina, haciéndolo palidecer, hablándole con tanta fuerza que el padre se pelaría, se descascarillaría, moriría en una casa quizá no muy alejada de aquí.

Esos padres, ¿habrían construido un armario debajo de la escalera, igual que nosotros? ¿Habrían perforado la madera para poner una mirilla, habrían forrado con almohadas su pequeño interior? ¿Se habrían protegido contra el habla de su prole, se habrían obliterado el sentido del oído, o les habrían hecho daño ellos mismos a los pequeños para detener el lenguaje pestilente de raíz? ¿Acaso estarían usando la placa de radio para bombear ruido blanco, y este no acabaría de esconder el habla de los niños? O quizá los padres habrían huido ya al norte del estado. Si eran listos. Si sabían cómo desconectar su sistema emotivo y eran capaces de ver a sus hijos por lo que de verdad, en su forma más esencial, eran. Agentes de unos sonidos vocales tan terribles que, familia o no, uno esperaba no volver a verlos nunca más.

El día del último cumpleaños de Esther que vivimos en casa, fui a la cocina para ponerme a trabajar en el pastel. No quedaba demasiada comida en la despensa, solo algo de mezcla para hacer tortitas y una combinación de levaduras que había metido en una bolsa. Su olor jugoso y mineral me hizo pensar que le darían cuerpo a la tarta, siempre y cuando mantuviera la masa a temperatura ambiente y la metiera de golpe en el horno para que el calor la hiciera subir.

En cuanto a líquidos, disponía de un huevo y de un poco de suero de mantequilla, la pasta cremosa que suele quedar en el fondo del cartón.

Podía hervir el suero de mantequilla para eliminar las bacterias, y a continuación congelarlo rápidamente antes de ponérselo a la masa. El huevo también necesitaría algo de calor, porque seguramente ya estaría pasado.

Lo rompí dentro de una sartén, reprimí una arcada, y entonces lo batí a fuego lento hasta que se volvió espumoso, chisporroteó y volvió a ganar claridad. He de decir que no cuajó. Fue sencillo apartar las partes duras.

Cuando la sartén se enfrió, la metí en la nevera y me puse a filtrar las levaduras.

Para sustituir el azúcar, reduje los restos de zumo de naranja hasta que se espesaron en forma de sirope, y entonces le añadí un hilo de miel. Tendría que ser suficiente, porque necesitaba el azúcar que quedaba para el glaseado. Me gustaba rebajarlo con suavidad, y entonces cardarlo mientras se endurecía bajo la sopladora médica de aire frío, como si el pastel tuviera una peluca con los pelos de punta.

Teñí el glaseado de color plata con una gota de aluminio apto para consumo alimenticio.

Cuando era más pequeña, Esther prefería un glaseado negro para los pasteles en forma de sombrero de fez, y le gustaba que estuvieran rodeados por tiras de regaliz. O, si no había tiras de regaliz, por hilos empapados en colorante y socarrados en la sartén envueltos en una fina capa de azúcar. Cuando tenía diez años, cocinábamos, dejábamos enfriar y trenzábamos sus propias tiras de regaliz, pero no les añadíamos colorantes.

—El color es una vulgaridad —decía, citando a alguien.

Una vez hicimos senderos de gominolas, unimos los miniconfites con trozos de caramelo. Esther descubrió que las gominolas se podían cortar en pedazos más pequeños y disponerlas de forma tan apretada que parecía que la cosecha entera de dulces descansara sobre una superficie empedrada.

En vez de una vela, Esther me hacía remojar el perímetro del pastel con un chorrito de queroseno, que al llamear dibujaba un halo perfecto. Cuando tenía nueve años ensartamos una mecha entre dos trozos de alambre bordeando la tarta. La cuerda de la colada, lo llamamos. Encendimos la mecha por ambos extremos mientras cantábamos el *Cumpleaños feliz*, y la vimos caer sobre el glaseado. Las dos bolitas llameantes se encontraron en el centro del pastel, se consumieron y dejaron un círculo oscuro y chamuscado.

—La parte quemada es la mejor —declaró Esther—. ¡Yo me quedo con la parte quemada!

Ese día no tenía velas, ni dulces. Sí tenía una bolsita de humo placebo, que había hinchado con vapores seguros al principio de mis experimentos con Claire. El saco se había curado —el plástico debía de estar contaminado— y había liberado de su interior un humo rojizo.

Aplané un huevo de cera, le vacié el centro con una cuchara y lo conecté a la bolsita de humo rojizo mediante una pajita.

El humo drenó del saco a través de la pajita y, al llenar la pelota de cera, nubló su núcleo, lo oscureció.

Quitó la pajita y me apresuré a sellar la pelota de cera. Con un pelador de patatas me dediqué a rasurarla, rebajando su superficie hasta volverla transparente. Así, Esther podría ver el humo rojo encerrado en su interior. Quizá perforaría la bola con los dientes y dejaría que el humo se liberara dentro de su boca.

El humo de cumpleaños debería ser siempre rojo. En lo que al humo respecta, es el color más bonito.

Cuando terminé, coloqué encima de la tarta la bola de cera, que se hundió ligeramente en el glaseado de color plata, y ya está. No simbolizaba nada. Esa era la cuestión. Era interesante observarla y pensé que a Esther quizá le haría gracia sostenerla contra la luz, preguntándose cómo habría llegado aquel humo rojo oscuro ahí adentro.

Encontré a Claire debajo de su escudo de lino y la ayudé a meterse en el escondite bajo la escalera. Esos días, yo sentía su cuerpo muy ligero entre mis manos, pero, si tiraba del edredón sobre el que descansaba, podía arrastrarla como si fuera un trineo de habitación en habitación, interrumpido solo por los marcos de las puertas, que ofrecían un pequeño obstáculo que a Claire no parecía importarle.

No hablé, no le dije a dónde íbamos, pero era algo que ella querría presenciar, el cumpleaños de su hija. Podríamos ver juntos y a salvo a nuestra pequeña niña a través de la mirilla de la puerta. Todo iría bien. Esther vendría a casa y comería algo de pastel y nosotros la veríamos juntos.

Dejé un rastro de pósits para conducir a Esther hasta la tarta, que había colocado sobre una mesa-pedestal dentro del campo de visión de la mirilla. Habíamos hecho un agujero en la puerta de la cámara y aquello se había convertido en nuestro pequeño refugio debajo de las escaleras.

Al lado de la mesa puse la silla infantil que ella utilizaba de pequeña. Seguramente aún cabría en ella. Y, con su altura actual, se encontraría directamente en nuestra línea de visión, siempre y cuando no desplazara la silla y nos diera la espalda.

Claire y yo podríamos cantar el *Cumpleaños feliz* para nuestros adentros. Nadie tendría que escucharlo. Esther ni siquiera sabría que estábamos allí. Disfrutaría de su pastel y sería agradable volver a estar todos juntos.

Empujé a Claire hacia el interior de nuestra cueva bajo la escalera, la acurruqué contra el fondo y me agaché para introducirme yo también en ella. Claire no se animó ni mostró gran interés. Cuando llegara el momento,

cuando Esther volviera, recorriera la casa y encontrara el pastel, yo despertaría a Claire y la ayudaría a verlo todo.

Nos acomodamos sobre los cojines, tiré de la puerta para cerrarla y nos dispusimos a esperar. Claire se inclinó hacia mí, pareció que murmuraba algo, pero creo que hablaba consigo misma.

Desde donde estaba podía ver perfectamente a través de la mirilla. Era un bonito pastel el que había en el pedestal, con su bolita de cera sudando a causa del humo. No tenía el menor problema en esperar allí.

Era tarde y estaba oscuro cuando desperté bajo el cuerpo húmedo de Claire. Había alguien en la casa. Apreté la cara contra la mirilla.

Las pisadas hicieron temblar el suelo. Esther debía de llevar unas botas horribles. Zapateaba por la casa como si fuera vieja y lenta. Yo podía oír cada uno de sus movimientos, cuando se acercaba a nosotros y cuando se alejaba. Lo único que veía a través del agujero era el pequeño pastel plateado encima de la mesa.

Los pasos se acercaron aún más, y entonces una voz dijo «hola». Era una voz de hombre.

Hola y hola y hola. Dijo «¿Steven?». Steven, con tono interrogativo. Preguntó si Steven estaba allí. Se metió por todas partes, abriendo y cerrando puertas. ¿Estaba Steven en casa? ¿Había alguien?

—¿Hola?

Era Murphy.

Contuve el aliento.

Iba bien abrigado. Resultaba una presencia inmensa en nuestra pequeña casa. La habitación parecía propia de una casita de muñecas comparada con su tamaño.

Se detuvo junto al pastel, arrastró un dedo por el glaseado. Se volvió y miró hacia la puerta que nos protegía a Claire y a mí.

Lo miré fijamente a través de la mirilla y no me moví.

De repente, el repiqueteo húmedo de la respiración de Claire me pareció demasiado ruidoso. No podía hacerla callar. Ni siquiera ponerle la mano sobre la boca funcionaría. El sonido no salía de allí, sino de su pecho, de su cuerpo entero. Nuestro escondite vibraba con los jadeos de Claire.

Murphy se alejó, siguió lanzando sus «hola», pero con un tono obligado y exánime, como si no pudiera desconectar su voz.

Esperé a que Murphy se fuera, pero él se tomó su tiempo. Fue al piso de arriba, bajó, volvió a subir. En un momento dado pareció que cogía una silla se sentó durante un rato antes de seguir con su recorrido.

Cuando entró en nuestro dormitorio, fue como si se pusiera a mover los muebles.

Por fin, la puerta de entrada se cerró y sus pasos se alejaron.

Me mantuve a la espera, imaginé a Murphy caminando hasta su coche, abriendo la puerta, metiéndose en él y alejándose al volante. Entonces imaginé esa misma coreografía de nuevo, una y otra vez, hasta asegurarme de que se hallaba lejos de nosotros.

Aunque nunca podría estar seguro de eso.

El peso de Claire era sofocante, una presión húmeda. La aparté de mí y salí a gatas de la cámara para inspeccionar los daños.

Todo parecía estar igual que antes, aunque en el piso de arriba descubrí que la caja de reparaciones de la cabaña había desaparecido del cajón en que estaba. Se trataba de las pequeñas herramientas con las que debía arreglar el oyente del agujero judío, herramientas que nunca había necesitado. Solo faltaba la caja. Después de tanto trasiego y estrépito, Murphy no se había llevado gran cosa.

Pero la tarta había sido alterada. No comida, sino transgredida: la bola de cera se había desplomado, había perdido el humo. Le habían dejado caer algo encima, luego lo habían retirado. Cerré el puño, lo sostuve sobre el pastel destrozado. Era demasiado grande.

El tamaño del cráter se adecuaba perfectamente a la mano de Esther, pensé. Cerrada como si fuera una pelota, descargada hacia abajo.

No podía creer que pudiera destrozar su propia tarta. Sin duda, esta se había venido abajo porque yo la había cocinado pésimamente, había fallado al no seguir una receta. Era una estupidez pensar que yo podía meterme en la cocina e improvisar de ese modo.

Quizá Esther no tenía hambre. Quizá vino y vio la tarta y decidió que se comería un trozo más tarde. Ahora, no. Quizá después de la cena.

Lo mejor era ponerla en la nevera, eso es lo que haría. El pastel estaría allí para cuando ella tuviera hambre. Quizá, cuando me sintiera mejor, yo también podría comerme un trozo. Quizá Esther y yo podríamos sentarnos juntos, en silencio, mientras comíamos. Yo quitaría el glaseado de mi trozo y se lo daría, porque a ella le gustaba repetir. No habría ninguna razón para hablar. Disfrutaríamos de la compañía del otro en silencio, en la cocina, el día de su cumpleaños. Si lograba dar con una vela, una de las antiguas, la

encenderíamos. Sería agradable sentarse juntos, escuchando los clics de nuestros tenedores contra el plato. Nos aseguraríamos de guardarle un trozo a su madre.

LeBov murió esa misma semana. Le dedicaron un reportaje en las noticias, un último segmento televisivo. Tenía sesenta y dos años. O sesenta y ocho. Un ayudante lo encontró en su casa, donde vivía solo. Al parecer, dos de sus hijos vivían cerca de allí. Me perdí la foto que pusieron de él, fue un fogonazo, pero entonces apareció en pantalla la imagen de uno de los hijos de LeBov, un tipo de edad avanzada, bronceado, con una cola de caballo de color blanco. «El hijo de LeBov». No mencionaron a su esposa. LeBov había sido conducido a un centro privado de Denver, donde había expirado a las pocas horas. Ese fue el término que utilizó el presentador. «Expirado».

No habría funeral.

Según las noticias, LeBov había sido quizá el primer investigador, sin duda el más franco, en identificar la amenaza del lenguaje.

«Para lo que ha servido», pensé, ahí sentado.

El juicio editorial del informativo era que la muerte de LeBov resultaba especialmente inquietante en este momento, dada la situación en que nos encontrábamos.

Era toxicólogo de formación, dijeron de LeBov. Había vivido principalmente en Canadá, donde dedicó los primeros años de su carrera a desarrollar la teoría del alérgeno primordial, la alergia cero.

Más adelante, LeBov se centró en las propiedades tóxicas del lenguaje. Recientemente y «hasta su deceso», había sido el director de un centro privado de investigación en Rochester llamado Forsythe. Allí había trabajado mano a mano con funcionarios de sanidad en la cuestión del niño viral.

—¡Claire! —grité hacia el interior de la casa.

LeBov era conocido por divulgar sus puntos de vista a través de publicaciones *underground*. Planificadas, decían algunos, para confundir deliberadamente. Llenas de información falsa e inexactitudes históricas que había inventado para apuntalar sus teorías.

Proyectaron documentales de otros científicos que evaluaban las contribuciones de LeBov. Se había hecho merecedor del desprecio, del escarnio, de una cohorte de médicos, de científicos, de lingüistas de pedigrí. Pero se trataba de vídeos antiguos, exhumados de algún archivo perdido,

entretejidos para conformar un retrato. Todas las imágenes habían sido grabadas mucho antes de su muerte, antes de su reciente embestida hacia la credibilidad. Esos hombres y mujeres, al pronunciarse sobre el ahora fallecido LeBov, proyectaban un canto vital bastante terrible en retrospectiva: sentados en despachos o salas de prensa, descargando sus caras opiniones acerca de alguien por quien podían mostrar aversión públicamente sin correr riesgos.

Esos científicos tenían que vivir aún los tiempos actuales. Hoy, ayer, los últimos meses. Su futuro a corto plazo iba a doler, y ellos no tenían ni idea. ¿Dónde estaban ahora esas refinadas personas?, me pregunté. ¿Se habrían escondido ya?

«¿Habéis encontrado refugio? ¿Estáis por fin en un lugar tranquilo y seguro?», es lo que quería preguntarles.

Ninguna persona viva podría hablar ahora de ese modo, con un aspecto tan saludable, utilizando el lenguaje como si este no fuera a romper algo en nuestro interior.

Incluso el presentador del programa, que era en directo, lucía una máscara de palidez mientras clavaba la mirada, era de suponer, en las palabras del *teleprompter*. Se tragaba aquel infame material porque era su trabajo, cada palabra una nueva demolición. Y se le notaba. Parecía debilitarse por segundos. Lo habían acondicionado con pintura televisiva. Se notaba que a ese hombre le quedaba poco. Por alguna razón recuerdo su nombre. Jim Adelle.

Las noticias con Jim Adelle. Un reportaje especial de Jim Adelle.

Me pregunté cuántos días le quedarían por vivir.

El reportaje continuó. Me puse cómodo para escuchar cómo los colegas de LeBov detallaban su trabajo, denunciaban sus métodos, sus resultados, su persona.

—¡Claire! —grité de nuevo.

No podía continuar dormida. Sabía que aquello le interesaría.

A LeBov, la teoría de la alergia no le ayudó con su carrera. Una de las universidades del desierto acabó ofreciéndole un silo, pero lo mantuvieron alejado de los estudiantes. Más tarde, él mismo se distanció de esa teoría y acabó renunciando a ella por su peligrosidad.

En realidad, observé, decir que tu propia idea es peligrosa no representa una refutación. Es más bien un recurso sensacionalista para llamar más la atención.

Ese acabaría siendo uno de los métodos marca de la casa a lo largo de la carrera de LeBov. Avanzaba una idea, a menudo de corte problemático,

aporreaba el tambor hasta sublevar a todo el mundo, y entonces se volvía contra sí mismo, a menudo a través de un seudónimo, y atacaba su propio trabajo. Escenificaba batallas en los medios académicos entre dos versiones diferentes de su ser, donde argumento y refutación provenían de la misma persona.

LeBov mandaba impostores a las conferencias para que se subieran al estrado en su lugar. Al parecer, nadie sabía qué aspecto tenía. Luego, se sentaba y hostigaba a su suplente desde el público, protestaba contra cada una de sus ideas, a veces se indignaba y salía de la sala en estampida. Se acusaba a sí mismo de fraudulento, de plagiador. Por lo menos en algunos casos parece que tenía razón.

El trabajo más memorable de LeBov, al final, versó sobre el problema del lenguaje, siendo la palabra «problema», en su opinión, un eufemismo. Durante la mayor parte de su trayectoria profesional sostuvo que el lenguaje debía ser entendido, más allá de su «utilidad marginal» como tecnología comunicativa —«¿podemos afirmar honestamente que funcione?»—, a modo de impureza.

Resulta que el lenguaje es una toxina que se nos da muy bien producir, pero que no absorbemos de igual manera, dijo LeBov. Según él, a lo largo de nuestra vida no podíamos contar con procesar una cantidad muy grande del mismo.

Como respuesta a sus detractores, LeBov preguntó qué nos había sugerido alguna vez que el lenguaje no fuera tóxico.

—Invirtamos los términos y asumamos que el lenguaje, como casi todas las cosas, resulta venenoso si se consume en exceso. Antes que nada, ¿por qué no atacamos el disparate que condujo a un uso tan generalizado de algo tan intenso, tan duro como el lenguaje?

¿Dónde estaba el preceptivo organismo regulador?, quiso saber LeBov. ¿Dónde el instinto de controlar el habla, el lenguaje mismo?

Es el causante de la más insoportable presión sobre nuestros cuerpos, decía LeBov. No se diferencia gran cosa de un veneno lento y a largo plazo.

Esta idea nunca recibió carta de legitimidad, tal y como demuestra su ejército de detractores. Simplemente, no disponía de ninguna evidencia. Un testigo tras otro observaban la falta de pruebas, y esa palabra, «prueba», pasó a indicar algo importante de lo que LeBov carecía, como un ojo, o una extremidad.

Había un archivo de audio al respecto, una suerte de réplica. «Más que a nadie en el mundo, me gustaría saberme equivocado —respondía LeBov con

una voz que tuve la sensación de haber escuchado antes—. Menudo alivio ese, para mí y también para mi familia».

—Claire —grité de nuevo, ahora más bajo. Presté atención a los sonidos procedentes del interior de la casa, por si había alguna señal de ella—. Ven a sentarte conmigo.

Aparentemente, LeBov había escrito algo, una diatriba, acerca de la torre de Babel, pero se retractó antes incluso de que fuera a imprenta. La otra versión de la historia es que LeBov escribió una carta de protesta a su propio editor solicitando que el libro fuera destruido. La obra contenía especulaciones comprometidas, era una agresión a la realidad.

—Claire, ¿cariño? —la llamé.

El texto sobre Babel fue mencionado en varias de las entrevistas de las noticias, por más que nadie parecía haberlo leído. LeBov estaba obsesionado con ese mito. O aún más: tenía una fijación con él. Consideraba que se trataba de un mito engañoso, peligroso. Que había sido copiado de forma incorrecta, afirmó supuestamente, transmitido de generación en generación con un serio nivel de error. Ahora, el ñuto tal y como lo conocíamos era terriblemente defectuoso. Pude ver de dónde había tomado Murphy la idea.

Claire apareció en la puerta, completamente vestida, mientras se acababa de cepillar el pelo.

—¿Por qué no paras de llamarme? —preguntó.

—Quería que vieras algo —le contesté—. El programa que estoy viendo. Sobre un tipo que ha muerto.

—Pues podrías haberlo dicho. No puedo soportar que me llames por mi nombre gritando.

Me disculpé ante ella.

—Está bien —dijo, saliendo de la habitación—. Es que no lo aguanto. Por favor, no lo hagas más.

—Lo siento —dije de nuevo, notándome algo menos arrepentido.

—Ya te he dicho que está bien —dijo ella desde la otra habitación—. Deja de disculparte.

Lo siento, dije para mí mismo, preguntándome cuántas veces habría repetido esas palabras a lo largo de mi matrimonio, cuántas veces las habría dicho de corazón, cuántas veces Claire las habría creído y, lo que era aún más importante, cuántas veces esa declaración habría tenido el más mínimo efecto en nuestras discusiones. Qué encantador resultaba el gráfico que uno podría dibujar con esa expresión, «Lo siento».

Una lingüista de Banif desdeñaba la teoría del lenguaje tóxico de LeBov:

—La idea implica que el lenguaje debe contar con un componente físico. Con algún antígeno material —decía—. ¿Cuál es exactamente la sustancia, en términos químicos, que provocaría la alergia de la que habla? —se preguntaba la lingüista—. El lenguaje es aquí un cabeza de turco. Si existe algún tipo de problema, y dudo mucho que lo haya, me cuesta imaginarme tal cosa, de él deberían encargarse los inmunólogos.

¿Era la lingüista de Baníf, me pregunté, simplemente una parte más del prolongado plan que LeBov había diseñado para controlar el flujo de la polémica?

La lingüista no dejó su perorata, desestimando con suficiencia una idea que recientemente había comenzado a cobrar forma. Me pareció interesante que su incapacidad para imaginar algo justificara un rechazo frontal a la existencia de ese algo.

«Me cuesta imaginarme tal cosa».

Si solo eso fuera suficiente para evitar que algo se hiciera realidad.

No había más que mirar por la ventana para dar con la prueba que ella solicitaba, ver a los vecinos que se alejaban a bordo de sus coches para no regresar.

De hecho, no había más que mirar a Claire, si es que uno lograba soportarlo. Yo ciertamente intentaba evitar su visión, incluso cuando estaba vestida, incluso cuando llevaba el pelo, que se le estaba cayendo, peinado hacia atrás. Ese tipo de testimonios no le hacían a uno ningún favor. LeBov había muerto, así que sus enemigos podían comunicar al mundo lo escasamente importante que el viejo había sido en realidad, antes de que la ironía hiciera acto de presencia y los asfixiara.

Pensé en Murphy y me pregunté ante qué figura de autoridad pasaría a responder ahora. ¿Estaría temblando en casa, encerrado en su habitación, tras el fallecimiento de su maestro?

El segmento final del informativo se centró en el problema judío de LeBov. Este último exhibió, admitió un comentarista con gesto bastante apocado, un interés irracional en las actividades privadas de los miembros de «cierta fe religiosa».

LeBov solía atizar, comentó el experto, el rumor de toda la vida acerca de un segmento de la población judía que realizaba su culto en privado, compartiendo su sabiduría a través de un mecanismo de señales subterráneas.

Por supuesto que no hemos encontrado ninguna base que fundamente estos rumores, nos aseguró el experto.

«Por supuesto», pensé.

Estos rumores muestran una profunda falta de respeto hacia gente de muy diversas creencias.

«Sí, sí. Una profunda falta de respeto».

Cuando un científico, especialmente un científico, nos advirtió el experto, cae en la superstición, en la sabiduría popular, y se sirve de ella como «paradigma de conocimiento», es nuestro método de cognición al completo el que se ve amenazado. LeBov no muestra ninguna consideración al avivar las llamas de un rumor peligroso, un rumor que solo busca aislar un poco más a aquellos entre nosotros que sí practican una auténtica observancia religiosa. Para quienes tienen una fe genuina, las payasadas de LeBov representaban una deshonra.

Aparentemente, LeBov había hecho un llamamiento para que los judíos del bosque se dieran a conocer, para que dejaran de monopolizar su puto tesoro.

Por lo que podía observar, LeBov sabía muy poco acerca de nuestra práctica. Se zambullía en la falta de información habitual, daba palos de ciego, lanzaba un anzuelo apestoso que, y de esto yo estaba seguro, ninguno de nosotros iba a morder.

La sabiduría, afirmaba él, debía ser compartida. Sobre todo, aquella sabiduría que ofreciera «una orientación precisa para nuestra crisis». Una crisis como esta, decía, requiere de activos. Debemos desarrollar activos que nos ayuden a cambiar, y nunca debemos ignorar el origen de un veneno, «su origen», mientras intentamos aliviar sus síntomas.

«Su origen». Se refería a los niños.

Y eso ¿qué tenía que ver con nuestra religión?, me pregunté.

Una reflexión final sobre LeBov por parte de nuestro experto. No recuerdo el nombre o el tratamiento que le prestaban a aquel hombre, solo que llevaba un collar y una toga oscura, y que sus pensamientos parecían presentarse con una lentitud tal que le provocaba dolor.

—La idea de LeBov según la cual la ciencia no puede ayudarnos, pero la fe sí... esa es una idea que resuena profundamente en mi interior. Profundamente.

Intentó hacer una pausa dramática.

—Pero cuando la fe a la que se refiere no existe, no puedo más que declararme profundamente afligido. Imaginar a un judío falso y privado representa una profanación hacia el judío auténtico y verdadero, y concederle a ese judío imaginario unos poderes secretos que canaliza contra los intereses de todo el resto del mundo... es un sacrilegio.

El segmento sobre LeBov terminó y esto pareció pillar por sorpresa a Jim Adelle, que se mecía sobre su silla al otro lado de la gran mesa del informativo. El presentador se llevó un dedo al oído, escuchó lo que le decía su productor, hizo una mueca de dolor. Quizá, en vez de un mensaje verbal, habían enviado una frecuencia que apuñaló el interior de su cabeza. Al fin y al cabo, me apuesto algo a que Jim Adelle la hubiera preferido antes que cualquier palabra.

Adelle levantó la mirada pero no logró centrarse en la cámara. Parecía estar mirando fijamente hacia algo dentro de sus propios ojos. Con expresión mecánica repitió la noticia. LeBov había muerto.

Me levanté para seguir disculpándome ante Claire, si es que lograba dar con ella. Aquello me iba a costar un poco más de trabajo.

Entonces volvieron a mostrar la foto de LeBov.

Pero esa pantalla donde debería haber aparecido la imagen de un hombre al que no había visto nunca, cuya voz apenas había escuchado en la radio, mostró un retrato de Murphy. Era inconfundible. El mismo pelo rojizo, la misma piel inmortal. Era una foto reciente.

Me agaché ante el embudo azulado del televisor para mirarlo con atención.

Así que... Aquel era LeBov.

«No permitas que te engañe o te confunda», me había dicho Murphy. ¿O fue LeBov quien me lo dijo?

«¿Estás leyendo a LeBov? Eso te servirá para ponerte al día».

Si aún estaba vivo, y tenía la terrible sensación de que así era, estaba bastante seguro de saber dónde podría dar con él.

La radio del coche dio noticia de la cuarentena mientras yo iba camino del Oliver s. Se trataba de una medida temporal. El barrio estaría restringido a los niños, lo protegerían, y se atenderían sus necesidades. Dieron detalles acerca de la entrada, el perímetro de vallado, el uso de perros. Había llegado la hora de que todos los demás nos marcháramos.

Crearían una distracción para los niños. Algo relacionado con la escuela. ¿O era con la cárcel?

Nos daban un día, un día y medio, para empaquetar nuestras cosas e irnos.

A continuación enumeraron una serie de destinos aconsejados. Refugios, pueblos, la mayoría de ellos abriéndose hacia el sur. Wheeling, Marion, Danville, la zona de los cuatro condados, Albert Farm. Pueblos con terrenos por explotar, llenos de praderas. Condados donde el suelo estaba aún lo suficientemente blando como para excavar, donde la sal se veía repelida de forma natural por los sistemas ventosos invernales. La lista no era muy larga.

Tal y como yo lo escuché, el mensaje decía: «No vayáis a Wheeling, Marion, Danville. Evitad los cuatro condados y Albert Farm».

Me imaginé a Claire bajo unas mantas en el asiento trasero del coche mientras yo conducía toda la noche, preguntándome dónde detenerme. Ella no estaba en condiciones de moverse, especialmente en un viaje sin destino, en el que no existía la promesa de un confort o una seguridad a la llegada.

Allí donde acabáramos, tendrían que separarnos de nuestros congéneres más inestables. La toxicidad se había extendido más allá de los niños. No por todas partes, no de forma completa, pero esa era la tendencia. Todos podían contagiar a todos, y los niños eran los únicos sujetos inmunes. No debíamos siquiera, según el boletín, estar acompañados, a menos que pudiéramos abstenernos de hablar, hacer un pacto de silencio.

«Les instamos a viajar solos. Consideren que se trata de una alergia a la gente».

Yo era igual de nocivo para Claire que Esther, o lo sería pronto. Aquel mismo día, un rato antes, cuando busqué a Claire tras ver el reportaje sobre LeBoV y la sometí a mi larga y defensiva disculpa, la vi contraerse en la cama mientras le hablaba, esto no había sido únicamente porque mi estampa le

provocara náuseas. También era por mi lenguaje. El mero hecho de hablarle era responsable.

Si íbamos a viajar juntos, más nos valdría mantener la boca cerrada.

El boletín radiofónico prosiguió, con tono robótico, solicitando precauciones, citando lugares que había que evitar, carreteras que estaban cortadas. Ríos y puentes, el Sheldrake, Wickers Creek, el puente de Menands. Dijeron algo sobre el espacio aéreo de Elmira y una alerta oceánica cerca del estrecho de Mournier. Proporcionaron el nombre de otra emisora para obtener un listado completo y actualizado de cortes, pero no cambié de dial. No tenía prisa por escuchar los nombres de los lugares a los que no debía ir.

En una señal de *stop* oí un ruido agudo y algo golpeó contra el coche. Salió a flote un gemido, quizá procedente de mi propia boca. Las calles estaban sumidas en la oscuridad, las farolas difundían círculos de fulgor hirviente. Una manada de niños se abrió paso a través de un jardín y abandonó mi campo de visión. Bloqueé las puertas. Entonces, algo mullido cayó sobre el coche y después se levantó, como si hubiera alguien intentando volcarlo.

Pisé el acelerador, lo pisé con fuerza, pero había algo bloqueando el coche, que pegó una sacudida hacia delante con un chirrido, el motor en tensión, y pareció elevarse por la parte de detrás.

Uno de ellos apretó la carita contra la ventanilla del conductor, muy cerca de mí. Me sonrió, sus labios se movían como si estuviera cantando. Golpeó el cristal con un dedo, me indicó que bajara la ventanilla. Sus manos conformaron la postura de la oración por debajo de su barbilla y creo que articuló las palabras «por favor».

Quería hablar.

Martilleé el acelerador otra vez y el coche gimió, se levantó y entonces se liberó con un chirrido de aquello que lo había estado reteniendo, y me fui a toda velocidad.

Por el retrovisor, vi que algunos de ellos se ponían en cuclillas alrededor de algo, sin mirar siquiera en mi dirección. Formaron un círculo, se arrodillaron y eso es todo lo que vi.

No eran más que niños que habían salido a la calle después de cenar. Eso era todo. Niños que jugaban en la calle.

Al llegar al aparcamiento del Oliver's, me quedé sentado en el coche para escuchar el resto de la emisión.

El boletín de emergencia fue recitado de forma entrecortada por la voz de una mujer que parecía no oírse a sí misma, como si estuviera leyendo fonéticamente en un idioma extranjero.

Se había observado una escalada de la toxicidad en lugares como Harrisburg, Fremont, y seguían llegando nuevos informes. En Wisconsin había sucedido algo. Wisconsin había padecido un incidente. Había, según se informaba, una ausencia total de habla procedente de Wisconsin. Ya no se trataba de un veneno propio de los niños. En Wisconsin, todo lenguaje, sin importar la fuente, era tóxico. Solo los niños eran inmunes.

Por desgracia, el área de Wisconsin representa un precedente fidedigno. Creemos que lo que está sucediendo allí sucederá pronto aquí, si bien no sabemos cuándo.

Los responsables de Sanidad recomiendan que se recluyan, incluso de sus seres queridos.

Desafortunadamente, nos vemos obligados a anticipar que esta escalada va a extenderse. Incluso si ahora mismo siente que la exposición a fuentes de habla no infantiles —incluida esta emisión— no le provoca ninguna alteración, no podemos asegurarle que siga siendo así en adelante.

Esta emisora, a partir de esta misma noche, suspenderá sus boletines. Estamos buscando una manera de mantener el contacto. Daremos con la forma de llegar hasta ustedes. Por favor, manténganse a la espera.

No podemos seguir con la conciencia tranquila. Les deseamos que esta noche estén a salvo en sus casas.

La emisión se disipó en el ruido de la electricidad estática. Busqué entre los canales preseleccionados y no encontré nada más, tan solo un siseo aquí más agudo y allí más grave, desde un extremo del dial hasta el otro.

El aparcamiento del Oliver's estaba lleno de furgonetas. De una de ellas brotaba una manguera voluminosa. Su superficie, que parecía fina como el papel, dejaba escapar hilillos de humo mientras se alejaba ondulante de la

furgoneta y se precipitaba hacia el interior de un agujero de alcantarilla rodeado de vallas.

El humo olía a limpio, a algo afrutado. Fuera lo que fuese el trabajo que estaban realizando, era insonoro.

Junto a la alcantarilla había un hombre que llevaba uno de esos chalecos transparentes y una tabla sujetapapeles. Tras masajearme vigorosamente la cara para prepararla para hablar, le pregunté qué sucedía.

Él sonrió, negó con la cabeza, se señaló el oído.

Lo cual significaba, ¿qué, que estaba sordo?

Señalé hacia la alcantarilla, me encogí de hombros y articulé:

—¿Qué es eso?

El hombre volvió a negar con la cabeza.

Mientras me alejaba, un obrero salió del agujero quitándose grumos de queso líquido de la cara. Alrededor de la cintura tenía atado un cable de color naranja del grosor de una pierna humana, y lo arrastró fuera del agujero para insertarlo en una tabla de especímenes. Yo había visto ese tipo de cableado con anterioridad. El hombre del sujetapapeles cogió su radiotransmisor y, en vez de hablar hacia él, lo sostuvo frente al cable, como si quien estuviese en el otro extremo de la transmisión tuviera que oír alguna cosa.

Pero entonces yo también lo oí, y era inconfundible. Del cable naranja, que no tenía ningún oyente acoplado, surgía la voz del rabino Burke cantando una de sus canciones. Una canción que yo ya había escuchado antes.

Busqué a Murphy por el vestíbulo del Oliver s.

La gente iba a la carrera de un lado para otro, desmontando cosas, empaquetando. Junto a la puerta había una pila de cajas que esperaban a ser cargadas en las furgonetas. A las cajas les habían hecho agujeros de ventilación, les habían pintado a los lados flechas que señalaban hacia arriba. Un dulce y fuerte olor a zoológico llenaba el aire.

Al frente había un hombre joven vestido con un mono y sentado a una mesa de aspecto oficial. Cuando le pregunté si Murphy estaba allí, lo único que hizo fue repetir el nombre, devolvérmelo, como si yo le hubiera presentado un problema matemático que a él no le correspondía resolver.

Le expliqué que Murphy me habían invitado a venir. El vivo retrato de LeBov, es lo que no dije. Que en paz descanse.

Era difícil entender lo que decía a través del respirador, de la máscara empañada que le cubría la boca.

—No se requiere invitación —creo que dijo, señalando la puerta abierta.

Una pareja de edad avanzada se adentró en el vestíbulo arrastrando los pies. Sujetándose el uno al otro, nos miraron como si fuéramos animales salvajes. La mujer dio un grito, se desplomó. Desde no sé dónde aparecieron dos guardias con **unas** mantas. Cubrieron a la pareja y la arrastraron con ellos hacia afuera.

—Estamos abiertos a todo el mundo —dijo el joven.

Entonces se quitó la máscara, se secó la boca y con mucho cuidado volvió a ponérsela. Con un espejito de mano examinó las tiras que le atravesaban las mejillas.

—Ya lo sé —dije, aunque no era así—. Pero Murphy pensó que mi investigación podría ser beneficiosa, o que, al menos, esta gente podría beneficiarse del trabajo que estoy realizando.

El hombre me devolvió el tipo de sonrisa que los profesionales están entrenados para ofrecer sin importar lo más mínimo lo que les hayas dicho. Podría haber amenazado su vida, la mía propia. Podría haberle preguntado si podía usar el servicio. Hubiera recibido la misma sonrisa lunática.

Se inclinó hacia mí, me puso un dedo sobre la boca.

Quería que guardara silencio. Supongo que lo entendí, así que no contesté, me limité a asentir, miré para otro lado.

Él rescató de una caja un collar blanco, como una gargantilla, y me hizo señas indicándome que me lo pusiera. Estaba untado en algo que olía como la pasta de Murphy, y sentí frío en el cuello. Cuando me lo abroché, mi cara se relajó.

Dijo el nombre de Murphy en voz alta, como si eso fuera a refrescarle la memoria. Al final contestó:

—Lo siento. No soy muy bueno con los nombres.

Quise decir: pelirrojo, cara alargada. Destaca por su habilidad para tender emboscadas. Quizá sea inmune al problema que estamos intentando resolver aquí. ¿Ese Murphy que no es quien parece ser?

No podía decir «LeBov, es a LeBov a quien busco, porque tengo razones para creer que sigue vivo, operando bajo otro nombre. Murphy. Pero probablemente todo eso ya lo sabes, ¿no es verdad?».

—¿Hay alguien más con quien pueda hablar? —pregunté.

¿Para decirle qué? ¿Para hacer qué?

—Me temo que el momento de hacer eso ya ha pasado.

El lenguaje literal no servía de nada para lo que había venido a hacer. Aquel hombre se negaba a leer entre líneas, a reconocer cualquier tipo de

subtexto, así que estábamos encerrados en una cárcel de significados exactos, imposible despojarse de ellos.

Iba a resultar que los protocolos lingüísticos de LeBov, los mismos que practicaba su equipo, prohibían los matices, las inferencias. De todos modos, ahora eran ya casi irrelevantes.

El joven se puso de pie, recogió algunos papeles, entre ellos lo que tomé por una copia de *Las Pruebas*.

Se lo señalé:

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté.

Él señaló hacia una pila de ejemplares que había sobre otra mesa.

Correcto. Me machacaba con datos, no llegaba a elaborarlos, me obligaba a excavar un conjunto de preguntas ultraespecíficas ante las que a continuación mostraba una estúpida cara en blanco. «La incertidumbre silenciosa quizá sea el modo más medicinal». No me iba a gustar esa nueva forma de hablar.

El joven empujó un folleto hacia mí.

—Quizá le interese echarle un ojo a estos protocolos. Son algunas cosas que debería tener en cuenta al hablar, si es que de verdad tiene que hacerlo. Se ha mencionado a sí mismo algunas veces, y probablemente eso sea mejor evitarlo. No es nada personal. O supongo que de hecho sí lo es. Es realmente personal. Lo que pasa es que los estudios han sido bastante concluyentes sobre estos temas.

—¿Estudios? —pregunté—. ¿Es eso lo que habéis estado haciendo aquí?

De una de las cajas emanó un gruñido grave, lo que desencadenó un coro de gemidos animales que inundó todo el vestíbulo.

—O hable cuanto quiera —dijo él, aburrido—. Pero hágalo en otra parte.

Su sonrisa tenía una pizca de la mierda transparente. Podía olería.

Cogí el panfleto, lo miré sin concentrarme en él. El texto era ligeramente más oscuro que el papel blanco sobre el que estaba impreso. Me temblaban las manos y el texto se movía, como si no estuviera sujeto al papel. Sentía náuseas, una presión en el pecho.

—Solo parece más difícil de leer —me sonrió con suficiencia—. Es mucho, mucho más sencillo en la... ya sabe. —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. Es probable que pronto veamos muchos más como este.

Me imaginé viendo mucho más de algo que, para comenzar, apenas podía ver. Ese gran recurso infrautilizado, el aire invisible. Lo llenaríamos de texto, de aquel texto casi transparente. Eso lo solucionaría todo.

—Lamento salir corriendo, pero tendrá que disculparme —dijo—. Estamos a punto de cerrar. Probablemente, este Forsythe no vuelva a reunirse. Quizá ese tipo al que busca. ¿Murray? ¿Podría estar en Rochester?

Murray de Rochester. En mi cabeza, comencé a cortarlo en pedazos con un cuchillo largo.

Afuera estaba oscuro y el personal del Oliver's había acabado de cargar las furgonetas. Todos fueron desalojando el local camino del aparcamiento. Supuse que se irían a casa a hacer las maletas, que quizá madrugarían y se pondrían en marcha esa misma noche, antes del amanecer. Para evitar el tráfico.

Es difícil describir a un grupo de personas que guarda silencio por una cuestión de vida o muerte, que se mueve por el mundo con miedo a hablar. Uno puede oír los chasquidos de sus extremidades, la música de su aliento. Nadie dijo una sola palabra. Abandonaron el inmueble despidiéndose tímidamente con la mano, con las caras apuntando hacia el suelo, y salieron a la noche.

Mientras el hombre del mono se alejaba, le pregunté si tenía alguna noticia, si sabía algo. Intenté levantar la voz, pero la gargantilla blanca que me rodeaba el cuello parecía limitar su volumen.

—Váyase a casa, no salga —dijo mirando hacia atrás—. No hable con nadie.

—De acuerdo —dije—. Pero ¿sabes lo que está pasando en realidad?

—Le estamos diciendo a la gente, solo por si acaso, que se vayan despidiendo.

Le vi marcharse. Camino de la salida se abrazó a una mujer mayor y bien vestida que lloraba. Él la besó en la mejilla, y desapareció entre la multitud de furgonetas.

Aún me quedaba un sitio por probar. Aquello implicaría aparcar el coche en el parque Blister, colarme bajo la verja y caminar por el bosque hasta llegar al arroyo. Ahora debía de estar seco, quizá congelado, y tendría que recorrer la orilla a oscuras, tanteando con las manos y poniéndome de rodillas, hasta dar con la pasarela medio podrida que me permitiera cruzar al otro lado.

Entonces tendría que trepar por la ladera opuesta, que esta noche sin duda estaría resbaladiza. Resbaladiza y afilada, con las piedras que las heladas habrían dejado al descubierto, con los muñones de las raíces que sobresalían del suelo para tomar el calor del aire.

Nunca había ido a la cabaña de noche. Pero esta noche iba a ser la excepción a la regla. Los últimos meses habían sido esa excepción, si hablábamos en sentido estricto. Costaba no sentir que los códigos de acceso a nuestra cabaña habían sido escritos para tiempos más normales.

Trepé por el último tramo de la ribera y me abrí camino a través de las ramas bajas y secas hasta que por fin llegué al pequeño sendero que me acercaría a la cabaña por el sur.

Antes incluso de llegar, vi el fulgor salvaje de una linterna. Un brillo aceitoso atravesaba el bosque velozmente y yo me agaché para observar. La cabaña no tenía ventana, tan solo un agujero despojado de su cristal hacía tiempo.

A veces, en los días cálidos, Claire se sentaba en el marco de la ventana vacía mientras yo ponía a punto la transmisión.

Ahora, en el interior de nuestra cabaña había un hombre en cuclillas y temblando, que miraba hacia el bosque exterior. No lo veía entero. Me quedé escondido entre los árboles, observando aquella cara suave y bien conservada, con ese cabello naranja que le hervía sobre la cabeza.

LeBov seguía vivo y era Murphy.

Él miró por el agujero de la ventana con la luz de la linterna bajo el rostro, revelándose a la oscuridad del bosque.

Di un rodeo con sigilo, manteniendo la distancia. Desde detrás de un árbol pude ver cómo entraba y salía de la cabaña, alumbrando con la linterna que dibujaba pequeños arcos de descubrimiento.

De vez en cuando, la linterna se detenía en algo y él ensanchaba la lente. Se inclinaba, recogía lo que fuera, lo examinaba a la luz y entonces, invariablemente, lo tiraba al suelo y reanudaba la búsqueda.

LeBov rodeó la cabaña, arrastró una caja y se subió al techo. Una vez allí se agachó, toqueteó las tejas y luego se deslizó hacia abajo y desapareció; el haz de su linterna creó un efecto estroboscópico sobre las ramas más altas.

Me atrincheré contra el terraplén. La linterna de LeBov se perdió en la lejanía del bosque al otro lado de la cabaña y ya no escuché nada más, no vi ninguna otra luz.

Me senté para descansar. Le daría un poco más de tiempo.

Debería haberme ido a casa. Allí aún quedaban demasiadas cosas por hacer. Teníamos que preparar las maletas, dejarlo todo listo. Claire iba a necesitar ayuda. Quizá podría cogerla en brazos y meterla en la bañera, dejar que se remojara. Para cualquier otra cosa, seguramente tendría que persuadirla. Debía pensar el modo en que le plantearía nuestro siguiente movimiento, cómo eliminar toda posible elección de mi discurso.

Ella querría quedarse. Rogaría para quedarse. Pero no podía permitírselo.

Quedarse no era quedarse. Ellos la encontrarían y ella no se habría quedado en absoluto.

Además estaba la cuestión de mis suministros médicos, tan solo el mínimo indispensable, y dónde meterlos. El equipo esencial, y al menos una maleta llena de medicamentos. Quería reanudar mi labor en cuanto nos reubicaran. Perder el impulso ahora sería un error.

Pero no volví a casa. El bosque estaba completamente en silencio, la luz había desaparecido. Sin duda, LeBov había finalizado su profanación y estaba ocupado ya con algún otro bello proyecto. Había perdido la oportunidad de enfrentarme a él y admitiré que aquello me hizo sentir alivio.

Fui a tientas en la oscuridad camino de la cabaña. Ni siquiera veía mi propia mano delante de los ojos. Con cada paso me preparaba para una colisión, para que algo afilado me golpeará la cara.

Había pasado tantos días aquí, había explorado tan minuciosamente el terreno, había excavado tantos agujeros a poca profundidad cada vez que enterraba el oyente. Claire y yo volvíamos a casa caminando, sin pensar en nada, sin prestar atención a lo que nos rodeaba, y nunca nos habíamos perdido, nunca nos había asustado ningún sonido inexplicable procedente del bosque.

Ahora, en la oscuridad, horas antes de que abandonáramos el pueblo definitivamente, yo me sentía desamparado por completo, a apenas unos

pasos de la cabaña. Me gustaría abundar en la oscuridad del lugar sin tener que recurrir a una hipérbole, pero no creo que eso sea posible.

Extendí los brazos, me incliné hacia delante, caí sobre la tierra.

Resultaba más sencillo moverse desde el suelo, gateando, pero necesitaba mantener un brazo en alto para protegerme la cabeza. Me arrastré por el barro helado, le pegué un cabezazo al tocón de un árbol, corregí mi ataque y seguí deslizándome hacia delante. Finalmente di con la pared de la cabaña, y desde ahí me guie hasta chocar con la escalera.

Cuando abrí la puerta se encendió una linterna. LeBov se había apretujado contra el suelo, con las piernas colgando sobre el agujero.

—Ahí estás —dijo.

Me pasó la latita de grasa por el suelo de la cabaña, y yo me metí un poco de pasta en la boca.

Él se señaló el cuello, así que me apliqué el ungüento también allí, lo que hizo que el collar blanco se ciñera aún más contra mi piel.

La pasta me hizo efecto en la cara, me ablandó la boca y me agudizó la visión. Cuando la presión sobre mi garganta se relajó, descubrí que podía hablar con mayor facilidad, pese a que esa habilidad trajera consigo algo de náuseas.

—Esto es una propiedad privada —dije con calma.

—¿Ah, sí? Me encantaría ver la escritura.

Entré, y me apoyé en la puerta.

—Quizá, antes de nada, podrías decirme con quién estoy hablando —dije.

—No eres el único que puede servirse de un nombre falso.

—Parece que no.

Sus piernas parecían atrapadas dentro del agujero.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté.

Quería que fuera consciente de que solo tenía que dar dos pasos hacia él para propinarle una dulce patada en la cara. No tendría tiempo de escapar.

—No, gracias —dijo, sin darse cuenta de que le estaba mostrando clemencia—. Tengo todo cuanto necesito.

Extendió el brazo y cogió un morral, que soltó un sonido metálico mientras él lo arrastraba hacia donde estaba sentado.

—Me entristeció saber de tu muerte —le dije—. Ha sido una gran pérdida. Para todos nosotros.

—Gracias. Tu voz suena triste.

—Sí, en efecto. Estoy triste. Me entristece que estés aquí, en un lugar al que no perteneces. Es privado, y aquí no hay nada para ti.

—Nada —repitió él—. Yo no le llamaría «nada» a esto.

Levantó en el aire mi oyente, que estaba roto por la mitad, cubierto en su parte inferior por algo brillante. El fondo de la bolsa goteaba y el gel impregnaba las manos de LeBov.

—Vale, me alegro por ti. Debes de sentirte muy satisfecho.

—Me siento razonablemente satisfecho —dijo—. Pensé que me haría falta tu ayuda, pero no ha sido así. Ahora necesito meterme dentro de este agujero.

Se atornilló un poco más y comprimió sus caderas para pasarlas al otro lado del suelo de madera.

Yo nunca había llegado tan lejos, pero es que nunca lo había necesitado.

—No funciona así —le dije—. Ahí abajo no hay nada. No lo estás entendiendo.

LeBov se había sumergido ya hasta los hombros, sostenía la bolsa sobre su cabeza como si se dispusiera a vadear un río. Intentaba desaparecer en el interior del agujerito del suelo que por lo general albergaba nuestros cables de transmisión.

—Créeme —me contestó—, lo entiendo. Me parece que el que no lo entiende eres tú.

Algo iba mal. LeBov forcejeaba, se estaba poniendo rojo. No logró introducirse en el agujero por la fuerza, así que se retorció para salir de él y sacó una sierra de la bolsa. Echado boca abajo, metió la mano y comenzó a serrar, deteniéndose de vez en cuando para inspeccionar su trabajo con la linterna. Cuando acabó de cortar, se sentó y levantó un dedo como si se supusiera que debíamos escuchar algo.

Oímos el repiqueteo de la madera que caía alejándose de nosotros, pero no llegamos a escuchar cómo golpeaba contra el fondo.

Probablemente, las pelotas de goma que había allí absorbieron el impacto.

—Quizá ahora —dijo.

Le comenté a LeBov que me sentía obligado a hacerle algunas preguntas.

—Suenas como si tuvieras un peso encima. Libérate. Por supuesto. Dispones de unos cuarenta y cinco segundos. Si es así como quieres usar el tiempo que te queda, adelante.

—Vale. ¿Por qué lo hiciste?

LeBov no tardó ni un minuto siquiera en pensarlo. Fue como si le hubiera hecho una pregunta para la que había estado ensayando durante toda la vida. Para LeBov, yo no merecía más que la respuesta enlatada, una deflexión que

realizaba con un toque de superioridad. Odiaba a la gente capaz de responder preguntas como esas. Cualquier tipo de preguntas, quizá.

—Hay ciertos límites que preferiría no tener en cuenta respecto a mi propia identidad —dijo LeBov—. Hay un montón de comportamientos que quiero llevar a cabo, pero no todos son necesarios, o en realidad no necesito que ninguno de ellos me sea atribuido. Toda atribución es una carga. En ese sentido, no soy una persona, o lo que tú podrías considerar una persona, sino una organización. También hay comportamientos que debo enmendar, sustraer, y a menudo son otros quienes mejor pueden hacerlo, gente capaz de borrar las acciones, de alterar las ideas. Tengo un grupo de personas que trabajan para mí, claro. Siempre me ha sorprendido que la gente se muestre tan cauta respecto a quiénes son exactamente. Es prácticamente el único aspecto que de hecho podemos controlar. En serio, menuda oportunidad perdida. Por ejemplo, tú ni siquiera sabes que soy el LeBov verdadero. Pero cuesta lamentar las elecciones que hace, o que no hace, la gente falta de inspiración. La cuota de la compasión no se despliega tan lejos.

—Así que te cambias de nombre, finges tu muerte.

—Mira, eso no es nada. Es algo apenas estético. O ni siquiera estético. Cambié de lugar algunos granos de arena. O ni siquiera eso. No puedo dar con una metáfora lo suficientemente pequeña para lo que he hecho. Así de insignificante es. Me ha proporcionado un poco de maniobrabilidad, eso es todo. Se han abierto algunos espacios. De todos modos, a partir de esta noche, tras la oscuridad radiofónica, todo el mundo estará presumiblemente muerto. Hoy era la última oportunidad de morir y de que se informara de ello. He llegado a tiempo para el último ciclo de noticias. Mi muerte fue la última historia previa al apagón. El último obituario del mundo. Deberías felicitarme.

Me quedé mirando a aquel pelirrojo que intentaba introducirse a presión en el suelo de mi sinagoga.

—Felicidades. ¿Y si en el desarrollo de esta importante labor le haces daño a alguien?

—Entonces, ejem, ¿sentirán dolor? ¿Es una pregunta trampa? ¿De verdad es esa la cuestión ahora mismo, que yo haya herido tus sentimientos? ¿Podría tu perspectiva ser aún más pequeña?

—Hablaste con mi mujer.

—Alguien tenía que hacerlo. Al menos, ella me escuchó. Menudo frente unido, el vuestro.

LeBov metió la mano dentro de su abrigo y sacó una larga aguja de zurcir.

—Ten —dijo, pasándomela por el aire—. Si no la incrustas demasiado fuerte, no provocarás daños permanentes.

—¿En mí?

—En cualquiera. Dios, eres tan egocéntrico... Miles de años de judaísmo, rematados por un acceso secreto y exclusivo a este agujero de mierda a fin de obtener una orientación religiosa ultrarrara, ¿y esto es todo lo que tu gente ha conseguido?

Hizo un gesto abarcando nuestro entorno, como si también yo tuviera que registrarlo.

—Lo siento —dijo—, pero este es un lugar triste. He examinado tu, ¿cómo lo llamas, tu «Boca de Moisés»? ¿Tu capacitador? Todos usáis diferentes palabrejas para nombrarlo.

Se refería al oyente rebanado que tenía en la bolsa.

—Oyente —le susurré. No creo siquiera que llegara a decirlo en voz alta—. ¿Lo has examinado? —pregunté.

—Y ni siquiera le habías purgado la cruz, o como cono se llame ese trozo de pellejo sobrante. Está completamente hinchado. Solo lo usaste para acceder a Burke. Es una locura. No había visto nunca un oyente tan rudimentario, y ya dispongo de una buena colección de ellos. Cualquiera puede escuchar a Burke, porque Burke no existe. Ni siquiera necesitas un puto oyente. Podría soltar un cable de cobre en cualquier suelo conductor y ya captaría esa señal. Probablemente podría sintonizarlo con mi teléfono fijo. Es completamente inseguro. De dominio público. Seguro que es de radioaficionado. Me apuesto algo a que la gente lo recibe en sus casas. Me apuesto algo a que podrías captarlo a través del empaste de una de tus muelas. ¿Te has pasado todo este tiempo aquí fuera, con este aparato maravilloso, y nunca te preguntaste si estabas oyendo la emisión correcta? ¿La transmisión más profunda? En vez de comprobarlo, os dedicabais a follar en el suelo, como animales. Honestamente, a veces tenía que mirar para otro lado. No os importaba nada, follabais encima de un montón de ropa mohosa. Estoy como estupefacto. Los sermones de Burke fueron grabados hace años y se emiten en bucle.

—De acuerdo. ¿Y cómo sabes tú eso?

—Ajá, ¿porque los he memorizado? ¿Porque se repiten? Los sermones de Burke son señuelos para la gente como yo, que intenta piratear la emisión, para apaciguarnos, para que dejemos de buscar. No son reales. Son un cebo, judiíto de mierda. Se supone que has de activar el oyente para recibir las transmisiones de verdad. Incluso los tarados de Fort Wine se dieron cuenta de

eso. ¿Para qué crees que era la caja que cogí de tu casa? Ni siquiera introdujiste el cristal. No habías tocado las herramientas.

—Nunca se rompió —susurré.

—¡Me cago en todo, claro que se rompió! ¡Estaba muerto! ¿Cómo es que no te diste cuenta?

LeBov estaba listo para irse, las herramientas guardadas, la bolsa abrochada al pecho.

—Aún queda tiempo en el reloj —dijo—. ¿Alguna pregunta más?

Miré fijamente a aquel hombre, cuyo cuerpo llenaba el agujero de mi cabaña.

—¿No? —dijo—. Pues yo tengo una. Usaré los segundos que te quedaban. Pongamos que te debo una. Mi pregunta es: ¿a quién beneficia?

—¿A quién beneficia qué?

—Tu absoluta incapacidad para comprender lo que está pasando.

—No se me ocurre que beneficie a nadie —admití.

—Oh. Era simple curiosidad. Esa estrategia me resulta realmente desconocida. Hizo que mi interés por ti no menguara. Me imaginé que tendrías alguna jugada más profunda. Pensé que quizá se me escapaba tu perspectiva y quería ver lo que hacías, pero es que no hiciste nada. ¿Debo suponer que esa es tu jugada?

LeBov le dedicó una sincera reflexión a aquella idea.

—Tienes una forma novedosa de lidiar con la confusión. En un mundo diferente, la inercia podría haberte ayudado, podría haber parecido una opción genial. Pero la cuestión esta de Thompson... Me refiero a que ¿de verdad te creíste que se trataba de un rabino? ¿No reconociste mi voz?

—¿Pretendes que me crea que también eres Thompson?

—No, no de forma especial. Resultas mucho más interesante cuando no te crees los hechos más terriblemente evidentes. Eso me parece de lejos más fascinante. Me gusta rodearme de gente equivocada. Saco fuerzas de ello. Aumenta mis propias posibilidades de éxito.

—Todo acuerdo es veneno, ¿verdad?

—En parte.

—Entonces, el enfoque médico prescrito por Thompson... —comencé a decir.

—Necesitaba que se llevara a cabo y ahí estabas tú, necesitando llevarlo a cabo. Te mantuvo ocupado, ¿verdad? Hizo que perdieras de vista la pelota.

Jamás pensé que te lo tomarías tan en serio, pero gracias por el favor.

—¿Y la promesa que le hiciste a mi esposa?

—Estoy orgulloso de eso. Por lo general, cuesta dar con alguien tan maduro a quien puedas convertir. Es una mujer maravillosa. Disfruté tremendamente de su compañía. Conversión opuesta, convencer a alguien para que renuncie a sus creencias. Un procedimiento bastante habitual. Cualquiera puede alimentar una duda. Le di esperanza, que es mucho más de lo que tú hacías por ella. La tratabas como una rata de laboratorio y ahora, solo con que le hables, se morirá.

—No se morirá.

LeBov se rio.

—Por lo menos, tu negación es consistente.

Entonces se dejó caer dentro del agujero y desapareció.

Me arrastré hacia él, me agaché para poder ver, pero allí no había nada, tan solo aquel olor que parecía seguirme a todas partes, el ácido efluvio de la falta de sueño y la podredumbre.

De las profundidades del agujero me llegó la voz de LeBov.

—Escucha —me gritó desde abajo—. Te invitaría a venir a Forsythe, pero está la cuestión de esa esposa tuya. Te das cuenta de que le estás haciendo daño, ¿verdad? Cada vez que le diriges la palabra. Probablemente piensas que estás haciendo lo mejor para ella, pero créeme, tú no sabes lo que es eso. Lo mejor para ella no tiene nada que ver contigo. Lo mejor para ella requiere de tu ausencia. Pero hasta que la muerte nos separe, ¿no? Espero que eso funcione. Pero, si cambias de idea, tu ayuda nos vendría bien.

Resulta que sí tenía una última pregunta para él, aunque seguía intentando darle forma. La susurré hacia el agujero, asustado, por alguna razón, de hablar en voz demasiado alta.

Le pregunté —convencido de que LeBov seguía ahí abajo, planeando su rumbo bajo nuestros pies— por los niños judíos. En los inicios de la epidemia, aquellos informes de que los judíos eran los únicos niños tóxicos... Necesitaba saber si era verdad, si la epidemia de verdad había brotado de ese modo. ¿Estuvo Esther entre los primeros? ¿O él, LeBov, había influido en esa información? Todo esto lo susurré hacia el interior del agujero.

—¿Eso te lo inventaste también? ¿Difundiste datos falsos?

Esperé su respuesta, mientras chorros de aire helado procedentes del agujero judío me azotaban la cara. Pero LeBov no contestó.

Ya se había ido.

Esa noche, en casa, Claire se quedó dormida en la cama de Esther. No fue el tipo de sueño del que uno puede ser despertado con facilidad, sino la hibernación plúmbea que resiste todo tipo de señales, que erige un caparazón sobre la corteza del durmiente el cual no se verá perforado por unos simples gritos. El ritmo cardíaco se ralentiza, las manos se enfrían y la vida en el interior del cuerpo comienza a deteriorarse. Cuando la persona despierta y vigilante sucumbe, el cuerpo se consume a sí mismo. Un vapor se eleva del torso a medida que este se va descomponiendo.

Sucedía a veces, esa pequeña muerte, cuando Claire dormía. Quizá sucediera más a menudo ahora que Esther pasaba la mayoría de las noches fuera de casa. Su cama se había convertido en una nueva estación de reposo para Claire, que recorría las habitaciones durante la noche buscando el lecho que constituyera el mejor escenario para su desaparición crepuscular.

La cama de su hija, cabe aceptarlo, se había convertido en su emplazamiento favorito para este proyecto.

Pero esa noche Esther volvió a casa para estar sola, echando de menos su pequeña y bonita habitación, y hubo problemas. Pretendo conocer sus motivos, pero no es así. El ejercicio de suponer el porqué de las acciones de Esther, de sus pensamientos, es de tipo avanzado, requiere de unas habilidades que yo no tengo. Pero, allí donde estuviera, fuera lo que fuese lo que pensaba o sentía esa noche, volvió a casa. Y, cuando lo hizo, se encontró con algo que la llevó a dar voz libre a sus emociones, a utilizar una voz que durante varias semanas había permanecido contenida dentro de nuestro hogar.

Quizá, al llegar a casa, Esther se metió sigilosamente en la cama, y se encontró el cuerpo seco de su madre bajo las sábanas. El pelo de olor fétido, el cuello amoratado. Quizá la férula que su madre utilizaba para no hacer rechinar la desprotegida pulpa nerviosa de sus dientes, quizá esa férula se había salido del sitio y colgaba de su boca como un trozo de carne.

Y quizá aquello hizo que se subiera encima de su madre y que su cuerpo se flexionara de forma salvaje sobre ella, abriendo la garganta para derramar aquella herida en estado puro.

Cuando llegué a la habitación, Claire estaba boca abajo, sujetándose la almohada sobre la cabeza. Había despertado solo para desmayarse de nuevo. En un primer momento me pareció que había adoptado una postura defensiva, pero cuando la revisé vi que estaba muy lejos de verme o de reconocermelo.

Los desvanecimientos de Claire eran tenaces. Me sentía como si estuviera rompiendo en pedazos el sueño que la cubría. No ayudaba que Esther se hallara en plena diatriba, generando un lenguaje tan pestilente que me impedía respirar, y perdí el control sobre mis manos.

El aire estaba obstruido de lenguaje y me caí de la cama. Llegaba de todas partes, ese muro de sonido que me aplastaba las caderas —la presión parecía proceder de mi interior, como si algo intentara salir por la fuerza—, y me desplomé, envuelto en arcadas.

No podía bloquear el sonido con las manos, y sentí que me desmayaba.

Me acordé de la aguja de LeBov y la saqué del bolsillo. Intenté metérmela en la oreja, pero erré el agujero y perforé el cartílago de la parte exterior. Me apresuré a intentarlo de nuevo, con mayor lentitud, dejando que la punta de la aguja llenara el conducto y, cuando estuve seguro de haber apuntado bien, la introduje hasta que atravesó la parte más fina del oído interno, que no ofreció mayor resistencia que un pañuelo de papel.

Esto lo hice sin pensarlo, sin mucha conciencia de la cantidad de presión que sería necesaria.

«Si lo haces correctamente, nublarás tu audición durante cerca de una hora, quizá más», me había dicho LeBov.

Él no se extendió. Yo no pregunté. Una hora antes, sentado junto a LeBov en la cabaña, no se me ocurrió que fuera a clavarme una aguja en la cabeza para poder lidiar a sordas con la nube vocal de una niña.

El dolor era intenso. Por un momento, oí a alguien llorando en la distancia. Una persona, un pájaro, una sirena. Un líquido tibio me llenó el oído, me resbaló por la cara.

Lo toqué, anticipando que mis dedos quedarían manchados de sangre, pero el líquido era transparente. Tibio y transparente.

La aguja de LeBov no funcionó. Podía oír a la perfección, incluso por el oído perforado. Solo de forma vana consideré la posibilidad de acercar la aguja a la otra oreja, de embutirla allí para equilibrar el dolor.

En cualquier caso, para entonces Esther ya había dejado de hablar. Mis actividades con la aguja la habían hecho enmudecer. Me estaba mirando, con una expresión de miedo en la cara de lo más convincente. A continuación se produjo una efectiva demostración de llanto, de un llanto tenue que parecía

querer reprimir. Interpretaba esa aflicción por mi bien, pero yo tenía otras cosas que hacer. Ahora, la casa estaba en calma. Los únicos sonidos que había en ella provenían de nuestra Claire, que farfullaba algo desde la cama, escondida bajo las mantas.

Esos sonidos me reconfortaban, eran los sonidos de una Claire que aún no nos había dejado.

Esther se agachó a mi lado, con un dedo en los labios para indicarme que no iba a hablar. Una señal en la que antaño hubiera confiado. Acercó el faldón de su camisa a mi oreja, para limpiar parte de la secreción, y por un momento pareció mostrar la intención de abrazarme, pero le aparté la mano. Se la aparté, me puse de pie por mí mismo y salí de la habitación caminando enérgicamente con mi hija. La arrastré conmigo, atravesamos la casa y salimos por la puerta delantera, y la dejé sola en el jardín.

Me gustaría decir que el amor se manifiesta de maneras extrañas, pero en este caso no sería cierto. A veces, el amor se niega a manifestarse por completo. Permanece escondido a la perfección. Uno se pasa una vida entera disimulándolo. Es un arte. Camuflar el amor es, de alguna manera, el tipo más sofisticado de apaño que existe.

Esther se quedó fuera de la casa con la cabeza gacha y los hombros encogidos.

Me abalancé de nuevo sobre ella, y la alejé aún más hacia el jardín, y ella se desplomó sobre mí, se dejó llevar. La solté sobre la acera y con las manos realicé el gesto más terrible que pude.

Jamás me había mostrado tan elocuente sin tener que hablar.

«Quédate, quédate ahí. No vuelvas a entrar en esta casa. Estás vetada aquí. No te conocemos».

Esther levantó la cara hacia mí y asintió. Se hizo una cruz sobre el corazón con el dedo meñique.

No me iba a dejar engañar por sus peticiones de ayuda, por esos detalles de ternura evidentemente diseñados para que bajáramos la guardia. Debería haber obrado de otra manera. Quizá ahora lo haría.

Esa noche necesitaba proteger mi hogar, y eso implicaba mantener a gente como ella —con o sin relación de parentesco— bien alejada de allí. Si Esther intentaba regresar yo estaría preparado. La recibiría con todo lo que tuviera a mi alcance.

A la mañana siguiente nos subimos al coche para marcharnos. Nos faltaba el aliento y bajo la piel se nos habían formado moretones como charcos oscuros. La pequeña herida que me había hecho en la pierna mientras cargaba el coche no llegó a sangrar. Se abrió como la boca de un bebé. Del tajo brotó un sonido que era como un jadeo distante. Al oírlo me encogí de dolor, me preparé también para que me revolviera el estómago.

Había un enjambre de gente en los patios, por la calle. No podía verles las caras. La evacuación era tan ordenada y nuestro estado de negación tan definitivo que nos ahorramos las exhibiciones públicas de dolor. El día era cálido, desde la parte baja de la colina llegaba un llanto, el llanto de otra persona, y en nuestro propio jardín, bajo la quebrada sombra del árbol más viejo del bloque, un tremendo barullo de polillas perturbaba el aire. Se trataba de esas polillas lentas, del tamaño de un pájaro, tan torpes que bien podrían haberlas etiquetado y numerado.

Sentía un peso tal sobre la cara que pensé que podría quitármela y pisotearla hasta convertirla en abono. Mezclé mi riñonera de adrenalina con Semantiril reducido para dismantelar cualquier sonido de habla que pudiera oír. Necesitaba distanciarme del habla hasta convertirla en una colección de gruñidos y resoplidos. Incluso estos podían hacer que la gente reaccionara. Yo necesitaba que el habla se viera sumergida en líquido, que se hiciera gorjeo, que quedara enterrada. El Semantiril me aproximaba a todo ello. Echaba espuma sobre los agujeros, rellenaba cualquier silencio que hubiera en el interior de una palabra. Lo que oía eran bloques sólidos de tonalidad, como los sonidos de prueba de una emisión de emergencia.

A lo largo del día fui haciendo pausas, mientras cargaba el coche, para inhalar esos vapores en una bolsa del almuerzo aceitosa.

Dentro de Claire titilaban unos últimos indicios de vida. Apenas eso, pero no más. Cuando me miraba, yo experimentaba la vergüenza extrema de que me reconociera por lo que era.

En el exterior de la casa se había producido una avalancha de silencio, el sonido que producía un barrio entero al contener el aliento. Mantuve la cabeza

baja, me prometí que no miraría. Si no reparaba en la vergüenza ajena, en su premura, quizá ellos me ahorrarían el ser testigos de la mía.

Cuando logré meter a Claire en el coche, me di cuenta de que apretaba entre las manos la carta que le había escrito a Esther. De algún modo, había encontrado la fuerza para sentarse y redactar un último mensaje. Estaba cerrada y yo no debía leerla ni preguntar al respecto. Unos parámetros relativamente sencillos de seguir. El sobre estaba arrugado y manchado de sudor, de lo que fuera que goteaba libremente de Claire.

Yo no había escrito una carta como esa. Había algo mezquino en el hecho de escribir palabras, como si hubiera que grabarlas en la carne. Mi mano me resultaba extraña. No iba a cooperar. Y, cuando escribía algo, tenía el aspecto de un dibujo desmontado en un número excesivo de piezas. Podía identificar las partes, pero no lograba unir las.

Descifrar palabras sobre una página resultaba demasiado difícil. Cuando lo conseguía, nunca estaba seguro de lo que había sucedido, de quién había muerto a manos de quién. Cada vez tenía más claro que en adelante iba a evitar la lectura. La mera idea hizo que una oleada de miedo me atravesara el pecho.

La noche anterior, cuando por fin me senté ante una grabadora de voz, no generé más que excusas. La retórica del encubridor. Nada de lo que decía pasaría por ternura, lo cual significaba que ya había comunicado todo lo posible sobre aquel tema. El resto, como la mayor parte de mi labor paternal para con Esther, quedaría por decir, por hacer. Pero, cuando escuché de nuevo la grabación para comprobar la calidad del sonido, lo que oí fue a un hombre con un trapo embutido dentro de la boca. Al final, eso fue lo que le dejé a Esther. No había una sabiduría mayor que pudiera impartirle.

Aquí tienes las últimas palabras que te dedico, básicamente nada. Eso es todo lo que sé.

En el coche, tiré del camión de Claire para liberarlo del amasijo que se había formado bajo sus piernas. Le arreglé el abrigo. Apreté la palanca que había detrás del asiento e hice que se recostara. Sus piernas ocuparon el espacio recién liberado y se relajó.

No quería hacerle daño, así que no hablé. Le sostuve la cara y articulé sin sonido:

—¿Qué tal así?

Sus ojos se quedaron fijos más allá de mí.

Observé a esa mujer estoica, que tanto tiempo llevaba sufriendo, que en realidad debería haber muerto hacía semanas. Menudo insulto representaba

todo aquello para ella. No me quería respirando en su espacio, recostando mi peso sobre su cuerpo. No quería que yo me acercara. En Shippington, en Lobe Arbor, en alguno de esos prados que corrían al mismo nivel que West Hollows, Claire podría estar sola cuanto ella quisiera.

Si había un plan, ese plan consistía en coger la Ruta 4, pero tomando la pista que se escinde de ella y corta por detrás del Monasterio, para seguir las vías del tren hasta que la pista enlazara con la 41. En Shippington o Lobe Arbor iríamos a un motel y monitorizaríamos la situación desde allí.

Había intentado llamar con antelación, esa misma mañana, pero no había obtenido nada, ni siquiera un timbre sin respuesta.

Cuando pensaba en Esther, sola en la casa, sin nosotros, la imaginaba siendo atendida por... nosotros. Por un duplicado de nosotros. Un nosotros robotizado. Nosotros padre y madre, flotando sobre Esther con tazones de frutos del bosque, con la cena especial de verduras al vapor, el bloque de proteína no cárnica y las migas que le gustaban. Su propio tazón de tamaño mini para la sal, enganchado al plato de la comida como un sidecar. No lograba verla, Esther no existía, sin un satélite de nosotros orbitando a su alrededor, aunque estoy seguro de que Esther no tenía problemas para imaginar su propia soledad. Siempre habíamos cocinado y limpiado para ella, le habíamos servido la comida, le habíamos hecho la colada, habíamos ordenado sus cosas. Los cuidados de tipo estándar. No había manera posible de destilar aquellas labores en forma de palabras y de dejarla con un sentido claro de cómo ocuparse de las cosas por sí sola. Pero me hacía ilusiones al pensar que lo que Esther necesitaba eran instrucciones referentes a la casa, una colección de estrategias operacionales que la mantuvieran a flote en el interior del hogar familiar. Eso no era lo que Esther necesitaba.

Cuando Esther al fin tuvo la edad suficiente para irse sola a la escuela, siguió buscando nuestra aprobación respecto a cosas que eran demasiado básicas como para ser consideradas un motivo de talento. Comerse una manzana. Sostenerse sobre una sola pierna. No tardó en querer que la felicitáramos por levantarse de la cama, por salir de una habitación. Una vez se sentó en nuestro alféizar —debía de tener ya ocho o nueve años—. Estaba muy satisfecha consigo misma, columpiando sus piernas de un lado para el otro.

¿Sabes, papá, que puedo hacer un truco?
¿En serio?

¡Sí!
¡Puedo hacer que mis piernas vayan de aquí para allá, de
allá
para aquí!
Ya lo veo.
¿Lo ves?
Sí.
No estás mirando. ¿Por qué no me miras?
Estoy mirando. Lo veo.
Pero es que no estás mirando.

Debería haberla felicitado. ¿Quién era yo para decir que aquello no era extraordinario? ¿Qué sabía yo, en realidad, sobre las cosas extraordinarias?

En el coche, me incliné hacia Claire para administrarle la dosis del viaje. Cuando llegáramos al motel la bañaría, la dejaría dormir y saldría para conseguir un poco de comida, si es que encontraba algo. A lo mejor se pasaría durmiendo unos cuantos días. No permitiría que ningún niño entrara en la habitación. ¿Le haría daño a cualquier niño que se acercara? No lo había decidido aún. Me abstendría de hablar. La televisión y la radio y el teléfono estarían desenchufados. Claire disfrutaría de un silencio total. Podría descansar y comer y descansar y bañarse y comer y dormir hasta que todo esto hubiera acabado y ella se recuperara.

Tenía en la cabeza algunos medicamentos recuperadores para esa nueva fase. Claire necesitaba algunas semanas de tranquilidad.

Quizá daríamos con unos gemidos que pudiéramos intercambiar de modo seguro, y los llenaríamos con la cantidad suficiente de significado como para ir tirando.

Retiré el camión de Claire dejándole las piernas al aire y estiré un puñado de piel.

Ella no se estremeció cuando le clavé la aguja.

Una gota de suero transparente se acumuló en su muslo, adherida a un pelito. Se la limpié y la tapé.

Pese a las prevenciones contra el lenguaje, hablé con Claire, y ojalá pudiera recordar lo que le dije, cuando menos para poder sellar este recuerdo y no volver a considerarlo nunca más. He descubierto que la duda no resulta útil. Vivir tanto tiempo con la incertidumbre representa una distracción.

Lo que le dije a Claire pudo ser una estimación respecto a la hora de nuestra salida. Probablemente se trató de ese tipo de cháchara, anticipando lo que vendría a continuación. Faltaban unos pocos minutos —«Déjame que compruebe el maletero. ¿Tienes sed?»— o quizá le dediqué unas palabras de cariño. ¿Le dije que la amaba? Tan solo el pensamiento ilusorio podría sugerir que así lo hice. Esa frase hubiera sonado terrible aquel día. Ciertamente inoportuna, ciertamente egoísta. Una frase diseñada solo para desencadenar una respuesta equivalente. Pero el pensamiento ilusorio ha podido conmigo. Me persigue. Con todo este silencio, se ha convertido en mi voz principal.

¿Le dije que la amaba?

Se trata de una pregunta irrelevante. Fue lo último que le dije a mi esposa y no tiene importancia más que para mí.

El coche estaba cargado, pero antes de salir tenía que administrarme mi propia inyección. Había alterado mi mezcla con una pizca de Aphaseril, que se enroscaba dentro del suero formando un lazo oscuro que se depositaría al fondo del vial. En busca de un poco de intimidad, me agaché y apoyé la espalda en la rueda trasera del coche.

—Así es como funciona —dije para nadie, e introduje la aguja en la más solitaria de mis venas.

Cuando la aguja encontró asidero, el frío se apoderó de mí provocándome escalofríos en la ingle, subiéndome por el estómago. Me aferré al coche mientras el corazón se me disparaba. Un dolor dulcísimo se apresuró a ahogar la náusea. Era justo lo que necesitaba para dar el empujón final que nos sacara de allí.

2

Cuando el bocinazo de salida rasgó el aire de Nueva York y los coches comenzaron a arrastrarse lentamente fuera del pueblo, Claire abrió la puerta del copiloto y se bajó del coche dando tropezones por la hierba. Al principio pensé que había olvidado algo en la casa, así que permití que se alejara haciendo eses.

Mi esposa, en camión, en un día de diciembre extrañamente cálido, se alejaba, en no muy buen estado, del coche.

«Adelante», pensé. Si no podíamos tener a Esther, sí podríamos tener más cosas tuyas. Coge el diente de leche que guardamos en el pie de uno de sus viejos peles, el autorretrato que Esther se hizo con la cara sobreiluminada encima del objetivo, la manta cosida a partir de los muñecos de peluche de Esther que quizá nos haga todo esto más fácil. No nos queda tiempo, cariño, de verdad que no, pero adelante. Nos están indicando que salgamos ya, así que date prisa, por favor.

Era verdad. Los responsables de la cuarentena habían puesto en marcha un código de señales que no dejaba espacio para la duda. Personas tan desfiguradas por el material acolchado que parecían técnicos del escuadrón antibombas agitaban bastones de tráfico de color amarillo brillante, les disparaban una descarga eléctrica a los pocos de nosotros que intentaban quedarse quietos. Hombres y mujeres doblándose sobre sí mismos en la calle por culpa del relámpago que acababan de recibir en el torso. Era hora de irse.

Pero Claire no entró en la casa. Cruzó al campo, se adentró entre los matorrales y, antes incluso de alcanzar el prado, se desmayó.

Corrí tras ella, pero cuando llegué ya se había caído, sus ojos estaban fríos. No había logrado alcanzar siquiera la línea de árboles. Cuando llegué hasta ella, los hombres de la cuarentena ya se habían tirado encima de mí y me arrastraban de vuelta al coche.

Dejé a Claire tumbada de espaldas sobre la hierba, atravesándome con la mirada, que buscaba algo que nadie más podía ver. Parecía muerta, finalmente.

Una jauría de perros salió al trote del bosque, eran como ancianos vestidos de animales, ladraban con voces humanas. Tras ellos avanzaba fatigosamente

una cadena humana de personal de los servicios de rescate, vestían monos y caminaban con los brazos entrelazados para que no se les escapara nadie. Se encargaban de ahuyentar a los rezagados del bosque, pateaban los matorrales en busca de bultos.

Los técnicos de la cuarentena me cargaron sobre sus hombros sujetándome con tal fiereza que no podía moverme.

Logré entrever una última imagen de Claire. Parecía confundida. Nadie le había dicho que se había quedado corta intentando llegar al prado y que se había desmayado. Nadie le había dicho que no había conseguido escapar.

Me embutieron en el coche, cerraron la puerta, una mano golpeó el techo para indicarme que estaba bien, que ya me podía ir. Unirme a la procesión de salida. Ir tirando. Sin ella.

Pero aquello se hallaba muy lejos de estar bien. Me abrí paso a través de los asientos hacia el otro lado del coche, me precipité camino del prado para recuperar a mi esposa —incluso muerta debía venir conmigo, por más que tuviera que conducir hasta Fort Wine para enterrarla—, pero volvieron a cogerme, me metieron de nuevo a empujones dentro del vehículo, esta vez se quedaron protegiendo las puertas con sus cuerpos como almohadones.

Al golpear contra las puertas constaté que las bloqueaban desde fuera. Era como si el coche estuviera bajo el agua, no podía salir de él. Debajo del agua, con varios hombres acolchados flotando sobre mí como... como algo que no había visto jamás.

Desde el interior del coche vi cómo llevaban a Claire a su camión, cómo se cerró la puerta de carga. Las luces del vehículo destellaron una única vez, en silencio, antes de que el camión arrancara y se fuera no por la calle, ya que la calle estaba taponada por los coches, sino por el prado que se extendía más allá de nuestras casas. Y, si el camión se detuvo mientras surcaba la hierba, fue solo para recoger a otro rezagado, a algún ciudadano de la zona que había perdido las fuerzas necesarias para irse y que ahora se uniría a mi esposa y al resto de sujetos aturdidos dentro de ese vehículo oscuro que lentamente se iba perdiendo de vista, igual que el resto de nosotros.

Me alejé de casa a través de un entramado de sombras, dentro del coche frío y oscuro. Cuando dejé atrás los límites del pueblo, abracé la vía de acceso que discurría junto al paseo arbolado hasta que se convirtió en el asfalto poroso de Meriwether. El estremecimiento de las bandas de frenado sacudió el coche antes de propulsarme hacia la autopista.

En el pueblo se desató una sirena de tonos graves y profundos. Sonaba demasiado bajo y parecía imposible que pudiera oírla, pero la sentí retumbar en lo más hondo de mis caderas, y transcurrieron varios kilómetros de conducción durante los cuales seguí notando la vibración.

La cuarentena, con sus niños venenosos, iba quedando atrás.

No había coches que me siguieran en el espejo retrovisor, nadie viajaba hacia el norte. El resto de prófugos del pueblo se había dirigido hacia el oeste, hacia el sur, y yo tenía toda la autopista para mí solo. El viento invernal había limpiado buena parte de las vistas pero, a las afueras de Van Burén, una estela de humo se extendió rápidamente por el cielo. Alguien habría lanzado una bengala desde alguna carretera en alguna parte, quizá.

Conduje hasta que me desplomé exhausto contra el volante y el coche se detuvo haciendo crujir las olas de un camino de grava. Desperté con el sabor tibio y salado de la sangre en la boca y continué conduciendo, siguiendo a veces carreteras que eran tan anchas, que estaban tan mal definidas, que bien podría haber estado circulando por un aparcamiento inmenso.

Ya estaba lejos de casa, a lo largo de la veta septentrional que lleva a Albany. Jamás en toda mi vida había conducido tan lejos hacia el norte. Así deben de sentirse los pájaros cuando miran hacia abajo y descubren que el mundo es un paisaje completamente nuevo. De repente están volando sobre un lugar extraño donde incluso el viento sobre sus cuerpos les resulta desconocido, un viento tan consistente que parece una persona. Que te maltrata, y tú no puedes moverte. Todo es diferente. Los edificios, la tierra ahí abajo, los cables que bisecan las calles en pedazos de piedra fracturada.

Mis mapas eran viejos, habían sido dibujados para un mundo más ruidoso, y me asqueaba la simple idea de consultarlos.

La carretera le ganaba espacio a la cuneta, amenazaba la hierba. A medida que me iba alejando en dirección norte, la carretera se perdía entre los bosques, se extendía sobre las colinas, el asfalto lo cubría todo. No podía abandonar la autopista. Los rumores acerca de aquella región eran ciertos. Incluso las colinas estaban hechas de grava. Me desvié hacia la cuneta pero solo encontré más carretera, y tanto daba lo mucho que me desviara porque no hacía más que adentrarme en nuevas rutas de la autopista, que se desparramaba en todas las direcciones. Reducir la velocidad no resultaba seguro. En ese momento, iba ya rodeado de automóviles, que me adelantaban zumbando en vectores imprudentes, un tráfico sin carriles, y los conductores llevaban la mirada fija en el espacio endurecido que tenían delante.

Me ceñí a la velocidad de lo que parecía una línea recta e hice todo lo posible por concentrarme.

Al mediodía, la carretera pasó a ser un pasto húmedo y aumenté la velocidad, parecía que iba dejando en el suelo una estela de agua. Atravesé Allamuchy, donde los árboles encerraban la calzada en un túnel de oscuridad quebrantada por esquirlas de una luz tan cegadora que parecía lanzar rocas blancas a mi paso.

Allí, una fina hierba verde cubría la campiña, restallaba contra el suelo por la descarga de los coches que circulaban a toda velocidad. Prados enteros se inclinaban a la vez como si un avión inmenso les hubiera pasado por encima rugiendo. Fuera de Corning, un fino géiser de barro salió disparado de la tierra, gimió antes de detenerse en el pico de su vuelo, y entonces se precipitó en un reguero contra el suelo. No sé cuánto rato estuve conduciendo. Con las ventanillas cerradas, el mundo desfilaba en silencio, y esas condiciones hacían casi imposible que advirtiera el paso del tiempo.

En los cruces, las señales de *stop* habían sido borradas, empastadas con pintura roja metálica. También las demás señales de tráfico y las distancias entre ciudades aparecían deformadas. La mayoría de textos públicos, destinados a emitir órdenes de tipo básico a los conductores, habían sido camuflados. Las placas brillantes y amartilladas seguían colgando de sus postes, pero ahora eran bloques de color despojados de palabras, que no ordenaban ninguna acción.

No importaba por dónde anduviera la epidemia al norte de mi pueblo, porque nadie estaba dispuesto a jugársela. Cualquier forma de lenguaje que hubiera existido en la campiña había sido borrada de forma sistemática.

No vi ningún escrito real en muchas horas. Y esas condiciones me iban bien.

En un límite de condado marcado por un pilón de sogas, un hombre disfrazaba una señal de carretera subido a una escalera, añadía manchas a las letras hasta que estas florecían carentes de significado. La palabra parecía haber sido alguna vez «Rochester».

Que esa palabra hubiera significado algo en su momento se me antojaba ahora un accidente.

Seguí conduciendo. Reducía la velocidad al llegar a los puestos de control. Con una de las mascarillas de Claire me secaba el líquido tibio que me brotaba de los ojos. Nadie me preguntó nada.

Alguien lloraba dentro de una cabina empañada, ante la que se había formado una cola. Vi las coloridas bolsas para cadáveres propias de Albany. En el exterior de una carpa de atención médica, una mujer rociaba algo nebuloso sobre lo que parecía ser una antena, la varilla oscura le temblaba entre las manos. Posiblemente se trataba solo de un cable metálico enroscado, que alimentaba el montículo de polvo que había a sus pies, pero no me detuve. Ella tenía las orejas llenas de barro.

«Podría soltar un cable en cualquier trozo de tierra y escucharía a Burke», había dicho LeBov.

Lo máximo que sucedió en esos controles fue que un hombre registró el coche y olfateó el aire de su interior. Abrieron y registraron el maletero. Eran niños, sin duda, lo que buscaban. Aquello que yo no tenía.

Me quedé quieto y observé por el retrovisor cómo revolvían entre mis bártulos, sacaban algún utensilio para examinarlo a la última luz del día, olían con intensidad mi bolsa. Descubrieron mi caja de herramientas, las desparramaron por la carretera. Alguien metió un dedo en un vaso de precipitación, recogió un residuo y lo lamió. Tiraron una de las bolsitas de humo sobre un receptáculo acolchado del que salía un respiradero y la aplastaron con el pie. La bolsa se rasgó con un sonido húmedo y el humo se derramó hacia el tubo, como si hubieran empleado a alguien en una cueva para que inhalara los gases de nuestro mundo. Lo único que me llegó desde la parte delantera del coche fue un olor a masa quemada.

Los funcionarios jóvenes vestían igual, con un mono, pero los mayores no habían conseguido dar con un uniforme. Algunos aún llevaban sus albornoces de casa, sus batas médicas o sus pijamas bajo la chaqueta.

Los monos de los jóvenes eran azules y parecían estar fabricados con terliz de lana. Esos inspectores carecían incluso de la disciplina necesaria para tiranizar a nadie, para provocar la parálisis y el miedo, daba la impresión de

que no tardarían en abandonar sus puestos para vagar hacia las colinas, sentarse en la hierba y derrumbarse allí.

Por todas partes había ejemplos del enorme esfuerzo de aquellos entusiastas aficionados. Ya no quedaba ninguno de nosotros que no fuera un aficionado. Los expertos habían sido degradados. Los expertos se habían equivocado. Los expertos habían perecido. O, quizá, los expertos habían recibido un nombre equivocado desde el principio.

Debió de ser en Woodleigh donde me hicieron señas para que me detuviera a un costado de la carretera, después de que me registraran el coche.

Aparqué junto a un ataúd que estaba colocado en posición vertical, pero nadie se acercó. Esperé mientras dejaban pasar a otros coches. Se trataba de sedanes azules, con los pasajeros escondidos tras mascarillas antivirales.

El hombre que finalmente vino hasta mí tenía la cara pequeña encabalgada a demasiada altura en su cabeza. Me hizo señas para que bajara la ventanilla y extendió el brazo hacia mí. Utilizó el pulgar para tocarme debajo del brazo, y escarbó en un punto que súbitamente sentí en carne viva. Me apuntó a los ojos con una linterna de bolsillo, me examinó la cara, la colocó en diferentes ángulos. Yo le fui devolviendo expresiones de calma y no estropeé el encuentro hablando. Él también se mantuvo en silencio y, si había algún ruido, se trataba únicamente de mi propia respiración.

Antes de franquearme el paso, me entregó una hoja de papel grabada con un delirante moteado de braille. Colocó mi mano sobre la hoja e hizo que mis dedos recorrieran los bultos, que tenían la misma textura que la piel de Claire. Paseó mis dedos de aquí para allá sobre el mensaje de braille, mientras yo no podía más que sonreírle y encogerme de hombros. Si aquello era leer, era el tipo de lectura que me dejaba frío. ¿Lo había leído? No pocha estar seguro. No experimenté ninguna reacción, pero eso podía afirmarse también acerca de otras de mis lecturas. Quizá esa era la intención del mensaje, y yo lo había leído correctamente. Con una mueca burlona, me arrancó el papel de las manos y se alejó.

Seguí conduciendo, pasé junto a un tramo de pequeñas celdas de madera excavadas sobre la ladera de una colina, marcadas con símbolos extraños. Debía de estar cerca de uno de los Dunkirks, en el radial roto que una vez los unió en un corredor cubierto que llegaba hasta el mar.

En las afueras de Palmyra, una tienda de campaña colgaba de un árbol. Ante ella se había congregado un grupo de personas, alineadas para entrar. ¿Qué buscaba aquella gente allí? Detrás de la tienda se extendía un campo de agujeros recién excavados, montículos de tierra en formación de cementerio,

listos para que las palas los devolvieran al suelo cuando tocara rellenar los agujeros. Tumbas tan pronto, pensé.

Mogotes de tierra se erguían sobre los prados, no solo colinas o elevaciones naturales, sino reductos con un diseño arquitectónico. Montículos y promontorios y búnkeres, como si el aire burbujeara desde el interior de la tierra para crear refugios bajo las capas del suelo. Sobre estos refugios se recortaban puertas de todo tipo. De madera, de cristal, de vallado, de tela. Algunas carecían de una vía de entrada visible, las casas selladas de aquellos que no tenían intención de volver al exterior.

No existía ninguna salida en la autopista que condujera a esos refugios. Si había gente deambulando por allí, quedaban perfectamente camuflados por el paisaje. El sol estaba abstraído en el horizonte, no me servía más que para marcar la posición. Mantuve su presencia amenazadora a mi izquierda calculando que, a aquel paso, llegaría a mi destino justo después de que cayera la noche.

Cuando dejé de ver casas y la carretera se vio libre de coches, me detuve y trepé por la maleza del terraplén para estirar los músculos. Bajo la fronda de unos árboles di salida a cuanto parecía que tenía que brotar de mí, vertí tantos sonidos duros del interior de mi ser que pensé que no iba a poder parar y nunca más recuperaría el aliento.

Lloré todo el aire que tenía. Lloré otra pequeña cantidad de algo más oscuro. Lloré hasta que mi voz se quedó ronca, entonces la perdí, y seguí llorando hasta desplomarme sobre la hierba, acabado.

Sentía que el pecho estaba a punto de romperseme. Me aferré a la hierba con tanta fuerza que mis manos, cada uno de mis dedos, parecieron fracturarse. La cara me apretaba demasiado. Quería cortármela.

Si en efecto aquello tan solo era un llanto, no se parecía a ningún llanto que hubiera experimentado antes.

En un mundo donde el habla era letal, no podía compartir con nadie lo que había sucedido cuando Claire se derrumbó sobre la hierba y yo no pude ayudarla.

Jamás sería capaz de mentir en voz alta sobre lo que aconteció el día en que dejé atrás a mi esposa y a mi hija, y conduje solo hacia el norte.

Al menos me quedaba aquel pequeño detalle para mí solo. Mi vergüenza estaba a salvo, contenida dentro de lo que subsistiera de mí. Excepto si se producía un milagro, nunca podría contar esa historia. Moriría conmigo. Y moriría, así lo esperaba yo, muy pronto.

De vuelta al coche, la noche se me antojó del todo remota. Estaba preparado para la oscuridad. Sabía que me esperaban pensamientos y emociones difíciles, pero estos aún no habían llegado. Quería sentirme más cansado, disponer de una razón mejor para buscar un desvío y esconder el coche hasta la mañana siguiente. Pero ahora no podía detenerme.

Cuando el sol se puso, resbalando al otro lado de las colinas, la carretera se estrechó en un solo carril y comenzó a ascender.

En una cuesta tapizada de pájaros me encontré con un grupo de mujeres que tiraban de una carretilla sendero arriba. La lona que le habían puesto por encima cubría claramente bultos humanos. No engañaban a nadie. Pisé el acelerador al máximo, pero la pendiente era tan fuerte que apenas logré adelantarlas, así que trepamos en paralelo la cornisa meridional que rodeaba la ciudad de Rochester.

En la cumbre, los árboles se tornaron más densos y desaliñados, como si se hubieran visto obligados a madurar bajo cristaleras oscuras. Los coches de la carretera que quedaba a mis pies avanzaban ordenadamente por sus carriles hacia un único punto de control, un habitáculo de baja altura, hecho de madera, con guardias bien vestidos. Entre ese tráfico fluía una caravana de autocares rojos con las ventanillas tintadas. Las luces de Rochester destacaban apenas en la oscuridad, eran pequeñas manchas pálidas que lubricaban el aire. Si las mirabas fijamente, retrocedían hasta que la ciudad entera parecía cubierta por una sustancia grasienta y oscura.

Puse el coche en dirección hacia abajo y me dirigí allí.

En el aparcamiento de Forsythe, salí del coche y me arrastré sobre el asfalto caliente, rodeé una interminable flota de autocares rojos mientras buscaba la entrada al edificio.

Forsythe no era una estructura gubernamental con su típico bosque diáfano, o una de esas instalaciones bajas y acristaladas de los laboratorios donde los humos transparentes actuaban como una lente y aguzaban el aire sobre su tejado. Forsythe era, por el contrario, poco más que un instituto, un laboratorio de investigación empotrado en el viejo edificio académico, que aún tenía su mascota grabada sobre la fachada principal. Un gran felino cuyos dientes sobresalían de la pared. El nombre de la escuela estaba ahora cubierto por una capa de herrumbre.

Al encontrar a un grupo de hombres esperando ante mi coche abierto, me di cuenta de que había dado una vuelta completa y no había llegado a ninguna parte. Cayeron sobre mí con suavidad, me levantaron por los aires como si fueran a lanzarme hacia el cielo para deshacerse de mí.

Alguien me cogió las llaves y las luces traseras del coche se perdieron detrás de un edificio.

Allí perdí todas mis posesiones.

Mi ayudante me habló a través de una boca de plástico que llevaba ajustada sobre la cara, pero lo que dijo sonó tan extraño y sofocante que no puedo transcribirlo aquí.

El mensaje viajó a tal velocidad por mi interior que me sentí desgarrado. La frase, significara lo que significase, fue como una súbita intervención quirúrgica de aquellas que cortan el elemento podrido de tu cuerpo y te deja vacío, curado, exquisitamente liberado del dolor. Eso es todo lo que recuerdo.

Desperté en un vestíbulo de luz abrasadora. Un objeto salado me llenaba la boca. Alguien lo embutió a mayor profundidad con su propio puño mientras me aplastaba la cara, como si intentara esconder el brazo entero dentro de mi cuerpo. Respiré por la nariz e intenté aguantar, pero tenía la boca demasiado llena con la mordaza de sal.

Mis escoltas me asían con fuerza y yo dejé que sus cuerpos me guiaran. Atravesamos puertas, vestíbulos y habitáculos, recorrimos entonces una serie de corredores estrechos hasta que nos amontonamos en una escalera angosta y empinada y desembocamos en el lugar donde iba a quedarme.

Durante todas esas maniobras internas intenté mantener el sentido de la orientación, pero la brújula que conjuré en mi mente disponía de un único rumbo, su aguja estaba paralizada sobre un símbolo que no reconocí.

Un hombre con una bata de laboratorio retiró el objeto salado de mi boca y noté cómo algo se rasgaba en mí mientras lo sacaba.

Unas manos se posaron sobre mí, partes afiladas de cuerpos que apestaban. Alguien experimentado me levantó los brazos, me quitó la camisa. Me di cuenta de que había hecho eso muchas veces. Desvestir a la gente mientras esta se hundía en el estupor, prepararla para algún tipo de milagro.

Me inmovilizaron mientras algo me pellizcaba bajo el brazo, hasta tal profundidad que tocó el hueso. Resulta difícil saber si demostré de alguna forma mis sensaciones. Miré hacia abajo en el momento en que me extraían una jeringa de debajo del brazo, mientras la piel envolvía la aguja a medida que esta se retiraba.

Aquella no era una medicina que yo hubiera probado con anterioridad. Hizo que se me entrecerraran los ojos y no pude hacer nada para abrirlos de nuevo.

El hombre habló en ese lenguaje extraño, falto de aire, echando su aliento aceitoso sobre mi boca, y esta vez su fraseo me hizo llorar. Lloré de la manera más infantil y transparente.

Me dejé caer entre sus brazos.

Con el pulgar clavado entre mis omóplatos, fue hundiendo un dedo de la otra mano cada vez más profundamente bajo mi esternón. Después se agachó, como preparándose para algo.

Me acomodé sobre él, incapaz de permanecer erguido.

Cuando mis pulmones se vaciaron, él apretó como si quisiera unir su pulgar y su otro dedo dentro de mí. Creo que lo logró.

La sensación me alcanzó con tanta rapidez que no pude chillar. Se me tensó la cara, y un estallido de presión me brotó del ojo. El hombre se separó de mí y entonces me caí.

Me dejó hecho una bola en el suelo.

Los procedimientos médicos en Forsythe, al menos aquellos de los que fui objeto en el aparcamiento y en los vestíbulos externos del ala de recuperación, no formaban parte de ningún tratamiento para la fiebre del habla que yo conociera. Frases hebraicas pronunciadas a través de una boca prostética que provocaban el éxtasis, que estimulaban la inconsciencia. Quizá se tratara de las frases curativas a las que Murphy había hecho referencia —debería decir LeBov—. Luego estaba el trabajo corporal intensamente doloroso, la manipulación de los tejidos profundos y la compresión extrema. La demolición. Aquellas prácticas no habían sido discutidas públicamente.

Apoyado contra la fría pared de mi cuarto, con una ropa que apestaba a mis viajes, hablé durante un tiempo con Claire. Le hablé en tono íntimo, con palabras desmanteladas en forma de gruñidos, porque Claire no necesitaba que le deletreara o le pusiera sonido a nada, nunca lo había necesitado.

A veces lograba evocar la voz de mi esposa, sin que importara su paradero. A veces ella me contestaba, por más que solo mi voluntad estuviera detrás de aquello.

Me encontré argumentando en favor de la familia, intentando defender que necesitábamos mantenernos unidos, y, mientras lo hacía, pude ver la cara de Claire, la afligida expresión de incredulidad que mostraba, una expresión horrorizada ante el hecho de que yo pudiera haber deducido que ella no deseaba lo mismo, lo cual por supuesto desmentí completamente, aunque su cara me indicó que era demasiado tarde, que yo me había otorgado el rol de la persona que quería unidad, que la había excluido de aquel deseo, ¿cómo me había atrevido a hacer algo así?

«¿Mantenernos unidos? —es lo que no necesitó preguntar—. ¿Y eso lo dice el hombre que se largó sin nosotras?».

Lo que importa ahora mismo, comencé a decir. Lo que importa ahora... Lo que importa ahora es que nosotros...

Me imaginé a Claire esperando que lo dijera, esperando que de hecho yo supiera lo que era ahora importante. Me miró desde arriba.

«A ver cómo sales de esta —es lo que no necesitó decir—. Venga. Arrodíllate y comienza a cavar para salir de esta. Quiero ver lo lejos que llegas. Yo voy a quedarme aquí, viendo cómo desapareces en el interior de la tierra».

Mis días en aquel agujero septentrional llamado Rochester transcurrían entre la ausencia de palabras y la oscuridad. No veía el sol, nunca notaba cómo el firmamento se oscurecía. No había un cielo auténtico que imperara sobre el ala de recuperación de Forsythe, no había ventanas a través de las que se pudiera ver la zozobra de la luz.

Había colchones rasgados esparcidos por el suelo, sacos de dormir cuyo fondo habían roto a patadas. Una almohada quebradiza conservaba la huella facial del último paciente que había dormido allí.

Una camisa de trabajo masculina había sido mascada, engullida y escupida con un glaseado de bilis.

Del techo colgaban redes llenas de pelo, para espantar a las moscas. Posiblemente, el pelo en realidad las atraía.

La mayoría de las habitaciones contaban con sillas de madera, sus asientos mostraban la cicatriz de las llamas. De las paredes de los corredores colgaban sogas a modo de pasamanos.

De momento ocupaba aquellos cuartos en solitario, junto a un hombre al que habían dejado pudriéndose demasiado tiempo en lo que comencé a denominar la Habitación 4. Tenía la cara tan blanca que parecía que se la hubieran pintado.

Era principios de diciembre. El año de la boca cosida. El último diciembre de habla. Si no eras un niño, si no contabas con el manto protector de la cuarentena y balabas veneno a través de tu roja boquita, eras uno de nosotros. Pero para ser uno de nosotros tenías que ser algo tan pequeño y silencioso que perfectamente podrías no haber sido nada. Si teníamos un mensaje final, ya lo habíamos manufacturado, metido en una botella, en un zapato, y lo habíamos lanzado al mar. Palabras escritas para nadie, que nunca serían leídas. Cuando se nos presionaba para que dijéramos algo significativo, la mayoría de nosotros decía tan poca cosa que parecíamos tímidos, como si no habláramos el idioma. Pusimos nuestros nombres por escrito, nuestras fechas de nacimiento, los nombres de nuestras madres y de nuestros padres, las ciudades en las que vivíamos. Garabateábamos dibujos en hojas pautadas. Nuestras últimas palabras ni siquiera eran palabras de verdad.

Claire estaba allí donde hubieran llevado a la gente como ella, parpadeando y respirando todavía, camuflada contra una ladera de sal.

Esther medraba en el mundo que siempre había ansiado, donde los idiotas descoloridos de las generaciones precedentes habían sido desterrados al fin, con trapos embutidos dentro de sus gargantas. Me preocupaba que no dispusiera de un mundo de gente mayor a la que aborrecer. Ahora vivía con una población de su misma especie, donde el odio hacia ti mismo te llevaba a hacer crujir los dientes ante cualquiera que te pasara por delante. Y esa otra persona los haría crujir ante ti. ¿De cuánto tiempo disponía Esther antes de que su propia cara se viera tocada, antes de que la lengua se le endureciera y se le enfriara dentro de la boca?

Ah, por supuesto que ignoraba el paradero de Claire. Ignoraba el paradero de Esther. Si ni siquiera estaba seguro de mi propio paradero. Pero la ignorancia no reducía las sospechas de mi mente, y estas contaban con una vivida capacidad de persuasión completamente propia.

En Forsythe, mi sueño no seguía un patrón suficiente como para marcar las horas. Sin apaños que realizar, la hora del día en la que me encontraba ya no tenía importancia. Lo que sí importaba se hallaba tan lejos de mí que a veces no lograba ni verlo. Pero continuaba flotando ahí fuera, con siluetas oscuras, por mucho que deseara su desaparición.

LeBov iba a dar conmigo. Se enteraría de mi llegada, vendría a buscarme, me conduciría a algún redil relevante, si es que existía un redil. LeBov me necesitaba, cuando menos para poner en práctica esas labores oscuras que nadie más podía llevar a cabo. Y yo permitiría que volviera a utilizarme. Mejor eso que no servir para nada.

El rabino Burke nunca usaba la palabra «diablo». La acuñación universal carecía de valor, en su opinión. Palabras que enmascaran lo que ignoramos. Pero sí hablaba de individuos peligrosos que orbitaban en torno al mundo moral, que ganaban velocidad a nuestro alrededor, que se tornaban tan borrosos que acababan resultando espléndidos a nuestros ojos. Burke dijo que había que rechazar el mareo, que había que prenderse de aquellos monstruos como satélites artificiales, entre los cuales debemos contar a LeBov, para poder viajar a su misma velocidad, para poder ver lo que en realidad son.

Por ahora dormía sudoroso en mi cuarto, me alimentaba de los lóbulos salobres que había pegados al puesto de comida de mi corredor, me mantenía completamente despierto, aventurándome a pisar la moqueta del pasillo solo cuando tenía que mear.

Frente a mi puerta había un exhibidor de revistas de rejilla metálica con una provisión de refrescos, agua en cilindros de cristal sin etiquetar y petacas de zumo turbio. Todo lo que bebía estaba tan salado que se me despellejaba la boca. En el urinario meaba un pudín blanco y espeso. Pero me faltaban las fuerzas para descargarlo todo. A veces lo notaba asentado en la parte baja del abdomen, un sedimento que me anclaba, como si debiera cargar por siempre jamás con aquellas aguas lentas.

El baño era frío y húmedo, y su único grifo, que sobresalía de la pared, expulsaba por la boquilla un aire cargado de detritos. Si algún líquido acompañaba al chorro, se aferraba a la arena, que brotaba con un ruido atronador. Yo mantenía las manos bajo la boquilla, debajo de una corriente de aire que apenas alcanzaba a humedecerme los dedos. Me inclinaba hacia ella y tragaba chorros de un aire tan feroz que me tiraba de espaldas contra la negra pared de la habitación.

El aire me recorría con la fuerza de una turbina, a tal velocidad que intuía la violación del ave cuando abre el pico y el viento penetra hasta el último rincón de su cuerpo.

Cuando imaginaba a Claire, la veía agachada en el bosque, cubierta de barro para que los perros no pudieran olerla. Según aquel pensamiento ilusorio, que constituía todo mi caudal de pensamiento, Claire había escapado del camión, había corrido a la desbandada hacia los árboles y se había esfumado en el interior del bosque. Desde allí observaba nuestra casa. Vestida con su bata, se esforzaba por obtener una visión segura de Esther. Se esforzaba y fracasaba. En mi imaginación, Esther permanecía oculta a Claire, no se mostraba, y su madre no se rendía, se arrastraba por el bosque en busca de la perspectiva más ventajosa.

Por mucho que yo lo deseara, no lograba que Claire viera a Esther, y eso que debería haber estado a cargo de mi propia imaginación. Imaginar aquellos hechos debería haber representado un juego de niños, pero de algún modo la visualización de mi hija era para mí un agujero negro. Cuando mi mente colocaba a Esther y a Claire juntas, sobre ellas se precipitaba una oscuridad que las convertía en siluetas débiles y distantes. E incluso si lograba que esas siluetas chocaran entre sí, ya no eran siquiera personas, sino bloques fríos y lóbregos que en nada se parecían a mi esposa y a mi hija.

Al principio de mi estancia allí, descubrí una manera de acceder al rabino Burke, pero el método tenía sus dificultades.

En algún momento desperté por el ruido de un motor que aullaba sobre mi cabeza. Era de día, era de noche, era temprano, era tarde. La mejor forma de determinar el tiempo, si es que este podía ser determinado, era según la sed que tenía, y ahora sentía la lengua como un calcetín seco dentro de la boca.

Un dispositivo colocado en el techo vertía chorros de humo sobre mí. Pensé que sería un humo intencionado, un humo dirigido a mí, el paciente, en lugar de los vapores que podían escapar de un accidente ocurrido en algún otro punto de Forsythe.

Por fin me estaban medicando para poder salir de allí, mediante una boquilla en el techo, que bombeaba vapores sobre el ala de recuperación.

El flujo era frío y ruidoso. Me alcanzaba en cualquier lugar de la habitación en el que me acurrucara, derramando sus gases blanquecinos sobre mi rostro. Bombeaba también en el corredor. En los demás cuartos, incluida la Habitación 4, cubriendo con su niebla al hombre tirado en el suelo.

En ocasiones, la maquinaria del surtidor gemía y el agujero vomitaba humo con más fuerza. Cuando intenté detenerlo, pensando que quizá la espita podía graduarse, descubrí que el panel de corcho del que sobresalía era sorprendentemente blando. Blando y fácil de quitar.

Me subí a una silla, encogiéndome para evitar aquel humo pútrido, horrible y helado allí donde se originaba, y aparté el panel. El falso techo escondía una maraña de tuberías y cables eléctricos, pero algo más serpenteaba por allí: un cable de color naranja brillante como el que latía en nuestro agujero judío. Un conducto de color naranja resplandeciente. Lo hubiera reconocido en cualquier sitio.

Quise pensar que aquel cable podía ser cualquier cosa. Probablemente se trataba de una coincidencia. El aislamiento plástico de color naranja no podía ser exclusivo de los judíos del bosque que implementaban la radio judía. Pero, cuando lo agarré, el cable se calentó en mi mano, latió como si el destino le hubiera otorgado un corazón palpitante. De él emanaba el mismo calor, el mismo olor nauseabundo, que el cable de nuestra cabaña.

Para asegurarme, inspeccioné las otras habitaciones, el pasillo. Arrastré la silla por el ala de recuperación, fui apartando los paneles del techo, y encontré el cable naranja por todas partes donde miré. En la Habitación 4 también di con él, estaba escondido en el techo.

Cuando intenté rastrear el origen del cable fuera del ala de recuperación, me encontré con un muro de cemento y no pude seguirlo más allá. El cable fluía desde algún lugar y se retraía hacia otro, sin mostrarse jamás en el exterior del techo del ala de recuperación. Estaba escondido. Viajaba hacia

otra parte. Hacia la cabaña de algún otro judío, quizá. El motivo por el que se desviaba hacia Forsythe, un edificio que había sido un instituto, y ni siquiera uno judío, se me escapaba. Era evidente que no debía ser descubierto.

Pero yo lo había encontrado, y ahora quería escucharlo. Si LeBov había sido capaz de interceptar la transmisión sin un oyente, entonces yo también podía hacerlo. Había manejado mi propio cable naranja durante años, había aprendido un par de cosas acerca de la radio secreta judía.

El expositor de revistas metálico fue fácil de desmontar. Enderecé la estructura curva haciendo rotar una pequeña extensión de alambre como la manecilla de un reloj hasta que se desprendió. Con ese alambre volví a subirme a la silla, tomé la cálida carne del cable y perforé su aislamiento para que el alambre penetrara en su núcleo. Una antena improvisada.

Me senté en la silla, pensando que iba a unir dos fuerzas poderosas y eso podría tirarme al suelo.

Pero no sucedió nada. Ni transmisión, ni sonido.

No sé muy bien por qué pensé que sí lo habría. No había puenteado ninguna señal, simplemente había perforado el cable y quizá había desviado un canal de la transmisión hacia mi habitación, donde se había extinguido de forma inaudible.

Es cierto que el humo medicinal vaciló brevemente en la estancia en el momento en que perforé el cable naranja, que la boquilla chisporroteó, pero quizá se tratara de una coincidencia.

Lo que tenía que hacer era prolongar el hilo del cable naranja hasta tocar un punto de metal conductor del suelo, y entonces desviar la transmisión hacia algo que pudiera pasar por un altavoz. Así podría oír la emisión. Si es que había una emisión. Si aquello era en lo más mínimo una transmisión judía.

De los hierros enderezados del expositor de revistas arranqué un manojo de alambres más largos, los fui engarzando a la pieza más corta que perforaba el cable, y de ese modo tejí un collar metálico entre el cable del techo y la toma de corriente que había en el zócalo.

A partir de aquí, utilicé la extensión final de alambre para puentear la señal hacia el punto de mejor conductividad que se me ocurrió, el altavoz más natural que existe, por lo menos cuando uno no tiene otro equipamiento de radio a mano: la carne del interior de la propia boca.

Enrollé una maraña de alambres que tomaba la forma de un nido sirviéndome de los últimos trozos del expositor de revistas y me lo coloqué debajo de la lengua. Había fabricado una antena de nivel básico. Cuando

estuviera lista, conectaría el alambre de la toma de corriente al nido de mi boca y consumaría la transmisión. Quizá entonces Burke hablaría. Burke se presentaría a través de mi boca. Mi rabino volvería a ser escuchado.

Tenía la cara fría, rugosa como el lomo de un animal. La semana anterior, el ungüento de LeBov me había permitido ganar algo de tiempo, había ablandado mi paladar lo suficiente como para hablar aunque no se me entendiera. Pero para entonces su efecto se había desvanecido y sentía en la cara el entumecimiento y el zumbido propios de la extremidad que se queda dormida. Es por ello que no me preocupó la idea de dirigir el voltaje judío hacia mi boca. Probablemente, mi boca era el lugar más seguro para poner a prueba ese apañó.

Me senté en el suelo con el alambre conductor, me cogí a la pata de la silla para que me prestara apoyo. Llegado este punto debería haber hecho balance, debería haber dedicado algún último pensamiento a mi Esther en su cuarentena, a Claire casi muerta. Debería haber presentado mis respetos a lo poco que quedaba del mundo que había conocido. Pero, en lugar de eso, conduje el alambre hasta el nido de metal que había dentro de mi boca y comencé de inmediato a estremecerme.

Brotaron ampollas en mi campo de visión, y mi cuerpo se convulsionó. La oscuridad se desplegó sobre mí y, en medio de una enorme avalancha de sonido, con la transmisión judía fluyendo de mi cara a borbotones y a un volumen atronador, me desmayé.

Benditos sean aquellos que mantienen su testimonio en silencio,
que no lo comparten ni consigo mismos.

No cometen crimen alguno hacia el aire; avanzan por las
sendas.

¿Cómo hemos de purificar nuestro camino?

No diciendo nada acerca de tu palabra.

No permitas que llegue a anunciar la idea. No permitas que
la corrompa con el sonido.

Tu palabra he enterrado en mi corazón.

Mi corazón he enterrado en el bosque.

El bosque que me has ocultado en la oscuridad.

Nos ordenaste que no te conociéramos y hemos obedecido.
Cuando te conocimos apartamos la mirada, nos pusimos
abajinegros sobre los ojos.

Si las sendas me conducen a mantener tu promesa, no
sentiré vergüenza. Si las sendas me conducen a mantener tu
promesa y me quedo solo, no sentiré vergüenza.

Esta es la oración que fluyó a través de mi boca en el ala de recuperación de
Forsythe. Se repetía día y noche, incluso cuando me quedaba dormido,
incluso cuando cerraba la boca. Se transmitía a tal volumen que hacía temblar
la habitación. Al sellar los labios, el sonido de la oración golpeaba contra la
cara interna de mis dientes, pugnaba por salir, con el alambre tan lleno de
transmisión que seguía oyéndolo resonar en mi interior.

Tenía miedo de moverme, de perturbar esa transmisión que me hacía
temblar, el nido de alambre ardiente que me quemaba la boca.

Pero, por muchos días que mi cuerpo amparara la transmisión, esa oración
fue todo lo que obtuve del cable, eso fue todo lo que sonó, y la persona que se
encontraba tras ella no tenía la voz de Burke.

Ajusté el alambre, desplacé el nido dentro de mi boca. Todo fue en vano.

Llegué a conocer la oración con la mayor intimidad.

«Tu palabra he enterrado en mi corazón».

Me volví tan consciente de sus significados más obvios que me provocaban náuseas, me abocaban a pensar en intenciones secundarias e irónicas, disfraces retóricos en los que normalmente ni habría reparado. Pero estos no tardaron en parecerme también fraudulentos, y entonces regresé a los significados literales, que habían ganado fuerza tras haber sido rechazados. Pero eso no duró, y al final las palabras perdieron por completo su significado, y devinieron un lenguaje de gruñidos más allá de cualquier interpretación. O susceptible de ser interpretado de la forma más evidente de todas.

Me gustaría poder declarar que la oración fluía de mi boca en la voz rota y subyugante del rabino Burke, una voz que yo ansiaba escuchar de nuevo. Pero no era así. Yo hubiera podido tolerar una oración repetida por Burke, habría llegado a amarla por mucho que sonara a través de mi cara a un volumen tan elevado que no me dejara ver nada.

La oración salía de mis labios con una voz horrible, distinta a la de Burke. Sus tonos eran débiles y asustados. Era una voz fina: la mía propia. La voz que había utilizado tiempo atrás, en los días del habla. La voz que nunca había funcionado muy bien o en demasía, y que a veces me repugnaba, antes incluso de que hubiera hecho enfermar a nadie.

En torno al metal candente recitaba esa oración con mi propia voz, y aunque provenía de mí, aunque sonaba como yo, aunque realmente parecía mi propia oración personal, no había nada que pudiera hacer para detenerla.

Desconecté el alambre. Escupí el nido. Me subí de nuevo a la silla y corté la transmisión entre el alambre y el cable naranja, volví a poner en su lugar el panel de corcho del techo para que el cable no se viera.

Pero daba igual. La oración brotó con más fuerza de mi cara, incluso cuando me refugié en el baño, incluso cuando escondí la boca en el cuerpo del anciano caído en la Habitación 4. Yo mismo la había desatado y ahora la oración no se detendría por nada del mundo.

Un día cálido de lo que resultó ser abril abandoné el ala de recuperación de los Laboratorios Forsythe. Esa mañana me despertaron con suavidad, atravesé una puerta de acero que estaba al pie de las escaleras de mi alojamiento, y unos hombres con gafas protectoras me ayudaron a entrar en un túnel lleno de luz.

Mis guías no se comunicaron entre ellos. Me guiaron con sus propias manos, me condujeron en manada hacia el otro lado.

El techo abovedado de aquel lugar presentaba agujeros a través de los que brillaban molestas porciones de cielo.

Cuando abandonamos el túnel nos adentramos en una cúpula de marcos tubulares con el techo cubierto por un plástico transparente que permitía obtener una vista de la zona. En el exterior, los frondosos árboles de Rochester colgaban sobre nosotros. Y de sus ramas nacían unas gruesas hojas, de las que goteaba un líquido verde que caía sobre el toldo.

Las ramas estaban en plena floración, grotescamente llenas de vida. El aire templado y el sol se encontraban al acecho de un recorrido cuya calidez resultaría imposible durante los meses invernales.

Realicé algunos cálculos en silencio. Estábamos en primavera. Bien entrada la primavera. Yo había llegado en diciembre. Habían pasado solo cuatro meses. Se hacía difícil factorizar cómo había transcurrido el tiempo.

La oración en mi boca había acabado por extinguirse, al parecer. Pero en cierto modo nunca dejé de escucharla. Puede que tan solo hubiera aprendido a relegarla a un segundo plano.

La mañana de mi ingreso en el área de investigación quedó reservada para asuntos de procedimiento, para mi descontaminación. Un camión me roció al pasar junto a mí con una manguera de aire tan contundente que me hice un ovillo en el suelo hasta que se alejó.

Con un fórceps, prensaron contra mi cuello una mata de vello negro y, al desplomarme fruto del mareo, parece que pasé la prueba.

Un hombre se sirvió de unas pinzas para extraer un trozo de papel de una bolsa de desechos médicos. Me retorcí para alejarme de él, llevado por algún instinto profundo de rechazo a la lectura. Alguien me sujetó la cara desde atrás y volvió a colocar ante mí el papel, que se agitaba con la brisa.

Mis cuidadores desviaron la mirada.

El papel se ladeó, adoptó un plano perfecto y, durante un instante, pude verlo con claridad. Vi unas palabras escritas en él, unas palabras que ya conocía y nunca podría olvidar, y me obligaron a que las mirara. Extrajeron más papeles de la bolsa y los presentaron ante mis ojos, uno detrás de otro. Estaba falto de práctica, pero sabía que podría distanciarme del lenguaje, en caso de toparme con él. Podría bizquear ante los detalles, convertirlos en una pelusilla de nada.

Pero una parte de mí sentía curiosidad. Puede que esta fuera la única forma que tenían de comunicarse conmigo. Quizá esas notas contenían un mensaje para mí.

El interés surgió demasiado tarde. Retiraron la última página, cerraron la bolsa y entonces uno de los cuidadores se me acercó con una aguja corta y me la clavó. Miré hacia otro lado mientras extraía de mi muslo la sangre que aparentemente necesitaban.

Los demás análisis fueron rutinarios y me sometí a ellos pacientemente. Las gafas que llevaban mis cuidadores tenían una peculiaridad: ninguna luz era lo suficientemente brillante como para revelar lo que había tras ellas. Me di cuenta de que no llevaban gafas para proteger sus ojos del sol, sino para no ser vistos, para esconder sus ojos. Allí todavía no había visto un rostro al descubierto, no había realizado ningún contacto visual con ninguna persona, no había oído hablar a nadie. El silencio que los envolvía a todos ellos y a todo lo que me rodeaba se me antojó coaccionado, obtenido bajo un coste que yo no podía calcular.

Cuando acabaron de examinarme, alguien me condujo a empujones desde aquella sucia yurta hasta un espacio abierto, el patio de Forsythe.

Sobre un círculo perfecto de hierba había una mesa desatendida, llena de pan, algunas semillas tostadas y un tazón de mermelada. Los panecillos estaban aún calientes. Al partir uno de los panes por la mitad, el vapor me bañó la cara y, cuando me lo llevé a la boca, su sabor suave y delicado, tan delicioso al paladar, estuvo a punto de hacerme llorar. Unté otro panecillo con un poco de aquella mermelada de color amarillo claro, le espolvoreé las semillas ennegrecidas por encima, me metí la masa caliente en la boca y a continuación busqué algo para beber.

Pero no habían dispuesto nada más. Cuando uno de los cuidadores pasó junto a mí le cogí del brazo e hice el gesto de beber, pero él se alejó de mí. La agilidad con que me eludió, sin hostilidad pero también sin esfuerzo y con rapidez, como si estuviera ejecutando un movimiento de baile preciso y coreografiado, me sugirió que había practicado ese tipo de evasión en numerosas ocasiones.

Esperé a que acabara mi parte de trabajo, cambiándome de sitio a menudo por el patio para evitar que la sombra, donde hacía un frío terrible, me anegara. Allí había otros como yo, personas a las que aparentemente habían arrastrado desde un tanque de recuperación, igualmente vestidos con pijamas que les quedaban grandes, acurrucados sobre sí mismos en aquel enorme patio descubierto. Parecíamos prisioneros colocados en posiciones precisas para que alguien, apostado en lo alto de una torre, pudiera practicar su puntería con el rifle.

En edificaciones tan formidables y frías como esa, uno esperaba encontrarse al levantar la mirada con ventanas de cruel pequeñez, y con caras desesperadas apretándose contra sus cristales; las señales urgentes de personas retenidas allí contra su voluntad. En cambio, la pared del recinto que daba al patio presentaba amplias placas de vidrio separadas por travesaños, que admitían más luz solar de la que un edificio tan anodino y plúmbeo como Forsythe parecía capaz de tolerar.

No había prisioneros cenicientos agolpándose más allá del cristal, sino observadores vestidos con batas de laboratorio, plenamente a la vista. El cristal protegía algún tipo de plataforma interior, lo que permitía a la gente estar allí de pie, estudiando las actividades que tenían lugar abajo.

Antes de que me llevaran a mi nueva habitación, pude entrever lo que debía de haber capturado el interés de las personas de la cabina de observación: en el patio había un hombre bajo una cúpula transparente que tenía la cabeza encajada en unos auriculares de color amarillo brillante. Un grupo de observadores permanecía en el exterior de la cúpula con sus portapapeles entre las manos, mientras, por encima, los supervisores contemplaban el espectáculo.

El hombre cogió los auriculares, se irguió y sacudió la cabeza, intentando liberarse de ellos, pero los tenía sujetos con fuerza. Los observadores, que se encontraban lo suficientemente cerca como para entrar en la cúpula y ayudarlo, no mostraron ninguna reacción.

Con esos auriculares de color amarillo limón y su traje negro, el sujeto parecía una abeja atrapada dentro de una jarra. De sus gestos se podía deducir

que los cascos le quemaban en las orejas.

Aquel fue el primero de los muchos casos que vería. Nunca supe cómo los llamaban, puesto que ese tipo de nomenclatura ya no tenía ninguna aplicación y, además, tampoco podía ser compartida.

«Voluntarios, sujetos de análisis, mártires del lenguaje»: personas asignadas para experimentar la toxicidad de los lenguajes que gente como yo ideaba en el interior del edificio.

Cuando volvieron a llevarme dentro, el hombre gimoteaba en silencio bajo el cristal, había dejado ya de intentar desprenderse de los auriculares, que, como cabía suponer, transmitían un lenguaje que su cuerpo no podía tolerar.

Ah, cabía suponerlo sin el menor problema. Una espumilla de burbujas le enturbiaba la boca.

No me fijé en su cara con mucho detenimiento, pero volvería a verle. Y otra vez. Y otra. En pocas semanas, cuando yo llevara a cabo mi nuevo papel, la agonía de ese hombre sería mi responsabilidad exclusiva. La voz que bombeaba veneno en el interior de su cuerpo bien podría haber sido la mía propia.

Durante mi primer día de trabajo en el ala de investigación, en un despacho privado cuya vista daba a la pared rocosa a la que acabé llamando Montaña Negra, inspeccioné las taquillas en busca de material médico.

No tenía acceso a mi coche, y nadie rescataría mi equipo, ni mis muestras. Las peticiones que realicé mediante gestos fueron ignoradas. Eso cuando no me echaban una manta sobre las manos y alguien se inclinaba ante mí, con la cabeza ladeada para evitar mi mirada, y me apretaba las muñecas con tanta fuerza que hacía que me derrumbase.

Pillé el mensaje. El lenguaje de signos estaba restringido. Menos aquellas nuevas variantes que fueran objeto de análisis en condiciones controladas. Si te olvidabas de esto y realizabas algún tipo de comunicación gestual con las manos, te apaciguaban. Aparecían de la nada y no te miraban, pero si ensayabas un lenguaje, incluso uno de tipo silencioso, le ponían fin con rapidez.

En el nuevo despacho pensé que podría reanudar mi trabajo con productos químicos, con vapores y vahos y humos, con medicamentos amplificados. Incluso si LeBov había estado detrás de Thompson, eso no significaba que el trabajo médico fuera un callejón sin salida. Había estado pensando en ello. LeBov traficaba con amplios surtidos de falsedad, perfeccionaba sus mentiras, y yo me había pasado años en el agujero judío, escuchando hablar al rabino Thompson. Si había existido algún subterfugio respecto a su identidad, aquello no invalidaba automáticamente las recomendaciones de Thompson, se trataría de quien se tratase.

Pero quedaban otros misterios. Aún tenía que determinar de qué estaba hecha la pasta grasienta de LeBov para habilitar el habla. Tampoco tenía claro lo del collar blanco del Oliver's.

Pero ni en los armarios bajos ni en los cajones, ni en la vitrina montada sobre una encimera de losa deslustrada, encontré vasos de precipitación, probetas o quemadores. Las materias primas necesarias para un equipo químico brillaban por su ausencia. No había materias primas para nada, ni medicamentos a granel, ni agua corriente, ni una bolsa de sal. El botiquín carecía de medicinas, y el frigorífico tenía la puerta entreabierta, con un

reborde de moho, destrozado. El cable estaba enrollado en la parte posterior, sin el menor indicio de un enchufe.

Frente a la ventana había una mesa de dibujo, y en sus cajones encontré papel y un juego de caligrafía. Sellos de goma, almohadillas de varios colores y un conjunto de minicuchillos con dientes de sierra. Junto a estos había un desbarajuste de lápices de cromo, tinteros, un juego de grabado, una serie de libros de referencia con etiquetas en las que aparecía el símbolo del veneno y, lo más interesante, un rollo de papel autoenmascarante —papel que incluía venta— nitas que podían ser ampliadas con un dial—, que te permitía ver tan solo la letra que quedaba a la vista en ese momento y nada más, ni siquiera la palabra a la que pertenecía. Servía para romper el acto de la lectura en sus fragmentos más pequeños y mantenía a raya la comprensión.

Apaños.

A menos que por tu cuenta y riesgo hicieras girar el dial para abrir la ventana, el aparato revelaba solo parte de una letra cada vez, y mostraba tan poco de ella que bien podrías no adivinar nunca que esa marca en la página participaba del diseño más amplio de una letra entera, que a su vez se unía a otras en un conjunto de diseños entrelazados llamados palabras, que se fusionaban sobre la página para significar algo, y de ese modo hundir al lector en la miseria. Aquel papel te permitía olvidar todo eso.

Me senté a jugar con el aparato, lo probé con todos los textos que encontré. Esa forma de redacción impediría que mi propio trabajo me envenenara. Si así lo deseaba, con el papel autoenmascarante podría escribir con un distanciamiento del todo imperturbable, que me mantendría alejado de aquello mismo que estuviera escribiendo. Disfrutaría de una negación plena.

En otra parte del escritorio había algunos signos alfabéticos jubilados, realizados quizá por mi predecesor.

Me imaginé a un hombre con las extremidades ennegrecidas, sentado sobre un taburete alto con su estilete. Pues claro que había muerto a causa de su trabajo. Un día baja la guardia, se olvida del escudo contra el lenguaje, comienza a revisar sus alfabetos y estos lo envenenan.

El trabajo que él había dejado estaba dentro de un archivador. Si alguna parte del mismo le hubiera importado a alguien en Forsythe, si de algún modo hubiera trascendido las limitaciones de nuestro repugnante alfabeto actual, supuse que ya me habría enterado de ello —aquello no estaría allí, nosotros no estaríamos aquí—, así que se trataba de un trabajo fallido. Pero, puesto que era un trabajo fallido, al menos no quería repetirlo, lo que significaba que debía estudiarlo para comprender dónde había fracasado. Y eso me pareció

problemático. Una labor así con el papel autoenmascarante me llevaría días, sería como recorrer un par de pantalones hilo por hilo a fin de determinar si podían ser usados.

Para examinar el trabajo de mi predecesor, personalicé el agujero estenopeico recortando una zona de una pulgada en una cartulina y pasando esa cartulina sobre los contenidos del archivador. Y con ella recorrí sus escritos, estudiando partes diseccionadas, un salpicón de letras, gotas de lo que debía de ser su propia sangre moteando la página.

En aquellos primeros días frente al escritorio de diseño me pasé buena parte del tiempo generando inhibidores que me impidieran ver en lo que andaba metido.

Tras algunas horas de escrutinio concluí que allí no había nada de utilidad, tan solo ejemplos de nuestro propio alfabeto cebados aquí y allá, reproducidos de forma tan errática que parecían las líneas de un electrocardiograma.

Mi predecesor había realizado un trabajo mediocre. Parecía haberle echado un vistazo al alfabeto ya existente, haber decidido que no había en él nada de malo y que, de hecho, con tan solo enfatizar sus partes, con remarcarlas, con engordar las aes y ennegrecerlas, quizá, y así sucesivamente, entonces todos los enfermos farsantes acabarían postrándose ante él y alabándolo.

O quizá mi predecesor había disfrutado enviando escritos indiscutiblemente mortales a la zona de pruebas. Así podría observar desde las alturas acristaladas cómo la lengua inglesa derribaba lentamente uno tras otro a los sujetos de estudio, devorando todo lo que había de crucial dentro de sus cabezas hasta que allí no quedara más que papilla.

Aquel primer día, tras estudiar los ejemplos que me habían dejado, me di cuenta de lo que debía hacer en ese despacho sin el menor rastro de equipo médico: debía someter a prueba letras, alfabetos, posiblemente diseñar una escritura. Debía hilvanar símbolos que pudieran ser utilizados como código, un nuevo lenguaje que burlara la toxicidad.

«La solución se halla en los textos, ¿no te parece?».

«Códigos visuales. Aunque no serían los que conocemos».

Pues claro que LeBov, por aquel entonces Murphy, me había dicho eso por alguna razón. Y quizá fuera esta.

En el exterior, hordas de gente solicitaban entrar en Forsythe. Una multitud de cuerpos crecía ante la puerta como si se hallaran suspendidos en una emulsión. Algunos llevaban la cabeza cubierta. Los que llevaban pañuelos parecían momias que flotaran en el mar. Otros se habían equipado

con máscaras, bufandas oscuras, algún tipo de masilla para rellenarse las cuencas de los ojos.

Al final de todo de la muchedumbre, manteniendo las distancias respecto a los demás, había un grupo que se había fabricado protecciones caseras para evitar que los sonidos del lenguaje atravesaran sus defensas. Auriculares reforzados con madera, con discos metálicos, untados con una crema.

En otro punto estaban aquellos que vestían de forma adecuada al clima, como si estuvieran esperando el tren que los iba a llevar al trabajo. Quizá tales defensas les parecían fútiles, algo demasiado molesto, un ataque a su dignidad. Habían nacido para el lenguaje, para hablar, escuchar y compartir lo que sentían y pensaban. Si esas actividades acababan con ellos, pues que así fuera. No pensaban rebajarse ataviándose con equipamientos que ni siquiera funcionaban.

Esa gente, cuyo mundo se había visto súbitamente sellado por una enfermedad ligada al lenguaje, que se había visto obligada a suspender cualquier comunicación con sus seres queridos, sus amigos, los extraños, y que ahora esperaba pacientemente ahí fuera, con la esperanza de que aquí dentro estuviéramos elaborando algún tipo de respuesta... ¿qué se dirían los unos a los otros en caso de que de repente se les entregara un lenguaje que funcionara de nuevo?

Cada día, ante mi escritorio, alentaba la noción de que el alfabeto tal y como lo conocíamos era demasiado complejo, estaba empapado de significado, estimulaba el cerebro y producía una sustancia química que resultaba letal. En sus partes, en su combinación, nuestro sistema de caracteres desencadenaba una reacción grave. Si el alfabeto pudiera ser reducido, rebajado, para de algún modo engañar al cerebro, quizá podríamos aún implementar ese nuevo conjunto de símbolos, o incluso un único símbolo, del tipo que llevas en la mano y remodelas para obtener diferentes significados, a fin de obtener una comunicación modesta, solo para casos de emergencia.

Decidí remontarme en el pasado hasta las primeras formas de escritura. Tuve que ir descartando la cuneiforme, los jeroglíficos, los textos hechos con cuñas. De los egipcios tuve que excluir los textos hieráticos y demóticos. Resultaba imposible ser exhaustivo, así que tomé atajos. Entre las variantes cuneiformes que valoré y desestimé estaban la hurrita, la urartiana y la sumeria.

Recreé cada una de ellas con ejemplos meticulosos y cada una de ellas fue recogida de mi despacho por un técnico que acudía al nivel de investigación por las tardes con su bolsa médica para recolectar todos los especímenes que tuviera, los cuales yo había desarrollado a cubierto de mí mismo, en unas condiciones laborales que consideraba de ignorancia controlada.

Desde mi despacho, los especímenes se trasladaban al piso de abajo y se los ponía a punto para ser probados contra personas, personas que se encontraban ya deshechas y al borde de la muerte, sobreexpuestas a aquello mismo de lo que yo generaba nuevas cantidades a diario.

Y así comenzó mi trabajo, descartando enfoques, recorriendo la historia de las letras y los alfabetos, tomando cosas prestadas libremente de escrituras incompatibles, inventando nuevas, corrigiendo errores grabados a fuego en las antiguas.

Lo que la escritura de Pollard no logró, tampoco lo consiguió el alfabeto Fraser. Cuando los mezclé fue peor y, cuando les embutí alguna otra escritura —como las del idioma bamum y la de Alaska, cuyos caracteres intenté aplanar, porque a esas escrituras se les podía amputar la espina dorsal y se

desplomaban en figuras andrajosas—, la mezcolanza resultó igualmente nociva.

¿Importaba el lenguaje en sí mismo? ¿Se había agotado el nuestro y necesitábamos hacer revivir uno antiguo o estábamos obligados a inventar uno nuevo evitando los peligros de cada uno de los lenguajes que habían existido hasta la fecha?, me preguntaba.

O se trataba de la manera en que el lenguaje era presentado, dibujado, proyectado, visto. ¿Habíamos probado todas las posibilidades en ese terreno? ¿El problema radicaba en el sistema con que se suministraba?

Para evaluarlo, creé texto blanco sobre papel blanco, gris sobre gris, congelé agua en figuras similares a escritos y dejé que se derritiera sobre superficies escogidas —pizarra, madera, fieltro—, lo que producía una cicatriz tan leve que hacía falta una lupa para localizar el texto.

Intenté escribir las letras con puntillismo, haciéndolas más blancas u oscureciéndolas, convirtiéndolas en un polvillo desperdigado por la página y soplándoles encima con un fuelle hasta que solo pudieran ser leídas bajo una luz azul. Intenté copiarlas en la máquina hasta que el duplicado se reveló pálido y fantasmal. Las distorsiones habituales, obvias, claro, y todas fracasadas.

Si escondíamos el texto demasiado, no podía ser visto. Si lo revelábamos para que fuera percibido, nos quemaba la mente. Tanto daba. Enfrentarse a la escritura significaba sufrir.

Estrictamente para descartar la superficie como factor, escribí sobre barro, me serví de un cuentagotas para exprimir agua sobre madera. Vertí canales de líquido sobre espuma y entonces la hice endurecer con aire caliente. Utilizaba papel para cocinar al horno, blanqueado, empapado en lejía. Encargué papel hecho no solo de lino y algodón, sino de lana, de lana esquilada o lo que fuese que quedara ahí fuera, en el mundo del que me hallaba protegido dentro de Forsythe.

Desde mi ventana no se veían animales. Tenía un par de prismáticos y, cuando me cansaba de esa distanciada labor creando lenguajes, apuntaba con ellos hacia las colinas de Rochester con la esperanza de ver algo.

Ah, durante esa vigilancia vi mucha naturaleza, naturaleza a extremos obscenos. Los prismáticos magnificaban la catástrofe. Vi derroches indecentes de belleza a medida que el verano abría agujeros inmensos en la tierra, de la cual surgió un nauseabundo desfile de todo tipo de plantas, como si el mundo, al verse súbitamente liberado de gente, hubiera dejado un espacio que la naturaleza debía rellenar, y joder, vaya si iba a hacerlo.

Fabricaron para mí un papel hecho de plata, sobre el que las letras emergían tan solo mediante la aplicación de una vara de luz. En mi maletín de muestras apareció un papel de abedul bañado en cobre, sobre el cual restregué un poco de sal. Escribí con sal sobre fieltro negro, espolvoreé sal sobre un modelo de serpenteantes bloques de texto hechos de madera, montados en un alambre como un móvil para bebés, y en ellos la sal formaba montículos, creaba letras de silueta efímera.

Restregué piedras contra el papel para borrar el texto, utilicé palos y esquirlas de arcilla endurecida y rotuladores pastel para comprobar hasta qué punto podía cubrir el texto sin acabar de esconderlo, para averiguar si esa cobertura importaba, sabedor de que a los sujetos de estudio se les mostrarían bloques lisos de color junto a los bloques de color tras los que se escondían los textos escritos.

Conformé letras con hilo, jeroglíficos con hilo, organicé el hilo según las salpicaduras mínimas de la taquigrafía contemporánea. Con unas pinzas extendí un texto vertical hecho de hilo, colgué hilo de un alambre para que cayera libremente y lo expuse a chorros de aire para que en su balanceo dibujara letras. O eso supongo, porque no llegué a ver el artefacto en persona. Con hilo escribí frases enteras en el alfabeto copto, en la escritura del Indo, en el lineal A y el lineal B, todos los cuales se habían revelado ya tóxicos, todos ellos capaces, en bloques y en párrafos, de provocar enfermedades — microcoma, parálisis— en el lector, pero entonces estiré de ambos extremos del hilo de aquellas frases para alargar las palabras. Estiré del hilo y documenté cada fase hasta que el hilo quedó tan tenso que se convirtió en una línea recta, y ya no hubo manera de confundirlo con nada relacionado con el lenguaje.

Los resultados ya los conocéis. Trasladamos ese trabajo a nuestros sujetos de estudio y nos plantamos a mirarlos desde lo alto de la plataforma de observación. Si se trataba de una labor de interiores, de una labor de lectura, preparábamos los materiales en una habitación cerrada, conducíamos al sujeto hasta ella, le señalábamos la silla, lo dejábamos solo.

Los materiales estaban encuadernados, envueltos en papel de aluminio.

Para ser rigurosos, realizábamos las pruebas tanto con hombres como con mujeres, con jóvenes y con viejos, con enfermos y con sanos. Teníamos a mano un próspero suministro de sujetos. La gente hacía cola para realizar esa labor. Se presentaban voluntarios, se peleaban por pasar primero, se arañaban los unos a los otros sin piedad, como si alguien les hubiera engañado profundamente acerca de lo que les esperaba en Forsythe.

Lo cual, por supuesto, es lo que había sucedido.

Los veía desde mi ventana, y los veía desde la plataforma de observación, y a veces no necesitaba verlos en absoluto. Podía quedarme ante mi escritorio e imaginar cómo esos tristes lectores eran conducidos a la zona de pruebas, cómo se los ataba a los monitores médicos. Podía imaginarme exactamente el modo en que reaccionarían. El trabajo estaba predeterminado. Observarlo, confirmarlo, solo representaba una pérdida de tiempo. Yo me enteraría de si algo llegaba a funcionar. La noticia se propagaría con rapidez. O, quizá, si algún día llegaba a desarrollar una escritura que se pudiera leer sin enfermar, y así devolver el lenguaje a nuestra refinada especie, no me apresuraría tanto a compartirlo con la buena gente de Forsythe.

Quizá un invento de ese tipo, si se mantenía en secreto, era justo lo que necesitaba para negociar desde la ventaja.

En Forsythe se trabajaba, se comía, se descansaba y, algunas veces, se podía follar de forma consentida a un extraño, arreglo que generaba meramente un agujerito estenoico de placer. Más allá de eso, las posibilidades de entretenimiento estaban limitadas, al menos para mi categoría de investigadores, puesto que nuestros apetitos se hallaban sumamente regulados. Estábamos bajo protección. Nuestra salud era una prioridad.

Salud. Quizá no era exactamente eso lo que tenía la gente de rostro agarrotado y ensombrecido, cuyas lenguas se habían atrofiado. Personas incapaces de mirarse las unas a las otras. Por vergüenza o por miedo o porque quizá al final habían perdido de verdad el interés. Si apartábamos la mirada los unos de los otros en los corredores era básicamente porque ya habíamos visto demasiado. Las caras ajenas eran simplemente partes algo más feas del paisaje interior de Forsythe. Y la gente podía apresurarse al pasar por tu lado, pero pronto comenzaban a parecerte transparentes.

Cuando quería ver niños, ponía los viejos programas de televisión, las comedias.

Una sala de recreo cerca de la plataforma de observación estaba decorada con un sillón bajo, y si la habitación estaba vacía yo me iba a sentar allí al acabar la jornada de trabajo y disfrutaba de los programas. Ahora estaban editados, les habían succionado la contaminación. Podía verlos sin miedo. Oh, misericordia. El limpiador de Forsythe había barrido las emisiones y había embadurnado las caras de los actores con su herramienta de desenfoque. Me imaginé a un hombre blandiendo una escoba mojada, llena de espuma, y arrojando aquella limpia efervescencia sobre las cabezas de la gente, puesto que el reconocimiento de rasgos estaba generando demasiada toxicidad en nuestros voluntarios. Pero, aunque les hubieran suavizado la cara, aún podías ver a los jóvenes yendo y viniendo por los decorados de los estudios de televisión, y en lugar de diálogos esos niños se abalanzaban los unos sobre los otros, y, en vez de las voces en *off* que por entonces debían de encorsetar la acción, los técnicos habían creado un bucle de música sonora y de tonos bajos, con lo que a veces parecía que aquellos niños de cabecita rubia

hablaban un lenguaje no compuesto a partir de palabras, sino de algún cancionero intrincado y plagado de pitidos, un sonar para animales.

Me relajaba con un tazón de sopa clara, me ponía cómodo en la profundidad de los cojines y, durante esas horas, podía casi sentir que estaba en casa con mi familia, disfrutando de una velada ante el televisor. Cada noche, ante mi sopa, los niños catódicos —con sus rostros transformados de un plumazo en arrugas de carne con forma de sumidero— ejecutaban las conductas arquetípicas. Bailaban, conducían sus coches, excavaban un hoyo húmedo y espectacular en el patio trasero, escoltaban a un lobo sintético en una aventura peligrosa, o se quedaban donde estaban y probablemente se decían cosas graciosas los unos a los otros. Se reunían, vestidos elegantemente, con camisas blancas y relucientes, y corbatas; sujetaban bastones cortos del color de la carne, blandiéndolos a veces a modo de armas, ladeando la cabeza para escuchar lo que les decían. Este tipo de situaciones podía representar un episodio entero de una comedia, un confuso grupo de jóvenes haciendo cosas con la cara y la cabeza.

No tardé en cansarme de ese tipo de entretenimiento. Comenzó a reemplazar los recuerdos que tenía de casa, y yo no quería verlos perturbados. En lugar de ver a Esther en la feria estatal con una pata de pavo a la barbacoa en la mano que no podía comerse pero a la que tampoco quería renunciar para dármela, orgullosa como estaba de hallarse en posesión de un pedazo tan gigantesco de animal, ahora me imaginaba a un actor televisivo lamiendo un cucurucho de helado con tal brusquedad que la bola se le caía al suelo, momento en que un elfo sin piernas subido en un carrito de ruedas hacía acto de presencia, recogía la bola de helado medio derretida y se escapaba a la carrera. Incluso la cara del elfo mostraba los rasgos enturbiados, suavemente enmasillados. En vez de las risas enlatadas que uno asumía que deberían acompañar a un incidente como aquel, brotaba un zumbido, una ventisca de disonancia. Me faltaba la disciplina necesaria para rechazar esas imágenes cuando se presentaban ante mí, horas después, solo en la cama. Les permitía que secuestraran mi espacio mental y apenas intentaba repelerlas. Resultaba más sencillo dejar que corrieran, incesantemente, tal era la materia prima que con frecuencia hacía que me internara en rachas de sueño inquieto y nervioso.

Pero en la cama, de noche, en raras ocasiones esas imágenes televisivas expiraban y aparecía una vacante mental. De repente no había nada que pensar, nada que mirar, nada que sentir, como si se hubiera perdido la recepción. Se creaba un espacio para que yo dispusiera un pensamiento

propio, un recuerdo propio, y me apresuraba a traer a la memoria algo único relacionado con Esther.

Al principio surgía un espacio aspirado de contenido, un agujerito aullador, pero, si me esforzaba y hacía acopio de todos mis recursos para afrontar la cuestión, podía comenzar a unir las piezas de un puzzle quebrado, un dibujo infantil donde se había retratado a sí misma, un *collage* fotográfico que había recortado y vuelto a pegar como si fuera una nota de secuestro. Siempre eran esquirlas. Si conseguía evocar lo que para mí era de importancia, su aspecto genuino, solo lograba imaginarme a Esther con la terrible cara desenfocada de los niños catódicos, con el moteado de color verde intenso de sus ojos borrado a zarpazos, el tono colorado de sus labios derramándose hacia la parte superior de su boca y a través de las mejillas y la frente, un remolino de colores enturbiando su rostro. Si tenía la suerte de imaginar su cara, mi mente la borroneaba, como si incluso en el pasado, incluso cuando la conocía, ella hubiera llevado una media puesta en la cabeza y yo no hubiera visto una sola vez el rostro de mi hija tal y como era realmente.

Después de ver la televisión, salí en busca de una compañera sexual y estas solían encontrarse disponibles en el puesto de café.

No me importa confesar que tenía una favorita. En mi cabeza la llamaba Marta. A veces, cuando pensaba en ella durante las horas de trabajo, deletreaba su nombre fonéticamente, en chino, usando el silabario Soothill. Algunos de los textos simulados que redactaba en la escritura de Phagspa estaban dirigidos a Marta o documentaban algún rasgo placentero en ella.

Marta era enjuta, severa. Por debajo de su piel se desplegaba una sutilísima cuadrícula de venas azuladas, que se quedaba corta a la hora de conformar la imagen de algo a lo que yo nunca lograba dar nombre.

En la cama, Marta y yo permanecíamos impasibles, facialmente insípidos hasta el extremo, como si nos estuviéramos enfrentando en un concurso de limpieza de ventanas. Requería cierto esfuerzo controlar la propia cara de forma tan absoluta al follar, inhabilitar los propios gestos y reacciones[^] al poco tiempo eso me hizo pensar en los muertos, simplemente en gente muerta, personas que habían fallecido pero que de algún modo se las habían arreglado para ponerse a follar, no porque siguieran vivos, sino porque eso es lo que hacen los muertos. Así eran las cosas con Marta. Ella había muerto, y a continuación yo había muerto, y a continuación los dos, en nuestro mundo muerto, habíamos dado con la manera de unir nuestras partes, una labor lúgubre y sumisa, una colaboración entre muertos para morirse un poco más en compañía, lo cual se conseguía tan solo follando mortalmente hasta que nos poníamos azules y jadeábamos exhaustos, poniendo cuidado en no mirar nunca la cara muerta del otro.

Marta y yo colaborábamos en un alivio de fuego rápido, un frenesí de sexo al esprint con un fin específico. Preferíamos no besarnos, pero a veces nos cogíamos de la mano. No por ternura, no lo creo, sino por equilibrio. Es por ello que en ocasiones necesitábamos conectar nuestras partes no sexuales.

A veces no era Marta la dueña del hombro sobre el que daba un golpecito en el puesto de café, y tenía que apañármelas. Me iba con cualquiera y a continuación veía cómo Marta no se daba cuenta o no le daba importancia y hacía lo mismo. Siempre podía confiar en que ella no ofreciera reacción

alguna ante un encuentro. A veces era a Emily, o a Andrea, o a Linda, a quien le daba el golpecito, y me iba con ellas, y una vez fue Tim. No me importó. Aquello no era hacer el amor, aquello era un apaño. Y yo me las apañaba de una forma rutinaria, a menudo hacia el final de la semana, tras un arrebató de televisión carente de rostros en la sala de recreo. No tenía importancia. En nuestras habitaciones privadas dejábamos caer la ropa y lo tramitábamos con precisión legal, como si estuviéramos llevando a cabo una cirugía leve en los genitales del otro, los cortes más delicados, masturbándonos contra el obstáculo sudoroso que representaba la otra persona, esperando elevar el grado de dificultad de la autosatisfacción.

Para el caso, podríamos haber retirado mi emisión con una jeringa. La intensidad del orgasmo era tan vaga que la experimentaba como una calidez teórica en la pared adyacente, como algo atmosférico y cercano que podía apreciar, pero que yo mismo apenas notaba. Cuando alcanzaba el clímax con Marta, sentía la materia abandonando mi cuerpo, lo cual contaba para algo, pero el chorro de acompañamiento había muerto, se había trasladado fuera del predio. Para el caso, podría haberle pasado a una persona diferente. Quizá fuera así.

Pero, por muy distantes que fueran las sesiones con Marta, las prefería al trabajo en solitario. En solitario no conseguía empalmarme, incluso cuando deseaba aliviarme antes del sueño, cuando lo que ansiaba era una emisión fría y moqueante para rubricar el día y poder pensar que mañana me esperaba algo diferente. Pensaba demasiado en mi casa, y la de mi hogar no era una idea que contuviera la más mínima posibilidad erótica. La idea de casa amparaba una profunda derrota de lo erótico, su asfixia completa y definitiva. En la cama, solo, podía abordarme a mí mismo con una caricia seductora, pero aquello parecía desencadenar únicamente una avalancha de imágenes vividas, imágenes por las que yo mismo había pasado, que bien podrían ser definidas como memoria, la más infame de las sustancias. El resultado era que me quedaba dormido agarrándome el pene, tan frío, echando de menos a mi esposa y a mi hija.

A Forsythe llegaban pocas noticias del inundo exterior, porque el mundo exterior se había ido ralentizando hasta congelarse. La mayor parte de las cosas que sucedían en otros sitios sucedían en silencio, de forma clandestina, tan fuera de la vista que, a menos que las vieras con tus propios ojos, tenían lugar probablemente en tu imaginación.

Lo que debía ser conocido podía verse a través de los monitores de vigilancia que había a lo largo del poco transitado camino junto a la *suite* de esparcimiento del entresuelo del laboratorio de Forsythe.

Nos llegaban grabaciones de algunos asentamientos de ultramar. Una cinematografía de los fallecidos. También llegaban imágenes desde Denver. Hombres adultos, encerrados tras un cristal, en un campo descolorido. En alguna costa rocosa, los ancianos de una casa flotante amarrada a un muelle, esperando no ser descubiertos, le gritaban al agua helada. La película procedente de Florida estaba tan ennegrecida que no dejaba ver forma alguna.

A través de los monitores podías ver a niños montando a caballo en las Catskills, tirando de trineos dotados de equipos de sonido. Sus caras amplias y radiantes, las personas felices que fuimos alguna vez. Para entonces me había acostumbrado ya a las bocas de botón de los adultos, a sus ojos juntos, como si quisieran darse calor entre sí. Era demasiado, ver un rostro tan grande, a un niño con emociones que no podíamos ocultar. Prefería la nueva pequeñez, porque escondía mejor lo que la gente llevaba dentro. Caras insignificantes que no contenían ningún mensaje. Otra casa con las luces apagadas.

Las tácticas de los sin-habla resultaban obvias. Estaba la táctica de mar adentro. La táctica de las montañas. En el extranjero, la táctica era similar, pero parecía involucrar el fuego con mayor frecuencia. Las películas que de allí llegaban estaban quemadas o en blanco o mostraban solo agua en un bucle de bobinas que parecía no terminarse nunca. Si estábamos ante una catástrofe, desde diversas partes del mundo se empeñaban en no mostrar la menor señal de ello.

En Montana se había puesto en marcha un proyecto, copiado en las Dakotas, en un trecho arenoso de lo que parecía ser Utah. Los niños habían

iniciado corredores de habla que bloqueaban el paso a los debiluchos de mayor edad. Se recuperó el servicio de los postes de teléfono y las torres de alta tensión para mantener en juego esa arma vocal. El habla brotaba ruidosamente desde cualquier tipo de estructura vertical, se propagaba a través de coordenadas rurales para que ningún espacio permaneciera en silencio.

Por debajo de esos canales de habla aparecían las más atroces acumulaciones de sal.

Las grabaciones revelaban demasiado a menudo a algún superviviente envuelto en harapos que se veía atrapado por el lenguaje. Si te quedabas toda la noche mirando, podías ver cómo se moría de hambre.

A veces, tras las horas de trabajo, algún científico de cara reducida se quedaba parado mirando uno de esos nuevos monitores, tan absorto en su vigilancia que tenías que sortearlo de camino al puesto de café.

Por último, entre los sin-habla se daba la táctica de las tiendas. En todas partes se habían levantado tiendas de colores circenses, sobre el suelo, colgando de los árboles. Los sin-habla hacían cola ante sus puertas de tela, e iban entrando uno por uno. Estaban dentro cinco minutos, diez minutos, a veces más. No llegabas a ver su agonía, los ataques tras los que expiraban. Salían encima de una camilla, cubiertos por una sábana. A veces sin cubrir. Un equipo de voluntarios llevaba las camillas a un campo y les daba la vuelta junto a un agujero y las camillas volvían a verse livianas.

Estas eran las tiendas de la misericordia. En su interior, la gente escuchaba una última canción, lo que escogieran sintonizar, y se marchaban bajo el peso de esos sonidos. Una táctica de expiración acústica. Suicidio por lenguaje. «Misericordia» era la palabra correcta. Las tiendas representaban claramente un acto de generosidad para con quienes seguían ahí fuera. Nadie entraba en ellas obligado. Al contrario, la gente se peleaba por entrar en ellas en primer lugar. Y, cuando un campo funerario se llenaba, las tiendas de la misericordia se levantaban y se montaban en algún otro lugar. Con el equipo de audio sobre una carreta circulando junto a ellas. Una gramola de palabras para morir.

Tenía que creer que LeBov, si de hecho estaba aquí, quería que viéramos aquello en lo que se habían convertido nuestros iguales.

Si me hallara en la cola de una de las tiendas de la misericordia, lo que más desearía escuchar sería al rabino Burke. A Burke o algo que me hiciera sentir cerca de casa. Un mensaje último de Claire o de Esther, si tuviera algunas grabaciones de ellas. Me hubiera gustado oír sus voces de nuevo.

En las películas que compartían con nosotros en el pasillo, rara vez veíamos pruebas de las cuarentenas infantiles allí donde vivían nuestros hijos. Las cuarentenas se habían transformado en asentamientos protegidos, pero tampoco hacía falta gran cosa para mantenernos alejados de ellas. Altavoces montados en postes, emitiendo viejos discursos famosos, cuentos de hadas, serenatas radiofónicas. Había que atravesar un baño de veneno siseante y, a menos que te quedaras sordo, no llegarías muy lejos adentrándote en aquel sonido. Trastabillarías, te caerías y probablemente no lograrías alejarte de allí ni a rastras. A ese volumen, el habla se proyecta hacia las profundidades del bosque, en una línea de murmullos. Los nuevos mapas se verían ennegrecidos con ellas.

Había padres y madres abandonados que intentaban penetrar en las cuarentenas, se protegían el rostro empapado, cavaban un túnel. Misiones individuales, sin duda. Proyectos de intimidad. De tanto en tanto, una silueta oscura atravesaba un prado a toda velocidad, perforaba la barrera de sonido que lanzaba su lenguaje impermeable para prevenir la intrusión de los sinhabla, y desaparecía entre las sombras de un barrio en cuarentena. Lo que aquellas personas hacían después de cruzar no estaba disponible. El modo en que sobrevivían tampoco.

Ni siquiera las cámaras duraban demasiado tiempo en esos lugares. Los aparatos de grabación eran descubiertos y destrozados, pero eso solo era cuestión de tiempo. Las cámaras resultaban demasiado evidentes. Lo que tenían que hacer no era meter un artilugio ahí dentro, sino a una persona[^] uno de los suyos, y esa persona debería ser muy joven, estar bien entrenada y sentir una hostilidad absoluta hacia los lugareños.

En algún punto de Forsythe, si sabían lo que se hacían, si el laboratorio estaba dirigido por alguien que tenía las ideas claras, que se esforzaba por burlar el dilema, estaban criando a sus propios niños. Suena casi como un concepto de ficción, las elucubraciones ociosas de una cultura no muy impresionada ante su propia realidad, pero debería haber sido una de las primeras ideas que pusieran a prueba. Y cuando, como se suele decir, «el activo estuviera maduro», dicho activo sería liberado al mundo con una carga suficiente de información errónea como para resultar peligroso. Primera parada: las cuarentenas. Proyecto: derribarlas, joder. Proyecto golpe de Estado. Ese trabajo había que darlo por sentado. Quizá parezca un disparate. De hecho, resulta disparatado. Lo cual, en mi cabeza, lo volvía aún más

creíble. Desde el mes de diciembre anterior, lo disparatado se había vuelto bastante cercano.

Los niños, después de todo, eran el activo definitivo.

Todo esto iba a volverse realidad de una forma que jamás podría haber anticipado. En el último monitor del pasillo, una solitaria unidad en blanco y negro que colgaba a la altura de la cara, uno podía encontrar a veces grabaciones tomadas dentro de las cuarentenas. Cuando la pantalla titilaba al encenderse, atraía el interés de la mayoría de los científicos que por allí merodeaban, quienes se agolpaban a su alrededor para intentar ver las imágenes.

La primera suposición que se hace uno acerca de una comunidad dirigida por niños, libre de supervisión, trae a la cabeza a un grupo de chavales lobunos arrastrándose por pasillos llenos de suciedad, comiéndose el torso los unos a los otros con perezoso placer. Pero las pruebas que revisé mostraron una multitud sumisa. Los niños, en las grabaciones de que disponíamos, con las caras reblandecidas a manos del editor, preparaban una larga mesa con platos. Atravesaban la habitación con rapidez, llevaban provisiones a la mesa y a continuación se sentaban a comer. Pero, al tener los rasgos suavizados, parecía que estuvieran echando cucharadas de comida dentro de los agujeros desenfocados que se abrían por encima del cuello.

En una escena de exteriores, capturada desde lo que parecía ser la ventana del piso superior de una casa, una formación de niños avanzaba por la calle según el patrón reglamentado de un baile pasado de moda.

De vez en cuando, los niños se apiñaban de tal forma que era como si se hubieran transformado en un único cuerpo que se balanceaba sobre el suelo. El motivo por el que insistían en amontonarse dejando tan escasa distancia entre unos y otros me quedaba poco claro. Para consternación de mis colegas, que no se expresaban con palabras, me colocaba directamente delante del monitor, de modo que su calor me bañara la cara, y deseaba retirar la neblina de los rostros de los niños y ver qué era lo que sentían al apiñarse entre ellos de ese modo.

Sin sonido alguno, la celebración y el desconsuelo tenían prácticamente el mismo aspecto.

El fondo de estas imágenes había sido anulado, censurado. En vez de las colinas y los árboles del horizonte que había detrás de ellos, en vez incluso del resto de casas, el paisaje se veía pixelado. Alguien no quería que supiéramos dónde ocurría aquello, y se suponía que los niños debían aparecer jugando o bailando por la calle como si esa calle estuviera suspendida en el

aire. Pero un detalle reveló su localización, y me detuve allí a menudo cuando pasaban esa escena para confirmar mis sospechas.

Sobre el asfalto, a los pies de los niños, se veían las frías barras metálicas de una sombra que solo podía proceder de una torre de alta tensión muy determinada, anclada a una cuesta que no estaba muy lejos de nuestro agujero judío.

Creo que sabía exactamente dónde estaban esos niños, a unas pocas manzanas de mi antigua casa.

Aun así, ¿qué significaba eso? No significaba nada. No podía compartirlo, no podía volver allí y, después de observar aquellas imágenes infinitas veces, empezaron a aburrirme, por más que a veces pensara que el fragmento emitido no dejaba de cambiar. Sabía que había una cuarentena en Montrier porque se estaba disponiendo cuando me fui, y nuestro pequeño pueblo, situado entre el valle y la gran colina, ofrecía una protección natural. Pero esa grabación, por su aspecto, bien podría haber sido tomada hacía años.

Deseaba no tenerlo en cuenta, agacharme al pasar junto a los aburridos monitores allí colgados, desentenderme de la pantalla puesta a la altura de la cara, incluso si el grupo de científicos sugería que podían estar pasando una nueva grabación. Deseaba ignorar esas distracciones y encaminarme hacia el puesto de café, donde el alivio y el confort y, si era necesario, la ferocidad resultaban más fáciles de regular.

Si llegaba al puesto de café con la suficiente antelación, podía darle el toque a Marta, retirarnos a alguna de nuestras habitaciones para una transacción, y estar de regreso en el puesto de café antes de que le hubieran dado el toque a la última persona, y allí podría dar otro toque y retirarme a mi habitación para un segundo asalto de intimidad, para limpiarme aquellas necesidades que no hubiera podido calmar la primera vez.

Pero, en aquellos días de mayor dureza en mi despacho, después de mirar desde la plataforma de observación cómo presentaban mi trabajo ante algún grupo de sujetos, que de inmediato se iban al suelo presa de un ataque, que no se recuperaban ni siquiera cuando se les retiraba el material ofensivo, y que seguían sufriendo los mudos estertores de su agonía mientras yo regresaba a mi escritorio y retomaba otro callejón caligráfico sin salida, que estaba destinado a fracasar, tenía necesidades que el sexo con Marta, una vez terminado el horario laboral, solo conseguía contrariar. Esas tardes, cuando recorría el pasillo atravesando los focos de luz que derramaban los monitores colgados en la pared, y luego ese cono de luz blanca a la altura de la cara que quedaba al final, me sentía obligado a estudiar las imágenes en busca de un

punto de referencia que me resultara familiar, en busca de alguna señal procedente de casa o, y esta esperanza era la más estúpida, y la más desesperada de todas, de la prueba de que Esther, ahora más adulta, más cruel, más fuerte, más bonita, yo no lo sabía, pudiera haberse alojado entre esos niños extraños y carentes de rostro, y pudiera haber decidido colocarse delante de la cámara para que su padre, allí donde estuviera, pudiera verla y, si guardaba algo de humanidad en su persona, hiciera todo lo posible para sacarla de allí.

De ese modo pasaron semanas, meses... Si LeBov estaba aquí, no le llegué a ver.

Hacía mi trabajo y se lo daba a los técnicos, que acudían a mi despacho con un cubo para recoger lo que hubiera facturado. A eso equivalía la faena que yo les entregaba: agua sucia. En el patio, hombres y mujeres caían inconscientes, se convertían en criaturas despojadas de mirada. Algunos de ellos estaban enfermos a causa de alfabetos realizados por mí mismo. Me dejé crecer una barba rala y aprendí a fijar la mirada entre las personas con las que me encontraba.

En el trabajo me concentré aún más en la tarea, resuelto a descartar todo aquello, no importaba cuán arcaico, difícil u oscuro fuera, que alguna vez hubiera amparado una conexión entre la gente.

La escritura Rebus, el alfabeto rúnico, los pictogramas, todos ellos fracasaron.

La escritura administrativa, los textos amorosos, los escritos que servían para esconder secretos y desviar la atención. Probé con todos los lenguajes especializados. Probé con los lenguajes de queja, de disculpa, de negación. Escribí frases simples, ocultando mis propias palabras con el papel autoenmascarante. Escribí a propósito frases plagadas de errores, frases llenas de incoherencias en el tiempo y en el estilo. Frases de mal gusto, de buen gusto, sin el menor gusto posible. Las reglas gramaticales, las reglas de uso, las reglas encargadas de controlar el ritmo y los silencios, todas ellas las rompí con ganas. Usé el alfabeto latino tradicional pero lo escribí todo de forma equivocada. ¿Serviría para algo? Les arranqué letras a las palabras, aniquilé las vocales, usé tan solo vocales, re Coloqué una sola vocal, la o, ocupando el lugar de todas las demás, para airear las palabras, la respiración universal a partir de una sola fuente. Que todas bebieran de esa oronda o. Y, cuando la o no funcionó, probé con el resto de vocales, para ser riguroso, pero, tal y como la o había fracasado, por supuesto que con las demás vocales sucedió lo mismo. «Por supuesto» es aquí el término operativo. Ni una sola vez sostuve la creencia de que llegaríamos a la gente de forma inocua solo a través de la escritura.

«Solo a través de la escritura». Buena suerte, joder.

Probé con todo menos con el alfabeto judío. Sabía que también era venenoso, pero no quería que esa escritura causara dolor. «No pondrás el lenguaje al servicio de la matanza», había dicho Burke. O «estas palabras abrirán agujeros en los hombres». No sería yo la persona que pasara textos con esos símbolos al patio, para que hubiera nuevos ataques. Pero, aunque nunca envié allí abajo trabajos que exploraran la posibilidad hebrea, sí que realicé en *látex* letras del alfabeto hebreo que se inflaban, una vez que les había cosido las suturas, para convertirse en negros nubarrones. Pequeños tumores flotantes despojados de lenguaje que flotaban sobre mi escritorio hasta que los pinchaba. Y, cuando lo hacía, caían hechos una pila de jirones que yo barría y metía en un cajón.

Pues claro que probé con los códigos. Encripté una nota de suicidio en letras latinas modernas, las últimas palabras de algún caballero, con el cifrado de César. A partir de ahí, recreé lo que recordaba de los textos históricos —el discurso de Gettysburg fue uno— y con ellos alimenté mensajes codificados por simple sustitución, código homofónico y una modificación del cifrado de Vigènere. Si hubiera funcionado, habría significado que nuestros propios textos eran demasiado evidentes y tenían que ser disimulados, encriptados. Pero no funcionó.

Para los lectores no versados en el código, este se presentaba como una papilla. No había forma de encontrarle un sentido a menos que los sujetos se sentaran con una rueda de César a descifrar lo que yo había hecho, y a nuestros mártires no les permitíamos usar ningún equipo, mucho menos disponer del tiempo suficiente para extraer significados de los mensajes ultraencubiertos que tenían ante ellos.

Pero tanto daba. El sentido no era lo que se los llevaba, el impacto inmediato de la comprensión sobre el cerebro. Aquello podía carecer de significado, pero enfermaban igual, estaban incluso peor que antes.

La progresión de la incapacidad que compartíamos desafiaba cualquier forma de entendimiento.

Así que lo intenté con papeles de colores diferentes, papeles transparentes, paredes, telas, piel. Ejecuté labores de detección de problemas en segundo plano, lo cual me interesaba, los fenómenos visuales que se hallaban más allá del texto en cuestión, para determinar cómo el trasfondo de nuestro lenguaje escrito admitía o vencía la toxicidad. ¿Qué tipo de aire enmascara un lenguaje? ¿Y tiene ese aire alguna importancia?

Carecíamos del equipo para hacer una máquina de humo con un filtro de texto incorporado, a través del cual saldrían flotando fuentes de letras distinguibles que se disiparían a la larga. Una escritura autocorrosiva, una escritura que se disolvería tras ser vista. Pero no necesitaba escribir mensajes de humo en el cielo para saber cómo reaccionaríamos ante ellos. Con bolas de algodón hice letras como penachos, las pegué a un corcho. Adquirí un tablero LED, lo manipulé para que las palabras se desplazaran por él, para que hiciera parpadear las letras que yo le indicara.

Los tableros de luz no solo fracasaron, sino que trajeron consigo nuevos síntomas, provocaron una parálisis en nuestros sujetos, los dejaron a veces moribundos, retorciéndose en el suelo de la sala de pruebas hasta que desenchufábamos la pantalla.

Podría haber una escritura hecha tan solo de aire, razoné, de aire coloreado, el aire quebradizo de los climas con humedad cero, piel o vello animal pulverizado con un mortero o tejido en forma de hebras, cualquier tipo de tela, cualquier tipo de objeto, o solo tinta, tinta sobre papel, tinta emitida por un estilete. Resultaba angustiante, cuán insondable era mi proyecto. Como estilete, usé de forma predeterminada un junco. Pero también recurrí a bolígrafos, lápices, cuchillos, mi propio dedo untado en pigmento y un clavo de plomo para rascar el cristal. Las herramientas de la antigüedad estaban ahí para mí, arrancadas de algún museo inútil, sin duda —«todo se encuentra a su disposición, señor», es lo que nunca dijeron los técnicos—, y las usé, pero aquello me convenció aún más de que ese camino estaba abocado al desastre.

Tras cada fracaso regresaba a mi despacho todavía más convencido de que los alfabetos estaban acabados. No importaba cómo los decorara, el resultado en el patio era siempre el mismo. Siguieron meses de confirmación, interpretados por una variedad de sujetos de prueba. El trabajo que yo producía, las letras y los códigos y a continuación los conglomerados y compilaciones de estos, a veces dotados de un mayor orden y lógica por parte de los técnicos de Forsythe, no era más que un arma.

Cuando observaba por la ventana a la multitud que se agolpaba en el exterior de Forsythe, clamando sin sonido que les dejaran entrar, me sentía completamente en blanco, indiferente. Estaban desesperados porque se les admitiera, pero eran demasiado precavidos para amotinarse, tenían demasiado miedo, porque hubiera resultado muy sencillo bañarlos en habla, hacer que se marcharan con la emisión constante de las más simples palabras. En un plazo de días, quizá semanas, serían procesados por el sistema y se sentarían frente

a algo escrito por mí, y lo único que podría decirles, tras todo su esfuerzo y padecimiento, sería «El veloz murciélago hindú comía feliz cardillo y kiwi».

¿Qué les compelia a venir hasta aquí en rebaños como ese, a exponerse a un veneno tan repugnante? ¿Qué demonios, me preguntaba, había confundido a todos esos mártires del lenguaje haciéndoles creer que dentro de Forsythe habría algo capaz de liberarles?

En sus primeros escritos, Thoreau dijo que el alfabeto era la más triste de las canciones. Más adelante abandonó esa posición y dijo que este tan solo producía melodías disonantes.

Las letras, afirmó Montaigne, son un mal necesario.

¿Pero lo son?, preguntó Blake años más tarde. Escribiré acerca del mundo sin servirme de ellas.

Haría crecer moho sobre el lenguaje, dijo Pasteur. Pero nada puede crecer sobre esa superficie helada, muerta.

Acerca de las palabras de Teresa de Ávila, no viví para borrarlas por completo.

Me revuelven el estómago, dijo Lutero. Las tuyas y las tuyas y las tuyas. A veces incluso las mías propias.

Si puede ser dicho, entonces no me interesa, escribió Schopenhauer.

Cuando le pidieron que explicara sus actos, un criminal en la corte de Arturo se limitó a señalar el enorme alfabeto bordado que colgaba sobre la cabeza del rey.

Los poetas necesitan un nuevo instrumento, dijo Shelley.

Si pudiera arrancarle algo al mundo, dijo Nietzsche, y arrancar con ello incluso su recuerdo, de modo que el mundo pudiera seguir su camino por siempre más sin la menor posibilidad de que esa cosa volviera a existir, elegiría el lenguaje, esa putrefacción asentada en el interior de mi boca.

Soy escritor, dijo Picasso. Creo mis propias letras.

Lo destruyo ahora o debo esperar a que salgas de la habitación, le preguntó su mecenas a Cadmo, el supuesto inventor del alfabeto.

Cadmo es un fraude, sostuvo Wheaton. Y Néstor. Y William James.

No leas esto, advirtió Plutarco.

No leas esto, advirtió Cicerón.

No leas esto, suplicó Ovidio.

Si valoras tu vida.

Haz sangrar a un hombre, y con esa repugnante secreción escribe su nombre sobre la arena, prescribió Hipócrates. No hay más alfabeto que las cosas, dijo Williams. Corrección. «No hay alfabeto alguno».

A veces, por la mañana, se convocaba una reunión, anunciada mediante un timbre largo y disonante.

Allí, los investigadores, científicos, administradores y cuidadores de animales que realizaban sus pruebas tras la muralla del ala sur podían instalarse en el anfiteatro anatómico y asistían a la exhibición de los últimos trabajos realizados, los experimentos de comprensión, los análisis médicos.

Me pasaba las reuniones sentado, y sumido en una profunda parálisis facial. Esos encuentros eran de una familiaridad agotadora, y a mí me olían a deporte y a tortura.

En el escenario veíamos cómo el lenguaje se proyectaba a través de todo tipo de artilugios colocados sobre la boca: filtros, amortiguadores, protuberancias con forma de cuerno que debían de tratar la toxicidad acústica y que convertían a los sujetos en payasos harapientos, uniformados, aunque, según los resultados de los que éramos testigos durante la reunión, esos artilugios no aliviaban la toxicidad acústica, sino que la exacerbaban.

Observamos las pruebas con un lenguaje de silbidos, emitido a través de las caras abiertas a **cuchilladas** de unos maniquís. Los sujetos podían tolerar, y comprender moderadamente, las señales, pero cuando se veían obligados a silbar, empleando un riguroso sistema de códigos, decaían rápidamente, mostraban claros signos de toxicidad.

Se analizaron los gestos, especialmente con enfermos, para ver la rapidez con que expiraban al verse expuestos a una mímica explícita e incesante.

De nuevo, el encargado de tal proceder era un maniquí que recibía sus órdenes por control remoto.

Mirábamos a través de máscaras perforadas que nos habían repartido al llegar, por si alguna de aquellas situaciones nauseabundas se colaba en nuestros sentidos. De lo que mirábamos, veíamos lo menos posible, lo que ya era más que suficiente para mí.

Con sangrienta perseverancia, los investigadores analizaban lo complejo que podía llegar a resultar un lenguaje basado en el contacto. Los técnicos se sentaban junto a los sujetos de prueba y, con guantes mojados en abrasivos, les golpeaban mensajes rudimentarios, de aflicción, de comercio, de deseo.

Los sujetos, recostados en sus camas de hospital con ruedecillas sobre la oscura tarima de roble del anfiteatro, generalmente sobrellevaban ese trabajo, pero solo al principio. Y, cuando dejaban de sobrellevarlo, cuando protestaban con intensidad ante un material que claramente los estaba desmantelando en todos sus apartados significativos, nos hacían abandonar los asientos, se nos conducía al vestíbulo y se nos devolvía al corral de nuestros despachos.

Todo cuanto había visto hasta entonces me había preparado para prestar la menor atención posible a esas sesiones de asistencia obligada. Y fue justo entonces cuando, durante una de las reuniones, se nos presentó un nuevo paradigma, y todo cambió.

Fue al final de mi estancia en el ala de investigación, cuando ya había descartado la eficacia de las escrituras de la antigüedad, cuando ya había mandado montones de alfabetos a que les hicieran pruebas de toxicidad en el piso de abajo, solo para que me los devolvieran en las fundas reservadas a las investigaciones fallidas, y me había pasado a las igualmente poco prometedoras monstruosidades de la escritura moderna.

Fue durante una mañana en que el timbre largo sonó y fuimos a tomar asiento en el anfiteatro. Las luces se atenuaron. Sobre el escenario apareció un anciano, con el rostro envuelto en piel de escroto. Cuando se lo frotó y parpadeó bajo los focos vi que se trataba tan solo de su cara, aquejada de una laxitud terrible, como de melcocha. No quise considerar el tipo de experimentos, o el tipo de vida, que había llevado para tener una cara así. Detrás de él entró rodando el soporte de un gota a gota.

Lo empujaba un niño, que asimismo iba atado al gotero.

Diría que la visión de ese hombre llevó a que se hiciera el silencio, o, mejor dicho, que el motivo fue la insólita visión de un niño, que no parecía estar bajo vigilancia. Pero en realidad el silencio ya estaba ahí. Estábamos empapados en silencio, nos ahogábamos en él. La habitación estaba completamente en calma. No sabía nada de mis colegas, apenas lograba ver sus cuerpos envueltos en albornoces o batas de laboratorio, y percibía más bien poco en sus rostros impasibles, inexpresivos. La ausencia de habla, la falta de un lenguaje que nos conformara como personas completas, nos había transformado en una especie de ganado emotivo. Quizá una estridente vida interior producía notas devastadoras en nuestro fuero interno pero, sin una herramienta que permitiera extraerla, sin un lenguaje que fisgara en ella y la liberara y la hiciera pública, aunque fuera una estupidez, uno sentía que la

conciencia entera, como empresa, se hallaba de repente a la deriva. Sin una forma de decir las cosas, no había motivo para pensarlas siquiera.

Nuestras caras, sin el ejercicio del habla, se habían atrofiado y se habían convertido en máscaras flácidas, porcinas.

Algunos de nosotros, pensaba, llevábamos meses, o más, sin hablar.

Esa mañana, una plancha de vidrio descendió sobre el escenario, colgada de unas cuerdas, y nos separó del hombre y el niño.

Cuando estuvieron cercados, el anciano miró hacia arriba, aparentemente había escuchado ruidos. Estudió el techo y, diríase que para su propia sorpresa, comenzó a hablar.

No había nada que escuchar. Se nos había bloqueado todo sonido. En su conjunto, fue un espectáculo sin nada de particular, si exceptuamos el modo en que se había obtenido esa proeza que representaba el intercambio de un lenguaje no tóxico.

Se suponía que debía desencajársenos la mandíbula de asombro ante el hecho de que un anciano pudiera hablar. Un año antes, a ninguno de nosotros le hubiera importado. Hubiéramos huido gritando de lo que aquel hombre tenía que decir. Sin duda habría traficado con tópicos, la más asesina de las formas de la banalidad. Usaría el lenguaje para reafirmar tiránicamente lo que ya sabíamos, y sus palabras no conseguirían más que torturarnos. Como mínimo, habríamos hecho oídos sordos a su mensaje, e incluso de encontrarlo sangrando ante nuestros pies le habríamos pasado por encima camino de nuestro picnic grupal, donde nos alimentaríamos los unos a los otros con cubitos sudorosos de miel rebozada en sal. Ahora, permanecemos en nuestros importantes asientos y se suponía que debíamos maravillarnos ante aquella reinvencción de la rueda. Ni siquiera era la rueda entera, solo una tuerca de llanta.

Y admitiré que fue impactante. Habló sin agonía aparente, sin el dolor agarrotado y las convulsiones que cada uno de nosotros esperaba ver. Vestidlo con un esmoquin, pensé, y será prácticamente un caballero.

En un monitor de vídeo que habían montado en un lateral, el espectáculo se desarrollaba en primer plano, pero aquello en lo que la cámara parecía más interesada no era en el hombre o el niño, sino en el aparato que sostenía el relleno transparente que yo había confundido con el gota a gota.

Sin duda era una bolsa de fluido, pero colgaba del cuellecito del niño, se arrugaba en el camino entre su piel y el tubo.

A partir de ahí, fluía directamente al interior del hombre.

Permitiéndole hablar, cabía presumir.

«Un fluido que se extrae directamente del niño».

Como las soluciones más importantes a lo largo de la historia, esta parecía inevitable. Nuestros propios y queridos hijos, inmunes a la dolencia que nos está matando a todos, han de tener en su interior una resistencia que, «con una aguja lo suficientemente larga», nuestros mejores científicos deberían ser capaces de extraer. Dar con esa solución era solo una cuestión de tiempo.

«Muy pronto, todos se decidirán por esa opción», me había dicho LeBov aquella gélida noche en mi barrio.

«No hay motivo para que genere problemas. Es por un interés puramente científico».

Tras la reunión, el panel de cristal se elevó y el hombre salió del escenario arrastrando los pies. ¿Debíamos aplaudirle o llorarle? No hicimos ni lo uno ni lo otro.

El niño tuvo que ser retirado, pero antes le tiraron una sábana por encima. Uno de los técnicos cortó el tubo que los unía. Yo estaba demasiado lejos para determinar si el líquido era transparente u oscuro. Pero colgaba en grumos del tubo cortado, lo cual sugería un carácter viscoso. Trabajando con rapidez, exprimieron el relleno que había quedado dentro de un vial. Lo que salía del niño, fuera lo que fuese, no querían desperdiciarlo.

Las reuniones que siguieron incluyeron espectáculos similares, y el fluido actuó como constante dorada. Cada vez que aparecía, a menudo bajo vigilancia, siempre procedente de un niño extrañamente bien vestido, que parecía peinado para su primer recital de música, se suponía que debíamos saltar de nuestros asientos y correr hacia el escenario a fin de beber las limosas sobras que quedaban en el tubo. El niño nunca era el mismo, aunque a veces el hombre sí. Se trataba de un espécimen cansado y su cara, como ya he dicho, le colgaba de la cabeza de mala manera. Pero, a medida que nos acercábamos al verano y el aire estancado de Forsythe comenzaba a apestar a medicinas ennegrecidas, ese hombre, que al principio parecía haber sido secuestrado de la morgue y haber recibido una desesperada dosis de adrenalina para reanimarlo, comenzó a parecer muerto en términos funcionales, muerto en todos los apartados perceptibles. Cuando le bombeaban el suero, sangraba generosamente por el oído. Comenzaron a tener esto en cuenta por anticipado, y le llenaron de gasas el lado malo de la cabeza. Pero estas se impregnaban con rapidez y a veces se le deslizaban por la cara durante las presentaciones.

Supongo que no era tan terrible convertirte en un conejillo de indias durante tus últimos días.

No costaba mucho unir las piezas de lo que nos mostraban. Las reuniones nunca incluían textos, jamás se nos dirigió la palabra. Si se percibía algún sonido, era un código musical disonante diseñado precisamente para no evocar nada.

En la mayoría de las presentaciones, los sujetos estaban conectados a algo, un niño, una bolsa, o una máquina fuera del escenario, quizá, tal y como sugerían los tubos médicos que serpenteaban por debajo de la cortina.

Nos machacaron con lo evidente. Vale, lo he pillado, quería decir. Con esos niños habéis encontrado oro. Pero, mientras no enviaran aquel fluido a nuestros laboratorios, mientras no nos dieran un laboratorio operativo, joder, con un equipo de verdad, ¿qué se suponía que teníamos que hacer al respecto, y cuán impresionado debía mostrarme al ver que necesitabas que te conectaran directamente a un niño vivo a fin de poder toser unas pocas palabras sin importancia?

Desconectad a uno de esos hijos de puta, pensaba. Desconectadlo del niño y dejad que se ponga a correr en círculos mientras ladra sus tonterías. Quizá eso sí me impresione.

Sucedió poco tiempo después.

Había terminado de trabajar más temprano que de costumbre e iba camino de la sala de recreo. Pensaba extraviar la mirada en alguna emisión televisiva sin rostros hasta que abriera el puesto de café, momento en el que le pegaría un toque a mi compañera. En días como aquel, Marta ofrecía la tregua más fiable para mi sensación de futilidad, y con ella nunca iba a experimentar la vergüenza derivada de haberle confesado mis frustraciones o falta de esperanzas, o de haberle confesado cualquier cosa, porque no hablábamos entre nosotros.

Como era habitual, mis proyectos no habían conducido a nada. Más esfuerzo, más escritos evidentemente fallidos, más trabajo redundante y condenado de antemano. Aun así, permanecí ahí sentado y seguí escribiendo el lenguaje letal hasta que los ojos me lloraron fruto del agotamiento y comenzó a dolerme la espalda y lo único que deseé fue darle un toque a Marta, para acto seguido intentar no arrastrarla hasta la habitación para cónyuges, donde mantendríamos nuestro rabioso intercambio físico y ella observaría con admiración, con admiración y sobrecogimiento, algo más allá de mi rostro que yo nunca llegaría a comprender.

Pero nada de aquello iba a suceder esa noche.

Seguí la ruta habitual desde mi despacho hasta el entresuelo a través de los corredores marrones, que habían sido despojados de toda indicación direccional y ahora solo presentaban puertas ovaladas y sin ventanas tras las cuales nunca había oído nada.

Acababa de volver una esquina cuando un equipo de técnicos salió de una de esas puertas, cayó suavemente sobre mí, me cubrió la cabeza con algo caliente, que ajustaron con fuerza alrededor de mi cuello, y me arrastraron a una habitación.

Me vi empujado a una oscuridad que mi propio aliento volvía pantanosa, pues me empañaba la cara dentro de lo que parecía una manta de lana.

Arrastraron un objeto pesado por la sala, rascando el suelo con tanta violencia que dejó ir un chirrido, y entonces oí los clics y manejos de una

máquina. Se encendió un ventilador y noté que el aire de la habitación se enfriaba.

Bajo la capucha, dirigí el aliento hacia abajo, hacia la barbilla, para que dejara de apestar mi espacio. Quienesquiera que fueran los técnicos respiraban con fuerza, y registré un silencio preocupante hasta que uno de ellos hizo presión con todo el peso de su cuerpo contra mí, me quitó alguna prenda de ropa y me aplicó sobre la piel una solución fría que me pareció alcohol.

Me cortaron una de las mangas de la camisa y sentí el cosquilleo de una navaja afeitándome el vello del antebrazo.

Me estaban preparando para recibir una inyección, y aguardé el afilado agravio de la aguja, pero este nunca llegó.

Durante mi cautividad no forcejeé, no me opuse e intenté obedecer. Pero se hacía difícil obedecer cuando ignoraba lo que se requería de mí.

Y así me acomodé en el oscuro cobijo de fieltro que habían hecho para mí mientras me preguntaba por qué me habrían escogido para aquella importunidad y qué tipo de procedimiento me esperaba.

Ninguna de mis acciones parecía justificar la atención por parte de alguien poderoso. Había dedicado casi toda la mañana a fútiles paroxismos inventores, esa última, en sí misma, una palabra demasiado sólida. El trabajo era una lata, pero me obligué a realizarlo. Tras un breve desayuno compuesto de melocotones frente al escritorio, revisé aún más escritos caducos, codifiqué e hice desaparecer textos, textos que habían fallado o que habían sido maltratados o usados incorrectamente o tan solo gravemente incomprendidos.

Pasé del olmeca al meroítico. Grabé letras del rongorongo a luego sobre madera. En todo momento, mientras ponía a prueba esos alfabetos difuntos, los emparejaba con muestras latinas como medida de control.

Entonces me aparté del aspecto visual de la escritura y comencé a preguntarme qué papel desempeñaba el deleite en nuestra revulsión. ¿Se hallaba la aversión al lenguaje basada en lo que nos decíamos los unos a los otros: las cuestiones crípticas, las cuestiones directas, las cuestiones decepcionantes, las neutrales? ¿Se debía a lo que dejábamos de decir? ¿Habíamos fracasado a la hora de decir o escribir algo que garantizaría nuestra supervivencia, y ahora esa falta había crecido hasta tornarse masiva, hasta volverse irreversible?

Eludí aquellas preguntas. Eran demasiado amplias, demasiado difíciles.

Pero llegaron más. ¿Era el lenguaje rico en información, lleno de detalles y datos verificables, peor que el lenguaje que mentía? ¿Qué tipo de dicción

nos hacía enfermar más? El lenguaje abstracto, aquel que esquivaba todo elemento visual y planteaba ideas y restricciones acerca de lo concreto, ¿resultaría menos nocivo? ¿Eran las expresiones de amor más seguras que las amenazas?

Todo cuanto había producido y enviado para que lo pusieran a prueba abajo, en el patio, sugería que era la comprensión misma lo que ya no podíamos tolerar.

Los días del entendimiento se habían acabado. La pregunta que no conseguía formular era la siguiente: ¿qué se suponía que debíamos hacer ahora, cuando era médicamente imposible entendernos los unos a los otros sin que contrajéramos una dolencia desagradable y veloz? Ya no se trataba de una enfermedad del lenguaje, sino de un mal de la percepción, de la comprensión, del conocimiento.

Todo esto lo pensaba sentado en una habitación de Forsythe, con una manta sobre la cabeza.

Mis captores seguían un plan mudo. La habitación estaba fría y no olía a nada, y yo sentía un pánico atenazador a que cualquier agresión que hubieran concebido contra mí no fuera nada comparada con la posibilidad de que simplemente me abandonaran allí, para que expirara bajo una manta en un cuarto apartado en el que nunca entraba nadie.

Decidí volverme lo más silencioso posible, acallar mis movimientos y mi aliento a fin de determinar lo que pasaba. Saldría de esa encrucijada escuchando.

Entonces, alguien se aclaró la garganta y me quitó la capucha.

De pie ante mí, con la manta oscura entre las manos, estaba el pelirrojo LeBov. Parecía como si alguien le hubiera aspirado la carne sobrante del cuerpo y la cabeza. Tenía un aspecto más deshinchado que viejo. Me sonrió, como si aquel maravilloso encuentro hubiera sido programado hacía mucho tiempo, y ahora por fin hubiera llegado.

LeBov me ayudó a sentarme en una silla y a continuación se colocó a mi lado.

—Tienes un aspecto... no tan bueno —dijo.

Se suponía que no podía hablar, como se suponía que yo no podía oírle. Pero eso lo habíamos dejado atrás hacía mucho tiempo. Mi cara parecía ahora

menos endurecida que muerta, una cara fantasma allí donde mi cara de verdad había estado alguna vez.

Me encogí en un acto reflejo al ver cómo se movía la boca de LeBov, aguardé el momento en que sentiría el habla caliente derramarse sobre mí y mi cuerpo se contraería bajo un ataque de espasmos abrumadores. Me sujeté con fuerza a la silla, me eché hacia delante como si un coche estuviera a punto de golpearme.

Pero en lugar de eso sucedió algo diferente. Nada. Como aquella noche en los arbustos, cuando Esther pasó por delante de nosotros en pleno pillaje y LeBov me llenó la boca con su pasta grasienta. Seguía sintiendo la musculada aspereza del habla, casi como un humo demasiado espeso como para ser inhalado. Pero, en vez de tóxico, se presentaba frío y aceitoso en el aire.

Tosí, intenté tragar saliva.

—Ya te acostumbrarás —dijo LeBov, aburrido—. Límitate a escuchar. Deja que prenda. Al principio es la hostia de raro.

LeBov tenía razón. Mientras hablaba, sus palabras se sentían sólidas en el aire. Era como si estuviera intentando respirar bajo el agua y, concentrándome, a duras penas lograba hacerlo. Podía permitirle el paso a su habla sin que esta representara ningún problema.

Me miré el brazo desnudo, lo notaba débil y pesado. Después de todo, debían de haberme inyectado algo. Quise decir: «Pero no he llegado a sentir la aguja».

—Impresionante, ¿verdad? —dijo LeBov al notar mi asombro—. Estos tipos son muy buenos.

En el pinchazo del brazo burbujeaba una fría gota de sangre. Me quedé mirándola como si fuera una joya. Me habían inyectado algo y ahora podía hablar, podía escuchar de nuevo.

Las primeras palabras que pronuncié en meses brotaron como un susurro agrietado.

Dije:

—¿Puedo preguntar a qué se debe esta conversación?

LeBov se apoyó en el respaldo de la silla y me miró sin disimular la excitación que sentía.

Descubrí que conocía la respuesta sin su ayuda.

—Es por esa cosa, ¿verdad? Por el relleno que le dais al anciano en el escenario.

LeBov soltó una risita.

—Sí. Lo llamamos «esa cosa». ¿Te gusta?

La voz me salió débil. No parecía yo.

—Entonces ¿esta conversación se alimenta de niños?

—Esta misma, sí. Haz que valga la pena.

Sobre la mesa, LeBov había reunido una parte de mi trabajo, una pila de escritos, algunos de los modelos en 3-D, bloques de piedra. Fingió que los revisaba, frunciendo el ceño ante los envoltorios de letras, bizqueando para transmitir su desaprobación. Pasó por encima de ellos con tanta rapidez, y con tanto desdén, que era imposible que les hubiera prestado la atención que merecían.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Esto es ridículo.

Nunca había visto mi trabajo expuesto de ese modo, liberado del papel autoenmascarante. Me dejaba anonadado que pudiéramos desplegarlo sobre la mesa sin sentir arcadas por la enfermedad. Mi técnica era más desordenada de lo que esperaba, incoherente por momentos, con letras que se salían de la página, que no conseguían juntarse las unas con las otras, que se rompían en pedazos. Imperfecciones por doquier. Sentí vergüenza al verlo de ese modo, al desnudo. Y aun así quería cogerle los materiales a LeBov y salir corriendo hacia mi oficina. Si pudiera internalizarlo todo, si pudiera ver realmente mi propio trabajo, joder, quizá sería capaz de hacer algo realmente efectivo.

LeBov revisó algunas cosas más y entonces lo apartó todo a un lado.

—¿Estás de broma? ¿Honestamente crees que todo esto no lo habíamos pensado ya? ¿Te sientas ahí a crear alfabetos de mierda? ¿Cómo es tu cerebro de pequeño?

Intenté no mirarle con demasiado detenimiento. Sus dientes tenían una cualidad fósil.

Cuando hablé, mi voz sonó mucho más calmada que la suya, mucho menos convincente.

—Es el trabajo que parecía que queráis —propuse—. Aquí no hay equipamiento, no hay nada. Así que creo textos, alfabetos. Tú mismo me dijiste que la solución estaba en los escritos, en los códigos visuales. Tú me lo dijiste.

—Corrección. Te lo dijo Murphy. Una persona ligeramente diferente. Que, en cualquier caso, ahora está muerta para mí. Junto con sus así llamadas ideas, gracias a dios.

—Bueno, ¿y cómo iba yo a saberlo? —dije—. No es que tengamos exactamente un canal de comunicación abierto. Si pudiera recuperar mi

equipo, creo que podría regresar a los asuntos médicos.

—Para eso tenemos doctores de verdad. Tenemos a gente que de hecho sabe lo que tiene entre manos. Tus bolsitas de humo las hice explotar sobre las cabezas de mis niños para que se rieran. A los chicos les encanta tener su propia nube en forma de seta. Son *tchotchkes*^[2], y apestan. En serio. Huelen fatal. Probablemente es por eso por lo que tu casa continúa abandonada.

Miró su reloj.

Yo no estaba seguro de querer decir mucho más. Esta era la primera conversación que mantenía en meses, y los músculos de la cara se me habían reblandecido.

—Quizá debería llevarte a recorrer el ala de investigación de verdad —dijo LeBov—. Deberíamos tener un «Día del Idiota», para poder llevarlo al trabajo, y entonces te dejaría que observaras a los profesionales.

No respondí. Los preliminares antagónicos habían perdido su atractivo. En mis extremidades, en la cabeza, notaba el peso de lo que me habían inyectado. Me sentía tosco, sin refinar, pero deseaba poder meterle mano.

También tenía preguntas. ¿Cuánto duraba una dosis? ¿Cuáles eran sus efectos secundarios? Exactamente, ¿qué coño era esa cosa? y... ni tan siquiera quería analizar en detalle esa última cuestión, pero... ¿a qué coste se obtenía el suero? ¿Qué le provocaba la extracción a su... anfitrión?

LeBov sostuvo en alto una de mis mejores páginas en letra cuneiforme, algunos paneles presargónicos que había escrito acerca de un cuerpo de agua venenosa en el inframundo. Experimentando con uno de mis esquemas esópicos.

—¿No se te ha ocurrido que estas cosas resultan inútiles si la gente no puede descifrarlas? ¿Que les estás dando escritura cuneiforme a gente que apenas lee el inglés?

—Sí, lo pensé. Precisamente en el momento en que comenzaste a extraer fluidos de los cuerpos de los niños.

—¿Pero lo hiciste de todos modos? ¿Lo llevaste a cabo hasta el final aunque fuera evidente?

—Bueno, ¿te has parado a pensar por qué ese mismo texto, que según tú no entienden, sigue haciéndoles enfermar? ¿No te parece ligeramente curioso?

LeBov volvió a mirar su reloj. Cerró los ojos en una exagerada muestra de irritación.

—¿Has tenido la menor confirmación de que les estemos enseñando siquiera tus estúpidos alfabetos? ¿Lo has verificado?

Pensé en el tiempo que había pasado en la plataforma de observación, mirando a los sujetos que se echaban a perder bajo el calor, que salían de allí encima de una carretilla. Ante ellos llegaban carretadas de papel que se descargaba, se desdoblaba, se les plantaba delante de los ojos, y ellos se lo vertían encima como pacientes solícitos, lo escudriñaban hasta que sus constantes vitales estallaban y alguien marcaba un código. Era mi trabajo lo que les hacía enfermar, aunque yo no pudiera verlo con precisión. Tenía que ser mi trabajo lo que miraban. Pero sabía que nunca había estado sobre el terreno para confirmarlo, nunca había estado de verdad ahí abajo para asegurarme. No se me había pasado por la cabeza una vigilancia tal.

Debería haber sido un alivio, el descubrir, el considerar incluso, que yo no le había causado un dolor mayor a toda esa gente.

Pero en cierto modo no me sentí aliviado.

LeBov se puso de pie, empujó mis alfabetos hacia la basura.

—Venga —dijo—. Vamos a dar un paseo.

Me ayudó a levantarme. No me había dado cuenta de que lo necesitaba, pero al abandonar la silla me noté mareado, sentí náuseas. Sus manos bajo mis brazos parecían pinzas de metal. Volveríamos pronto y me sentiría mejor, me aseguró LeBov. Había una cosita que quería mostrarme, algo que pensaba que podría ser de mi interés.

Y atravesamos los corredores de Forsythe. Subimos por la rampa y nos topamos con el área de reuniones, pero ese espacio generalmente agitado estaba ahora vacío. Todo se hallaba en calma.

Subimos por las escaleras hasta mi ala. En el rellano pasamos a través de la puerta lateral que conducía a la plataforma de observación, donde únicamente había estado acompañado de una muchedumbre de científicos, observando las pruebas que tenían lugar abajo.

Una vez más, no vi a nadie. Tan solo un procedimiento de descontaminación en el patio, un hombre hecho un ovillo bajo la severa administración de la manguera.

Aquí intenté subir un peldaño que no existía y me tambaleé. LeBov estiró los brazos para sujetarme, pero me caí y, por algún motivo, no pude apoyar las manos a tiempo.

Mi cara se estampó indefensa contra el suelo.

Me incorporé con dificultad pero me bamboleé otra vez, me incliné hacia un lado y volví a caerme. Las paredes daban vueltas. Encima de mí, LeBov

me estudiaba.

—Es algo en lo que estamos trabajando —me alargó la mano—. Hay algunos detalles relacionados con el equilibrio que tenemos que modificar.

Me levanté sin su ayuda pero, mientras caminábamos hacia la plataforma de observación, me cogí de su brazo por si volvía a caerme.

Seguíamos estando solos. Desde el momento en que dejé la habitación con LeBov no habíamos visto a una sola persona más.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Este lugar no me interesa antes del toque de queda. El trajín y todo eso. El contacto humano. Lo encuentro molesto. Es más agradable que no te vean, ¿no crees?

La verdad es que no parecía agradable.

De la nariz de LeBov cayó un hilillo de sangre y él lo capturó con un pañuelo. A continuación, el pañuelo se ennegreció, comenzó a gotear.

Se rio, levantó la cabeza para detener la sangre, que corría por un sendero desde el pañuelito hasta su muñeca, y seguía por debajo de la manga.

—Venga —dijo a través de la mano ensangrentada—. Hay algo que quiero mostrarte.

Reparé en que las manos y muñecas de LeBov tenían quemaduras graves. Sería por el gel del oyente que me robó.

Tomamos un corredor que yo no había visto antes, pasamos a una habitación lateral que albergaba una angosta escalera de caracol, y a continuación descendimos varios pisos, hasta que la luz se contrajo, como si nos llegara desde arriba a través del ojo de una aguja, antes de desaparecer por completo y encerrarnos en una oscuridad total. Me abracé a la barandilla, di pasos cortos y mantuve la mirada baja. Algo había revuelto mi sentido del equilibrio y notaba el error en la cabeza.

Al pie de las escaleras atravesamos una puerta doble, seguimos avanzando por varios corredores más que en un principio creí pintados de color marrón, pero cuando me acerqué a ellos vi que los muros eran de vidrio, que aguantaban el peso muerto de auténticos riscos de arcilla ahí fuera. Estábamos bajo tierra, en el pasillo de un sótano que se adentraba en la compacta profundidad del terreno.

LeBov abrió una puerta alta y entramos en un espacio que, de buenas a primeras, me pareció vacío por completo.

—Bienvenido a casa —dijo, e hizo un gesto indicándome que entrara.

La habitación, de suelo y muros de piedra, tenía varios pisos de altura. En el centro, alineado entre mesas de trabajo y pequeños generadores, había un

agujero. Un perímetro de reflectores volcaba un lamentable estallido de luz hacia su centro, por lo que parecía iluminado desde abajo. Y en la boca del agujero se presentaba la más hermosa de las visiones: un ramillete de cables de color naranja brillante, que parecían arquearse desde el centro mismo de la tierra.

Me negué a mostrar reacción alguna.

Habían encontrado su propio agujero judío y, por lo visto, habían estado trabajando en él con fuerza y constancia.

LeBov dijo:

—Bueno, ¿qué te parece?

Me acerqué al borde del agujero, miré hacia su interior. Ahí abajo habían esbozado una especie de andamio, reforzando los laterales desmigajados del orificio con módulos largos y combados de dos por ocho. Una escalera de ancho doble, con huellas negras de manos manchando sus peldaños, desaparecía en las profundidades del hoyo, y una trenza de cables acompañaba las líneas de transmisión de color naranja en su descenso.

¿Había existido alguna vez una cabaña sobre ese agujero, antes de que se convirtiera en un instituto? Observé por encima del hombro a LeBov, que admitió mi mirada escudriñadora. Qué curiosa casualidad, que tuvieran uno de estos allí.

Puse mucho empeño en no mostrar el menor interés por los cables de color naranja. No les dediqué una segunda inspección, no me agaché junto a ellos para examinar siquiera si las conexiones habían sido convertidas al estándar judío. Aquellos eran más gruesos que los cables del techo del ala de recuperación. Más gruesos y en mayor cantidad. En lo que a mí respectaba, los cables estaban ocultos a plena vista y era perfectamente normal que unos transmisores de ese grosor brotaran de la tierra, procedentes de alguna fuente desconocida y muy lejana.

Una lona ante nuestros pies se retorció como si quisiera dejar escapar algo de su interior.

—¿Eso es un globo? —pregunté.

LeBov tardó en contestar, tocó la lona con la punta de la bota.

—Todavía no —dijo.

En el espacio por encima del agujero habían recortado algunos de los pisos más altos del sótano, con lo que la estancia se veía ahora abovedada, como un claustro gigantesco pero sin ventanas.

Una de las paredes, en cualquier caso, estaba dedicada a algo que me cuidé de no mirar con detenimiento. Era una colección de oyentes, quizá unos cuarenta, pegados a un tablero de contrachapado. Diferían en sus formas y tamaños. Algunos relucían, otros estaban secos y encogidos. Eran lóbulos, u orbes, o tenían forma de extremidad. La mayoría eran de un color marrón oscuro. Un raíl situado sobre el tablero los rociaba con algún fluido y esa nube que les caía encima los mantenía húmedos. Debajo de cada oyente serpenteaba un fragmento de fino cable blanco y todos ellos se unían en un dispositivo a los pies del tablero, desde donde se trasladaban hasta una especie de mesa cubierta por una manta negra.

El muro de oyentes palpitaba, generaba un zumbido grave y oscuro. En la fila superior, hacia la mitad, estaba el mío, pálido y arrugado, como una uva pasa descomunal sobre la que hubieran tirado cemento.

Le di la espalda.

—Bonito agujero —dije.

—Correcto —coincidió LeBov—. Nosotros también lo pensamos así.

Caminé de regreso hacia la puerta.

—¿Puedo volver ahora a mi labor?

—Bueno, por eso te he traído aquí. ¿Qué te parecería que este fuera tu nuevo lugar de trabajo?

—No, gracias —contesté—. Me gustan las vistas de mi despacho. Esto es un poco oscuro.

Me imaginé aquel inmenso espacio lleno con el gel del oyente, LeBov y yo nadando en él, dando vueltas mientras intentábamos estrangularnos el uno al otro, antes de asfixiarnos y hundirnos. Era como un acuario enorme y desecado, el tipo de lugar cuyo fondo no se debería recorrer a pie. Y luego estaban los oyentes marrones, palpitantes, como una colección de hígados humanos. Quería salir de allí.

Intenté abrir la puerta, esperando encontrármela atrancada, pero se abrió y salimos de nuevo al corredor.

LeBov se mostraba relajado, como si me estuviera invitando a unirme a su equipo de *softball*.

—¿Entonces nos ayudarás? —preguntó—. Podría ser un proyecto interesante.

—Creía que ya tenías lo que necesitabas. Lo dijiste tú mismo. Lo que me arrebataste antes de partir.

Recordé el oyente perforado, goteando por sus muñecas mientras él se retorció para entrar en el agujero. Junto a las quemaduras, podía haber sido el

motivo de las hemorragias nasales.

—Bueno, yo también lo creía. Pero no fue así. Tu oyente se ha puesto tozudo con nosotros. Por eso necesitamos tu ayuda. El dueño original de la cosa, ciertos derechos administrativos, la capacidad para modificar la propiedad del modo que necesitamos. Hay algo en tu gente que actúa como catalizador.

—Mi gente. Qué frustrante para ti dar con algo que no puedes controlar. Pero no estoy seguro de entenderlo. ¿Por qué no me obligas?

LeBov cayó en un ataque de tos.

—Esa es una muy buena pregunta —dijo, una vez recuperado—. Es uno de mis temas preferidos. Nuestros estudios demuestran que la coerción presenta un historial de resultados bastante pobre. De otro modo, por supuesto que lo haríamos.

—En ese caso, no, gracias. Pero agradezco la oferta.

—Esa no es la historia completa —dijo LeBov, y yo pensé: «Lástima. Nunca lo es».

—Vimos lo que hiciste con el cable ese nada más llegar aquí, tu pequeño acto de ventriloquia. Nos pareció enormemente interesante, y fue el motivo por el que te sacamos del aislamiento. Canalizaste una oración que ninguno de nosotros había escuchado antes.

—¿Me estabais observando?

—Sí, por desgracia. Y hemos intentado replicar tu trabajo conectando cables a bocas judías, a maniquís, a cualquiera, pero nadie ha mostrado la conductividad que tú pareces tener. Hay algo en tu boca que nos gustaría estudiar. Y esa oración que transmitías, esa oración ni siquiera... existe. No hemos encontrado ningún registro de ella. No es una oración real, lo cual nos confirma que ahí afuera hay algo de lo que tenemos que oír más. Necesitamos tenerte conectado aquí.

—¿Quieres clavarme a tu tablero y usarme como oyente?

—Bueno, no si tú no quieres.

—Vale, porque no quiero.

LeBov miró su reloj.

—¡Ups! Será mejor que te llevemos de vuelta.

Aquellas no fueron las últimas palabras sobre el agujero, obviamente. La levedad de LeBov sobre el tema resultaba insoportable. Pero no volvió a sacarlo esa noche y parecía tener prisa por librarse de mí.

Cuando regresábamos a la escalera en espiral, LeBov se detuvo ante una puerta y miró a través del ventanuco.

—¿Qué hay ahí? —pregunté.

—Míralo tú mismo —dijo, haciéndose a un lado.

Dentro había niños, sentados en filas, como en un aula, pero no se trataba de un aula, sino de una especie de sala de hospital. Los niños dibujaban, algunos leían. Otros tenían la mirada perdida en un televisor.

Cuando vi los carritos médicos, los tubos, al técnico con mascarilla que se inclinaba hacia uno de sus sujetos, que le sonrió mientras la aguja se cernía sobre él, me volví y me alejé caminando. Quería salir de allí y no iba a esperar a LeBov.

LeBov comenzó a reírse. Una carcajada femenina, como la de un gato mientras lo asesinan.

Se colocó a mi altura y regresamos a la escalera.

—¿Debería felicitarte? —le pregunté.

—Me temo que no deberías.

LeBov deseaba ser felicitado. Parecía tan orgulloso, jovialmente indiferente a mi indignación, casi complacido por ella.

La manera en que cosecharan el suero no debería haberme importado. Pero tenía preguntas.

—Y a los sujetos de estudio. ¿Por qué no les administráis el suero de los niños?

Se rio.

—¿Sujetos de estudio? Joder, ¿me estás tomando el pelo? ¿Así es como los llamas, en serio? No lo malgastaríamos con ellos. Es demasiado precioso, demasiado difícil de, em... hacer.

LeBov entrecerró los ojos.

—Bien, ¿y por qué están aquí? ¿Cómo logras que se sometan a los ensayos?

Pensé en la muchedumbre sin fin que clamaba para que les dejaran entrar en Forsythe.

—Malgastas tu cerebro en minucias. Ellos quieren estar aquí. Se llama elección. Llegan de todas partes y nos suplican que les dejemos entrar. En realidad, tenemos un problema de seguridad. Hay demasiados. Si no padecieran de esa falta de inspiración colectiva, si no fueran tan indeciblemente —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— estúpidos, podrían lanzar un ataque bastante efectivo contra nosotros.

—Ya.

—Claro que las fotos que hemos recolectado de sus hijos no nos hacen ningún daño. La foto de un niño es un arma tan extraña y poderosa... Las

fotos familiares son curiosas. A veces resultan el material más aburrido del planeta. Literalmente. No hay nada que provoque tanta agonía como la foto de la familia de otra persona. Lloro de aburrimiento ante la visión de esas cosas. Casi cabría utilizarlas como medicamento para provocar la indiferencia. Y, aun así, si le muestras una de esas fotos al padre que, de momento, ha perdido el rastro de ese niño, o incluso al padre que lo ha entregado voluntariamente a la custodia médica de uno de nuestros autocares, y le sugieres, a través de gestos, porque el lenguaje de mierda mataría a esos padres ansiosos y miserables, que quizá sepas su lugar actual de residencia, bueno, entonces esa foto se convierte de repente en lo que aquí llamamos un elemento espectacularmente ventajoso. Moneda de cambio para la era de la mudez. El nuevo dinero. Es una economía bastante sencilla.

Mientras subíamos por la escalera, la nariz de LeBov comenzó a sangrar de nuevo. Y, mientras recoríamos apresuradamente el corredor estrecho, su aliento se volvió húmedo y desagradable. Nos detuvimos para descansar y al toser expulsó una sustancia fangosa que recogió entre sus manos a la vez que murmuraba algo. De nuevo me abracé a la barandilla, cerré los ojos ante las paredes que daban vueltas y continué.

Me liberaron en el piso de arriba esa misma noche, algo más tarde. A medida que la última protección del suero se desvanecía en una efervescencia, me sentí hambriento y desorientado. Me encontraba de regreso en la tierra de los mudos y eso me tranquilizó.

Bajé al entresuelo y corrí al puesto de café con la esperanza de encontrar a Marta, o a cualquier otra persona. Por nada del mundo iba a pasar la noche solo. Le habría dado el toque al anciano de los ensayos si él me hubiera aceptado. Le habría guiado a mi habitación, le habría quitado la bata y habría intentado hacer cualquier cosa con su cuerpo para salirme con la mía hasta que él se arrastrara lejos de mí, fruto del agotamiento.

No quedaba nadie en el puesto de café. Los científicos ya se habían emparejado. O «entriplicado». Habían regresado a sus habitaciones para cuidar de su sentido de la particularidad y para poner en orden cualquier debate que mantuvieran consigo mismos pretendiendo que lo que pensaban, lo que sentían, tenía algún tipo de valor.

Yo volví a mi habitación, cerré la puerta y sufrí el largo y violento ataque de prevención que vino para ocupar el lugar de otra noche de sueño. Esperando. Pensando. No durmiendo. Nunca durmiendo de verdad.

Después de aquello, evité la plataforma de observación. No me gustaba unirme a los demás científicos en el paseo de la tarde, el habitual y pensativo recorrido que realizábamos con nuestros mejores cerebros mirándonos desde las alturas, atravesando el severo pasillo que terminaba en un cristal, desde donde podíamos ver a la buena gente de Rochester sangrando por la boca, temblando entre sollozos, mientras intentaban sobrevivir a la exposición de nuestro trabajo.

Tras descubrir que mis escritos recibían la clasificación previa de abocados al fracaso, que no eran compartidos en el patio o, si lo eran, se usaban con sujetos de ensayo simplemente para confirmar una certeza apriorística, la certeza de que la gente por encima de una cierta edad no podría volver a leer durante mucho tiempo el lenguaje escrito, sin importar la inventiva con que lo concibieras o destruyeras y recrearas a continuación, comencé a guardarme algunos experimentos para mí mismo, sustituyendo de forma creíble los sistemas de símbolos y los escritos que se llevaban los técnicos, mientras ocultaba cualquier cosa prometedora —el proyecto que podría sacarme de aquel centro— bajo una pila de papeles de mi escritorio.

Incluso mandé para abajo alfabetos que ya habían sido puestos a prueba.

Para el trabajo simulado, falseé las horas en que me iba a la cama. Cuando no usaba letras empapadas en tinta utilizaba objetos, huesos casi siempre, que me traían en una cesta de alambre, con un conjunto de herramientas de bruñido, abrasivos para lijar, algunas piquetas, cinces pequeños, un mazo.

El trabajo que simulaba no debía parecer demasiado *amateur*. Pensé que yo mismo podría ir al patio, en persona, y servirme de un cuchillo con hoja de gancho para rebanarme un terrón de piel y a continuación pasárselo a algún sujeto, un lenguaje del cuerpo, trozo a trozo, hasta que yo expirara sobre la mesa.

O podríamos cometer un suicidio por cuento de hadas. Expedirle una historia clásica a cada uno de los sujetos, a cada técnico, que incluyera al hijo de puta de LeBov. Podríamos darle un cuento de hadas a cada persona sin nombre de Forsythe y, en el momento oportuno, comenzaríamos todos a leer nuestras pequeñas historias.

Yo ya sabía qué cuento de hadas elegiría para mi acto final de lenguaje aniquilador. Me lo sabía de cabo a rabo.

De ese modo podríamos ponerle fin de una vez a esta cosa, un final encantador, muerte por lectura. ¿Cuántas frases lograríamos meter? ¿Llegaríamos a la parte en que el lobo espera en la cama de la abuela o por entonces nos habríamos derrumbado ya fruto de la agonía? ¿Nos perderíamos lo mejor?

Era cuestión de escoger el tipo de fracaso sobre el que deseabas cabalgar hacia ese final espectacular, sangriento.

Si generaba los escritos falsos con la rapidez necesaria, y los tenía a disposición de los técnicos cuando pasaban, me quedaba el tiempo suficiente para pensar en mi trabajo de verdad, y esto, de forma inevitable, debía implicar una completa reconsideración de la escritura judía.

Rescaté del cajón la metralla del globo judío. Durante los últimos días, las letras desinfladas se habían ido secando y enroscándose las unas sobre las otras. Algunas de ellas apestaban a mar. Las extendí sobre una tabla para hacerlas revivir, les volqué aceite por encima hasta que su piel se volvió tersa, las estiré por sus extremos para romperlas, y con mi moldeadora di forma a un nuevo grupo de cubos densos, como gomas de borrar cuadradas, con los que quizá podría construir una letra judía hasta la fecha nunca vista.

Con ese material me dedicaba a alborotar a lo largo del día, realizaba bosquejos de tinta, extendía cordeles para crear diseños, producía muestras textiles de esa caligrafía y las usaba para envolver varillas de metal de diferentes medidas.

El texto, cuando lo monté sobre alfileres y me puse a experimentar con pequeñas corrientes de aire, me recordó a los pliegues del cerebro. Lo dispuse en arreglos que pudieran representar un orden razonable, la lógica propia de las palabras, pero no era el tipo de palabras que fuéramos a usar jamás.

Quizá era una tontería, pero no iba a compartirlo con cualquiera y, si no resultaba nocivo, ese era el trabajo que quería realizar, aquellas eran las letras de las que prefería acompañarme. La letra hebrea es como una forma de la naturaleza. En ella se halla el cianotipo de una flor cuyo nombre he olvidado y, si esa flor no existe aún, pronto existirá. Dicen que si tomas las veintidós letras judías y las extiendes sobre una superficie plana, las unes correctamente y a continuación las sometes a las curvas adecuadas de un tablón lleno de

alfileres, acaban trazando el plano cardiovascular del cuerpo humano. Y eso no es todo. Eso era un juego de niños.

La clave absoluta radicaba en que esa letra debería necesariamente quedar huérfana del alfabeto de fuego, resultarle tóxica y de ninguna manera ser susceptible de unirse a su sistema. No importaba lo que pudieras comunicar con ella, resultaba imperativo que esa letra jamás pudiera indicar el Nombre, o formar parte de una palabra o conjunto de palabras que lo hicieran, por más que fuera de manera indirecta. Sería la letra bastarda del alfabeto de fuego, y sabía quién sería el primero en recibirla.

Cuando los técnicos venían a por más material, apartaba ese trabajo y les pasaba algo de sintaxis dravídica. Si consideraba que necesitaban algo nuevo, les daba un poco de Foster, alguno de los lenguajes más recientes y especializados, inventados con el solo propósito de promover la duda y la ausencia de certezas.

Cuando implementaba el texto judío de forma previsible, **usándolo** en palabras ya conocidas, resultaba todavía demasiado nauseabundo. Había realizado las suficientes pruebas sobre mí mismo como para saberlo. Pero lo único que eso me sugería era que las formas estándares de comunicación se hallaban fuera de mi alcance.

Colgué mi letra judía secreta hecha de palos, amplié la abertura del estenoscopio sobre las palabras de prueba. Aquellas eran palabras que no estaban siquiera claramente definidas y que, a mi juicio, no podían existir. Algo en su diseño, en la manera precisa con que los detalles de las letras convergían al unirlas, se fusionaba con tanta rapidez para formar un emblema tóxico que me generaba un escalofrío instantáneo de comprensión.

Pero esa comprensión no llegaba acompañada de ninguna demolición. Nada disparaba mi reflejo nauseoso. Sentía una leve repulsión, eso era todo.

Y eso era lo que buscaba. El aspecto que nuestro viejo y venenoso alfabeto debía tener para un animal. Escasamente prometedor, falto de interés. Si no podía ser devorado o follado, ¿qué otro uso se le podía dar? Yo ansiaba esa ambivalencia. Tenía un punto de partida. Al estudiarlo, al mirarlo desde todos los ángulos, me quedaba indiferente, impasible. Simplemente no me importaba. Aquello representaba, si se me permite la frase, todo un descubrimiento.

Ensanché el agujero del estenoscopio, permití que una mayor cantidad de lenguaje llenara mi campo de visión. Y a diario —nunca antes había utilizado

o pensado siquiera esta palabra, joder— me regocijaba, porque al observar lo que aquel alfabeto hacía posible, cuando escribía con él corteándolo a trozos y utilizando sus partes, omitiendo con él las vocales y algunas consonantes cruciales, cuando escribía con él palabras seguras y a continuación las empleaba en ristras de palabras que por muy poco no conformaban frases, la enfermedad no me cegaba hasta el punto de hacer que me cayera desmayado sobre la silla.

Con el nuevo paradigma caligráfico judío, comencé a trabajar en un no-alfabeto, un sistema que orbitara en torno a ese símbolo que jamás podría ser usado en una palabra, una letra que no existía todavía, una letra cuya existencia se veía apenas insinuada por el resto de letras. Esa letra podía recibir y rechazar ornamentos con fluidez, ser dispuesta por capas u ocultada, abrirse bruscamente y descargarse, y en último término verse disfrazada por completo, pero aún me faltaba completar las instrucciones, de hecho aún no le había prestado ese símbolo a ningún vocabulario, cualquiera de los sujetos de prueba lo vería y le sonaría demasiado parecido al alfabeto que ya nos había hecho enfermar. No es que estuviera planeando mostrárselo a nadie. Aquello me lo iba a guardar para mí mismo. Para mí mismo y quizá para otra persona.

Harían falta redundancias y sinsentidos, ligaduras que no expresaran más que ruido para suavizar la aspereza del significado, extenderla, disfrazarla. Lo veía como una capa de espuma que debía añadir a mi sistema, un agente encubridor. Me pregunté si este podría ser desarrollado en el cuerpo de una persona, activarlo mediante el tacto, mediante la ausencia de tacto. Eso había que probarlo también. No entendíamos con precisión cómo controlar qué símbolos se percibían como un sinsentido y cuáles de repente pasaban a significar algo. De hecho, no entendíamos nada.

Cuando terminé el primer prototipo, una letra inflable a la que le había aspirado el aire para que tuviera el aspecto de un edificio en miniatura que se hubiera venido abajo, mi idea sobre lo que le había faltado al alfabeto judío durante todo este tiempo, me di cuenta de que involuntariamente había construido un artefacto que era, por lo menos en su apariencia si no en su función, casi idéntico a algo de nuestra cabaña judía, un objeto que nos habían confiscado. El oyente, la «Boca de Moisés». Pero en tamaño pequeño. Como un bebé. Recién llegado a la vida. Al fin había dado con mi apaño. Podía ocultárselo a los hijos de puta que pretendían hacer un mal uso de él.

Me lo guardé en el bolsillo y salí.

Pocos días después de mi encuentro con LeBov, y de mi primera dosis de la sustancia química infantil que desencadenaba breves accesos de habla y de comprensión libres de enfermedad, salí de mi despacho, doblé una esquina y súbitamente caí en la emboscada de uno de sus secuaces. Alguien que llevaba la cara cubierta me abrazó y sentí fluir la fría poción en la parte baja de la nalga.

LeBov me esperaba en el sótano, junto a la puerta que daba a su agujero judío. Le asistían varios técnicos escondidos tras gafas de protección, con las cabezas tapadas por retales de color carne. «Las tiras suficientes de espuma aislante como para cubrir a un hombre de gran tamaño».

Sobre el cuello de LeBov, un vendaje manchado de color marrón se estaba despegando, amenazaba con caérsele de la herida.

LeBov quería saber si había cambiado de idea, si estaba sopesando la posibilidad de ayudarles.

El fluido de la inyección estaba activado y me recorría por entero como si me hubieran disparado un fogonazo de electricidad. De inmediato percibí que aquella dosis del fluido infantil era diferente, que le habían echado algo áspero, un balasto de anfetamina, un agente anestésico. Habían estado manipulándolo, probando versiones beta.

Mis recursos discursivos habían regresado. Comencé a sentir un zumbido en la cara, y solo hablando podía aliviarlo. Esa medicina no parecía limitarse a permitir el lenguaje, lo reclamaba.

Miré a través de la ventana hacia el espacio frío y abovedado donde se hallaba el agujero.

Habían atado una cosa de color rosa a un poste, flotaba fuera de mi vista. Parecía una persona planeando en el aire.

LeBov me preguntó:

—¿Te apuntas?

—Debes de tener a otros —respondí.

LeBov dijo:

—Así es. A nueve. Forestales. Ya los conocerás. Son una gente encantadora, y tu participación, como se suele decir, redondearía las cosas

agradablemente.

Eran nueve. Yo sería el décimo. Alguien había hecho los deberes con sus lecturas, un pequeño procedimiento judío de nivel elemental, publicitado al mundo por nuestros sagaces antepasados únicamente para confundir a los curiosos. Me dejaba pasmado que la gente esperara que compartiéramos nuestro texto sagrado, nuestras normas y rituales, con cualquiera^ incluso entre nosotros mismos. Compartir. Qué error tan trágico. Mientras que el resto de religiones suplicaban que la gente se les uniera, jorobando a los insumisos hasta que se rendían y juraban devoción eterna hacia sus principios, nosotros nos dedicábamos a repelerlos, erigíamos barreras alrededor de nuestras creencias. Así es como yo lo prefería. Y LeBov había mordido el anzuelo. El así llamado *quorum* de diez judíos que se requería para arrancar el culto de la forma apropiada. Esa norma era uno de nuestros mejores señuelos, una chorrada ridícula. Me maravilló lo fuera de juego que estaba. Quien se hallara al mando de Forsythe pensaba que una tradición judía, para empezar inventada, les ayudaría a descifrar la transmisión, un acto de rigurosa dificultad que no estaba ligado a creencias místicas de ningún tipo.

—¿Crees que un minián te ayudará con esto?

LeBov tosió con una fuerza horrible, mientras los técnicos impedían que se desplomara. Tenía la camisa empapada en sudor.

—Bueno, dímelo tú —contestó jadeante—. Ilumíname, por favor. Dime qué me podría ayudar. Estoy a tu merced.

Aparté la mirada de él y dije:

—Ojalá fuera así.

LeBov les hizo un gesto a sus técnicos para que se marcharan, pero estos no lo hicieron, se limitaron a dar un paso atrás mientras seguían sosteniéndolo.

—Te propongo algo —dijo—. Vamos a ver una cosa.

Me quedé callado. Las exposiciones orales de LeBov tenían sus inconvenientes. La última vez que se había ofrecido a mostrarme algo fue una habitación llena de niños a los que les absorbían la esencia para meterla en una taza que sería puesta a hervir en algún lado y convertida en un agente liberador del habla. Una esencia que ya me habían metido dos veces a la fuerza en el cuerpo. No había llegado a ver lo que sucedía con aquellos niños cuando se les acababa de extraer el fluido, y tampoco lo deseaba. No estaba muy seguro de querer ver nada nuevo de lo que aquel hombre quisiera compartir conmigo pero, a pesar de mí mismo, ya estaba siguiendo sus pasos.

Subimos un nivel y nos detuvimos ante una ventana baja, a la altura de los tobillos. Tenías que agacharte para ver a través de ella, tenías que aplastar un lado de la cara contra el frío del suelo, pero eso a LeBov le requeriría demasiado esfuerzo, así que se tumbó boca abajo, puso la cara frente a la ventana y me invitó a unirme a él. Era como si los dos estuviéramos probando una cama en unos grandes almacenes y el cabezal fuera una ventana donde contemplar lo que había al otro lado.

Juntos nos pusimos a observar el interior de una habitación húmeda, de piedra, que retenía a un grupo de gente que parecían ser sujetos de estudio, al menos en potencia. El suministro de sujetos de estudio que aparecía por Forsythe parecía inagotable, y ahí teníamos un tanque de almacenaje más. Ese grupo no era diferente de otros que yo hubiera visto, lo cual me hizo sentir alivio; por lo menos, ese día no iban a mostrarme una imagen horripilante. Sabía que debía sentir pena por esa gente, pero había tantos, mostraban tal conformidad, que hacían que la simpatía se me hiciera difícil. La gente a la que mirábamos hoy a través de esa ventana baja había pasado aparentemente por la mayor parte del proceso de admisión y estaba allí en espera de las últimas duchas para descontaminarse.

Cada cierto tiempo, un chorro de agua hacía temblar la habitación, y aquel a quien le tocara el turno daba un paso adelante, se retorció bajo la espuma.

Dentro de ese grupo, acurrucada contra la pared del fondo en espera de su tanda, estaba Claire, mi esposa.

Parecía tranquila, incluso satisfecha, como si estuviera esperando en un banco a que abrieran las puertas de la sala donde proyectaban una película que le apetecía ver.

Intenté dar vida a los meses que habían transcurrido desde que me fui de la ciudad, pero no logré conjurar una sola imagen de la extraordinaria narración que debía de haberse desplegado. Solo podía verla jadeando boca arriba en el bosque, pisoteada por un niño montaraz, o rascando con las uñas en la puerta de casa mientras Esther y sus amigos ladraban sonidos de lenguaje debilitante en el interior. No lograba conjurar su imagen en ninguna versión funcional, formas en las que podía haberse fugado, huido, la habilidad —había estado tan enferma— que le habría requerido por de pronto sobrevivir, y a continuación recorrer todo el camino que la separaba de Forsythe.

—Pues eso —dijo LeBov—, que la trama se complica.

—La trama es una mierda.

—Bueno —contestó él, como si el debate fuera posible.

—Continúa —dije—. Esta es la parte en la que me explicas con todo lujo de detalles el chantaje.

LeBov internalizó mis palabras, dijo:

—Pero parece agotador. ¿De verdad tenemos que hacerlo?

En la habitación de piedra, Claire había dado con un amigo contra el que acurrucarse. Parecía un tipo agradable, no tenía pelo. Ahora no estaba gordo, pero probablemente lo había sido, porque le sobraba demasiada piel por todos lados, la piel le colgaba. Supuse que eso significaba que había tenido problemas para encontrar comida. Llevaba unas enormes gafas de mujer y me pregunté si habría estado deambulando por ahí con la expectativa de ser asesinado. Había aceptado a Claire entre sus brazos como si fuera una mascota, le acariciaba el pelo. Quizá la estaba protegiendo.

—¿Qué le has contado? —le pregunté a LeBov.

—Bueno, no me costó demasiado. En realidad, no hubo que contarle nada. No me extraña que se casara contigo. Cree que tenemos a Esther aquí dentro. Le enseñé una foto. Otra vez las fotos de familia. Ni siquiera estoy seguro de que fuera una foto de tu hija. ¿No será que tu esposa tiene debilidad por los niños en general?

Le pregunté, en voz baja:

—¿Y tienes a Esther aquí dentro?

LeBov sonrió.

—Es impresionante lo que la gente puede llegar a creer.

—¿Preferirías que no creyéramos en nada? —dije tan calladamente que yo mismo apenas me oí.

Sabía que estaba mordiendo el anzuelo. No pude evitarlo.

El hizo una pausa, lo consideró durante unos instantes.

—Bueno, eso también lo he conseguido. Lo he conseguido ahora mismo, con una parte de mis trabajadores, y lo estoy disfrutando bastante. Hago que no crean en nada. Y luego, con la gente como tu esposa, hago que crean lo que necesito, que es algo más que nada. Tampoco es tan impactante. ¿Hay algo más básico que hacer que la gente crea en algo? Hacer que la gente crea en algo es una estrategia elemental de control. Ni siquiera requiere de una habilidad especial. Deberías intentarlo. Si había alguien controlando el grifo del tanque contenedor donde Claire esperaba, yo no lo veía. Uno tras otro, los sujetos de estudio en potencia se presentaban desnudos ante el frío chorro de agua, conducían sus cuerpos sin habla ante la explosión de líquido. Pero no se trataba exclusivamente de agua, porque lo que se acumulaba en el desagüe

tenía una espuma jabonosa de color negro, una oscura infusión de burbujas que se enredaban en el suelo.

Pronto le llegó el turno a Claire. Se despojó del abrigo, se quitó el camión y, con encantadora timidez, se echó el pelo hacia atrás antes de someterse a la feroz rociada.

Era realmente adorable mi esposa.

LeBov parecía subyugado por el espectáculo de la ducha. Su boca se había quedado flácida contra la ventana, una neblina brillaba sobre su cara.

Así que le había dicho a Claire que tenía a Esther aquí, ¿y ahora Claire pensaba que solo tenía que entrar y llevársela? Se me hacía difícil pensar que la tozudez de Claire hubiera sobrevivido a los últimos meses, que no se hubiera plegado en lo más mínimo a la aplastante realidad. A estas alturas, Esther ya sería demasiado mayor para sus propósitos. En Forsythe, los adolescentes estaban al borde de la enfermedad, pero no había forma de que Claire lo supiera.

O sí que había formas de que Claire lo supiera, muchísimas. Debería haberme recordado a mí mismo que no debía creer que disponía de una perspectiva ventajosa en esa situación. «Aquello de lo que estés más seguro es lo que te destruirá», dijo el rabino Burke una vez, hacía mucho tiempo. Yo me burlé. Sonaba al mantra de un profesor de instituto que traficara con fragmentos de sabiduría inútil en los que nadie más creía.

Desnuda, Claire se metió tras una cortina.

—Y ahora, ¿cuáles son tus planes para ella?

—Nos servirá como probadora asociada —contestó LeBov, aburrido.

Hizo un movimiento hacia sus técnicos y estos le ayudaron a levantarse.

Fingí que sabía a qué se refería, y él me pilló intentando descifrar lo que había dicho.

—¿Pensabas que no los tenemos clasificados?

—¿Importa algo lo que yo piense?

—Ahí llevas razón —admitió.

Y pasó a explicarme que ese tipo de sujetos de estudio no iba a morir de inmediato. Claire sería expuesta a materiales que no habían sido descartados formalmente, textos, discursos históricos pronunciados en un amplio espectro de acentos, lenguajes combinados con los sonidos de ambiente de una habitación en umbrales subvocales, si bien las perspectivas eran...

LeBov no acabó de decir cómo eran las perspectivas de Claire.

—Es posible que hasta llegue a leer alguno de tus graciosos alfabetitos. Qué agradable reencuentro será ese. ¿Quizá deberías mandarle algún mensaje

codificado? «Querida Claire, ¿cómo te encuentras hoy? Yo estoy bien. Este escrito, por cierto, lo he hecho yo mismo. Y... acabará contigo. Con amor, Sam». Resulta que, después de todo, no es demasiado tarde para pedir perdón. ¿Cuál es el jeroglífico para expresar «Lo siento»? De hecho, arreglémoslo para que sea así —dijo LeBov.

—¿No te gustaría echarle el cierre a las cosas?

Se rio.

LeBov se deleitaba con la confusión retórica. Disfrutaba no nombrando las cosas, no hablando siquiera de ellas. Noté su placer al negarse a especificar lo que evidentemente tenía en la cabeza. En realidad, ni tan solo decía lo que decía. Por el contrario, había dado con una forma de hacer que pareciera que era otra persona quien lo decía, alguien a quien él menospreciaba. Él era tan solo el recipiente, violado bucalmente y obligado a canalizar las palabras de un invasor. Ese tipo de ocultación debía generar tensión, establecer el misterio. Hablábamos en código, pero nadie nos escuchaba, y ya no conocíamos el lenguaje original al que nuestras sutilezas se verían traducidas. Ahora sí que estábamos atrapados definitivamente dentro del código. Un lenguaje dos veces extirpado, pisoteado, hervido hasta formar una pasta con él, y untado sobre el cadáver de un animal.

Volvimos junto a la puerta del agujero judío de Forsythe.

Pensé en Claire cubriéndose con la bata que les entregaban a los sujetos, pasando a la última línea de procesamiento, esperando junto a los demás. Pensé en ella ahí, de pie, echando de menos a su hija, con un aspecto exterior sólido e indiferente, pero echando de menos a su hija de una forma tan inmensa que tendría miedo de que se le notara, se le notaría y entonces ella haría algo mal, algo que tan solo conseguiría perjudicar sus opciones de ver a Esther de nuevo, así que se abrazaría a sí misma con más fuerza, endurecería la mirada, borraría cualquier señal de deseo, de interés, de todo. Esa eliminación de la propia apariencia, ¿cómo podía no ir calando hacia las entrañas, al menos ligeramente? ¿Por qué tratado se acaban separando esos dos territorios, la dura determinación de nuestro exterior y el terrible desastre de nuestro interior?

Me imaginé a Claire yéndose a la cama esa noche. Ni siquiera sabía dónde dormían los sujetos, ni bajo qué condiciones, pero eso tan solo lo empeoraba todo. No podía estar bien, a esa gente no le iban a proporcionar una cómoda habitación de hotel. Se iría a dormir esa noche, pensé, diciéndose a sí misma «Mañana, mañana iré a donde estén los niños, y me llevarán donde está mi Esther, y entonces, y entonces...». Y quizá Claire se quedaría dormida antes

de cuadrar los detalles, porque esos detalles no podían ser cuadrados. Quizá no sería demasiado dura consigo misma al darse cuenta de lo poco que sabía y de lo poco que se había preparado con antelación para todo aquello.

Retorne con mayor seriedad la propuesta de LeBov de que cambiara de atribuciones laborales.

—¿Y a uno lo medican para ese puesto, para fisgonear en ese agujero?

LeBov detectó el desplazamiento en mi resistencia. Le vi la mierda en los ojos, la mierda que aparecía en ellos cuando sabía que se estaba saliendo con la suya. Le llenaba los ojos y una parte se le extendía hacia la cara, y pese a tener los dientes ennegrecidos y una herida ulcerosa en el cuello, pese a que era dueño de la peor y más aterradora tos que yo hubiera oído jamás, me dedicó una radiante sonrisa de placer.

—Alguna vez, en teoría, te podrían dar el suero, pero dependerá de algunas cuestiones de suministro. De suministro y de prioridades.

—Vale, quiero ser excluido de los ensayos médicos. Puedo hacer mi trabajo sin hablar.

—Pero es que no puedes —dijo LeBov—. En serio, ¿de verdad son esas las condiciones que ampararán el progreso científico, trabajar en silencio en una habitación en silencio con unos capullos que pasarán a tu lado en silencio y que no podrán contarte lo que el fracasado en la otra punta del pasillo está haciendo en silencio, o ni siquiera decirte que lo que acabas de hacer, lo que has intentado que pasara por una investigación adecuada, es un ejemplo más de ese trabajo fracasado hecho en silencio que no representará más que un contratiempo para todo el mundo? ¿No te parece difícil ser productivo cuando no puedes comunicarte con nadie?

LeBov hizo una pausa, fingió que reflexionaba.

—Ah, claro. Tú no eres para nada productivo.

Los componentes químicos del suero infantil me habían dejado un sabor a bayas en la garganta.

—No permitiré que me suministren ese líquido —dije.

—¿A sí? Sin ese líquido ni siquiera serías capaz de decirme que no lo quieres. Estoy seguro de que ves dónde radica el problema.

Guardé silencio.

Sobre ese líquido, LeBov señaló que los niños no estaban muy contentos de separarse de él. Lo que quedaba cuando se había extraído la cantidad suficiente de ese líquido —no me ofreció datos específicos— era una persona que no era del todo un niño, que no era del todo nada. LeBov dijo que podían existir capacidades, o talentos, para esos niños que habían pasado por el

procedimiento, pero que estos se hallaban aún, y aquí hizo una pausa, «por descubrir».

—Quizá podrías escribirles historias. Aún pueden leer. Quiero decir que no les arrebatamos la inmunidad al lenguaje. Pero sus niveles de comprensión son bastante reducidos. Hemos descubierto, no obstante, que la gente con niveles muy bajos de comprensión, gente que no lograba comprender las cosas, no enfermó con tanta inmediatez cuando la toxicidad comenzó a golpear. El que tu esposa se pusiera enferma más rápidamente que tú significa que comprendía más cosas. ¿Te suena? Algunas personas bastante inteligentes murieron en el acto. Estuvo bien. Despejaron el terreno para que un montón de personas menos inteligentes se adueñaran de él.

—¿No puedes duplicar ese líquido en el laboratorio? —pregunté—. ¿Hacer una versión sintética?

—Pruébalo tú mismo —dijo.

Hizo un gesto de dolor, se tocó suavemente el vendaje del cuello.

Ojalá lo hubiera dicho en serio. Por el contrario, iba a probar con algo que a juicio de todos resultaba fútil. Y yo no deseaba seguir haciendo eso.

Le pregunté quién más usaba ese líquido, qué otros efectos secundarios tenía.

—¿Qué pasa, que ahora estás en el equipo? ¿Formas parte del círculo de allegados? ¿De verdad crees que puedes ser un LeBov? Si quieres acceso e información que ni siquiera te concierne, joder, haz lo que te pido, repárame esa mierda. Extráele algunos secretos a ese agujero antes de que le parta la cara a alguien.

El esfuerzo activó algo en LeBov, que cayó al suelo entre toses. Los técnicos se arremolinaron a su alrededor, y uno de ellos arrastró hacia él una carretilla donde había algo cubierto por una manta. Ese algo se retorció, lanzaba quejidos. Un punto de la lana se humedeció al verse traspasado por un líquido.

Pensé en Claire, cuando se despertara mañana por la mañana diciéndose «Hoy es el día», y avanzara esquivando los cuerpos de sus compañeros, que apenas habrían dormido, y alguien la guiara por vestíbulos y corredores, a través de salas y, por último, al exterior, hacia la repugnante luz del patio, donde podría al fin, y esto ella lo sabía, correr hacia Esther y abrazarla con fuerza, e incluso si no podían hablar, ¿no podrían quedarse juntas, encontrar quizá un refugio en alguna parte donde disfrutar en silencio de su mutua compañía? ¿Por qué, después de todo, querría alguien mantener a Esther alejada de ella?

Pero, por el contrario, no habría niños que le dieran la bienvenida en el patio, tan solo una mesa y una silla, y Claire se sentaría en ella mientras los técnicos se le acercaban con un sobre envuelto en papel de plata.

¿Qué habrá ahí dentro?, se preguntaría mientras los técnicos sin rostro abrían el precinto y extraían sus contenidos, página tras página, para colocarlas ante sus ojos y alejarse rápidamente en busca de la seguridad de sus habitaciones blindadas.

«Bueno, ¿y esto qué es?», se preguntaría Claire levantando los materiales.

Ahí fue cuando acepté prestarles ayuda. Me uniría al equipo del agujero, les ayudaría a reparar la transmisión, si podía, y los dejaría fisgando en aquellos mensajes —los viejos servicios judíos que ya no funcionaban— que no eran asunto suyo.

Nos llevó algo de tiempo, pero resolvimos los detalles, pulimos el chantaje de LeBov hasta que se presentó bajo un brillo repugnante.

—Necesitaré algunas garantías —dije.

—Pues claro que sí.

—Algo con lo que pueda contar.

—A ver, Sam, ¿lo quieres por escrito?

Su sonrisa reveló la aceitosa película negra que le cubría ahora toda la dentadura.

No lo quería, no. No quería volver a ver nada por escrito nunca más.

Estábamos a punto de separarnos cuando le hice una pregunta a LeBov, algo que me había estado dando vueltas por la cabeza.

Se sentó en el suelo, dando boqueadas a través de un respirador. La máscara se alimentaba de una caja de madera oscura que descansaba sobre la carretilla.

—La primera vez que te vi —comencé.

—¿El callejón de los recuerdos? —preguntó, desprendiéndose de la máscara—. ¿Quieres hablar de los viejos tiempos?

Miró su reloj y a continuación le hizo una señal a un técnico que la recibió con una especie de convulsión, doblando el cuerpo hacia dentro como si este acabara de amortiguar un cañonazo, igual que hacían esos artistas pasados de moda.

—La primera vez que te vi —continuó— te habías mareado entre los arbustos. Vomitabas. Estabas enfermo.

—Oh, los buenos tiempos. —LeBov tomó aliento de la máscara con gesto desesperado.

—¿Pero estabas enfermo de verdad? ¿Aquello fue real?

LeBov soltó la máscara, escupió en su toalla.

—A eso se le llama imitación. Mierda, lo aprendí durante mi primer año de escuela. Adoptas la conducta de tu oponente y la intensificas. Lo vi en una de esas diapositivas sobre insectos. Si es impresionable, te ganas su confianza y él piensa que ha encontrado un aliado de por vida. «¡Por fin alguien que sufre tanto como yo! ¡Un amigo!». Funciona bastante bien con los judíos, que suelen creerse únicos. Es posible incluso que lo aprendiera en el parvulario. Con la señora Krutz. Que de hecho era un genio de la hostia. Una vez, la señora Krutz...

—No te ganaste mi confianza. Yo ya sospechaba de ti. Me dabas lástima. Pero en Tower Ledge, la pareja esa a la que acosaste... ¿qué querías de ellos? ¿Qué les pasó?

—¿Qué pareja? Ha habido tantas.

Le dije qué pareja. Le dije cuándo.

—Oh, seguramente me los comí vivos. ¿No es eso lo que piensas? Cociné a esos bastardos en su salsa. ¿Te lo imaginas? Esto es ridículo. Haces las preguntas de un niño de dos años.

—¿Tenían un oyente que tú querías?

—Yo ya tenía su oyente. Había pasado algún tiempo a solas con él. Le había devuelto la forma a puñetazos. ¿Alguna vez le has soltado un puñetazo a uno? Es increíble. Es como pegarle un puñetazo a un niño. ¿Sabes? Es que es exactamente lo mismo. Su oyente está ahora clavado al tablero. Con un clavo de cobre forjado a mano, por si le queda algún residuo de corriente. Esa parte fue fácil. Guardaban su oyente en una caja de puros porque, lo creas o no, nunca salían a enlazárselo a un cable. Malos judíos. Muy malos. Habían dejado de acudir a la sinagoga. Pero sus niños, ellos fueron más difíciles de conseguir. Las negociaciones resultaron más... exigentes.

—¿Fueron tus primeros...?

—¿Mis primeros? ¿Mis primeros qué? Mi madre fue la primera, y a continuación mi padre. Y después mi hermano Stewart. Ellos fueron mis primeros. Y entonces volví a por los segundos. Porque seguía con hambre. ¿Piensas que el demonio del habla surgió de la nada hace pocos meses y barrió la ciudad de golpe? ¿Que se trata de una pequeña catástrofe suburbana?

¿De verdad es eso lo que piensas? ¿Crees que trabajo solo? ¿Crees que no existió una sola maquinaria humana de extensión global que no anticipara esta transición?

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Las preguntas retóricas, incluso con tu poción de mierda, me revuelven el estómago.

LeBov cayó presa de otro ataque de tos y, cuando volvió a ponerse la máscara en la boca y continuó tosiendo, el sonido de su carraspera brotó hueco, como un eco procedente del otro lado de los muros de Forsythe, como un código secreto compartido entre los animales del bosque.

Esa tarde, con LeBov en situación precaria, siendo atendido por esos técnicos que empuñaban mangueras y carecían de rostro, me mandaron de vuelta al recinto demasiado pronto. Antes de que me alejaran de allí bajo escolta, LeBov comenzó a sufrir convulsiones, gritó algo ahuecando las manos ante la boca, unas manos que transformaron su grito en un curioso objeto acústico, como si hubiera construido un pájaro hecho de puro sonido. De repente comencé a marearme, y uno de los técnicos cayó al suelo entre sacudidas.

Quizá lo más inteligente hubiera sido devolverme a la sala de detención y ponerme la manta sobre la cabeza en espera de que la dosis expirara. En lugar de hacer eso, me dejaron suelto por los pasillos de Forsythe, donde disfruté de la facultad del lenguaje por unos intensos minutos antes de que el fluido dejara de tener efecto, una protección que alcanzó su clímax durante mi encuentro vespertino con Marta, del que daré cuenta en un momento. Primero me apresuré a regresar a mi despacho, para poder trabajar en la letra judía a plena vista, sin el estenoscopio, sin los impedimentos de ese papel autoenmascarante que te negaba la casi totalidad del objeto. Hoy no necesitaba ninguna de aquellas precauciones. Había suspirado por disponer de esas condiciones de trabajo y no quería que se malgastaran.

Fue una decisión poco acertada.

Frente al escritorio, con la inmunidad al lenguaje llenando mis venas de gasolina, estudié la letra completa, si es que esa es una manera adecuada de describirla, pues aquello ya no era una letra, sino un conjunto de células cartilaginosas, prácticamente óseas, azotadas por el vello alrededor de sus bordes. Necesitaba de la humedad y la calidez de una mano para verse activada, al menos si yo quería salirme con la mía, y comencé a implementarla en servicios comunicativos, produciendo con ella un escrito de una «naturaleza inequívocamente personal». Como objeto completo, no oculta ya por el esparadrapo y apuntalada sobre un fondo de contrachapado, la letra me repelía, pero no le presté atención a mis propias reacciones. Mis propias reacciones, mis propias interpretaciones, mis propios sentimientos, ya que estamos, guardaban muy poco significado práctico para mí.

Quienquiera que hubiera dicho eso tenía razón.

Sin el lenguaje, mi vida interior, si esa frase seguía teniendo sentido, era apenas anecdótica, un rumor. No llegaba ni a eso. Era la colección de ruiditos que uno detectaría al colocar un micrófono frente a una piedra del bosque. Se requiere demasiado esfuerzo para adivinar la actividad que tiene lugar en el interior de las personas. Existe una razón para que este material subjetivo se halle atrapado dentro de la gente y no pueda salir. De por sí, mis pensamientos, cuando me molestaba en tenerlos, me aburrían, sobre todo al no poder ahora soltárselos al mundo a través de la boca y obtener algún tipo de respuesta por parte de la gente, así que los ignoré y me puse a trabajar.

Nunca había tenido entre las manos una cabeza reducida, pero debía de notarse así: un organismo frío y arrugado, sometido a una despiadada sesión de deshidratación y, acto seguido, machacado hasta reducirlo a un tamaño alfabético. Había letras inspiradas en partes del cuerpo, actividades, emociones, pero aquello era diferente. Esa letra, compuesta de lo que les faltaba al resto de letras judías, era una especie en sí misma, y mientras trabajaba bajo el resplandeciente escudo del suero infantil, inmune a las esclusas de la resonancia, de esa comprensión que fluía hacia mi ser de forma tan chirriante, mi letra experimental despedía el inconfundible hedor de la materia orgánica que ha permanecido demasiado tiempo al sol.

La pinché repetidas veces con una aguja. La pinché y luego la estrujé, examiné el agujero con una lupa, pero por mucho que apretara, de ella no salía ni una gota de fluido negro. Ni siquiera un soplo de polvo oscuro.

Muchas veces me atraganté con los vapores, que tan solo me confirmaron que estaba casi preparada.

El potencial aquí era el de un objeto capaz de autodisfrazarse, que podría ser usado como los lenguajes de antaño. Aunque no podía valorar su toxicidad en ese momento, puesto que yo estaba protegido por el suero, recordé que hacía unos días, sin esa defensa, las náuseas no me habían durado demasiado. Incluso sin el suero, la letra no me había dañado. Tenía que creer que ampararía alguna forma de comunicación elemental, no letal. Con o sin suero, tenía que pensar que la letra funcionaría.

Este era el falible razonamiento que ponía en práctica.

A modo de prueba, fabricaría un mensaje que Claire reconocería al instante, algo que solo pudiera proceder de mí mismo.

¿Qué tipo de zapatos lleva Rothschild?

Zapatos de oro, probablemente.

Y entonces ¿qué hace cuando llueve?

Sentía mi foco de atención claro y frío. Yo no había solicitado el suero que hacía posible ese trabajo; deseaba que nunca hubiera llegado a existir. Sin embargo, puesto que existía, puesto que alguien había descubierto que se podía pensar a un niño a fin de retomar el uso del lenguaje, no podía negar sus ventajas.

Me imaginaba a los niños renunciando a él conectados a unos tubos en una sala subterránea, o en varias salas de ese tipo, en Forsythe. Pero no solo en Forsythe, sino por todas partes, en centros de Wisconsin, Denver. Había perdido la pista de los lugares donde se llevaba a cabo el trabajo que contaba. Por alguna razón, imaginé que yo estaba a cargo de esas extracciones. Nunca había tenido demasiada disciplina en lo referente a la imaginación, y allí estaba yo, dentro de mi propia mente, dirigiendo un equipo, reteniendo a los niños, algunos de los cuales se angustiaban durante el proceso, sacando de su interior la esencia que los protegía del habla tóxica. Sacándosela para que la gente que de verdad importaba —quienes contaban con unos «objetivos comunicativos tangibles» que no tardarían en decretar, «en beneficio de todas las personas vivas»— pudiera ingerirla y seguir con sus asuntos por la vida. Se trataba simplemente de pedir prestado algo de una zona de excedentes para trasladarlo a un área de déficit.

No todo el mundo necesitaba hablar. Tendríamos delegados, elegiríamos usuarios del lenguaje. Funcionarios públicos.

La gestión de recursos supondría un compromiso, pero las ganancias podrían ser gloriosas.

Por razones totalmente ajenas a la moral, «completamente externas a las así llamadas implicaciones humanas», un sistema de comunicación alimentado por niños resultaba problemático.

Yo lo sabía. Y, aun así, cuando mi primera dosis se desvaneció, sentí que una capa de piel se me despegaba, y otra, y después otra, y fue una gran pérdida, una tristeza técnica, objetiva. No mía propia, sino una tristeza relativa a esa situación. Desprotegido, el aire fue de repente como sal sobre mi cuerpo, y las luces sobre mi cabeza eran sal, y al moverme con demasiada rapidez sentí un estallido de sal granulada con cada nuevo giro.

Una observación anecdótica, destinada a ilustrar el nivel de protección que ofrecía el suero, independientemente de su origen. Era algo exquisito, y sin él un muro nos separaría a los unos de los otros para toda la eternidad.

Si en ese momento el suero estaba en lo alto y ardía en mis venas, utilizaría sus defensas para poder afrontar finalmente mi labor con todas mis facultades en juego.

La primera vez me habían inyectado la cantidad de fluido necesaria para tolerar la sesión con LeBov, pero en esta ocasión el antídoto duró más tiempo, y me olvidé de mí mismo.

Acabé el trabajo y salí del despacho, puse a prueba mi poder emitiendo susurros personales mientras caminaba, hablando conmigo mismo en voz alta. Atravesé, provisto de un arma, pasillos y vestíbulos y a continuación el pasaje de entretenimiento, con un arma que no podía hacerme daño, pasando junto a mis colegas científicos y a los técnicos y a las mujeres con ropa de oficina blanca, algunas de las cuales tiraban de resplandecientes carretillas con el mismo tipo de cajas de roble envejecido que habían utilizado con LeBov.

En la sala de la televisión, los niños de rostro distorsionado corrieron en grupo hacia el mar y no volvieron a salir de él.

Fuera, en los monitores del recibidor, no sucedía nada. Las señales de vídeo procedentes del mundo exterior mostraban los mismos paisajes apagados. Una revelaba a un hombre que machacaba la carretera subido a un patinete de madera. En otra, un prado se extendía hacia el horizonte, interrumpido por dunas extrañas. Se trataba sin duda de refugios, pero no se apreciaba evidencia alguna de que la gente entrara y saliera de ellos, de que la gente existiese siquiera.

Un pequeño grupo de científicos permanecían inclinados junto al monitor de la cuarentena infantil, estudiaban la pantalla. Estaban allí plantados fingiendo que no tenían la esperanza de atisbar a algún niño que fuera el suyo. Estudiaban la pantalla como si su interés fuera meramente profesional, cuando en realidad eran compradores con la nariz aplastada contra el cristal del escaparate tras el que se escondía la última esperanza posible de ver a sus hijos.

Fui al puesto de café y encontré a mi compañera sexual de inmediato, y los dos nos largamos tranquilamente a mi habitación, tocándonos las manos de manera leve.

Los sufrimientos del día habían reclamado ese viaje al puesto de café. Ver cómo Claire se sometía a la secuencia de la ducha y era preparada para servir como sujeto de estudio en el centro, ver cómo sobrellevaba orgullosa la descontaminación, como si la hubieran seleccionado para una tarea especial basándose en lo singular de sus habilidades, y, aún más, el haber aceptado yo mismo cambiar de asignaciones laborales en pocos días para comenzar a ayudar con la decodificación de las transmisiones de aquel agujero judío viejo y abandonado que se escondía debajo del centro, todas esas cuestiones

me condujeron al puesto de café, donde sentí que una cita de carácter sexual resultaba apropiada.

Esa noche, con el rostro paralizado, Marta bajó el cierre de mi mono de trabajo, lo recogió del suelo y lo colocó doblado sobre la cómoda. Fue todo un detalle por su parte. Yo me dejé caer sobre la cama y observé cómo se desvestía.

Hubiera sido agradable ver a Marta sometiénndose al pitorro de la ducha lateral bajo el que preparaban a los sujetos de estudio, cuando menos porque se habría manejado con elegancia. Yo consideraba firmemente que ser pulverizado de aquella manera no representaba un tratamiento violento, sino contundente y con un objetivo específico, pero le otorgaba al cuerpo desnudo una belleza especialmente luminosa cuando absorbía las ráfagas a propulsión de los chorros de agua. Marta habría soportado el tratamiento con nobleza, y, si hubiera podido observarla tendido boca abajo en el suelo, a través de aquella ventana baja —por mucho que LeBov estuviera a mi lado, jadeando con los dientes ennegrecidos—, lo habría hecho con mucho gusto.

Durante el coito con Marta, con los restos del suero burbujeando aún en mi interior, puse a prueba el aire con una palabra.

En la cama, durante la primera parte de nuestro intercambio inexpresivo, cuando la satisfacción sexual se antojaba tan distante que ya parecía poco realizable esa noche, y poco importaban las técnicas que empleáramos, hablé por error o a propósito, o, más probablemente, fruto de un motivo ambivalente que no había sido examinado como era debido, y Marta se puso en tensión entre mis brazos, se puso en tensión y comenzó a enfriarse.

No recuerdo qué palabra dije, pero sí recuerdo lo que sentí al tener mis manos sobre Marta mientras lo decía, la experiencia del rechazo violento que sacudió su cuerpo ante la emisión de una única palabra. Fui capaz de tener su cuerpo en mis manos y hablar, y no pudo darse una demostración más contundente del modo en que la palabra emitida por vía acústica resultaba simplemente devastadora. «Un mal transmitido directamente por la boca». El modo en que reaccionó, como si le hubiera clavado un cuchillo entre las costillas y hubiera seguido empujando, cuando ya no resultaba divertido, apoyando todo el peso de mi cuerpo sobre ella.

Marta salió disparada de la cama, rodó contra la pared y se quedó quieta, jadeando. Cogió su ropa de la silla y se apresuró a ponérsela. Solo entonces comencé a percibir lo que técnicamente podía considerarse una emoción por su parte. Yo había desencadenado alguna cosa y me pregunté, hipotéticamente, qué conseguirían más palabras, una frase, varias frases, si

lograba cerrar la puerta con llave e impedirle la salida mientras no paraba de hablar sobre algún tema de mi interés, o quizá incluso si hablaba del vínculo creciente entre nosotros, ya que no habíamos hablado nunca sobre nuestra relación, ni una sola vez.

Tenía todo el poder de un niño.

Después de vestirse, mientras salía de la habitación, Marta me dirigió una mirada franca, como si sintiera curiosidad, en un sentido distante, científico, acerca de los motivos por los que yo había tenido algún interés en hacerle daño. Ya había visto esa cara antes, y no me había dado cuenta de que podía compartirse, de que podía ser utilizada por más de una persona, pero había aparecido en Claire, mi esposa, y yo siempre pensé que era únicamente suya, de uso exclusivo para aquellas ocasiones especiales en las que yo la decepcionaba. Pero al parecer se trataba de una cara a la que Marta también tenía acceso.

La pregunta que Marta no planteó —por qué le había hecho daño— yo no habría sido capaz de responderla. En ese punto, la toxicidad del lenguaje ofrecía una pequeña, decisiva ventaja. Ahora uno no tenía que dar explicaciones, inventando razones que pudieran tener sentido para alguien. Las explicaciones de todo tipo, en realidad, simplemente se habían extinguido.

Entre los muchos modos retóricos que habían desaparecido, no sentí en lo más mínimo la extinción de ese en concreto.

Durante los días que siguieron, cuando purgué por completo el suero de mi organismo, con mi inmunidad exhausta, me preparé para ser víctima de un asalto. Yo esperaba que me tendieran una emboscada, me arrastraran a alguna parte y me inyectaran aquella sustancia infame. No es solo que lo esperara. Lo deseaba.

Sucedió otra vez pasados unos días.

Cuando me quitaron la capucha, un técnico le estaba poniendo gotas a LeBov con una pera y un líquido perlado resbalaba sobre su cara. Olía a flores. LeBov se aferró a su silla como si la sustancia le quemara. Los técnicos se inclinaron sobre él, se pusieron de puntillas para hacer presión con todo su cuerpo y así poder retenerlo.

La herida que la punción dejó en mi brazo, allí donde esta vez habían introducido la aguja, mostraba ya una brillante costra negra.

Le dije a LeBov:

—¿De verdad era necesario? Hubiera venido por mi propia voluntad. Yo cumplo con lo que prometo.

Se puso de pie, tosiendo con una toalla en la boca, y me hizo una señal para que le siguiera. Fue mi primera noche de trabajo en el agujero judío.

Pero la noche antes habían sucedido dos cosas que deben ser contadas en primer lugar. Dos cosas, y a continuación informaré sobre mi cita inaugural con el agujero.

Aquella noche fui al puesto de café y le di un toque en la espalda a Marta, quizá con demasiada fuerza. No habíamos estado juntos desde que la ahuyenté de la cama con lenguaje.

Creo que le di en el hombro. No fue un golpe como para tirarla al suelo, pero eso es lo que sucedió, y no fue un golpe como para provocarle heridas, porque ese no era un deseo que yo tuviera, por más que recientemente le hubiera hecho daño mientras intentaba satisfacer una curiosidad más amplia, sino que fue un golpecito firme, como los que le das a un objeto para que se quede quieto. Un gesto de anclaje, podríamos denominarlo. Pero, cuando se lo

di, Marta se desplomó con una caída sorprendentemente ligera, ejecutada con la gracia de una bailarina.

Los demás científicos del puesto de café bajaron la mirada hacia su colega caída. Todos nosotros habíamos desarrollado, durante nuestra estancia en Forsythe, el más distante de los estilos a la hora de ejercer la curiosidad. Observábamos a los caídos con la mirada clínica de quien tasa un cuadro antiguo. «¿Qué tenemos aquí?». Si mis colegas tuvieron alguna reacción, di las gracias por no descubrir cuál era.

Marta estuvo solo un momento en la pose del desvanecimiento.

Cuando se puso de pie para unirse a mí, sin mostrar la menor señal de malestar por el hecho de que la hubieran tirado al suelo, vi que no era a Marta a quien le había dado el toque.

Era Claire.

Ahí estaba mi propia esposa, disfrazada de científico, en los terrenos de Forsythe. LeBov había cumplido su promesa. Me había devuelto a mi amor y ella estaba a salvo.

La cara de la pobre Claire era más pequeña, su pelo demasiado fino. Deseaba tanto abrazarla, llevarla ante la señal de vídeo donde creía haber visto nuestro antiguo barrio... Pero tenía un pacto que cumplir.

Cogí a mi esposa de la mano y corrimos juntos por los pasillos de Forsythe. En la puerta de mi habitación, los técnicos le inyectaron el suero y ella no chilló. Era tan valiente.

Le sujeté las manos, la empujé contra la pared. Ella no podía descubrir lo que estábamos haciendo. Se lo explicaría más tarde. LeBov me había recalcado esa necesidad —«cuando llegue el momento, debes controlar a tu esposa»— y yo la había aceptado.

La inyección tenía que penetrar por la espalda de Claire. Era el protocolo. Impedí que sus manos nos golpearan mientras los técnicos ponían la aguja a punto. Le clavé una rodilla en el trasero para que se sometiera.

En realidad, la pobre Claire no forcejeaba. Me dirigió una mirada tan llena de confianza mientras la sujetaba, una sonrisa tímida que sugería que estaba dispuesta a todo, a todo. Igual que yo, intenté responderle en silencio. Lo que hacía en ese momento era estar dispuesto a todo. «Te juro que esto lo hago por ti».

Al entrar la aguja, Claire emitió un balbuceo desde la garganta, intentó invocar una voz que se había quedado tan flácida que no podía ni gemir. Solo

fue un sonido de ahogamiento.

«Lo sé —quise decirle—. Lo sé, cariño. De veras. Lo sé».

Ya dentro de mi habitación, los técnicos enchufaron una grabadora de casete y dispusieron los auriculares amarillos sobre el escritorio. A continuación, de una bolsa de papel de aluminio que yo conocía demasiado bien, extrajeron las cintas tóxicas, la totalidad del archivo sónico que yo había almacenado en el coche. El último registro de mi hija. La voz de nuestra Esther, grabada, cuando pensaba que algún día necesitaría estudiar sus palabras para averiguar por qué no las podíamos tolerar. Ah, algún día.

Bajo el escozor de la inyección, Claire se hizo un ovillo, se retorció ligeramente en el suelo. Un técnico recogió una muestra de la espuma que le salía de la boca. Le acaricié el pelo, esperé a que abriera los ojos. «No pasa nada», es lo que no le dije.

Se podía percibir cómo el suero infantil comenzaba a activarse en su interior, una deficiencia mineral eliminada con una jeringa de color miel, y la persona volviendo a iluminarse ante un mundo que había permanecido cerrado para ella.

Los técnicos exhibían sus herramientas en miniatura, el instrumental de un dentista, de un botánico. Espejos del tamaño de una uña sobre resplandecientes varillas cromadas con los que medían la humedad de su aliento, grapas hechas con algo que tenía el color de la piel. Con un cuentagotas le echaron el mismo líquido perlado que les había visto utilizar con LeBov, pero lo exprimieron directamente dentro de su boca. Ella mamó del cuentagotas como si fuera un chupete.

Claire se sentó, se restregó la cara y, antes de que pudiera abrazarla —ahora parecía confusa y asustada—, los técnicos tiraron de mí hacia el pasillo. Me dejaron fuera de mi propia habitación y se quedaron vigilando la puerta. Tendría que sentarme ahí fuera y esperar a que Claire estuviera lista. Podía imaginármela dentro, escuchando la voz de Esther, y con eso debía bastarme.

El motivo era que yo no iba a recibir mi propia dosis. Solo Claire podría escuchar las cintas de Esther. Ese era el trato. Claire podría escuchar la voz de su hija. Por mucho que su hija no hiciera más que recitar listas, Claire podría al fin oírla sin consecuencias dañinas. Ninguna. Era todo lo que pude darle. Era todo lo que tenía.

El pacto con LeBov se iba a resolver por etapas. Si las cosas iban bien en el agujero judío, después me tocaría a mí.

«Si las cosas iban bien». Eso implicaba, aparentemente, que yo fuera capaz de emplazar el muro de oyentes resbaladizos de LeBov en su conjunto,

puesto que cada oyente fallaba cuando estaba en presencia de otro, y el problema no era tan solo de tipo eléctrico. Hacer que esos hijos de puta funcionaran a la vez. Entrelazar los cables de color naranja en una especie de hermandad femenina, y entonces premiarlos introduciéndolos en las aberturas de color marrón oscuro de los oyentes. Embutir el conducto furtivamente en la cavidad apropiada, incrementando la frecuencia de detección ¿hasta x, hasta n? Meterle a ese cable el máximo de multivibración para poder oír al rabino Cero susurrando desde su fortaleza de Buffalo.

Pero, aún más importante, dejarles que me ensartaran alambres de cualquier calibre en la boca. Mi boca ya no era mía. En adelante, mi boca les pertenecía.

Íbamos a escuchar más allá de las rudimentarias transmisiones del fraudulento rabino Burke. Menuda broma. Más allá de las mediocres jerarquías de los supuestos rabinos de clase baja, en los alcances más cercanos de la radio, para introducirnos en el terreno más exclusivo, más oscuro, de... ¿de quién, de quién?

LeBov se negaba a decirlo.

¿Porque quizá LeBov no lo sabía, joder? Porque quizá no había nada que saber. ¿No había nadie más ahí afuera? ¿Ningún rabino indeciblemente sabio, el rabino Cero, guiándonos más allá de la toxicidad, dando consejos a los supervivientes acerca de la vida que debían llevar después del lenguaje, dado que en nuestra existencia se habían apagado los sonidos humanos, y nuestras bocas habían sido incautadas, e incluso nuestras mentes, pequeñas y débiles como eran —eso no lo discuto—, ya no toleraban la comprensión de las más pequeñas cuestiones?

Y si todo eso funcionaba, no serían tan solo las cintas de mi hija lo que podría disfrutar bajo el encantamiento del suero infantil, sino que a Claire y a mí se nos permitiría abandonar Forsythe. Era la única solución que veía. La única. No quería nada de las señales de vídeo ni de ningún rabino fantasma, porque no había nada que descubrir. Menuda broma, joder. Un conocimiento así no provocaba más que dolor. Hubiera matado por saber menos de lo que sabía. Quería irme de allí de una vez. A Claire y a mí se nos escoltaría de manera segura hasta algún lugar al sur del estado. Quizá nos meterían en uno de los autocares rojos, nos conducirían a la campiña.

Dadme cuatro paredes de tierra y un tubo para respirar. Y un cuchillo. Dadme un suministro de agua. Y devolvedme a mi esposa, monstruos, hijos de puta. Aunque esté en silencio. Devolvédmela. Y prometedme que nos dejaréis tranquilos.

A menos que LeBov de nuevo no tuviera ni puñetera idea, a menos que estuviera metiéndole mano hasta el fondo a mi existencia y fuera a exprimir sus piezas hasta romperlas. Porque eso es lo que hacen las personas con nombres como LeBov. Porque devolverle el lenguaje a la gente era «solo una pequeña parte» de su trabajo. Un juego de niños, seguro. «Apaños» es lo más correcto. Porque en definitiva queda todo muy apañado. Lo suficientemente fácil como para inyectarle a todo el mundo un fluido para que puedan volver a insultarse entre sí a gritos, para que lancen sus campañas de reproches vocales. Fácil. El haría algo más. LeBov también acabaría con un sistema de creencias, eliminaría el amor del aire como si no fuera más que un contaminante atmosférico. El amor era apenas una impureza que se le podía quitar a la persona de golpe y porrazo, ¿verdad, LeBov? Con solo disponer de las herramientas adecuadas...

Tenía que creer que la ambición de LeBov se extendía más allá de mi imaginación, hacia territorios aún más espantosos. Tenía que creerlo, porque no dejaba de revelarse como algo cierto.

Al terminar su sesión con la voz de Esther, los técnicos mantuvieron a Claire monitorizada con una consola hasta que su inmunidad al lenguaje expiró. La inyección funcionaba durante una hora como mucho. No pude verla durante ese repliegue pero, a juzgar por lo agitado de los trámites que tenían lugar fuera de mi habitación, pude adivinar que estaban vaciando su equipo, asegurándose de que a su paciente no le quedara una sola palabra en su interior.

Ignoraba el método con que lo comprobaban, pero esperé que lo hicieran sin causarle dolor.

Cuando me permitieron volver a entrar en la habitación, Claire estaba sobre mi cama. Ahora, los técnicos nos iban a dejar un rato a solas.

Parecía que Claire había estado llorando, pero todo el mundo tenía ese aspecto. Las caras húmedas y rotas, los ojos enrojecidos. Todo el mundo parecía constantemente haber estado llorando hasta sacarse las entrañas justo antes de doblar una esquina y forzar una sonrisa falsa ante cualquiera a quien se hubiesen encontrado.

Cerré la puerta con llave y me acerqué a ella. Bajo las sábanas, su cuerpo estaba frío, rígido entre mis brazos, aún con la ropa puesta.

Me miró solo un instante, luego apartó la vista. Claire parecía aturdida, cansada.

Quizá había sido muy duro para ella escuchar a Esther. Quizá había oído algo —nuestra hija proyectándose hacia el futuro para perturbarnos— y lo que ahora deseaba era estar sola.

¿Qué era lo que Esther había dicho en esas grabaciones? Números y nombres, creía yo, especímenes vocales para prestar cuerpo a un escenario médico. Una historia o dos. ¿Podía ese régimen de escuchas resultar tan inquietante? Yo nunca había escuchado las cintas. Llegados a ese punto, comenzaba a ser demasiado tarde.

Cuando el suero infantil se desvanece, la cara regresa a su estado de bloqueo y las sensaciones no son agradables. La carita de Claire se había endurecido y me miraba como si yo no fuera su marido, sino un objeto

congelado a su imagen y semejanza que podía estudiar mientras revivía algún viejo recuerdo.

Resulta fácil presumir que, si Claire y yo así lo hubiéramos deseado de verdad, esa noche en mi habitación de Forsythe podríamos habernos hablado. «Si lo hubiéramos deseado de verdad», podríamos haber aguantado el habla convulsiva, la toxicidad de fragmentación aérea que nos hacía postrarnos de rodillas.

Nada de eso, podría argumentarse, debería habernos detenido. Rostros endurecidos, lenguas acopladas, gargantas rellenas de astillas sangrientas. No nos habíamos visto desde hacía meses. La intimidad debe vencer tales impedimentos literales, ¿no es así? ¿Acaso los grandes amantes no habían conquistado mucho más que eso, no habían superado dificultades ante las que una barrera lingüística práctica como la que sufríamos se antojaba insignificante?

Sí, supongo que los grandes amantes habían hecho todo eso.

Y nosotros, esa noche, no lo hicimos. Nuestro amor, esa noche, fue pequeño y difícil de encontrar. Nuestro amor no pudo vencer el dilema médico. A medida que transcurría la noche, mi miedo ante lo que Claire pudiera decirme, en caso de poder decirme algo, comenzó a crecer. Esa noche, la barrera fue un motivo de alivio. Gracias a dios que el lenguaje estaba muerto entre nosotros. Algunas cosas deberían quedarse por decir para toda la eternidad.

En la cama, nos cuidamos y nos acariciamos, nos masajeamos el cuello el uno al otro. Liberé a Claire de su ropa y ella hizo de su cuerpo un objeto dispuesto a cooperar.

Estaba muy delgada, tenía una dulce protuberancia en la parte baja del vientre, la última parte en perder la grasa. Sus piernas tenían un tono blanquecino, seco, como si hubiera tenido que caminar sobre sal para llegar hasta aquí. ¿No deberían haber quedado más pruebas de sus días y sus noches, de sus emociones, de las cosas que Claire se negaba a sentir a sí misma? ¿Para qué estaba su cuerpo, si no era para registrar algo tan simple como eso?

Me quité el mono y regresé a la cama, pero Claire no me prestó especial atención.

Claire y yo habíamos estado desnudos el uno junto al otro, como parte de un contrato, a lo largo de tantos años, cada vez que nos íbamos a dormir, que habíamos desarrollado una indiferencia animal. Quizá esa sea la definición

funcional del amor. Éramos criaturas de una misma especie que pastaban y se alimentaban en cercanía, que cuidaban de la misma complicada descendencia. Abríamos nuestros rostros para quejarnos el uno al otro cuando nos caía encima alguna injusticia, frecuentemente de nuestra propia mano, y entrelazábamos los brazos para exprimir notas vocales de reprobación cada vez que algo se nos antojaba equivocado, lo cual solo quería decir que no se nos había ocurrido antes a nosotros.

Ese hábitat compartido hacía que en casa tuviera lugar el ritual de la desnudez, una desnudez que a menudo tan solo conducía a arrebatos privados de sueño sobre el vasto lecho.

Cuando Esther pasó de necesitarnos a odiarnos —quizá estas dos cosas no sean tan diferentes—. Claire y yo dejamos de estar desnudos el uno junto al otro. Es una de los miles de coincidencias que se combinan para ensamblar el esqueleto de un matrimonio. Cuando Esther desconectó sus emociones —después de instaurar tácticas de dilación en lo que se refería a las demostraciones de cariño—. Claire y yo pasamos a vestirnos y desvestirnos en privado, despojándonos de nuestros pijamas, si la ocasión lo requería, solo después de habernos metido bajo las mantas y haber apagado las luces.

Precisamente cuando no había razón para ello, cuando nuestro historial y nuestra intimidad convertían esa timidez en algo ridículo, los dos descubrimos jirones de pudor con los que erigíamos nuestro fin de juego vespertino.

Por consiguiente, había transcurrido más tiempo del habitual desde la última vez que estuvimos completamente desnudos a plena luz. Y, por muy encantador que fuera el aspecto de Claire, esa noche sentí pena por ella, pena por ella y, en cierto modo, vergüenza de mí mismo, por haber hecho que nos desnudáramos con tanta rapidez.

Le cogí la mano a Claire y me puse encima de ella. En aquella posición, su cuerpo se me antojó frío y alargado. Intenté ponerme sobre ella de un modo que pudiera desencadenar alguna reacción. Parecía que, a través del tacto, a través de los besos, podríamos abrir un canal estrecho por el que transmitir información crucial, mensajes sublinguales, el tipo de intimidad prelitteral que debería fluir con fuerza atronadora entre los cuerpos de dos personas tan unidas. Deberíamos haber sido capaces de circunvalar la mera incapacidad para intercambiar palabras.

Por todas partes debía de haber gente explorando posibles alternativas; de otro modo, se verían condenados a la soledad. Pero esa noche Claire y yo exhibimos un fracaso mutuo de la imaginación. Sin habla éramos mimos inexpertos, encerrados en lenguas vernáculos que nos resultaban extrañas, que

fallaban con cada posible conexión, que se iban enojando lentamente al ver que la otra persona no atinaba a descodificar nuestros pensamientos.

Me gustaría decir que, en ausencia del lenguaje, Claire y yo llegamos a intercambiar algo. Pero en realidad no fue así. Simplemente nos miramos el uno al otro, como mucho con una curiosidad forzada. El canal que debía dilatarse entre nosotros para permitir que emociones y pensamientos fluyeran de un lado al otro, en fin, no lo hizo. Ese canal nunca se hizo presente.

Durante todos los esfuerzos en mi cama permanecimos sumisamente mudos. Forcejamos casi del mismo modo que la vez en que tuvimos que levantar la tienda de campaña de juguete de Esther, cuando tenía cuatro años, deslizado palos plegables por una funda de lona alargada, aunque en esta ocasión no había tienda de campaña de juguete entre nosotros, simplemente geometrías sin aire, y éramos dos viejos conocidos con la muy seria determinación de extraer placer el uno del otro. Cuando nuestros centros de placer se encontraron, ambos estaban fríos y protegidos por frágiles muros de pelo.

Claire se puso de rodillas a mi lado mientras yo me relajaba y le permitía administrar los favores que me pondrían a punto para el encuentro sexual, puesto que esa transacción iba a ser lo único capaz de rescatarnos de aquel forcejeo embarazoso. Y así lo hizo, con un estilo memorizado, haciendo presión sobre mi pene entre el pulgar y el índice, de modo que la parte superior se hinchaba rabiosamente como un globo y diera vueltas de lado a lado mientras ella meneaba la mano.

Era un movimiento hábil, una técnica de excitación de riguroso manual, e hizo trabajar la mano con tanta determinación que su cara se perló de sudor.

Pero sus manipulaciones me condujeron no hacia la disposición, sino hacia la blandura. Una masilla fría que, más que levantarse, parecía a punto de derretirse en forma de líquido pegajoso contra mi pierna.

Cuando quedó claro que su labor, oficiada con tanta tristeza, no resultaba efectiva y que yo no sería capaz de cumplir con mi parte del intercambio de intimidades, Claire dejó de tocarme y desvió la mirada hacia la pared.

Nunca se me había dado demasiado bien conocer los sentimientos de Claire; incluso, desgraciadamente, después de que los hubiera compartido conmigo. De algún modo seguía sin comprenderlos. Ahora, en el silencio, la percepción de mi esposa se hallaba por completo fuera de mi alcance.

Durante el resto del tiempo que pasamos juntos estuvimos tirados sobre la cama, escuchando la respiración del otro. Me gustaría pensar que eso resultó

agradable. Una manera pacífica de volver a conectar y de sentir que comenzábamos a recobrar un vínculo. Me gustaría pensarlo, pero me temo que no puedo.

Cuando los técnicos llamaron a la puerta me sentí aliviado.

Al despedirnos, Claire y yo intercambiamos un beso frío, sin mirarnos. Los técnicos pululaban a nuestro alrededor, con las caras suavizadas por la gasa.

Antes de que se marchara busqué la letra hebrea en mi bolso de trabajo, un frío pedazo de vellosidad, y se la di a Claire a escondidas de los técnicos. Me sentí como si le estuviera entregando a un padre en miniatura. Alguien que cuidaría de ella. La letra hebrea era la única posesión que me importaba, y cabía perfectamente dentro de su mano. Podría mantenerla escondida. No la descubrirían.

Quizá la letra se leería sola, a través del contacto con su piel, mientras ella regresaba a sus habitaciones. Si mi trabajo en el agujero iba bien, pronto volveríamos a estar juntos. Yo no tenía la menor idea de cómo activar un muro de oyentes que no era capaz de comprender, especialmente cuando, según LeBov, yo ni siquiera había llegado a utilizar el mío de forma adecuada. Me preguntaba a mí mismo cómo engañar al hombre que parecía ser consciente de mis pensamientos antes incluso de que yo los tuviera.

El estaría preparado para cualquier estratagema que yo pudiera concebir. Lo tendría todo planificado. Probablemente, estaba deseoso de que intentara engañarle.

Observé la cara de Claire cuando cogió la letra hebrea de mi mano.

«Gracias por el regalo —es lo que no dijo—. Le echaré un ojo más tarde».

Y solo porque no podía hablar, tampoco dijo «Te amo». Esa fue la única razón.

Por un instante, en la puerta, no fue necesario que dijéramos las cosas más simples que compartíamos. Se percibían en el aire.

Apretó en su mano la letra hebrea y casi pude oírla llevando a cabo su trabajo. Casi.

«¿Qué tipo de zapatos lleva Rothschild?

¡Zapatos de oro!

Sí, pero... ¿qué hace cuando llueve?».

Hace lo mismo que el resto de nosotros, es lo que no pude decir. ¿No es así?

Y entonces Claire se marchó.

Esa noche pasó algo más pero, antes de que sucediera, me volví a follar a Marta.

Después de que Claire abandonara mi habitación, con la letra hebrea escondida en su mano, hablándole solo a ella cuanto más la apretaba, volví a salir y me encontré a Marta en el puesto de café, le di la vuelta para asegurarme de que esta vez era ella. Ignoré el protocolo del toquecito y me la traje a la habitación, con la cama aún arrasada tras la visita de Claire.

Marta no podía estar al corriente. Lo sucedido con Claire pertenecía a un mundo aparte. Y lo que Marta tenía de bueno era que sabía cómo ocultar su sistema afectivo. Era una experta en esconder aquello que más importancia tenía.

En la habitación experimenté un acceso de virilidad. Mi zona estaba rígida, pero también entumecida. Marta la trabajó con calma, husmeando la dificultad y se esforzó por aflojar el asunto.

La habitación enmudeció y por un instante un hilo de viento se coló en nuestro espacio, como si un látigo hubiera restallado y un brusco cabo de aire hubiera pasado por nuestro lado. Hacía frío y pensé que podía saborearlo. El aroma a bayas se filtró por la parte de atrás de mi garganta. Mi visión se volvió parduzca y, cuando ahí abajo llegó el final, el dulce final, una sensación que casi pude reclamar como mía, el placer atravesó mis extremidades como un fogonazo. Un fogonazo que se echó a perderse desvaneció.

No necesitaba a una mujer para eso, ni siquiera a una persona. Necesitaba un cuchillo.

Tras deponer su dominio sobre mí, Marta se colocó en su lado, se hizo un ovillo, porque desde ahí le resultaría más sencillo obtener su satisfacción, siempre y cuando yo realizara el trabajo. Podíamos situarnos mirando en la misma dirección, postrados en mi cama sudorosa, como si estuviéramos viajando por la campiña, en espera de un fragmento de paisaje perfecto que viniera a estallar ante nuestros ojos.

Me pareció de justicia, y durante un rato le dediqué energías al proyecto, le puse tiempo. Le debía algo a Marta. No estaba seguro de lo que era, pero

quizá esa fuera una de las maneras en que podía recompensarla.

Marta estaba silenciosa, y yo le respondí con mi propio silencio, pero seguí escarbando en ella desde detrás, operando a través de repetidas olas de agotamiento a fin de procurarle el favor. Mantuve las manos bien alejadas de su cuello.

Al final, Marta se tensó, una ola de frialdad se apoderó de su piel. O quizá es que tosió y tragó saliva. Sea como fuere, se echó hacia delante y me hizo saber que nuestra actividad había llegado a su fin.

Cuando acabamos nos levantamos para vestirnos, pero cuando se disponía a marcharse, antes de abrir la puerta, Marta se volvió hacia mí. Aquello no formaba parte de nuestra rutina. Nunca hacía un alto para propiciar un encuentro así, de modo que yo bajé la mirada.

Ahora me tocaba a mí comportarme con timidez. El contacto visual con Marta se me antojaba más una traición a Claire que cualquier otra cosa. No quería que se me viera mirándola.

Fue entonces cuando Marta me pegó en la cara.

Si no hubiera estado mirando hacia abajo, a lo mejor podría haberme protegido del golpe. O quizá, si hubiera visto cómo el puño de Marta se acercaba, le hubiera permitido desplazarse, tal y como lo hizo, hasta chocar contra mi cabeza. Incluso si lo hubiera visto venir, posiblemente le habría franqueado el paso.

Quise sonreírle a Marta, y creo que lo hice, a través de la sangre tibia y salada, pero yo había caído redondo al suelo y ella abandonó mi habitación con tanta rapidez que ni me di cuenta.

Tenía ganas de ver la televisión antes de irme a la cama. La cara me palpitaba. Al tocarla, la notaba como si se tratara íntegramente de la cara de otra persona. Quizá, en la sala de la televisión, me tomaría un poco de caldo, incluso buscaría unas galletitas saladas para más tarde. Podría estirarme sobre una silla y ver cómo los niños cumplían con sus órdenes. Quizá intentarían caminar sobre el agua, y a continuación se hundirían lentamente en el mar y la cámara permanecería fija sobre su superficie hasta que las últimas burbujas se elevaran y se disolvieran en el aire y el agua volviera a quedarse calma.

Una banda sonora fría, seca, aplicada con precisión, podría succionarle cualquier emoción al momento.

Pero nunca llegué a la sala de recreo, nunca más volví a ver a los niños de rostros desenfocados sacando a pasear a un mono camino del supermercado, y

solo desde muy lejos llegué a escuchar la banda sonora que debía limpiar ese material de significado, el tipo de ruidos que despediría el pecho de un gigante tras recibir una herida de muerte.

En justicia, cabe considerar que toda música es el sonido que efectúa un cuerpo cuando se aproxima a su hermoso final. ¿Existe algún sonido que no pueda ser rastreado hasta ese origen?

Por lo general, en los espacios públicos de Forsythe, tenía que pasar a través de multitud de científicos de gesto fascinado, pero esa noche el pasillo de entretenimiento estaba extrañamente vacío.

Abajo, en el vestíbulo que había frente a la sala de reuniones, un grupo de científicos estaba ocupado en algo que yo no podía ver, y del pasillo norte llegó a la carrera otro grupo de técnicos que se abrió paso a empujones hasta lo que resultó ser un cuerpo envuelto en una bata de laboratorio que estaba despatarrado en el suelo.

Había habido un accidente. Alguien se había caído y ya no se movía.

Los científicos dieron un paso atrás para dejar trabajar a los técnicos. Sacaron un estetoscopio de una caja blanca y lo apretaron contra el pecho del científico caído. La víctima era una mujer, por lo que pude entrever. Tenía un pelo precioso.

Mientras los técnicos trabajaban para hacerla revivir, los científicos que había reunidos a su alrededor comenzaron a dispersarse extraviados en sus pensamientos, o quizá tan solo perdidos. Sus mentes estaban vacías y se alejaron sin llegar a pensar en nada.

Experimenté una sensación de afinidad hacia su indiferencia. A mí tampoco me interesaba el colapso de otra persona. Cuando a una crisis médica le quitas el sonido, esta resulta mucho menos angustiante.

Los técnicos formaron un círculo alrededor de la científica que estaba en el suelo, la pusieron sobre una camilla. Con las cabezas bajas, se desplazaron como un solo cuerpo y se la llevaron de allí. Se tomaron su tiempo. Aquella calma sugería que la paciente no había sobrevivido.

Reaccionar parecía solo una de las muchas opciones que tenía.

Ahora disponía para mí solo del monitor que estaba a la altura de la cara, así que le eché una ojeada al mundo exterior para ver qué se traían entre manos en ese momento los niños, ahí afuera, en su idílica cuarentena, donde podían arrojarse el lenguaje los unos a los otros sin la menor consecuencia.

El vídeo reveló la misma calle soleada de siempre, una multitud de niños formando un círculo alrededor de algo, con las cabezas tan pegadas entre sí que, con la distorsión que el editor les había pintarrajeado por encima,

parecían pertenecer a una única nube difuminada. A sus pies aparecía impresa la misma sombra, como si a la calle le hubieran tatuado una hoja de papel cuadriculado, por más que el escenario que había tras ellos se viera reducido a nieve y ruido.

Una vez más, la sombra de la torre de alta tensión de Montrier. Mi antiguo barrio.

No obstante, nada de aquello me concernía. Nada me provocaba el menor interés.

Estaba a punto de alejarme en busca de un programa más entretenido cuando algo me llamó la atención en una esquina del plano. Había una niña sentada en las escaleras de una casa. Estaba sola, con las manos fundidas en el borrón de la cabeza, lo cual quería decir que tenía la cara escondida entre ellas. Solo podía verle el cuerpo, y fue el balanceo de sus piernas lo que provocó mi interés. Tenía las rodillas pegadas y ambas piernas se balanceaban a la vez, se balanceaban y a continuación se torcían hacia un lado.

Era curioso. Yo ya había visto eso antes.

«De aquí para allá. De allá para aquí. De aquí para allá y de allá para aquí».

Sentada en las escaleras, esa niña, y moviéndose de un modo muy particular con las piernas.

¿Sabes, papá, que puedo hacer un truco?

¿En serio?

¡Sí!

¡Puedo hacer que mis piernas vayan de aquí para allá, de
allá
para aquí!

Aun así, eso no significaba nada. Aun así, era algo que podría haber hecho cualquier otro niño. El pensamiento ilusorio podía resultar despiadado. ¿Por qué debía impresionarme aquello? No estaba impresionado.

Entonces vi los zapatos: unas bailarinas negras rayadas a extremos diabólicos, y esa dulce cabecita suya, incluso desenfocada, ciertamente más alargada que redonda, con ese inequívoco aspecto de tubería, esa pobre niña, pese a la bufanda que llevaba en el cuello, pese a las gafas anchas. Pese a todo. La pobre. Era verdad que tenía una cabeza fuera de lo normal.

Mi pequeña Esther, sentada sola en los escalones.
Ya voy a buscarte, cariño, es lo que no dije. Ya voy a por ti.

A la mañana siguiente, tras ser objeto de una nueva emboscada médica y de que me embutieran la jeringa con el suero infantil, descendí con LeBov por la rampa que conducía a la habitación del agujero judío, donde inicié mi primer día de trabajo.

A LeBov le seguía una estela de técnicos, con los rostros ocultos tras la gomaespuma, lo que les prestaba un aspecto no muy distinto al de unos niños de los que veíamos en la televisión que hubieran dado el salto a la vida real y apestaran a enfermedad. Los técnicos tiraban de dos carretillas con una pieza de equipamiento que emitía un gemido grave y prolongado. A través de las finas barras de metal de una de esas cosas me pareció ver el brillo de los ojos de un animal. Bueno, a lo mejor era una persona pequeña. Pero algo me miró desde el interior de la jaula.

LeBov avanzaba con los pasos cautelosos de un señor mayor, pero caminaba por sí solo. Le pasara lo que le pasase, parecía sentirse orgulloso. Lo cual me pareció una táctica interesante. Cuando se detuvo también lo hizo su séquito, que se quedó parado detrás de él, con sus altas y espumosas cabezas inclinadas hacia el suelo, como si sintieran una gran timidez.

—Todos hemos sentido mucho lo de tu mujer —resolló LeBov.

—¿Lo de mi mujer? —pregunté.

Por algún motivo, cuando dijo eso no me imaginé a Claire sino a Esther, sentada en los escalones, alisándose la ropa, como si alguien estuviera a punto de acercársele para sacarla a bailar. Sus piernas balanceándose de atrás hacia delante. Deseaba tanto que Claire hubiera podido verla conmigo la noche anterior.

LeBov me miró.

—Sí, lo que le ha pasado a tu mujer. Me figuré que estabas allí.

Seguro que lo miré muy fijamente, porque su rostro casi retrocedió, sus rasgos se quedaron en blanco.

—Te prometí que la mantendría a buen recaudo y quiero que sepas que yo no hice nada.

—¿Que no hiciste qué? —le pregunté.

—No estamos seguros de lo que pasó. Quizá fuera una reacción alérgica al suero, quizá ya estuviera enferma. O la voz de tu hija traspasó la inmunidad. Es algo que continúa sucediendo cuando la conexión emocional es elevada. No lo sabemos. O alguien rompió de algún modo el protocolo y la agredió con el habla. Quienquiera que fuese el que le habló le hizo daño.

«Quienquiera que fuese».

Pregunté:

—Le hizo daño... ¿cómo?

Me imaginé a Claire saliendo de mi habitación, con la letra judía a punto de entrar en ebullición en el interior de su mano, llegando hasta la zona de la sala de reuniones, donde algo falló, donde se vino abajo.

«¿Y qué tipo de zapatos lleva?

Zapatos de oro, probablemente».

Los científicos formaron un círculo a su alrededor, deseosos probablemente de poder desvestirla y abrirla por la mitad. Nadie reparó en la mano cerrada que escondía la letra judía que quizá la acababa de envenenar. Entonces llegaron los técnicos con su paleta, sus herramientas de reanimación de color parduzco, y los científicos se echaron hacia atrás. Era Claire de quien se ocupaban. Mientras yo estaba en el piso de arriba, observando nuestro antiguo barrio en el monitor de vídeo, atisbando a la hija que compartíamos sentada en los escalones.

¿Cuál era el término adecuado? ¿Compartíamos a una hija? No lo había contemplado de ese modo con anterioridad. Si compartíamos a una hija y algo le pasaba a Claire, entonces ya no tendría que compartir a Esther nunca más. Tendría a Esther para mí solo.

Lo cual solo era cierto en el glorioso mundo de las hipótesis. La verdad era que ninguno de los dos tenía a Esther y que, al final, no compartíamos nada.

Frente a la puerta del agujero judío, LeBov se inclinó sobre una carretilla y centró su atención en la pieza de equipamiento. Rebuscó en el interior de la caja de madera e introdujo el brazo hasta el hombro.

A continuación se metió un largo tubo de cristal en la boca y habló, con los labios faltos de sangre de tanto que los apretaba.

Las palabras de LeBov brotaron diluidas, goteando alrededor del conducto.

—No voy a decirte que se pondrá bien. Eso no lo voy a hacer.

Le contesté:

—Sin embargo, sí estás dispuesto a hacer cualquier otra cosa. ¿De repente te has marcado un límite?

Me imaginé a Claire sola en una cama de hospital, siendo ignorada por un hombre que tenía un almohadón en lugar de un rostro. Si le habían confiscado la letra, el cadáver de la letra, no había duda de que podrían rastrear su origen hasta llegar a mí. Si es que se molestaban en hacerlo.

Esa letra, aspirada de todo significado, descargada de historia, probablemente tenía ahora el mismo aspecto que yo. Venida a menos hasta parecerse a su miserable hacedor. Creamos el lenguaje a nuestra imagen y semejanza y el lenguaje nos provoca repulsión. Una prueba condenatoria, como si me hubiera arrancado la cara, la hubiera reducido a las llamas y la hubiera enviado a hacerle daño a la mujer a la que se suponía que amaba.

—Estás haciendo todo lo posible por ella, ¿verdad? —pregunté—. Vas a decirme que no habrá piedra que dejes de levantar. Le dedicarás todo el conocimiento de este agujero de mierda y vas a hacer que se recupere, ¿no es así?

Una espumilla oscura apareció en la tubería que alimentaba la boca de LeBov. No estaba seguro de si procedía de su propio interior nauseabundo o de la carretilla médica, pero llenó el tubo y pareció agitarse en él.

La reacción química no le sentó bien. LeBov pestañeó de forma frenética mientras sus ojos se quedaban en blanco. Se inclinó hacia mí en su intento por aferrarse a algo, pero di un paso hacia atrás y él se desplomó.

Me distancié aún más para permitir que los técnicos accedieran a él. Sin duda querrían intervenir en ese momento, siempre prestos a acudir en ayuda de LeBov. Pero los técnicos vacilaron e, incluso, se alejaron de él, sin que sus rostros acolchados revelaran nada.

Quizá ahora tenían otras instrucciones.

Les imprequé y ellos se desplazaron hacia un lado, como si pudieran esquivar lo que les había dicho. La ausencia de caras y de expresiones faciales hacía que gritarles pareciera absurdo, era como regañar a un animal disecado. Resultaba evidente que no pensaban ayudar a su líder.

Me agaché junto a LeBov y le extraje el tubo de la boca. Estaba atascado de mala manera y él resolló cuando al fin logré liberarlo.

Una especie de salivazo oscuro quedó prendido de sus labios, pareció endurecerse a medida que le echaba el aire de su respiración.

—Jamás deberías haberte llevado nuestro oyente —le dije—. No te pertenecía. Y no deberías haberlo perforado. Eso fue un gran error. Un error

grande de verdad. Por ese motivo estás enfermo. Ese chisme no está pensado para que se te meta dentro. Es posible que te mueras otra vez.

—No es eso. Es el Juego de Niños, sus efectos secundarios.

—Claro.

—Así es como lo llamamos.

—¿Quiénes?

—Los otros LeBov.

LeBov pareció apesadumbrado por tener que admitirlo ante mí. «Los otros LeBov». De la carretilla surgió un gruñido animal, tan ronco y puro que sonó como una persona.

—¿Pero cuántos sois? —le pregunté.

Me imaginé una habitación llena de pelirrojos que comían de la misma carcasa animal, lamiéndose las caras ensangrentadas los unos a los otros. Los LeBov.

—Algunos más de los que debería, posiblemente.

Me preocupó ver a LeBov tan asustado, tan enfermo.

—Jamás pensé que te vería compadeciéndote de ti mismo.

—No hay un yo mismo. Me escapé de ello a base de negociar.

—¿A cambio de qué? —le pregunté.

—No de esto —contestó—. Decididamente, nunca pensé que acabaría siendo esto.

Durante un momento, LeBov dejó de respirar y sus ojos se inflaron de miedo. Se cogió la garganta y pareció que se estrangulaba a sí mismo, lo que de algún modo le permitió recobrar el aliento.

—¿Por qué no dejas de ponerte el suero, si te hace enfermar de este modo? —dije.

—No me atrae el silencio. Tener la boca cerrada no es lo mío.

—Entonces nunca encajarás. El silencio viene directo hacia ti.

LeBov porfió durante un largo parpadeo que no pareció demasiado halagüeño.

—No olvides que te has comprometido —susurró, con los ojos cerrados aún.

—Es cierto.

Puse la palma de la mano sobre su cara enferma, hice fuerza sobre ella, como si aquel hombre hubiera brotado del suelo y yo estuviera devolviéndolo al interior de su agujero, allí donde pertenecía. Si el suelo hubiera estado blando, quizá habría hundido a LeBov en él. Su cabeza pareció ceder ligeramente mientras yo hacía presión sobre ella.

LeBov intentó mirarme, pero el ojo que mantenía abierto no le obedecía. Seguía, con aparente interés, algún objeto invisible que flotaba en el aire. Ya había visto un desapego así con anterioridad, cuando Claire se desplomó en el prado, un compromiso arrobado para con el mundo invisible, y yo comenzaba a codiciarlo.

Dije:

—Siempre cumplo mis promesas.

Y me pregunté si alguna vez lo había hecho.

Pero no a ti, es lo que no dije. No a ti, ni a los de tu especie. Y si secuestras mi cuerpo con una sustancia química a fin de que podamos conversar, entonces no soy responsable de nada de lo que diga. Todas las palabras que te dije eran prestadas. Te las presenté gracias a algún niño que yacía lánguido en alguna otra parte. Uno de los exprimidos. Todo cuanto dije estaba patrocinado por ti. Esas palabras fueron cosa tuya.

Lo dejé allí. Si LeBov seguía respirando, lo hacía tenuemente. No parecía estar muy seguro de que respirar fuera a ayudarlo. Se encontraba entre dos aguas. Dispuesto a dejar de intentarlo, a tomar quizá otras rutas. Estaba considerando sus opciones. Envidié su actitud. Al menos estaba en paz con el frío inminente.

De una de las carretillas surgió un gruñido grave y suave, un inconfundible castañeteo de dientes. Los técnicos se mecían sin moverse del sitio como blancos para el tiro con rifle.

Desde un vestíbulo que había debajo de Forsythe entré en la sala del agujero judío roto. LeBov había quedado despatarrado en un charco negro detrás de mí mientras su séquito se negaba a interferir en su colapso. Quizá el resto de LeBov necesitaban que este muriera. Me costaba culparles. El pelirrojo estaba demasiado enfermo como para ser útil. Enfermo a causa del Juego de Niños. Pues claro que sí. No me despedí de él.

Dentro del espacio abovedado, el ensayo de la radio judía estaba a toda marcha. Aquel era el grupo de escucha a gran escala al que debía unirme, el que exprimirla los más profundos sonidos rabínicos de un cableado que yo no tenía la seguridad de que los contuviera.

Supongo que lo que querían era mi boca.

El equipo de radio centelleaba a lo largo de la pared de tierra en el otro extremo de la sala. Un arsenal de cables de antena languidecía sobre una mesa, sus calibres eran tan finos que brillaban como cabellos. Alguno de ellos, cuando lo toqué, era efectivamente un cabello. Pero uno demasiado largo como para provenir de una persona.

Sobre una plataforma de pruebas, un grupo de judíos desenrollaba cables hacia el interior de las caras-clavija de unos maniquís.

Los maniquís eran de color rosa, menos las franjas de cable que tenían enroscadas alrededor de la ingle. Estaban casi todos anclados a la plataforma por las botas, pero unos pocos maniquís inflables flotaban sobre nuestras cabezas, sujetos como cometas a un pararrayos. Parecían pequeñas personas-globo, en posición de estar sentados, flotando boca abajo en el aire. El exceso de cable desbordaba de sus bocas como si estuvieran expulsando el contenido de sus entrañas.

El más grande de los maniquís, de espaldas a mí, con un cable clavado en el tronco, llevaba una kipá de cobre. Alrededor del brazo izquierdo le habían atado una filacteria metálica.

Aquello era demasiado como para asimilarlo de golpe. Me había alejado mucho de mi escritorio, del patio donde se realizaban las pruebas con el lenguaje. Aquí, en la bóveda de tierra del agujero judío de Forsythe, no estaban creando un nuevo lenguaje, sino esforzándose con ferocidad por

escuchar uno que quizá había estado siempre allí, si bien profundamente codificado en cobre.

Los elementos vivos también habían sido reclutados como oyentes, mártires sentados por ahí cerca en dóciles posturas. Ciudadanos de Rochester, Buffalo, Albany. Hombres descamisados que parecían sorprendidos. Uno de ellos se peinaba con movimientos lentos. El cable de antena se extendía por sus caras como una enredadera. Sujetos de prueba con jaulas en lugar de bocas, antenas humanas. Sus rostros no generaban nada más que ruido blanco.

Junto al agujero judío, bajo el resplandor de las luces de Klieg, un grupo de científicos judíos se había reunido alrededor de una consola. Hombres lampiños de mi generación que tiritaban bajo sus batas.

La decepción se respiraba en el aire.

La consola de la que se ocupaban era uno de esos bloques húmedos de radio, estaba sujeta a un carrito médico con un elástico de color beis y sus residuos líquidos chorreaban en un cubo lleno de arañazos que había en la parte inferior.

Hasta yo me daba cuenta de que resultaba discutible que ese aparato pudiera reparar las transmisiones de una fuente judía. Una pequeña hoguera en medio del bosque les habría ofrecido el mismo resultado. Quizá la consola emitía algo de calor, y sería por eso que los científicos se habían visto tan atraídos por ella. Tendrían sus propias razones para engañar a los LeBov. Sin duda sabrían que ese artilugio era un callejón sin salida. Lo sabían pero no pensaban decirlo.

Esa frase podría haber servido como nuevo lema para nuestros tiempos.

A los pies de los científicos judíos estaba enroscado el cable de color naranja brillante, que serpenteaba hasta perderse de vista por el agujero. Lo habían cubierto con una de esas gelatinas que sirven para potenciar la recepción. Un ungüento líquido para antenas untado sobre el cable y que lo volvía tan sensible que este se estremecía sobre la tierra.

Si escuchabas la nada con atención, sirviéndote de un equipo como ese, acabarías oyendo todo lo que quisieras. Te hacía pensar que seguíamos enfermando a causa de un lenguaje cuya existencia ahí fuera desconocíamos. Inaudible, apenas susurrado, articulado por un enemigo situado a una distancia tal que no podía ser calculada. Y aun así hacía latir sobre nosotros una toxina que nos llevaba a todos a arrastrarnos por el suelo y a asfixiarnos.

No sabía cuántos científicos había, pero adiviné que eran nueve los que LeBov había convocado allí. Nueve judíos adivinando ante el agujero

silencioso, y yo sería el décimo, lo que súbitamente generaría el *quorum* que haría despertar la pared de oyentes.

De pronto, un pájaro apareció por allí, se posó sobre un oyente y comenzó a picotearlo con desesperación, se abrió camino hasta su núcleo, dulce y marrón. A nadie parecía importarle el vandalismo de esos pájaros. Quizá su labor fuera deliberada. Quizá los oyentes necesitaban ser cebados de ese modo. Antes de que pudieran trabajar en equipo tenían que ser perforados sin piedad por un pico de ave.

Bajo el tablero de clavijas yacían las pieles que los oyentes de mayor tamaño habían mudado, se acumulaban allí como rostros ajados en un abrevadero. Junto a él había un saco arrugado que parecía estar lleno de crema.

Cuando observé el muro de oyentes, por primera vez comprendí por qué estos habían sido denominados en alguna ocasión como «Bocas de Moisés». Algunos nombres resultan tan adecuados que se tornan insoportables y hay que cambiarlos por otros.

Un técnico apostado allí para monitorizar las actividades de los judíos le pegó un mordisquito a un sándwich a través de la diminuta abertura que había en su máscara de espuma.

Nadie me prestó atención mientras daba vueltas por el lugar recolectando todo lo que pudiera llevarme conmigo.

Los judíos me dedicaron miradas vacías. Estoy convencido de que les devolví una mirada idéntica. Mi rostro magullado quizá les confundiera. Es posible que ni siquiera les hubieran alertado de mi llegada. Tenían pinta de no haber sido alertados acerca de nada durante bastante tiempo.

Ahí estábamos finalmente, en la comunidad de judíos que ninguno de nosotros había deseado jamás. Éramos máquinas de indiferencia bajo una apariencia ligeramente humana. Obstructores impávidos. Ajenos a la impresión, por mucho que se nos presionara. Fracazos de un modo u otro.

Quizá ese era el motivo por el que todos nosotros habíamos adoptado ese estilo privado de culto ahí fuera, en cabañas recónditas de bosques suburbanos. Cuando nos juntábamos, la sensación era demasiado cercana a la nada.

No iba a averiguar qué tipo de chantaje había conducido a mis colegas forestales hasta esa habitación. ¿Había vomitado LeBov entre los arbustos para cada uno de esos hombres, hacía unos meses y en barrios diferentes, a fin

de tenderles una trampa? ¿O ese ejercicio de imitación lo había personalizado para mí solo?

«¿Cómo puedes saber que soy el LeBov de verdad?».

Como judíos forestales, ¿se suponía que debíamos amarnos los unos a los otros porque bebíamos del mismo cable naranja, porque compartíamos el mismo matiz de dudas sobre la misma deidad incognoscible? Ciertamente, a mí no se me ocurría el motivo. Porque amarnos los unos a los otros no podíamos. Agraviar a quienes se nos parecían demasiado resultaba simplemente una forma más territorial de aversión hacia nosotros mismos.

Esos hombres se parecían mucho a mí. Si tenían una queja, si algo les perturbaba, si había algún tipo de rabia inextinguible abrasando su interior, haría falta un cuchillo de carnicero para liberarlo. ¿Cómo se llama esa técnica quirúrgica que saca a la luz las fibras ocultas de una persona? ¿Quién se encarga de forjar y vender esas herramientas?

Deberíamos habernos puesto todos en fila para una operación de extracción de sangre, y, tras chupárselos a nuestros caparazones de camuflaje, podrían haber embotellado nuestros líquidos íntimos.

Muy por encima del lugar de trabajo, los pájaros volaban llevados por las corrientes térmicas del espacio del agujero judío de Forsythe. Eran los pájaros más espléndidos que había visto jamás.

Cuando había demasiados por allí volando, un pájaro solitario se lanzaba en picado y regresaba a un tanque de cristal en un sector no iluminado del espacio del agujero judío. Allí estaba sentado un anciano desnudo que le hablaba en voz baja a un micrófono. Cuando me acerqué a él, para evaluar su labor, oí una voz cantarína que conocía demasiado bien. Una voz que jamás podría olvidar.

El anciano cantaba con la voz del rabino Burke. Una imitación perfecta. Melodías que eran como un calentamiento para el sermón que estaba por venir. Nadie más podría cantar en una clave tan antigua, con una melodía tan embarazosa. Era una voz que podía tener como origen un único cuerpo humano en este mundo. Los pájaros entraban en su tanque de cristal y se escoraban siguiendo su son, como si pudieran reponerse en la música. Entonces se escabullían por la abertura en el cristal y salían disparados de vuelta al cielo.

Sobre el tanque de cristal del hombre había una bombilla de emisión —de las que solían verse en las estaciones de radio— que emitía un brillo blanco.

Estaba cantando en directo, sobre las ondas de radio, para lo que quedara del mundo exterior.

Acaricié el pelo del hombre y él levantó la mirada y me ofreció un rostro que siempre había querido ver. No me importaba que sus palabras procedieran de hacía unas décadas de hoy mismo. No me importaba que realizara un servicio-señuelo para engañar a la gente como LeBov, que sus sermones fueran reales o falsos, porque... ¿cuál era la diferencia, a ver? A mí no me importaba. El seguía siendo mío. Y ahora le habían capturado también, le habían reducido al rol de cantante melódico en aquel lugar de trabajo subterráneo. O, por el contrario, siempre había estado allí, nunca había salido, y yo había tardado todo este tiempo en dar con él.

Apoyó la cabeza sobre mi cuerpo y yo le abracé.

«Así que eres tú», es lo que no necesité decir.

A lo que el rabino no ofreció más respuesta que una sonrisa tan llena de paz que se me hizo insoportable.

Retomó el canto, y los pájaros siguieron dando vueltas, esperando que les llegara el turno de entrar en su tanque de sonidos.

De haber sido mínimamente persona, me habría llevado al rabino conmigo. Pero no lo era. Resultó que yo no era nadie, estaba ahí fuera solo por mí mismo, por lo poco de mí que se podía aún salvar.

Podéis protestar ante el hecho de que llame rabino a ese hombre. Pero vosotros no lo visteis, ¿verdad? No estuvisteis allí. No conocisteis su voz a lo largo de toda vuestra vida, así como yo sí la oí, y, si vosotros también lo oísteis, os pido ahora que deis un paso atrás y me creáis.

En esos minutos finales, me paseé por el lugar de trabajo, escondiendo mi boca al escrutinio de los judíos. ¿Se disponían a asaltarme, a sujetarme, a introducirme el cable final?

Había olvidado el modo en que debía actuar para que pareciera que tenía una vida interior, pero comenzaba a recordarlo. La cara podía ser un instrumento poderoso. Me otorgaría el aspecto de una criatura a la que hubieran enviado para realizar tareas de mantenimiento. Oh, ese era el enésimo agujero judío que tenía que reparar, joder, es lo que intenté sugerir, pero antes de poder ponerme a trabajar, antes de permitirles que usaran mi «boca aparentemente especial» como toma de tierra por la que fluyera un mensaje inaudito, necesitaba hacerme con algo de equipamiento.

Mientras tanto, me iba acercando al agujero milímetro a milímetro.

«No funciona así —había dicho yo una vez—. No puedes meterte ahí dentro».

Hasta el día de mi muerte iba a continuar pensando en todas las cosas que había malinterpretado. Como esta. Rendirle culto durante años y más años a un agujero en el que ni una sola vez se me ocurrió meterme.

«Nadie parecía inclinado a intentar detenerme, lo que sugería que no esperaban que nadie en su sano juicio saltara al interior del agujero y bajara por él hacia la nada con la menor esperanza de supervivencia».

«Hostia, a eso me refiero exactamente».

Me asomé y me vi golpeado por un estallido de aire procedente del agujero, fétido y frío, como el aliento rancio de la gente que ha sido enterrada en vida. Hasta donde yo sabía, había gente enterrada en vida y estaban ahí abajo, esperándome.

«Ya voy —es lo que no les dije—. Pronto estaré con vosotros».

Fui recogiendo más herramientas y algunos lóbulos de comida envueltos en celofán hasta llenar mi bolsa de lona.

De un gancho situado bajo las luces de Klieg colgaban los abrigos acolchados de un almacén frigorífico de carne.

Cogí uno, comprobé que me quedara bien y me puse un abrigo más grande encima del primero, a modo de segunda capa.

Necesitaba un buen armazón sobre la piel. No podía estar seguro de lo que encontraría ahí abajo, en los túneles.

Porque allí es a donde me dirigía. Agujero abajo y lejos de ese lugar para siempre.

En algún punto por encima de mi cabeza, en una cama, conectada a unas máquinas de soporte vital, «o quizá desconectada ya», estaba Claire.

Por segunda vez, en lugar de quedarme y ayudar a mi esposa, cogí el camino opuesto.

No miré a nadie, a continuación di un paso hacia la nada.

Me precipité por el agujero judío de Forsythe en caída libre, con el viento subterráneo soplando sobre mí con tanta dulzura que parecía que, mientras caía, estaba en la cama, y si me daba la vuelta, si me volvía un poquito hacia la oscuridad, tal vez podría volver a abrazar a mi Claire durante un rato más, abrazarla con tanta fuerza que quizá no nos dolería tanto aterrizar juntos en el mundo que había bajo nuestros pies.

Ayer por la mañana dejé a Esther descansando en mi catre y salí al cenagal en busca de madera. Ella no me echaría de menos, quizá ni siquiera se daría cuenta de mi ausencia. Escogí un sendero en dirección sur y fui saltando por encima de los matorrales y los cagaderos hasta que di con un nido de ramas caídas, y estuve un buen rato rompiéndolas en pedazos para poder quemarlas dentro de un hoyo.

Estamos a finales de otoño, creo, han pasado tres años desde que me escapé por el agujero judío de Forsythe y regresé a la vieja cabaña, donde la emisión se extinguió hace tiempo. Ahora, la cabaña se ha convertido en mi pequeño hogar. El cable naranja se ha enfriado.

No me fío mucho del calendario. Mi control del tiempo es promiscuo, en el mejor de los casos. A lo mejor ya es invierno y simplemente ocurre que la temperatura está tardando en bajar.

No me preocupa demasiado la estación en que estamos, es la pérdida de la luz lo que me afecta. Últimamente, la oscuridad de esta Nueva York se ha vuelto más severa, brota del suelo como un borrón antes incluso de que el sol se desvanezca al final del día. Es una oscuridad que te empapa, que al llegar se extiende fría sobre tu cuerpo.

El pretexto para salir ayer fue la madera, más combustible para calentar nuestra cabaña forestal, pero en realidad fui en busca de otra cosa. Algo para ayudar a Esther. Lo que buscaba es de tamaño pequeño y tiene rostro y respira de forma tan hermosa, con sus húmedas bocanadas de aire... A menudo se viene conmigo por su propia voluntad. Alberga una medicina en el interior de su delicado pecho.

Un día, cuando Esther esté curada, cuando sea capaz de incorporarse y de ver, cuando pueda tolerarme y soportar mi presencia como su cuidador, aunque sea en silencio, me gustaría llevarla a dar una vuelta por este valle entre los bosques, al otro lado de su antigua casa.

Puedo mostrarle el lugar desde el que vigilé la cuarentena durante todos esos meses, años, la plataforma que construí sobre el barro, la persiana de árboles que fabriqué, trenzando rama con rama, para no ser descubierto. Puedo señalarle el lugar donde me senté, mostrarle con gestos cómo vigilé la

otra orilla del río hasta que me dolió la cara, con la esperanza de verla más allá de las puertas del pueblo.

Lo que más me costaría revelar a Esther sería cómo la busqué, el modo en que, nada más llegar a casa —si esa palabra se puede aplicar a nuestra cabaña judía—, contemplé la posibilidad de adentrarme en el antiguo vecindario. Sopesé los riesgos, pensando en su propia seguridad, y al final me decidí por no realizar esa incursión. Sabía que Esther estaba en los barracones infantiles y que se acercaba a la suspensión de la inmunidad —su edad ya no era la correcta, simplemente, y ahora todos nos quedamos mudos al crecer, ¿verdad?—, así que sabía que no tardarían en dejarla marchar sin necesidad de que yo hiciera una intromisión peligrosa.

¿Cómo se comunica por gestos una racionalización de ese tipo? «Te habría salvado pero yo sabía que en realidad no era necesario, puesto que probablemente te iban a liberar pronto». Mi cuerpo carecía de la sutileza necesaria para transmitir ese tipo de mensaje. Esas contorsiones estaban lejos de mi alcance. Pero a cambio de eso, podría mirar hacia el infinito y dejar que Esther viera —es una jovencita muy inteligente— que se trata de un asunto complicado de cojones.

Se podría argumentar que, en ausencia del habla, privada de toda comunicación, la paternidad se disuelve. El título acaba por expirar, y probablemente la persona le sigue. No puedes arrebatárselo a un padre ese título y esperar que el hombre sobreviva. Un expadre no es más que un hombre que antaño tuvo la obligación de dar respuestas. Quizá a duras penas logre yo recordar en qué consistía esa labor. Siento el agobio de algo que olvidé hacer, de algo que solo conseguí hacer de mala manera. La palabra «paternidad» quizá solo sea otra forma de describir algo que se hace con torpeza.

Tal vez ahora resulte más conveniente equiparar al padre con un progenitor animal. Se cumple con una serie de cuidados pero, en cuanto la cría madura, aparecen la alienación y el distanciamiento. Incluso la rivalidad. El cachorro se torna preternaturalmente agresivo para con el padre, por algún motivo se vuelve más agresivo con él que con cualquier otra criatura, y el padre se abre un agujerito en el pecho para alojar esa rabia, que fluye rápidamente hacia su interior. Se cumple con una ecología emocional, donde la energía se torna compost y se renueva en el pecho del hombre. Al regresar la rabia a su creador, quien probablemente no esté equipado para seguir albergándola, se consume una estructura profunda y circular. El hombre, pues, debe darle salida llevando a cabo nuevas actividades en el mundo que le rodea.

Ser padre en solitario resulta problemático. Con esto no me refiero a la ausencia de una esposa. De hecho, eso podría resultar más sencillo, más atractivo. Una sola fuente de autoridad, una cadena de mando clara. Sin ninguna de las agonías propias del poder que se ejerce de forma conjunta, aunque tengo la seguridad de que Claire no tardará en unirse a mí aquí, en la cabaña. A lo que me refiero es que cuesta ser padre en la ausencia de un hijo. Exactamente, ¿cómo se puede ser padre cuando no existe un hijo y aun así el padre no ha terminado su labor, todavía tiene la necesidad y el deseo de descargar sus ansias paternales, puesto que no lo hizo de forma suficiente cuando tenía al niño a mano? Es una cuestión fundamental.

Ahora que Esther ha vuelto conmigo, la paternidad se le hará evidente hasta en los más pequeños contactos, y no hará falta que una sola palabra escape de mi boca. Esther llegará a disfrutar de los bosques al otro lado de su antigua casa, encontrará los recursos que necesite, quizá algún día considere esta cabaña como su hogar. Jamás se le había permitido entrar en ella, ni siquiera sabía de su existencia. Ahora es suya. Agradecerá los pasos que he dado para garantizar su comodidad.

Antes tenemos que hacer que se ponga buena, eso es todo. Eso es lo que no le digo, lo que no puedo contarle. Ahora sé lo que hacen las palabras y no la someteré a nuestro lenguaje mortal. Tenemos que curarla y hacer que pueda volver a valerse por sí misma.

Ingresar en la mudez no es siempre satisfactorio, eso lo sé de primera mano.

En el catre, le he abierto los ojos a Esther a la fuerza, los he observado. No es que su frente esté fría al tacto. «Fría» no es la palabra. La piel de sus brazos está flácida. Sus labios se desvanecen en el conjunto de su cara. Están más pálidos que sus mejillas.

Admitiré que hubo días, al principio de tener a Esther de vuelta en la cabaña, hace unas pocas semanas, cuando le dejaba tazas de sopa sobre la piedra, cuando le dejaba pan espolvoreado con sal junto a su rostro dormido, en que podía estar observándola durante un número equivocado de minutos, un escrutinio prolongado que desgastaba mi alegría y me hacía sentir dudas acerca de la persona a la que me había traído a casa.

Resultaba ligeramente posible que hubiera rescatado, en vez de a Esther, a una extraña con otro nombre.

El pelo no era realmente el de Esther. Era un pelo carente de brillo marrón, de interior, ese pelo que suele aparecer escondido por debajo de la ropa de la persona. Bajo la lengua de esa chica noté la piel muerta, firme. La

marca de LeBov. Todos la teníamos. Una lengua que había permanecido inmóvil durante demasiado tiempo, que se endurecía como si nos hubiese salido otro hueso en el interior de la boca.

¿Y el cuerpo de Esther? No tenía fotos para compararlo con el de esta chica, pero no debería de haberlas necesitado. La foto de la cartera es para los demás, para presumir, no para el maldito padre, que tiene la imagen de sus hijos grabada a fuego en la mente para toda la eternidad, ¿no es así? ¿No era más baja de lo que recordaba? Algo iba mal. Ahora, cuando pensaba en Esther, la veía con la cara manchada. ¿Dónde estaba el olor que no había logrado describiros? La vida entre los niños dotados de palabra la había hecho restregarse contra el aroma de demasiados extraños. Era una ofensa. No me llegaba con la profundidad suficiente como para activar mi lado bueno. Deseaba una dosis más aguda de reconocimiento. Me preocupaba la posibilidad de que mis instintos paternos no entraran en ignición mientras padeciera esa duda.

Cuando esperaba en la persiana de árboles de la plataforma a que liberaran a Esther, recordé a la niña perfeccionista de cuatro años que se enrabietaba de golpe, a la niña de ocho años que había llevado su modestia a un extremo tal que se ponía una bata sobre la ropa, a la Esther que, recién llegada a la adolescencia, era tan perturbadoramente hermosa que su madre y yo guardábamos silencio al verla.

¿Cómo podía una chica tan impresionante tolerar a esos miserables en que se habían convertido sus padres?

Ah, por supuesto, no podía.

Cuando esperaba en la persiana a que liberaran a Esther, lo que no logré imaginarme fue a una Esther de rostro grisáceo, como preparada para recibir sepultura, una Esther encorvada de labios resecos y ojos cubiertos de hielo. No había anticipado un cuerpo tan indefenso, borrado de cualquier rastro de la Esther que conocí, bastante parecido al de su propia madre cuando se anunció la cuarentena. La enfermedad había vuelto a Esther anónima, y me pareció que lo mejor era no mirarla con demasiado detenimiento.

Aun así, cuidé de ella. Le herví un caldo, lo colé a través de un cono de franela. Con los residuos hice pastillitas que pudiera chupar. Despellejé un trozo de carne curada de la alacena y, cuando se le disparaba la fiebre, me servía de un trapo para mantenerle la cara limpia y fresca.

Esther no progresaba con mis cuidados, observándola, untándole cosas. Cuando parecía que me miraba, lo hacía frunciendo el ceño, pero hablar de un ceño fruncido no es suficiente para describir el rostro que muestra decepción

e irritación mezcladas con algo que un padre podría leer como alivio por parte de su propio hijo. O tal vez sea solo él quien busca ver ese alivio, y el deseo, proyectado con la fuerza suficiente, está a punto de alterar el rostro de la muchacha que permanece en la cama. Detecté las pequeñas muecas de rechazo ante mis atenciones, y, cuando tenía la certeza de que Esther se sentía disgustada al verme pululando por ahí, cuando notaba su repulsión y su irritación y su enfado en general, lo celebraba en silencio. Cuando veía todos sus gestos estaba más seguro de que sí, de que esa era mi Esther. «Aléjate de mí», es lo que prácticamente podía oírle decir. Conocía aquel descontento. Me confortaba ver algo reconocible. Esa era mi chica. Por fin me convencí de que era a ella a quien había traído a casa.

Después de eso, colgué una cortina de lana sobre el catre, una manta sujeta de un alambre, para que Esther no padeciera ningún sufrimiento añadido. No era necesario castigarla con mi presencia. Esther prefiere la intimidad. Lo comprendo. Se merece todo el espacio personal que yo sea capaz de darle.

También se merece una casita para ella sola, y quizá cuando se haya recuperado, y cuando su madre haya vuelto con nosotros, Esther pueda escoger ella misma su emplazamiento, siempre y cuando no se encuentre muy alejado de esta cabaña. Siempre y cuando yo pueda llegar hasta allí fácilmente, incluso en la oscuridad.

No muy lejos, en el cielo, algún pájaro ocasional recorre el valle. Las aves parecen preferir este mundo sin habla. Si vivieras aquí tendrías que estar enterrado en vida para no reparar en ese gozo arrogante que exhiben desde las alturas. Vueltas de honor inscritas en el aire. Restregándonoslas por la cara. Admirando el modo en que sus sombras se arrastran sobre la sal, ahí abajo. Tal vez no necesites que te convenza. Tal vez esas vistas también se den allí donde vives, y tú contemplas también, desde tu refugio, este regodeo aéreo.

Cuando te imagino analizando este recuento, alzando cada página putrefacta con unas pinzas, me pregunto si estarás solo, atrincherado junto a alguien con quien solías hablar en libertad. ¿Estás leyendo esto con alguna ayuda, con un inhibidor que te corta los pliegues de la boca? ¿Has vertido algún tónico frío y salado en tu sangre para protegerte, aunque sea durante poco tiempo? ¿O esa protección es, digamos, algo más amargo y problemático, algo que te ha costado un mayor esfuerzo conseguir?

Quizá, después de que le absorbieras sus bienes, algún pequeñuelo se sumió en un desvanecimiento negro y profundo, y esa transacción te ha dejado, cuál es la palabra, «afligido».

Allí donde estás, ¿también hay sal? ¿En grandes cantidades? ¿Por todas partes? ¿Has considerado que tal vez la sal sea el residuo de todo cuanto dijimos alguna vez, apilado ahora en suaves montículos de color blanco? Parece demasiado bonito como para que se trate tan solo de nuestros despojos.

Me gustaría preguntarte por tus síntomas, por el camino que recorriste hacia el lenguaje, por las elecciones a las que te has enfrentado. Pero no hablaremos nunca, puesto que yo ya habré muerto cuando leas esto. No podemos pasar revista a la gente del futuro, aquellos que se reirán ante lo poco que sabíamos, ante la fragilidad con que sentíamos, ante la cautela con la que llamábamos a la puerta que protegía todos los remedios. Para mí, ahora, eres monstruoso e irreal, es importante que lo sepas. Eres mi lector, pero no puedo cogerte de la cara y extraer tus secretos. Quizá vivas en un momento en el que la búsqueda de las palabras no esté ligada al dolor ajeno y puedas comerciar fácilmente con el arma acústica, con los textos recogidos. Si

es así, te felicito. Yo también recuerdo esos días. En verdad te deseo que los disfrutes.

Pero el disfrute no es algo por lo que podamos decantarnos, aquí y ahora.

La oscuridad empapa el bosque al caer la tarde, dorándolo todo a ras de suelo. Durante esta época del año, hay que tener cuidado de no verse atrapado después del mediodía durante algún quehacer en un punto demasiado remoto del bosque, porque cuando el sol se pone la vuelta a casa se vuelve difícil incluso para alguien como yo, que se conoce estos senderos de memoria. Esta oscuridad es diferente. Interfiere de un modo más definitivo con tu avance por el bosque, y uno debe cesar en todas sus actividades hasta que el sol no la evapore, al menos parcialmente, a primera hora de la mañana.

Admitiré que yo mismo contribuyo a crear parte de esta oscuridad con mi escasa visión, con mi salud menguante. Mi búsqueda de la inmunidad al lenguaje se ha visto acompañada de este pequeño y simpático peaje. El suero que utilizo no me sienta bien. Hay mañanas en las que, al descubrir mis vendajes amarillentos, manchados de tierra y de rocío, pienso que hay otro como yo. Veo los vendajes esparcidos alrededor de la cabaña como penachos de nieve rancia y pienso que no estoy solo, hasta que me doy cuenta de que, ah, sí, se trata de mis propios vendajes, los que me arranqué la noche anterior porque me quemaban. Porque no podía aguantar el calor del algodón sobre la piel.

Por tanto, no puedo realizar con exactitud ninguna declaración acerca de una pérdida objetiva de la luminosidad. No cuento con ningún aparato para grabar esa expiración de la luz diurna que sospecho que hay. No sería capaz de suministrar ninguna prueba sobre tal descenso, mis facultades de detección están comprometidas, y en cualquier caso no soy un especialista en la atmósfera.

Mis quehaceres son escasos. Esta libertad para ir y venir quizá fuera de utilidad cuando la gente hablaba, pero ahora es solo una ventaja amarga. Menudo archivo de miradas retrospectivas he cultivado, ideas estropeadas y reconsideraciones que maduran en mi cuerpo para nadie, ese material pútrido. Me gustaría contar con una forma más física de extraer todo aquello, también los recuerdos, una cirugía que pudiera por fin liberarme, que pudiera quemarlo todo.

No queda claro el motivo por el que las ideas se nos meten dentro si nuestro único deseo es que nos las vuelvan a quitar.

En lugar de tareas para dejar pasar el día, puedo sentarme en la cabaña a esperar la llegada de mi esposa, escuchando el viejo agujero judío, atento a

cualquier sonido que indique que se acerca reptando hacia aquí.

Ah, no os preocupéis, soy perfectamente consciente de la fantasía que esto implica, pero aquello que deseamos casi nunca se ve exento de lo imposible. Hoy en día, esa barrera significa muy poco para mí. Después de todo lo que ha pasado, lo imposible no es más que un punto muerto que se disuelve a poco que movamos la cabeza con la suficiente rapidez. La historia parece demostrar que lo imposible es aquello que tiene más probabilidades de ocurrir.

Pero la espera tiene sus desafíos. Es demasiado sencillo imaginar que oyes a alguien arrastrándose por el estrecho túnel que se extiende entre Forsythe y la cabaña, y el suspense se hace difícil. Cuando no puedo soportarlo más, me voy caminando hasta el pueblo vacío, con su almacén de bienes intactos capaces de alimentarme durante años. Parte de la comida fue saqueada, pero no toda, como si las personas, durante su primer asalto aterrorizado, mientras se armaban para su nueva vida en soledad, hubieran descubierto que tampoco tenían tanta hambre.

Así que nos dedicamos a la recolección de comida y herramientas, incluso cuando los sobrantes se van echando a perder en mi cámara de frío, y el pillaje se extiende colina abajo. Sobre todo recojo aquello que ya tengo. Acaparo cosas. Hago acopio. Hago lo que debe hacer todo hombre solitario en un mundo sin habla.

Vaya, eso suena muy importante. Lo que pretendo decir es que el protocolo público para moverse por la vida hoy en día es bastante limitado. No existe un código de conducta para la gente como yo, y, si lo hubiera, leerlo le haría daño a nuestro cuerpo.

¿Cómo se dice cuando pasas un imán rígido y oscuro sobre tu brújula moral tantas veces seguidas que la aguja acaba temblando de mala manera y resulta imposible leerla?

Las maquinarias de la razón, las maquinarias del comportamiento, las maquinarias de la virtud. La máquina que regula los instintos, que mantiene tus manos alejadas de la garganta ajena, que las mantiene alejadas de la propia garganta. Todas esas máquinas, como dijo alguien, han pasado demasiado tiempo a la intemperie. Están atascadas, oxidadas, exangües.

He olvidado quién lo dijo y ya no me importa.

Supongo que podría dedicar el tiempo a cultivar y cazar y a subsistir de mis cosechas, pero todos esos productos alimenticios expuestos en las estanterías de las tiendas vacías y alejadas de la carretera silenciosa hacen que tales labores resulten innecesarias.

En lo que respecta a la caza, ahora que lo pienso, hay una cierta variante que sí he practicado. No le había dado nombre a esa forma de apaño. «Caza». Pero, si por caza nos referimos al seguimiento cuidadoso y subsiguiente adquisición de un recurso vivo, por el motivo que sea, entonces sí, he cazado.

Solo unas cuantas veces.

Cuando vigilo la cuarentena al otro lado del río, ya no veo gran cosa. Las cuarentenas infantiles aquí, en esta Nueva York final —y las que se hallan repartidas en asentamientos por toda la costa, por más que la sal vaya creciendo—, han desarrollado una forma ordenada de expedición cuando necesitan expulsar a uno de los suyos, a jóvenes ciudadanos de inmunidad deteriorada, de lenguas endurecidas dentro de la boca, recién afectados por el lenguaje.

Todos ellos acabarán por crecer, y todos ellos acabarán por marcharse, y entonces mi pueblo, mi casa, se verán liberados de los de su especie, de los que hablan con facilidad. No concibo ningún otro desenlace.

Ahora, la puertecilla se abre y ahí vienen, aturridos, enfermos ya. No cabe duda de que durarán poco, a menos que sean capaces de adaptarse con rapidez a las leyes del mundo sin habla.

«Escóndete», es una de esas leyes.

Y, «Si te encuentras con alguien», reza otra, «ejerce las maniobras de evasión necesarias».

Las leyes resultan pertinentes porque no soy el único que vigila esas salidas escondido en estas colinas. No soy el único interesado en estos jóvenes.

Hay otros como yo, pero no son exactamente como yo. Acompañantes, padres, depredadores. Pueden aplicárseles tantas palabras distintas...

Les he visto dándose prisa por recibir a los exiliados, sirviéndose de un armamento mixto de amabilidad y crueldad. Una bienvenida cortés, el ofrecimiento de una manta, un cómodo paseo en carretilla, o por el contrario una captura rápida, el sofoco, el uso de las cuerdas, el secuestro. Desde la distancia a la que me encuentro, esas transacciones se desarrollan con lentitud, sin emociones. Presentan problemas de credibilidad.

Los rescatadores actúan solos o en grupo, con las caras cubiertas, y la mayoría de las veces utilizan la comida como cebo, algo que nuestros pequeños hablantes han tenido problemas para conseguir. Los exiliados rara vez se resisten. ¡Están tan hambrientos! Todavía son niños, en realidad, y

están enfermos, pero ahora están solos. Así que, cuando aparece la carretilla de bienvenida, se suben a ella.

Y se van con sus nuevas familias, camino de una vida sin palabras en algún lugar al oeste de aquí. Ese es su destino, por lo general, el oeste, a continuación el sur. Probablemente se vayan a Wheeling, Marion, Danville. Me aburro demasiado como para haberlos seguido más allá de Albert Farm. Casi nunca se arrastran de vuelta hacia aquí, hacia la sal, donde nada sirve de nada y a nadie se le ocurriría pensar en establecerse.

Quizá la existencia familiar ajena a palabras y miradas en arcones subterráneos, donde incluso el contacto visual debe mantenerse bajo control por sus posibles bandazos hacia el matiz y el significado, resulte más agradable bajo el sol de nuestras ciudades más cálidas. Quizá la sal sea allí más fina, más fácil de barrer.

Ahora que Esther ha venido a mí, o yo a ella, como fue el caso, tras ahuyentar a un rescatador que la saludaba exhibiendo trozos de pan con azúcar, para a continuación arrastrarla bajo la luz mellada a través de la ciénaga, al otro lado del río y hasta la cabaña, cuento con escasos motivos para vigilar la puerta del pueblo. Tengo lo que vine a buscar. Vuelvo a ostentar la custodia de mi hija. Pero, en cualquier caso, a veces me pongo a cubierto, a algunas lomas de distancia, para observar las salidas a través de los prismáticos. Son años de costumbre.

Con el paso del tiempo, o bien la gente se dio por vencida respecto a los niños asilados ahí dentro o los niños fueron saliendo por su propia voluntad, contritos y silenciosos. Si los padres tenían suerte, llegaban a ellos antes que nadie. Pero lo que hacían a continuación, los lugares a los que iban y lo que sucedía tras su llegada, aquello a lo que esa gente dedicaba en realidad sus días cuando la fiebre del habla imponía su silencio, esa información no se encuentra a mi alcance. Me niego a inventar historias sobre ellos. Abstenerse de narrar tal vez represente una de las más elevadas muestras de respeto que podamos llevar a cabo. Esa gente, sin historias que los encapsulen, puede morir sin haber sido malinterpretada.

Muchas noches, escondido entre la maleza, perdí la noción del tiempo durante mis labores de observación y se hizo muy de noche como para volver a la cabaña. He pasado horas sombrías con el cuerpo tirado en alguna ladera, obligándome a reír de forma artificial para mantener el calor. Habréis oído hablar de la risa de las colinas. Pues solo es eso. No hay ningún misterio ni existe un motivo de diversión. Se trata tan solo de una persona como yo, que

está provocando vibraciones y aliento a través de su cuerpo, para no pasar frío.

Ya he vivido inviernos como este, sin habla, a la espera. Uno se acerca demasiado a los ires y venires de su propia mente, algunos de los cuales —al fin creo en ello— deberían permanecer inauditos, deberían verse amputados de significado hasta quedar reducidos a un balbuceo. El oyente minucioso de esta habla interior no obtendrá ninguna recompensa. Estos inviernos no logran secar la mente, ¿y para qué sirve ahora esa mente, si no puede compartir sus miedos y sus mentiras? A menudo he deseado que la toxicidad, cuando llegó, hubiera golpeado a mayor profundidad, al habla silenciosa con la que nos acosamos y nos acorralamos a nosotros mismos.

El pensamiento es el veneno original, dijo alguien. Es algo que no solemos preguntarnos nunca acerca de una crisis, pero ¿por qué no fue peor? ¿Por qué la persona misma no se vio destripada de pensamiento? A quién le importa la palabra hecha pública, es la palabra privada la que provoca un daño más duradero, persona a persona. El pensamiento debería haberse detenido en primer lugar. El pensamiento. Quizá se trate del siguiente estadio en la larga e insidiosa conquista de la toxicidad, otra actividad humana básica que lentamente nos irán arrebatando.

Ah, mierda, así lo espero.

Así que ayer dejé a Esther durmiendo en su catre y salí a por madera. Dispongo de una motosierra para desbrozar, pero una herramienta así representa un lujo superfluo para alguien que lo que quiere por encima de todo es quedarse sentado en su cabaña, escuchando cuidadosamente el agujero en espera de una noticia que nunca llega, de una persona que se está retrasando de verdad. Me conformaría con un siseo de la conexión, incluso con un chisporroteo de electricidad estática, algo que sugiriera que el cable naranja vuelve a estar conectado con Buffalo, con Albany, con no me importa dónde. Así podría escuchar alguna historia de los viejos tiempos.

Son viejos tiempos de verdad. Han envejecido. No es agradable recordarlos.

La razón de que la emisión judía lleve tanto tiempo en silencio es una cuestión que no puedo resolver. O tal vez debería decir que ignoro los motivos por los que no hay más señuelos en la línea. Quizá el rabino Burke, en la tumba de Forsythe, está articulando silencios desde el otro extremo y eso es todo lo que queda. ¿Siguen los pájaros bañándose en su tanque de cristal?, me pregunto.

Desde que abandoné Forsythe escapando por el túnel, llevo ya algunos años solo, y me he esforzado por no dejar ninguna evidencia de mi presencia en este lugar. Mi soledad se vio corregida por la llegada de Esther, una llegada que organicé con años de paciencia, esperando a cubierto el fin de su exilio, con la esperanza de ver a través de los prismáticos cómo atravesaba las puertas del pueblo en coche de caballos, en trineo, a pie.

Ella es mi primera visita. Bueno, eso no es exacto. En una o dos ocasiones me traje a otra persona a la cabaña, tres veces, un desconocido. Quizá podamos decir que esto sucedió en cinco ocasiones, personas que no eran Esther. ¿Es «persona» la palabra adecuada? La verdad es que no tengo interés en tabular esa actividad.

Niños, eso eran. No les hice daño. Les di sopa con picatostes de una de mis barras de pan, crujiente tras pasar por el quemador en frío. Os preguntaréis qué me ofrecieron esos niños a cambio de alimentarlos. Es un acto de curiosidad natural. Uno alimenta a un extraño y, a cambio, bueno.

Pronto os daré los detalles, antes de que mi uso del lenguaje expire definitivamente.

Así que ayer recogí y corté la madera, la dejé apilada en una bonita pirámide, y bajé cautelosamente por la colina a esperar la aparición de algún activo.

A veces te los encuentras en la rampa de hierba, antaño ocupada por los niños que jugaban antes de entrar a la escuela. A veces vienen dando tumbos directamente hacia ti y alzan los brazos, de hecho quieren que los cojas. En tal caso los complaces. Te agachas y los coges en brazos.

Estuve allí demasiado tiempo. La luz se quebró. No apareció ningún activo, solo un caballo que se quedó pastando en el prado, tranquilo y despreocupado, que ni siquiera se sobresaltó cuando un sonoro chasquido sacudió el cielo en algún punto al este.

Las municiones explotan de vez en cuando. Sonó como si una casa se hubiera partido por la mitad.

Cuando desperté estaba oscuro, y rompí mi propia norma. Esther estaría toda la noche sola en la cabaña si yo no regresaba. Tenía que volver, por más que eso implicara pasarme varias horas andando a ciegas. Detrás de la cabaña he excavado un foso para hacer fuego donde cocino algún quebradizo lóbulo ocasional, chamusco un pastel de mermelada y ventilo el calor hacia el interior de la cabaña para poder soportar las noches más frías. Lleno el foso de madera cada mañana, y vuelvo a llenarlo por la noche. A veces, en mitad de la noche, cuando tengo ganas de orinar, me envuelvo en una manta fina y relleno el agujero de ramas.

Una vez a la semana saco la ceniza del foso y la llevo con una carretilla hasta las tierras blandas, fuera de la vista de nuestro antiguo vecindario, allí donde comienza el vallado, a la sombra de los altavoces infantiles.

Ahora suenan las fábulas de Esopo por esos altavoces, pero ellos también han sido víctimas de unas reparaciones espantosas, deforman el habla de forma tan terrible que esta ya no difunde el veneno. Si acaso, suena hermoso, como un canto grave que surgiera de las profundidades marinas.

Vivir aquí no resulta ideal, independientemente de lo que Claire y yo soñáramos al respecto. Cuando estaba solo podía soportar las condiciones. Ahora, con Esther al mando del catre solitario, incluso de mi sitio frente al agujero, donde hace años me sentaba con Claire y cogía el cable naranja, hundiendo los dedos profundamente en la carne del oyente, esto está abarrotado.

Ah, no me olvido de que LeBov bajó por este mismo agujero una vez. O quizá a veces sí que lo olvido.

En los días sin viento puedo oír el aliento de Esther, el resuello de sus pulmones, como si estuvieran soplando con fuerza para inflar un globo. A veces, el resuello se detiene y esto se queda demasiado tranquilo. Miro el muro de tela que nos separa y me pregunto si hasta aquí hemos llegado. Si solo uno de los dos debe respirar, mejor que no sea yo. El suspense abandonó mi vida hace mucho tiempo, pero ahora ha regresado. No me atrae.

Anoche estaba tan oscuro que, mientras intentaba dar con el camino de regreso a Esther, no podía verme la mano al ponérmela frente a la cara. Guiarme por las constelaciones era imposible porque no había estrellas. Simplemente estaban muy lejos. Todo estaba demasiado lejos. En cualquier caso, de haber habido estrellas, de haber podido verlas, poco habría importado. Sobre mí se habría alzado el reproche de un sistema de información que no he logrado aprender, un mapa escrito en uno de esos lenguajes inadecuados para describirse nada más que a sí mismos. Es posible que todos los lenguajes sean así.

Sabía que debía subir una cuesta, pero ignoraba cuándo alejarme de ella para dar con el sendero lateral. Me pasé la noche descendiendo y trepando, recorriendo un sendero que no era el correcto. Nunca era el sendero correcto. Muchas veces me topé con una maraña de árboles, palpé la carne húmeda y pegajosa más allá de la corteza. En una ocasión, mi mano se introdujo inquieta en algo parecido a la sopa, pero esto era a la altura de la cintura y la retiré cuando comenzó a quemar.

Me tropecé, me caí, a ratos me quedé tirado para descansar, respirando el agradable olor ferroso del barro, que se secaba sobre mi rostro y silenciaba la totalidad del mundo.

Mi ausencia anoche no sería importante. De todos modos, Esther prefería que yo me mantuviera lejos de la cabaña. Ni siquiera habría probado la sopa que le había preparado, y era posible que el pan hubiera acabado despedazado y desperdigado por el suelo, tirado con rabia como haría una niña pequeña. Incluso si llegaba a casa antes de la hora de dormir, cuando se apagaba la lámpara y se rellenaba la jarra de agua sobre la piedra, me iba a pasar igualmente toda la noche arriba y abajo, tirado en el suelo, escuchando la dura batalla que presentaba el aliento de Esther al otro lado de la cortina.

Mi ausencia no sería importante. Estaba seguro de ello. Esther estaría bien. Mejor quedarse ahí fuera y dormir.

Esa noche ya no volví a intentar liberarme a empujones de mi lugar en el barro. Tampoco me obligué a dejar de pensar en Esther, sola en la cabaña. La noche era lo suficientemente cálida como para que pudiera aguantar donde me encontraba. No había duda de que ella estaría bien allí, ella sola. Ni la menor duda.

Esperaría a que llegara la luz del día, la escasa luz del día que se me permitía últimamente. Con el amanecer me arrastraría de vuelta a la cabaña y allí descubriría que Esther se encontraba perfectamente bien. Estaba seguro de ello.

Hace tres años escapé de Forsythe bajando por el agujero judío. Me pasé meses reptando por el barro subterráneo de regreso a casa, deteniéndome solo para escuchar por si me perseguían. El primer túnel que recorrí era ligeramente más ancho que el cable naranja que me guiaba, y tuve que usar todos los instrumentos de excavación a mi alcance para abrirme camino. Cuando me quedaba sin salida, hacía sondeos, golpeaba la tierra hasta llegar al esquistoso, y cuando el muro me devolvía un vacío prometedor, me servía de los dedos para abrir una cavidad.

Fue una labor fea, oscura, y me fui convirtiendo en un extraño para mí mismo, mi piel como una piedra empapada de pelo, mi cara demasiado entumecida como para sentir nada.

Otros habían ido y venido por algunos de esos corredores antes que yo. Ah, por supuesto que sí. Las pruebas aparecían descompuestas a lo largo del terraplén, manchadas de barro, rotas, gastadas. Prendas de ropa congeladas en posturas dramáticas, libros, papeles, esquirlas de lóbulos antaño transparentes y ahora cubiertos de vello. Maletas embutidas en hoyos abiertos en el barro. Me desprendí del mono de trabajo y me vestí con los ropajes de esos pioneros. Encontré un juego de aseo personal y la emprendí a machetazos con mi vello facial, utilicé una de esas piedras suaves y moldeables para rasparme hasta quedar pelado.

Qué terrible, la cantidad de sal que ya había por todos lados, incluso ahí abajo. Su primera capa estaba quemada. Se te quedaba pegada a las manos.

Los libros que encontré seguían sellados con pegamento. Páginas sueltas, desperdigadas como los restos de un desfile, con el texto tachado en negro. Por todas partes aparecían trozos rotos de códigos escritos, textos discapacitados, hojas de decodificación, grabados sobre las paredes, los esfuerzos locales de la gente para comunicarle algo a alguien, para transmitir un mensaje.

Si alguien había vivido ahí abajo, en los túneles, no lo había hecho bien, y no lo había hecho durante mucho tiempo.

Durante los meses que siguieron, mientras excavaba hacia el sur, realicé varias expediciones a la superficie, cada vez que en el túnel aparecía una

escalera o una soga con nudos colgando o se colaba alguna luz desde lo alto o, sobre todo, cuando el cable naranja, mi verdadero dispositivo cartográfico, tomaba un desvío hacia arriba, por lo general en la hinchazón que señalaba un empalme en la línea. Siempre lo seguía. Irrumpí en prados, me pegué cabezazos contra bloques de cemento, emergí en el fondo de estanques de escasa profundidad, me abrí paso a puñetazos por el fango para salir al aire libre.

Algunas veces incluso me colé en cabañas que cubrían la evidencia del agujero judío de algún extraño.

Una vez llegué hasta una trampa que no se abría del todo. Cuando me detuve a escuchar, oí pasos, la horrible presión que llena el aire cuando la gente acalla su miedo. Alguien había colocado una cama sobre la portezuela tras la que yo me agazapaba, y cuando por fin logré entrar allí, con gran esfuerzo, en aquel lugar no había nadie. Era una casa húmeda que la gente había abandonado a toda prisa. Probablemente estaban fuera, encogidos de miedo, petrificados ante el hombre que se había abierto paso a través de su suelo. El cable naranja que había seguido hasta esa cabaña se dividía en una colonia de los más finos capilares, tan delicados que apenas podía verlos. De no ser por las copas de líquido en miniatura donde tomaban tierra —dedales de latón desperdigados por el suelo, zarcillos de cable colgando en su interior— quizá no habría descubierto que estaban ahí. Su táctica de conducción me resultó curiosa, pero volví a bajar por el agujero y dejé aquel lugar en paz.

Otras veces el cable naranja se deshilachaba y se deshacía entre mis manos. En el cable había marcas de dientes, una negra caligrafía de sangre allí donde alguien lo había cortado a mordiscos. A mi alrededor no había nada que me resultara familiar. Incluso los árboles mostraban una tersura animal en sus ramas, o no había árboles, ni tan siquiera los más básicos espasmos de hierba, tan solo un terreno enripiado que se extendía hasta donde me alcanzaba la vista, con los guijarros cubiertos por una fina capa de sal.

Cada vez más a menudo, cuando subía desde el subsuelo para evaluar el lugar, me encontraba con que era de noche.

No sé cómo leer el cielo nocturno, como ya he dicho. Su disposición me parece obscena. Cuando a nivel de tierra era de noche, si me encontraba en alguna especie de bajío uniforme y no podía encontrar un refugio seguro, volvía a bajar al túnel, acampaba allí y esperaba agazapado la llegada de la luz del día.

El campamento era un muro de lana que erigía con mantas. Hacía un corte con el cuchillo y a continuación anudaba una puntada de cordel en la veta, de

modo que mi ventana fuera una cicatriz en la tela. De día, reptaba hacia el exterior y camuflaba el agujero, realizaba las preceptivas comprobaciones del terreno que me permitieran encontrar el camino de vuelta sin problemas.

Di paseos por la superficie en pueblos que tal vez fueran Dushore o Laporte, la parte de Nueva York que parece absorber tanta luz solar que allí donde mires hay una perpetua ausencia de sombras. Cuando caminaba por la hierba a veces pisaba algo duro, paneles de cristal espolvoreados de tierra, ventanas para los refugios que había por debajo instaladas a ras de suelo, escondidas fácilmente.

En una ocasión me detuve a barrer la hierba y la tierra que había sobre una de esas ventanas, y descubrí una pequeña habitación oscura donde un anciano levantó la mirada hacia mí. Aquel hombre no parecía asustado. Me hizo señas. «¿No te sientes solo tú también?», es lo que no necesitó preguntar. Pero yo seguí mi camino.

En Wilbert, o quizá fuera en North Sea, la carretera estaba sembrada de radios rotas. Con sus antenas cercenadas, alguien había construido la figura de una persona de brillo cromado, presentada en postura contemplativa. Ahora descansaba sobre un charco, y comenzaba a oxidarse.

A semanas de distancia de Forsythe, donde el túnel desembocó en una caverna del tamaño de una habitación, encontré un alijo de frascos de mermelada, una nebulosa de gelatina roja como si hubiera una marea en su interior. Las tapas se abrían con un sonido de succión, y la caverna se inundaba de un amargo olor a piel. Utilicé un lápiz a modo de cuchara para extraer la jalea teñida, que fui enrollando en forma de troncos. A la mañana siguiente, ya endurecidos, los cociné a fuego lento un largo rato.

Esas pequeñas golosinas me mantuvieron bien alimentado durante semanas y, cuando me metía una en la boca, esta liberaba un dulzor tan lento que pasaban días, o eso me parecía, sin que necesitara nada más, ni siquiera agua. Aún sigo comiéndolas. Sea lo que sea de lo que estén hechas, es prácticamente todo lo que necesito.

Hay poco más que reseñar acerca de este viaje. Avanzaba hacia el sur, seguía rutas exploratorias que se alejaban de mi camino, emergía a la superficie, calculaba coordenadas, volvía a bajar a los túneles y efectuaba correcciones.

Cuando vi la vieja granja equina de Level Falls despojada de sus animales, despojada de su granero, con tan solo unos pocos abrevaderos a los que les habían dado la vuelta y que no quise alterar, supe que estaba cerca de

casa, pero, a juzgar por la calma de las carreteras abiertas, de la ruta desprotegida que llevaba al pueblo en dirección sur, no quise asumir el riesgo de un avance terrestre. Había llegado hasta allí por los túneles. Y acabaría mi trayecto bajo tierra, donde nadie me seguía, donde nadie me conocía, y donde podría alcanzar mi destino en secreto.

Después fui dando bandazos hacia el este. Era una cuestión de ensayo y error, sobre todo de error, hasta que, una mañana, me abrí paso hacia una cámara que no tenía un fondo estable, tan solo unos objetos viscosos y encarnados sobre los que no lograba mantener el equilibrio. Eran las pelotas de goma rosa que Claire y yo habíamos tirado al agujero hacía tanto tiempo, cubiertas ahora por una sustancia fría y resbaladiza.

Estaba debajo de la vieja cabaña.

El cable naranja se elevó. Me imaginé a Claire sentada ante la boca del agujero, esperándome. Tendría un sándwich preparado y un termo con sopa. Estaría riéndose, con esa risa rabiosa que lanzaba cada vez que la estupidez de alguien resultaba ser lo que ella suponía, la confirmación perfecta de todas sus sospechas. Le gritaría desde abajo que había encontrado las pelotas, todas las pelotas.

«Están en el fondo y tienen un aspecto tan raro todas juntas, como una de esas tiendas de campaña para niños llenas de bolas, aunque estas están manchadas de sangre. ¡Ahora mismo subo!».

Subí hasta el corredor. En la parte superior, la boca del agujero estaba tapada con un aislamiento de celulosa de color rosado.

Quizá era eso lo que había obstruido el paso de LeBov cuando salió de la cabaña camino de Forsythe, hacía varios diciembres.

Intenté romper el aislamiento dándole pellizcos hasta que una de sus láminas se soltó, y me deslicé por el agujero. A continuación, trepé hasta la cabaña.

Todo estaba básicamente como yo lo recordaba. En una esquina, impertérrita, yacía la caja de madera con la palabra «nosotros» pintada encima, un penacho de lana azulada colgaba de ella.

Era el gorro de invierno de Claire, que dejábamos a mano por si acaso. Me arrastré hasta la caja y me lo puse; olisqueé, me dije a mí mismo, el último retazo de ella.

Pero ese olfateo no me devolvió nada. No olía más que a humo.

Salí al exterior, encontré sin problemas el viejo sendero que descendía hasta el arroyo, y más allá, extendiéndose a partir del dique, estaba, aún

reconocible, el perfil de vegetación que Claire y yo habíamos bautizado como «el Sena».

Eso era todo. Había llegado. Estaba en casa.

Ahora solo necesitaba rescatar a mi hija.

La mayor parte de lo que queda ya lo conocéis. La mecánica de la cabaña se había jodido. El cable naranja no solo estaba frío, sino también destrozado por los gusanos. Lo ignoré durante demasiado tiempo, muy temeroso de la ciudad al principio como para caminar hasta allí en busca de suministros y, mientras, el cable se iba llenando de ampollas.

Mientras tanto, una de esas alimañas rosadas encontró el cable, comenzó a comerse el cobre y restregó su cuerpo lampiño contra él hasta romperlo en tiras que eran como brillantes astillas de caramelo.

Una vez, al principio de todo, inserté una antena de cobre entre los encrespados filamentos del cable y tejí, de memoria, un nido de conducción que deslicé bajo mi lengua para completar la antena facial. Cuando hice que el cable y el nido se besaran, sujetándome a una toma de tierra para mayor seguridad, la vieja oración se elevó como una ola y brotó con fuerza de mi boca.

«Nos ordenaste que no te conociéramos y hemos obedecido. Cuando te conocimos apartamos la mirada...».

Fuera lo que fuese, no se trataba de una oración de verdad. Sonaba como una disculpa por algo que nunca había ocurrido. No pude soportar el sonido, especialmente en mi propia voz, así que lo arrinconé todo y jamás volví a escuchar el cable.

No es que renunciara a mi religión. Simplemente descubrí que ya no necesitaba recordatorios, aseveraciones, repeticiones, arengas. Nada externo a mí mismo. Aquello en lo que yo creía seguía sonando dentro de mí sin la ayuda de ninguna radio. Había escuchado lo suficiente como para llenar una vida entera. Descubrí que podía apañármelas sin malinterpretar más cosas.

Pasé aquellos primeros meses en casa determinando los niveles de seguridad de mi nuevo asentamiento, examinando los alrededores de la cabaña dando vueltas cada vez más amplias, avanzando a gatas y en silencio, deteniéndome para escuchar en busca de algún perseguidor, construyendo un mapa interior del lugar.

Los ciervos se quedaban inmóviles cuando me acercaba a ellos, con sus hocicos blancos y escarchados. No detecté la amenaza de otras personas. Al

final me di cuenta de que me hallaba bastante limitado por la línea de altavoces, protegido de los demás, pero también prisionero. A menos que fueras un niño, solo podrías llegar hasta donde yo estaba a través de un agujero judío. De todos modos, instalé algunas líneas de alarma, algunos disparadores rudimentarios que me proporcionarían una buena cantidad de minutos para desaparecer si eso resultaba necesario.

Supongo que lo que de verdad me preocupaba era LeBov. Un LeBov nuevo, quizá, al que no reconocería. Vendría detrás de mí por el túnel, no tardaría en atravesar el suelo de la cabaña a puñetazos.

Debería haber rellenado el agujero con tierra, con sal, para que nadie más pudiera salir de él. Carretada a carretada hasta que la cosa quedara sellada. Pero quería mantenerlo abierto para Claire. Aún no podía cerrarlo. Necesitaba pensar que ella resolvería el problema tal y como lo había hecho yo. Lo necesitaba.

Habían transcurrido pocos días desde su regreso cuando me acerqué cautelosamente al antiguo vecindario, escuché las historias que brotaban de los altavoces con voz metálica, como los balidos de un animal. La emisión generaba un repelente sonoro muy efectivo, el peor estrangulamiento del aire posible. Si me acercaba demasiado, me asfixiaba —un pánico sofocante desencadenado por una zona de lenguaje pestilente—, así que calculé de forma temprana dónde se encontraba la línea de murmullos, ese punto de la periferia donde podía oír la voz pero no entenderla. No pensaba ir más allá.

Entonces hice señales en los árboles, con algunas piedras. Caminé de un intervalo a otro hasta que di con un punto de observación natural, uno de los pocos entre los que fui rotando mientras espiaba la cuarentena, en espera de que dejaran salir a Esther.

Hay poco más que contar acerca de los primeros momentos que pasé aquí. Los residuos y el agua requirieron de mi atención al principio. La comida nunca fue motivo de preocupación. Recolecté conservas en el pueblo abandonado, pese a que apenas me apetecía comer. Debí de pasar un año entero sin palabras.

Incluso en verano algunas mañanas eran frías y despejadas, y me despertaba en un silencio que no hacía más que intensificarse con el paso del día, una mudez que se me antojaba rica en nutrientes, adictiva. Me sentía enérgico, fuerte y casi terriblemente vivo.

Cuando el día era perfecto, me enfrentaba al muro de árboles en la línea trasera del cenagal y subía por la pared del acantilado hasta Tower Ledge, allí

donde solíamos ir de picnic. Ahora ya no quedaban familias. La vieja caja de la parrilla estaba volcada. La zona para perros, atestada de malas hierbas.

No oía nada y no decía nada, no leía ni escribía nada, y con el tiempo mis pensamientos se sumieron también en ese pozo de silencio. Tampoco es que pensara en forma de frases, pero siempre había habido palabras sueltas, expresiones, a veces listas, y estas fueron menguando hasta que lo que pasaba por pensamientos no fue más que una colección de sonidos sibilantes, siseos cuyo significado yo tenía claro y que no necesitaba descodificar en forma de lenguaje.

Fue Claire quien más se benefició de ese tipo de contemplación. Esa forma de pensar encajaba con ella a la perfección. Al pensar en ella mientras despejaba el terreno en silencio, tal y como le hubiera gustado que hiciéramos, mientras montaba tuberías hasta el fondo del arroyo, mientras limpiaba y colgaba las pieles de lana con las que aislaba las paredes, lo hacía con la más amable de las secuencias tonales. Notas graves y pequeñas, como una canción de cuna.

No pretendo que esto sea una declaración de carácter científico, ni siquiera una teoría experimental que afirme que la mejor manera de asumir la consideración emocional de una persona sea a través del sonido, no con la imagen o el lenguaje —¿cómo podría demostrarlo?—, pero aquel año me sentí más cerca de Claire que nunca. Por fin dejé de echarla de menos, porque ahora estaba a mi lado. Me quedaba dormido con el sonido de Claire, me iba a comer a la vieja y arrugada roca que había por encima de Tower Led— ge y en todo momento escuchaba sonidos que devolvían por completo a mi esposa al interior de mis venas, de mi cuerpo. Mediante el sonido me sentí por fin ligado a ella, en su compañía, estuviera viva o no, o, si lo estaba, sin importar lo que ella pudiera sentir por mí. Su recuerdo se había transformado en sonido, una sofisticación perfecta. De ese modo la amaba del mejor modo posible, con todo lo que tenía.

Hago mención de este cambio solo porque esa fase terminó cuando encontré al primer niño y emprendí mi proyecto con activos, con inhibidores derivados de personas. Mediante la medicina me vi devuelto al lenguaje y los tonos de Claire se los llevó, ¿cómo era la expresión?, «se los llevó el viento». He dejado de oírlos.

Y culpo de ello al cobarde deseo de hablar, de escribir, de ser oído.

Unas palabras sobre mi suero: es más amargo que el agua. No es tan turbio como la leche. Durante el invierno se cuaja en forma de cristales. Cuando le meto, con cuentagotas, algo de zumo hecho con la sal del valle oscuro, espumea y se convierte en una especie de mantequilla.

Cuando necesito un poco, se lo extraigo a alguno de los pequeños. Lo usé por primera vez en Forsythe. Su forma más tosca, la brusca obtención de la inmunidad, echando mano de la incalculable importancia del ser infantil. Fue la ingesta de este Juego de Niños, estoy convencido, lo que destruyó a LeBov, si es que acabó por morir.

Y es su ingesta lo que pronto, sin lugar a dudas, me dejará inmóvil en algún punto del bosque, tirado en el suelo, parpadeando bajo la luz perfecta del sol ante un mundo que ya no podré ver.

No otorgué nombres a los niños que veía en el bosque. Lo mejor era tener una perspectiva distante, podada de todo sentimentalismo, que impide un flujo de trabajo productivo. «No prestes nombre a aquello que tienes intención de cultivar», rezaba el dicho. Quizá se tratara de un dicho mío. Pero «cultivar» es una palabra demasiado fuerte. Eran pequeños que a veces estaban sentados solos, sobre un tronco. La medicina se presenta ante nosotros bajo disfraces tan variados... Se esconde en las hojas de las plantas, crece bajo la corteza de los árboles, bajo el mantillo, bajo la arena. A veces viaja como polizón en objetos más valiosos, objetos más resistentes a la intrusión, y ahí es donde el desafío se presenta en toda su extensión. El ejecutor de apaños aborda esas formas, vivientes o no, y extrae de ellas la medicina que pueda beneficiar a la persona. Pero, cuando la medicina reside en el interior del cuerpo de esas entidades comúnmente conocidas como niños, el proceso de extracción se vuelve... ¿cuál es la palabra?

Yo no sé qué palabra es esa.

Mi propósito aquí no es detallar exactamente cómo conseguí que el suero Juego de Niños funcionara, qué tipo de fracasos padecí durante el proceso. Trabajé solo, con un número limitado de herramientas, de las que me apoderaba en la farmacia del pueblo, ya medio saqueada; cometí todos los errores posibles, y al principio ni siquiera sabía lo que buscaba.

La sangre y la piel, quizá el pelo, eran los blancos más probables, así que encontré la manera de hacerme con pequeñas muestras de esos recursos, los exprimí o rasqué y los introduje en botellas sin causar grandes daños. Pero eso no me acercó lo más mínimo a mi objetivo, porque lo que nunca había visto en Forsythe era el modo en que esos recursos eran procesados. No sabía nada acerca de los refinamientos a los que se sometía a tales materiales, y no contaba con ningún otro adulto más que yo mismo con el que poner a prueba mis descubrimientos.

Cuando uno de los pequeños lloraba en silencio, ponía música, le traía sopa. El silencio era el estado natural de mis sujetos, los cuales rara vez salían a investigar por los alrededores o sondeaban el aire con sus palabritas. Quizá fuera porque yo no tenía en absoluto el aspecto de alguien con quien pudieran hablar. Los años me habían conferido un físico hostil. O no fueron los años. La culpa de mi apariencia radica en otra cosa. Tal vez los niños notaron que me molestaría, pero si yo estaba molesto era por motivos que se habían dado antes de su llegada a la cabaña. En todos los sentidos, yo era un guardián amable. Les proporcionaba comida y refugio, a veces me sentaba en el suelo, a su lado, y jugaba con el saquito de bellotas que les traía para que se distrajeran.

Después de las rondas de extracciones, ponía a prueba los resultados en la línea de murmullos, me adentraba en la ventisca de las fábulas de Esopo hasta que la demolición me golpeaba.

Cuando la piel y el pelo fracasaron pasé a usar la sangre, les pinchaba el talón a los niños para conseguir una gota. Utilicé coagulantes expoliados del hospital del pueblo, aproveché para el fluido algunas sales decomisadas de la farmacia, sales de las de antes. Sospechaba que la sangre resultaría problemática, que no tendría una solución sencilla, y en esto acerté.

Entre mis muchos motivos de vergüenza, me centré demasiado en el fluido interior, pasé por alto lo que debería haberme resultado evidente desde el principio.

El descubrimiento llegó de forma accidental. Uno de mis sujetos, atado a un viejo respirador de botella, tan grande que hacía que su carita pareciera enana, cayó en el tipo de respiración agitada que a nadie le gusta ver en una persona pequeña. Muy a menudo representa la antesala del tipo más improductivo de inmovilidad. Cuando al niño se le pasó el ataque, después de quitarle el respirador y de refrescarle la cabeza con toallas, reparé en el residuo que había quedado en el fondo de la botella. Un polvillo.

Era imposible justificar su presencia. Yo no había tratado el suministro de oxígeno. No debía de proceder de mí, sino del niño, de su interior.

Lo rasqué con un cuchillo, volqué un poco en una cuchara, la coloqué sobre la llama.

Un humo claro se alzó tembloroso de la cuchara. Llenó la cabaña, hizo que me escocieran los ojos. El aire comenzó a oler a bayas, pero al cabo de pocos minutos, después de que mis pulmones lo absorbieran, me derrumbé sobre el catre. No notaba ningún dolor físico. Hasta donde podía observar, me sentía bien. Me derrumbé porque de repente, con la aparición de ese humo infantil, me vi golpeado por una pesadumbre profunda e inefable.

La cabaña era incolora; mi cuerpo en ella, una carga. El niño parecía retorcerse sobre el suelo en una serie de posturas mecánicas diseñadas para provocar una reacción.

Reparé en el carácter repetitivo de sus giros, en ese revolcarse tan falto de imaginación.

Estudié mi estado de ánimo, lo diagnosticué como fortuito, a continuación me obligué a ir hasta la línea de murmullos. Para el caso, bien podía poner a prueba los efectos de cualquier dosis, incluso de una tan accidental como aquella.

Era un día cálido, me sonrojé y rompí a sudar. Ni siquiera la luz del sol mitigó mi humor. Tiraba de mi aliento, dibujaba ante mis ojos un agujero de oscuridad. Lo que sentía era una desesperación silenciosa, una sensación de certidumbre final según la cual las maniobras de uno estaban ligadas a un vector de... ni siquiera de locura, sino de algo mucho peor. Algo mucho más terrible que la locura.

Llegué a la fila de piedras superficiales, atravesé la línea de murmullos con facilidad y continué adentrándome en territorio tóxico. Los cuentos de hadas retumbaban desde los altavoces con perfecta claridad y yo no me

detuve. La grabación era nítida y coherente y al fin, cuando determiné que podía escucharla sin perjuicio para mí, me senté en el sendero.

Me sentía bien. El lenguaje flotaba sobre mí, se me metía por todo el cuerpo y yo lo aguantaba, me lo tragaba entero.

El suero funcionaba.

En el sendero escuché, proveniente del altavoz, el viejo cuento del pájaro que, con los ojos vendados, debe buscar a su madre sirviéndose tan solo del sonido. No había oído aquella historia desde que era pequeño. No soy aficionado a esos relatos, quizá porque más bien me parecen problemas que nunca tendrán solución, y aquel se encontraba entre los que menos me gustaban.

El pájaro está solo y tiene miedo. Por culpa de la venda no puede hacer aquello para lo que fue concebido: volar. Y su madre, aunque siempre está cerca de él, aprende a mantenerse en perfecto silencio cuando el pajarito está a punto de dar con ella. Se oculta de él con ingenio, se aleja dando saltitos cada vez que él se le acerca. Todos los pájaros adultos hacen lo mismo, así que el pajarito comienza a pensar que es el último pájaro que queda sobre la tierra. Grita y nadie le responde. La madre contiene el aliento cuando el pajarito se le acerca tanto que hasta puede olería. Sabe que es ella, que está ahí delante. No necesita ver para sentir su presencia. Ella contiene el aliento y se queda completamente inmóvil, como una estatua. El da vueltas a su alrededor, se le lanza encima, da al fin un chillido, momento en que ella se eleva en el aire y se aleja volando.

Cuando la madre regresa algo más tarde, riéndose, dispuesta a compartir la lección, el pajarito se niega a ser consolado, no la reconoce, rechaza acercarse a los pájaros adultos. Insiste incluso en dejarse la venda puesta alrededor de la cabecita. Pasan los días y el pájaro no se quita la venda. Aprende a llegar allí donde tiene que ir. No vuela, pero va a los sitios caminando. Se desplaza sin problemas. Todos piensan que el pajarito está enojado, que se toma demasiado en serio a sí mismo. Pero no es verdad. Bajo la venda, el pajarito vive en la oscuridad, y así es como ahora le gusta estar. No está enojado. Se siente feliz. La venda se ha convertido en una parte de su ser. Aunque nunca volverá a dirigirle la palabra a su madre ni a nadie más, se siente agradecido hacia ellos. A diario les da las gracias en silencio por su regalo.

El relato lo expresa de forma diferente, por supuesto. Así sucede siempre.

El inmenso altavoz siguió lanzando historias, llenando el bosque de sonido. Me pasé parte de la tarde disfrutando de la emisión, más allá de la

línea de murmullos. El humo que había inhalado me proporcionaba una protección bastante completa, aunque ante ciertas palabras noté convulsiones leves, lo que sugería un carácter parcial de la inmunidad que debería abordar más tarde.

Si los cuentos en sí no me agradaban, la voz con que llegaban hasta mí sí me gustaba, y ese era el motivo por el que quería escuchar más. Hacía años que nadie me hablaba, y el efecto era exquisito. Había subestimado ese placer. Las historias las leía una niña de voz raspada. Habían dado con una niña que no parecía comprender su relato, porque siempre en los momentos de crisis, de conflicto, su voz no hacía más que endulzarse, como si fuera completamente inocente respecto a lo que leía. Menudo don sería ese.

O quizá sucedía que, para esa niña, los momentos terribles eran los buenos, las partes que más la emocionaban.

Al final, los escalofríos comenzaron a presentarse con más fuerza, las historias irrumpían cortantes en mi cabeza con un dolor frío, y mi luz diurna comenzó a estropearse.

Volví a casa para ver qué tal le iba a mi sujeto. Necesitaría una mayor cantidad de su aliento a fin de producir un inhibidor de verdad, y quería probar con otros niños. Necesitaba demostrar que esa extracción no había sido fruto de la chiripa. Lo que quería era el aire de los niños, un polvo de grano fino que expulsaban con el aliento y que nos ofrecía una medicina transformativa.

El descubrimiento, al fin y al cabo, era simple. Debería haberlo realizado hacía meses. A partir de la hiperventilación del niño —en el mejor de los casos, tal y como averigüé después, un niño sacudido por el temor, sobrecargado de adrenalina— aparece un residuo en los pulmones. Que el niño expulsa mediante la tos a causa del miedo. Y, cuando ese residuo se refina y se libra de impurezas, cuando se lo refuerza con ciertas sales y a continuación se lo somete a una fuente de calor, modela los cimientos de nuestra inmunidad. Juego de Niños. Aunque sea por poco tiempo, permite el regreso de las palabras.

Que tal retorno deba ser objeto de castigo es otro tema.

Cuando perfeccioné el suero y pude tolerar, sin caer en la náusea, la gama completa de las emisiones de Esopo al otro lado de la línea de murmullos, me senté en la cabaña junto al preciado contrabando que había sacado de Forsythe: las cintas grabadas con la voz de Esther, mi hija.

«Un archivo lingüístico de la niña. Papel y grabaciones, un amplio programa de temas, un espectro de estados de ánimo. Nuestra cría vírica, catorce años de edad, cantando, riéndose, gritando, cuchicheando, discutiendo, hablando en voz baja, inventándose palabras. Enunciando letras, números, llorando de dolor».

No me canso de esas cintas. Ni me cansaré. He llevado a cabo la terrible matemática un número suficiente de veces como para determinar que mi labor inhibidora vale la pena a fin de oír hablar a mi niña. El trabajo que representa obtener la inmunidad, y su coste asociado. Etcétera, joder, etcétera. El intercambio, creo, resulta justo.

Hace que pueda escuchar fuera de peligro la voz de la niña, y para conseguirlo haría cualquier cosa.

Estoy preparado para debatir esta cuestión. Mis argumentos son sólidos. Esto es todo lo que queda de la voz de mi hija. Os encontraréis en una lamentable posición de desventaja si me desafiáis a este respecto.

La noche pasada me quedé tirado en la oscuridad, esperando a un niño que no llegó jamás. Si hubiera aparecido alguno, si me hubiera asegurado su posesión, lo habría conducido a la caseta de extracción, le habría puesto la botella sobre la cara y habría generado, a ser posible, un escenario que lo abocara al temor, lo que a su vez lo abocaría a la adrenalina, y, de tener suerte, mi sujeto se habría puesto a hiperventilar, con esa respiración rápida propia de los conejos, lo suficiente como para que yo recolectara un dedal de su polvo.

Un nivel de apaño bastante convencional. Habría quemado el polvo y habría embotellado el humo, que podría soplar sobre Esther mientras ella yaciera boca abajo en la cama. Si yo realizaba debidamente mi trabajo, el humo se hundiría sobre ella y no le quedaría más remedio que aspirarlo.

Hubiera sido la última vez que me sirviera de un activo, solo para esto, solo para que Esther pudiera ver algo.

En caso de que funcionara, en caso de que Esther superara las pequeñas y variadas pruebas a las que la sometería para confirmar su inmunidad —las palabras más cortas y pequeñas que pudiera decir, enunciadas en una secuencia deliberadamente sin significado para no perturbarla—, le entregaría la carta que le escribió su madre.

He mantenido guardada la carta desde el día que nos fuimos de casa. Está sucia y arrugada, es cierto, pero no la he abierto. No está dirigida a mí. Hubo numerosas ocasiones, bajo la protección del suero, en que podría haberla leído, pero no lo hice. Es para Esther, son las palabras de despedida de su madre. Habría dejado que la leyera a solas. Podía pasarse todo el día en la cabaña con la carta. Me habría ido a caminar al claro para darle tiempo. Esperaría todo el tiempo que ella necesitara.

Cuando terminara de leer la carta, Esther podría salir fuera conmigo, si así lo deseaba, y yo no le preguntaría lo que en ella se decía. No se lo preguntaría jamás.

Pero aquello no sucedió así. El día terminó sin ningún avistamiento, y mi suministro de activos estaba en las últimas.

Esta mañana, la luz del día atravesó por fin los árboles, los empapó a su paso, los sonidos del bosque se elevaron en un siseo mientras yo dormía sobre el barro. Un chirrido declarado en los árboles, un cuchicheo procedente de los más robustos insectos sonó como un estruendo por encima de mi húmedo lugar de reposo.

Había dormido bien sobre el fango turbio. Estaba listo para regresar con Esther, para no volver a cometer ese error.

Lo único que deseaba era tener una mejor visión del mundo que se desplegaba ante mí.

Apareció un punto de luz, a continuación palpitó, se estiró hasta conformar una ventana del tamaño de una moneda de diez centavos, a través de la cual pude ver lo suficiente para abrirme paso hasta mi montón de leña, para subir entonces la cuesta en dirección norte y seguir esa última cornisa a medio desmoronar hasta el claro donde se encuentra mi cabaña, y, por lo que pude ver, todo estaba exactamente como lo había dejado.

Pero cuando entré en la cabaña, Esther no estaba al otro lado de la cortina. Su catre estaba pulcramente ordenado, las mantas dobladas como si fuera a venir otro huésped. Había hecho la cama, había apilado sus platos junto a la puerta, incluso había limpiado el hollín que se acumulaba a diario sobre el alféizar.

Un estallido de calor penetró a través del agujero de ventilación que había abierto a martillazos en la pared, lo que sugería que fuera había una hoguera nueva y recién alimentada.

Me imaginé a Esther aprovechándose de mi ausencia para limpiar la cabaña, dejándolo todo en perfecto orden, para a continuación recoger sus cosas y marcharse. Menuda prisa debió de darse, pensando que yo podría estar de regreso en cualquier momento.

Debió de detenerse a mirar por la ventana sin cristales, esperando no verme avanzando a tientas por el sendero. Y el alivio que habrá sentido al poder irse sin tener señales de mí, mientras la noche caía con fuerza.

Salí al exterior. Mi campo de visión continuaba siendo limitado. Estaba envuelto en una nube de color marrón tan densa que sentí que podría apartarla con las manos para por fin poder ver. Moví la cabeza adoptando todas las contorsiones posibles para asegurarme de que no me estaba dejando a Esther por algún lado, deslicé la mirada por la propiedad y el jardín, porque podría haber estado arrebujaada bajo una manta en un tronco, disfrutando del zumbido del final de la mañana, esperando a que yo volviera para hacernos un poco de té.

Había llegado la hora de que se curara, de que saltara de la cama y saliera al aire libre para ver el lugar donde había estado recuperándose durante las últimas semanas.

Me dije a mí mismo que no había motivos para preocuparse, pero ¿desde cuándo me creía mis propias palabras de consuelo?

Seguramente solo había salido a dar una vuelta corta, quizá un paseo para estirar las piernas. Regresaría pronto, porque no estaba bien y no conocía el bosque. No era inteligente por su parte irse a caminar sola por una zona donde parcelas enteras de terreno podían súbitamente dejar paso a una lava de sal. Ella lo tenía que saber. Sería la primera en darse cuenta de lo arriesgado que resultaba moverse por el exterior y alejarse de mí estando tan débil.

Me senté, contuve el aliento, escuché. Ese silencio era lo mejor que podía pasar. Si Esther estaba cerca, si podía oírme, un sonido así, incluso el bonito sonido de su nombre atravesando la claridad, no habría sido bien recibido. Que yo gritara su nombre le habría hecho daño, habría detenido su avance a través del bosque. Se lo negué al aire.

No oí a nadie arrastrándose, caminando, corriendo. No oí a nadie escondiéndose detrás de un árbol, respirando. Cuando incliné la cabeza, lo único que pude ver por encima de mí, en lo más alto, fue un pájaro. Al menos eso es lo que creo que era. No tenía plumas, su cara tan simple. Lo que me perturbó es que pude ver los detalles de sus alas con demasiada claridad, mejor de lo habitual, y entonces me di cuenta de que era porque no batía las alas, ni siquiera las movía. El pájaro, allí en lo alto, estaba perfectamente inmóvil, caía en el aire.

Quizá se había asustado, mientras surcaba las alturas. Quizá había visto algo, había sufrido una conmoción, había perdido sus poderes y había comenzado a caer.

Cerré los ojos en espera de escuchar el impacto.

Me pasé toda la mañana fuera de la cabaña, esperando el regreso de Esther. Podría haberme aventurado en su busca, pero eran demasiadas las direcciones que podía haber tomado y me pareció que lo más seguro era esperar, puesto que no tardaría en volver, estaba seguro de ello.

Cuando la tarde se volvió vaporosa y fría, al no haber oído que nadie saliera del bosque a trompicones, di una chupada a mi último alijo de activos, me jugué el todo por el todo y susurré su nombre. La palabra «Esther» sonó tan fría en mi boca... La susurré, luego la dije, pero tenía la boca tan seca que estoy seguro de que la pronuncié mal. Si Esther hubiera estado ahí fuera, habría oído solo un gemido grave, algo sin sentido en la distancia. Aquello que dije no era su nombre. Debería haber practicado más. Debería haber estado preparado para eso.

Ahora, mientras la oscuridad avanza, no puedo más que esperar a que Esther regrese. Uno no abandona a su padre así como así cuando quedan tantas cuestiones por resolver.

Podría haberla escoltado en su excursión. Si así lo hubiera deseado, me habría quedado atrás para que no tuviera que verme. Ojalá hubiera hecho uso de mi experiencia. Es muy posible que hubiera podido ayudarla. Aun así, entiendo que Esther necesite hacer siempre las cosas por sí misma, en sus propios términos, y que cualquier provecho obtenido en mi presencia, con mi ayuda, no le parezca en absoluto provechoso. Lo entiendo.

Ser el padre de Esther significa intentar con todas las fuerzas que no te pille siendo su padre. Por ella, puedo ser esa persona. Lo seré.

Cuando Esther vuelva, de nuevo sana y llena de fuerza, dispuesta a ocupar su sitio como hija mía, nos podremos sentar juntos en la cabaña, ante el agujero, y escuchar en familia, los dos inclinándonos hacia esa vieja abertura de la que tal vez surja la pieza que nos falta.

Escucharemos en espera de los pasos de la madre de Esther, que quizá llegue pronto. Es un trayecto difícil, pero no imposible. Si yo fui capaz de llegar hasta aquí desde Forsythe, siguiendo a tientas el cable naranja, Claire también lo será. Ella es más fuerte e inteligente de lo que yo haya sido jamás, y podrá localizarnos incluso a ciegas, incluso estando enferma. Nos

encontrará, la única cuestión es cuándo. Cuando Esther vuelva a mí, esperaremos juntos a su madre, como una familia.

Quizá tarde días o semanas, pero dará igual, esperaremos. Y cuando Claire trepe por el agujero, exhausta por el viaje, untada en la mugre de los túneles, Esther y yo la conduciremos a la ducha de fuera y herviremos agua para lavarla. Tendremos lista una montañita de suaves toallas, y Esther entrará para escoger entre la ropa nueva que cogimos de las estanterías del pueblo.

Mientras Claire se esté duchando, Esther y yo nos sonreiremos, bajaremos la mirada, dibujaremos con una rama señales sin sentido sobre el suelo. Estaremos emocionados, pero esperaremos, dejaremos que Claire se duche tranquilamente.

Cuando mi familia vuelva a estar junta no tendré necesidad de hablar, de leer, de escribir. ¿Qué queda por decir, en cualquier caso? Ninguno de los tres necesita del habla. Estamos bien en nuestros respectivos silencios. Este es el mundo que preferimos.

Nos bastará con caminar, los tres juntos, por la elevada y temible cornisa que se alza sobre el arroyo y que corta la sombra del Monasterio camino del campo abierto. No necesitaremos hablar. Tendremos bajo los pies los depósitos de sal, vastos y cambiantes, apenas un residuo de todo lo que alguna vez se dijo. Eso es todo lo que queda. Pasaremos por encima para llegar al claro. Comeremos tranquilamente en las rocas, nos estiraremos a descansar bajo el sol.

Las estaré esperando aquí, en mi cabaña, y cuando Claire y Esther regresen eso es lo que haremos, en familia.

AGRADECIMIENTOS

Por su orientación y sus lecturas en profundidad, estoy agradecido a Marty Asher, Heidi Julavits, Deb Olin Unferth, Saín Lipsyte, Denise Shannon, Andrew Carlson, Michael Chabon y Jonathan Lethem.

Gracias a Ruchika Tomar y a SunilYapa por su ayuda en las tareas de investigación.

Por su generoso apoyo, me siento en deuda con la American Academy of Arts and Letters, la Creative Capital Foundation, la Lannan Foundation y la MacDowell Colony.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

Notas

[1] Nombre que los radioaficionados aficionados daban a las radios caseras con válvulas de vacío (N. del T.). <<

[2] Termino yidis propio de la jerga judía-neoyorquina que significa «*souvenirs*, bagatelas, fruslerías». (N. del T.). <<